Cuando Kate le dice a su compañero de instituto Jarrod Thornton que tiene poderes mágicos como ella, Jarrod piensa que está tan loca como su abuela, la "bruja" Jillian.
Sin embargo, muy pronto se descubre que Jarrod tiene mucho más que ver con la magia de lo que a él le gustaría. Su familia está marcada por un terrible hechizo y para acabar con él, los dos amigos deben viajar al pasado e intentar contactar con los antepasados de Jarrod. Así que, con la ayuda de Jillian, se trasladan a la Edad Media en un viaje durante el cual, además de vivir grandes aventuras y enfrentarse a enormes peligros, nacerá algo más que una simple amistad.

EL CIRCULO DE FUEGO
Marianne Curley

«Ignorar aquello que ha sucedido antes de que naciéramos significa permanecer como niños para siempre. ¿Qué es la existencia de un hombre si no está vinculada a la vida de las generaciones futuras a través de los recuerdos del pasado?»

Cicerón

Primera parte
El viento

Kate

Se llama Jarrod Thornton. Su cabello es de un rubio rojizo y le cae sobre los hombros; tiene la piel fresca y sana y unos ojos de un verde intenso, como esmeraldas. Pero no son ellos los responsables de que no pueda quitarle la vista de encima. Hay algo más, algo casi perturbador, y ese «algo» es lo que me tiene cautivada.

Esta incómodo. Se encuentra de pie ante una clase de veintisiete quinceañeros, sin saber que hacer con las manos o adonde mirar con esos ojos tan particulares, y mientras su mirada recorre la pared del fondo del laboratorio con nerviosismo, compruebo que unos sorprendentes círculos azules rodean los verdes iris que se han paseado por encima de todos nosotros sin fijarse en nadie en concreto.

Colgada de un hombro levemente inclinada, lleva una mochila negra que tiene el aspecto de haber dado más de una vuelta al mundo. Apoya su peso alternativamente en una pierna y otra. y va vestido con el uniforme de rigor: pantalón gris. camisa blanca y una corbata roja a rayas. Pero nada tiene la pinta de ser nuevo.

El señor Garret, nuestro profesor de ciencias, nos pone al corriente sobre el recién llegado: su familia vino de Riverina hace sólo unos días y tiene un hermano menor, Casey, que va a primaria.

Según parece, no soy la única interesada en el nuevo. Tasha Daniels también le ha echado el ojo, pero el a lo observa fijamente, con descaro, con los sensuales labios un poco entreabiertos y la provocación dibujada en el rostro. ¡Dios mío, que poco sutil es! De inmediato, y aunque los rumores dicen que últimamente las cosas no marchan bien entre los dos, le echo un vistazo a Pecs, el novio de Tasha y el chulillo de la clase.

Pecs no es su verdadero nombre, sino un apodo que le puso a los nueve años un entrenador de fútbol que quedó impresionado por su robusta constitución y sus musculosos brazos. Pero el nombre encaja a la perfección con su personalidad, que ya entonces no prometía gran cosa. Lo sé porque yo estaba allí. El caso es que no puedo imaginar a nadie llamándolo Angus John, que es como lo bautizaron en honor de un familiar escocés ya fallecido. Ni siquiera los profesores se atreverían: Pecs es un bruto maleducado, un matón de esos que pueden convertir tu vida en una pesadilla. Y todo por divertirse.

Pecs se ha fijado en como mira Tasha al recién llegado y lo clasifica instantáneamente como una amenaza, un concepto lo bastante elemental para que su diminuto cerebro pueda entenderlo.

Decido echarle un vistazo a sus pensamientos, lo cual es una de las muchas habilidades que Jillian me ha enseñado. Siempre me dice que nací con un don para captar las emociones, poder sentirlas. A lo largo de los años he perfeccionado mi habilidad hasta el punto de que me basta con concentrarme unos segundos y... ¡ya estoy dentro! Dentro del cráneo de Pecs.

«¡Oh, diablos!», grito para mis adentros y me retiro rápidamente mientras la cabeza me da vueltas. Ese tío es un volcán en erupción, y tengo la sensación de que me he acercado demasiado. ¡Vaya, vaya!

-Kate. ¡Eh, Kate!

Es Hannah, mi mejor (y única) amiga, que me mira con sus grandes ojos. castaños, muy abiertos.

-¿Que?

-¿Te encuentras bien? Estas aún más pálida que de costumbre.

Sonrío y paso por alto su desagradable comentario. Ya sé que puedo parecer un poco anémica, pero no lo estoy. Lo que pasa es que evito exponerme al sol porque mi piel se quema con facilidad. Esto de vivir en Ashpeak Mountain me viene de perlas, pues en invierno hasta nieva. Tengo el cabello oscuro y lacio gracias a un padre al que no conozco y, aparte de en la piel blanquecina, no me parezco en nada a mi madre. Ella tenía un pelo tan dorado como la miel, o al menos así era hace quince años, cuando la vi por ultima vez.. Pero, por supuesto, no recuerdo nada de esa época. Me crió mi abuela, Jillian. La gente dice que parezco hawaiana y creo que es por mis ojos, que son almendrados y de un color entre azul y gris. Teniendo en cuenta todo esto, me parece extraño que todavía haya quien piense que soy una bruja. Están en lo cierto, pero no en el sentido negativo y corriente de la palabra.

Hannah es la única que sabe la verdad. Es cierto que todos murmuran, pero es que nuestra comunidad es pequeña y muy chismosa. No obstante, Hannah ha visto de lo que soy capaz, aunque eso no sea gran cosa. Por el momento.
A Jillian no la llamo abuelita ni nada semejante, aunque fue ella la que se ocupó de mí cuando mi madre salió bajo fianza siendo yo una recién nacida. Al parecer, esta no sabía como impedir que llorase, una costumbre que perdí con el tiempo. Por aquel entonces. yo solo tenía ocho meses.
En cuanto tuve uso de razón, Jillian me contó que a mi madre los bebes no se le daban bien, pero también me dijo que no me preocupara, que a ella le encantaban los niños. Al principio, ni ella misma sabía como debía llamarla yo. «Mami» no parecía lo mas adecuado; entre otras cosas porque todos los vecinos estaban al corriente de que Karen Warren había dado a luz a una preciosa niña a la muy «avanzada» edad de quince años y tres meses. Además, como Jillian no estaba dispuesta a apechugar con el apelativo de «abuelita» a sus escasos treinta y un años, crecí llamándola por su nombre de pila.
Uno de los aspectos en el que Jillian insiste constantemente es que hay ciertas cosas que debo mantener en secreto. Por ejemplo, mi habilidad para mover objetos, realizar conjuros. percibir los estados de animo y..., bueno, para «cambiar las cosas». En el fondo, si lo comparamos con sus facultades, lo mío no es sino un montón de simples trucos.
Aunque nadie se lo dice a la cara, todos los de por aquí saben que Jillian es una bruja. Conmigo no están tan seguros y se limitan a hacer suposiciones. Lo cierto es que nunca nos han visto a ninguna de las dos haciendo nada, y es que Jillian siempre ha sido muy cuidadosa. Por lo tanto, la gente saca sus conclusiones basándose en el lugar donde vivimos (medio enterradas en un bosque tropical), en la tienda de objetos new age de Jillian y en los artículos que escribe para varias revistas de brujería. Naturalmente, nadie se atreve a decirle nada abiertamente porque les asusta que practique magia negra con ellos, pero eso es porque no la conocen. Si se hubieran molestado en leer alguno de los artículos que Jillian ha publicado se habrían dado cuenta que en realidad es una sanadora. Mi abuela no gana demasiado con la tienda, pero el negocio nos permite ir tirando. Cierto que es una bruja, pero la idea que se hace la gente sobre las brujas suele basarse en un montón de estúpidas ideas preconcebidas. En cualquier caso. Jillian no es nada convencional. En cuanto a mí aún sigo aprendiendo.
Oigo un ruido y veo que Jarrod se ha caído de su taburete. Increíble. Se ha inclinado para alcanzar un vaso de precipitados y, de repente, ha rodado por el suelo, hecho un lío de brazos y piernas. La clase estalla en una carcajada y todos ríen como locos. ¡Serán bobos! Observo como Jarrod se levanta y trata de recobrar la compostura. Está Colorado como un tomate y trepa torpemente a su asiento mientras mantiene la cabeza gacha para evitar que su mirada se tropiece con la de alguno de sus compañeros. Es un especialista en ello. Un mechón rubio le cae sobre la frente y le tapa la cara todavía más.
Siento su nerviosismo y me pregunto el porque. Si, de acuerdo, es su primer día en el colegio y la hostilidad de Pecs es más que tangible, pero esto es diferente, así que decido sondearlo, con suavidad al principio, bordeando los limites de sus sentidos. De repente, levanta la cabeza y se queda muy quieto, como si... No, no puede ser que haya notado que lo espío: nadie es capaz. Con cautela, penetro un poco más y percibo su vacilación, su incomodidad y su nerviosismo; y también su deseo de caerle bien a la gente, un deseo que arde en su interior, como si fuera un niño pequeño que se hubiera extraviado en el bosque y no supiera a donde ir.
Entonces, algo duro me golpea, y tardo unos segundos en advertir de que se trata, puesto que nunca me había pasado antes. Un muro se alza entre nosotros. Me esta manteniendo a raya. Mientras clavo la vista en su cogote, advierto que sus hombros sufren un espasmo y se ponen rígidos. Vuelve la cabeza, lentamente, como si buscara algo, y entonces me ve. Nuestras miradas se cruzan, pero ninguno de los dos aparta la vista. Su expresión es ceñuda al principio, pero lentamente se transforma en un gesto de sorpresa, como si quisiera formular una pregunta que no acierta a poner en palabras, pero cuya importancia intuyera.
Entonces lo veo claro. El también es diferente y sabe que lo sondeaba, aunque creo que no sabe exactamente lo que ha ocurrido. Inesperadamente. Jarrod Thornton me parece un chico muy atractivo.
Entre tanto, el señor Garret intenta recobrar el control de la clase y golpea la pizarra con el extremo de su rotulador azul. Jarrod vuelve a mirar hacia delante, y yo, que me siento liberada, respiro nuevamente.

Ya no me atrevo a sondearlo más. Tengo el corazón desbocado tras esos tres segundos de contacto con la mente de Jarrod, así que intento encontrar un sentido a los conocimientos que imparte el señor Garret. Sin embargo, he perdido la concentración, soy incapaz de apartar mis pensamientos del recién llegado y apenas puedo resistir la tentación de establecer un nuevo contacto.
Por fin da comienzo la parte práctica del experimento. Por suerte, se trata de algo sencillo: mezclar bases y ácidos en presencia de tornasol. No hay nada que pueda explotar. Sin embargo, necesito poner mucha atención para verter gota a gota y sin dejar de agitar, el cloruro de hidrogeno diluido y mezclarlo con un compuesto de sodio; todo eso, sin dejar de observar los cambios de color que se producen. Entre tanto. Jarrod se ha puesto unas gafas de montura dorada y Pecs ha roto a reír como un histérico. Ese bruto debería volver al parvulario: allí al menos estaría en compañía de personas de su misma inteligencia.
Mientras mi experimento se torna de un intenso color violeta, contemplo la espalda de nuestro nuevo compañero y percibo como la tensión se le acumula en los músculos del cuello porque esta intentando controlar sus emociones. Una parte de mí desearía que arremetiera contra Pecs y le diera su merecido, pero ese no es su estilo. O bien le falta la necesaria confianza en sí mismo para enfrentarse a una bestia así, o bien tiene la paciencia de un monje tibetano. Sus gestos son un tanto forzados y torpes, y la espalda se le pone rígida mientras lucha por no perder los estribos. Así que apuesto por la falta de confianza. Todo eso hace que no deje de preguntarme por él y por la clase de vida que habrá llevado.
Busco con la mirada al señor Garret, aunque no sé muy bien por que. Ese hombre es un cobarde en opinión de Pecs y sus colegas, sobre todo desde que se divorcio, a finales del ano pasado. Todo el mundo se enteró y el pobre fue la comidilla de Ashpeak durante meses. Un buen día, sin previo aviso, Rachel Garret, la que había sido su fiel esposa durante nueve años, dejó a sus dos hijos en la guardería y en el colegio respectivamente, y desapareció con el farmacéutico. Nadie supo ni una sola palabra de la pareja durante doce meses. Al final, regreso para reclamar la custodia de los niños y la obtuvo tras un desagradable juicio. El señor «G» no solo perdió entonces su vida familiar, sino las ganas de vivir y, con ellas, la autoridad dentro del aula.
Tengo la impresión de que Pecs está buscando bronca, cosa que le encanta. Se supone que debemos trabajar en parejas. Uno lleva a cabo el experimento y el otro toma las notas correspondientes. El señor Garret está de espaldas al resto de la clase, inclinado entre Adam Rendal y Kyle Flint, ayudándolos. Pecs se levanta de su asiente y susurra algo al oído de Tasha, que se pone a reí como la descerebrada que es. Luego, en un claro intento de liarla, con un gesto demasiado deliberado para que pueda calificarse de accidente, pasa al lado de Jarrod y le tira las gafas al suelo, donde rebotan.
-¡Oh, lo siento! ¿Cómo puedo ser tan torpe? -exclama al tiempo que finge que se inclina para recogerlas y las manda al otro extremo del aula de una patada.
Media clase se ríe con las bromas pesadas de Pecs, pero el señor Garret parece que no se entera de nada, como si le diera lo mismo estar o no allí. Sin embargo, al final obliga a Pecs a que recoja las gafas. Éste obedece sin rechistar y aprovecha para embadurnar disimuladamente los cristales con sus dedos pringosos de saliva, el muy imbécil tiene la boca abierta y hace muecas con la lengua, como un sátiro. Se lo esta pasando en grande. ¡Puaj! Solo le falta mirarse en un espejo.
Entonces, repaso los distintos encantamientos que más o menos he conseguido dominar recientemente y se me ocurre que provocarle un picor permanente no estaría nada mal. Una urticaria, de esas que llegan hasta las partes más íntimas del cuerpo, sería el justo merecido para alguien así. Jillian intentaría convencerme de lo contrario, porque siempre esta advirtiéndome de los riesgos que entraña alterar el orden natural de las cosas, pero en este momento no recuerdo nada de lo que me ha dicho.
-Menudo imbécil, ¿eh?
Sonrío ante el resumen que hace Hannah de la personalidad de Pecs, pero mi sonrisa no dura mucho porque algo penetrante alcanza mis sentidos. Sin embargo, no lo puedo localizar y eso me inquieta. Echo un vistazo por la ventana y no veo mas que el cielo azul de una limpia mañana de otoño. Me vuelvo mentalmente hacia Jarrod, procurando no acercarme demasiado porque ya he tenido suficiente con lo de antes, y percibo su ira y los esfuerzos que hace para dominarla. Durante un momento, deseo que se deje llevar. Tengo la impresión de que, si lo hiciera, esos idiotas babosos ni siquiera se darían cuenta de por donde les lloverían los golpes. Pero mi lado compasivo

decide que lo mejor es que Jarrod mantenga la calma y no atraiga todavía más la atención. De este modo, me pongo de su parte y siento que compartimos una misma circunstancia de la que he hecho el lema de mi vida: evitar la confrontación.
Pero los acontecimientos se precipitan. Jessica Palmer, una de las pijas de la clase, toda ella mechas y rimel, y amiga de Tasha, se pone a gritar como una histérica cuando le estalla el tubo de ensayo que sostiene entre los dedos. Los productos químicos se desparraman entre cristales rotos por el banco de trabajo y caen al suelo. Por fortuna para Jessica, que sigue gritando y agitando sus hermosas manos por encima de la cabeza, las salpicaduras del bullente liquido no la alcanzan.
Entonces, y por primera vez en lo que va de año, el señor Garret levanta la voz y le grita que se calme y empiece a limpiar el desaguisado. Naturalmente, se equivoca, porque ella no ha tenido nada que ver con la explosión. Jessica no ha hecho nada. Pero a mí me parece que es mejor que Garret la haga responsable de lo ocurrido. No es que yo sea vengativa. La pobre Jessica apenas ha cruzado cuatro palabras conmigo, no tenemos ninguna relación. Lo que ocurre es que tengo todos los sentidos en estado de alerta porque algo extraño está ocurriendo, algo que bordea lo inexplicable.
A todo esto, Pecs se ha levantado y le echa la culpa a Jarrod, pero Garret no le hace ni caso:
-Vuelve a tu sitio si no quieres que te castigue sin patio. Y de paso ayuda a Jessica a limpiar todo ese desorden.
Personalmente, creo que Pecs está en lo cierto, aunque me guardo muy mucho de expresar mi opinión. En lo que a mí respecta, ese memo puede librar el solo sus batallas, y yo espero y deseo que las pierda todas. Pero el muy idiota no deja de meter bulla, como de costumbre.
-Ha sido él, señor. Yo lo he visto. -miente- Ha tirado algo, si, ha tirado su... su... -Lo piensa durante unos segundos y añade- ¡Ha tirado su mechero!
Jarrod se vuelve y ve que Pecs saca de la nada un mechero amarillo fosforescente. Esa es la prueba. Pero yo no me engaño porque, por la mirada de complicidad que le ha lanzado Pecs a su amigo Ryan Bartland, sé de donde ha salido.
Por desgracia, el señor Garret sigue sin enterarse de nada y se pone a examinar el encendedor como si fuera la prueba decisiva en un juicio por asesinato.
-Señor Garret, ¿por qué voy a tener mechero si no fumo?
Esas son las primeras palabras que le oigo decir a Jarrod y, aunque las pronuncia suavemente y con calma, puedo distinguir que esa serenidad es solo aparente. Luego se vuelve hacia Pecs y le lanza una mirada furibunda; entonces veo que los ojos se le ensombrecen de manera que los círculos azules se funden con los brillantes iris verdes.
La intensidad de esa mirada es tal que no puedo evitar la tentación. «Una sola vez más», me digo, y empiezo a sondearlo con todo el cuidado del mundo. No obstante, solo puedo hacerlo durante unos segundos porque algo me sobresalta. El aire se enrarece con una extraña manifestación de energía, igual que una tormenta que estuviera a punto de descargar sobre una pradera asolada por la sequía. A pesar de todo, lo más alarmante es que tengo la certeza de que toda esa fuerza procede de Jarrod.
Mientras tanto, la expresión del señor Garret ha pasado de la incredulidad a la acusación y en su voz asoma rápidamente la impaciencia. Lo he oído otras veces: es su modo de enfrentarse a los alumnos díscolos que le interrumpen las clases.
-No es una buena forma de empezar su primer día de clase, Thornton. Espero que su conducta de hoy no sea una muestra de lo que será en el futuro.
El hombre esta haciendo un esfuerzo por afirmar su autoridad, pero, la verdad, no sé a quien pretende engañar con esa pose. Cuando el señor Garret empezó a compadecerse de sí mismo hasta decir «basta» deje de sentir apego por él. Además desde hace un tiempo está acobardado. Prejuzgar y condenar a alguien basándose en una prueba tan poco fiable resulta patético.
A simple vista, Jarrod se muestra sumiso, pero frunce los labios y respira profundamente mientras las manos se le convierten en puños. Está perdiendo el control y lo está perdiendo deprisa.
Los fluorescentes del techo son los primeros en verse afectados. Parpadean y luego se apagan todos a la vez con un siseo y un chasquido, como si una repentina subida de tensión los hubiera achicharrado. Sin duda ha sido eso lo que les ha ocurrido, aunque no haya sido culpa de la estación transformadora.
La oscuridad se cierne sobre la clase a pesar de que es de día. Alguien grita y todos empiezan a murmurar. El señor Garret se olvida del incidente del tubo de ensayo y levanta los brazos.

-Por favor, tranquilícense. Permanezcan sentados mientras voy a ver que ha sucedido con la luz.
Naturalmente, nadie le hace caso y, tan pronto como sale del aula, los murmullos se transforman en una algarabía.
Resulta extraño que el brillante cielo otoñal de hace apenas un minuto se haya transformado, al apagarse las luces, en un crepúsculo sobrenatural. Unos negros nubarrones avanzan hacia nosotros a toda velocidad, como una boca hambrienta que engullera el azul firmamento y todo lo que encontrara a su paso.
-¡Mirad las nubes! -grita Dia Petoria desde una ventana.
Algunos se precipitan hacia los cristales, pero la mayoría sigue pendiente de Pecs, que, con Garret ausente, sigue incordiando a Jarrod.
-¡Que pelo tan bonito! -se burla, mientras coge un mechón entre sus fuertes dedos de jugador de rugby-. Eh, guapito de cara, ¿no serás mariquita?
Jarrod solo hace un movimiento y se limita a apartar la cabeza. Me maravilla que sea capaz de aguantar tanto sin replicar. En su lugar, yo habría perdido la paciencia hace mucho y había lanzado el primer conjuro que se me hubiera ocurrido. Nunca he sido una especialista en el arte de los conjuros que cambian el aspecto, pero un perezoso, uno de esos peludos de más de doscientos kilos, me parece que sería lo más apropiado en este caso. A Pecs le iría de perlas. Inmediatamente lo veo colgando boca abajo de las ramas de esos eucaliptos gigantes que abundan en los bosques de por aquí, y no puedo evitar que se me escape una sonrisa.
Imaginar a Pecs convertido en un perezoso ha hecho que me olvidara de la inminente tormenta, pero la fuerza con la que se abren repentinamente las ventanas de guillotina me devuelve a la realidad. Papeles, lápices, tubos de ensayo, mecheros Bunsen y todo lo que no está fijo sale volando, impulsado por la fuerza del vendaval, y se estrella contra las paredes o contra otros objetos.
-¡Demonios! -exclama Pecs, que, momentáneamente distraído, va hacia la ventana para cerrarla.
Pero cual es mi sorpresa cuando veo que, a pesar de su tamaño y su fuerza, es incapaz de lograrlo.
En ese momento aparece el señor Garret con aire estupefacto.
-¿Qué ocurre aquí? -pregunta, pero enseguida se rehace y, supongo que recordando que es el responsable de todos nosotros, empieza a gritarnos ordenes - ¡Rápido, cierren las ventanas! Según parece, esta es la única aula que tiene problemas con la luz. ¿De donde ha salido este vendaval?
Balbucea levemente, y lo encuentro extraño, no lo entiendo. Todo me parece anormal.
-¡Están atascadas! -chilla Pecs, haciéndose oír por encima del rugido del viento.
Entonces me acuerdo de la extraña sensación de hace un instante. Si, se trata de eso. O, mejor dicho, de su resultado: una furia sombría e intensa.
Unas chicas gritan y se abrazan en un rincón. Otros corren como locos intentando recoger los apuntes que vuelan. Una muchacha se ha sentado en el suelo y se abraza las piernas mientras llora como una niña pequeña. Solo Jarrod se mantiene tranquilo. Permanece sentado ante el banco de trabajo, pero en sus ojos hay una expresión sobrenatural, como si estuviera contemplando un espectro o algo parecido. La ventolera le agita la camisa y le revuelve el cabello. Debería notarlo, ya que los mechones le azotan el rostro. Pero esta impasible.
Brilla un relámpago y tengo la impresión de que todos, salvo Jarrod, chillan y esconden la cabeza. Es como si el fogonazo estuviera dentro del aula. Antes de que hayamos tenido tiempo de recobrar el aliento, vuelve a destellar y llena la clase con una luz y un siseo aterradores. Todos gritan a la vez mientras se aferran los unos a los otros y ruedan por el suelo. Hannah me agarra del brazo justo en el momento en que resuena un trueno tan poderoso que casi nos deja sordos, y sus dedos me aprietan con tal fuerza que me dejan la marca de las unas.
-¿Qué...?
-No lo sé -respondo mientras consigo zafarme de su presa.
-¿Así que no eres tú?
La miro fijamente y niego con la cabeza.
-Yo no puedo provocar algo así -chillo por encima del rugido de la tormenta-. Nunca he sido capaz de manipular el tiempo, Han.
Lo que no añado, porque mi amiga ya lo sabe, es que lo intento y lo sigo intentando hasta desvivirme de pura frustración. Pero la verdad es que no tengo tanto poder. Miro detenidamente a

Jarrod. Aunque no lo sepa, él si lo tiene. Desgraciadamente, tengo la impresión de que no es consciente. En cualquier caso, lo que no sabe es controlarlo. Y eso si que da miedo.
Los rayos y los truenos siguen desatándose sobre nuestras cabezas con un fragor incesante. El señor Garret intenta calmarnos y hacernos salir, pero sus palabras se pierden en la batalla que los elementos han desencadenado en el laboratorio.
Sin embargo, ante la duda de como puede acabar todo esto, llego a la conclusión de que tiene razón.
-¡Tenemos que salir de aquí! - grito.
-¿Qué?
Los labios de Hannah se mueven; la fuerza del vendaval, que está adquiriendo la velocidad de un ciclón, ahoga sus palabras. Veo que otros alumnos de cursos superiores se asoman a la puerta; los demás los empujan y salen corriendo en busca de ayuda, presas del pánico.
De repente, los taburetes vacíos se convierten en proyectiles. Esquivo uno al tiempo que miro a Jarrod, que esta sentado en su sitio, de cara al viento. Debe de estar catatónico para aguantar esto sin pestañear.
Una de las ventanas se hace añicos y, como si sucediera a cámara lenta, veo que todo el mundo se echa al suelo para protegerse. Todos, excepto Jarrod, claro. Él permanece rígido en su taburete, con los ojos muy abiertos y carente de expresión, como hipnotizado; e, inevitablemente, un fragmento de cristal le hace un tajo en el antebrazo y sigue volando por toda el aula. Curiosamente, esa esquirla actúa como el catalizador que interrumpe el hechizo o lo que sea. El viento amaina de golpe y desaparece, como si ya hubiera hecho su trabajo y nunca hubiera soplado. Las ventanas se desatascan y se cierran, y los amenazadores nubarrones se alejan rápidamente.
Durante un largo medio minuto se mantiene un completo silencio. Tengo la impresión de que toda la clase se encuentra en estado de shock. Lentamente, el señor Garret se pone en pie y empieza a organizar grupos para que se ocupen de limpiarlo todo.
Jarrod todavía no se ha movido y eso me preocupa. Esta muy pálido, tan pálido como deben de estar los muertos. Más de la mitad de los alumnos tiene un aspecto semejante, pero parece que la piel de Jarrod haya perdido hasta la ultima gota de sangre, aunque no es así. De donde lo ha alcanzado el trozo de cristal, gotea un reguero de un rojo intenso que cae sobre la superficie del banco de trabajo.
El señor Garret parece que no se ha percatado de la herida de Jarrod, así que me abro paso a través del destrozado mobiliario y los equipos rotos y llego hasta él.
-Jarrod esta herido -aviso.
Sin pretenderlo me ha salido voz de estar a la defensiva, y miro a mí alrededor en busca de algo que pueda servir para vendarle la herida. Descubro una caja en la que se guardan trapos viejos, retales que se usan en el laboratorio para limpiar salpicaduras y demás. El viento ha desparramado el contenido, pero, tras un rápido repaso de lo que queda, doy con un trozo de tela limpia.
Cuando Garret ve que el nuevo sangra se le ponen los ojos como platos.
-¡Oh, Dios mío! -Parece más un idiota balbuciente que un hombre hecho y derecho de treinta y nueve años-. Muchacho, será mejor que vayas a la enfermería sin perdida de tiempo.
Tengo la impresión de que Garret se alegrara de perder de vista a Jarrod. Menudo cretino. Claro que esta ocupado en poner orden en todo este desastre, pero primero debería interesarse por el estado de sus alumnos. Se lo ve tan inseguro... Al final es un alivio que lleguen otros profesores y unos cuantos administrativos, todos estupefactos y alucinados.
Mientras Garret les pide que se acerquen e intenta explicarles lo sucedido, yo le vendo el brazo a Jarrod y pongo su otra mano sobre la herida para evitar que el vendaje se mueva y de ese modo cortar la hemorragia.
-Mantenlo así hasta que deje de sangrar -le digo.
Me mira, y en sus ojos hay algo extraño, corno si regresara del país de las hadas. Procuro no sondearlo más, porque a veces lo hago inconscientemente. Jillian nunca deja de advertirme que tenga cuidado. Esta claro que con Jarrod deberé tener más del habitual.
El señor Garret vuelve su atención al único asunto que puede despachar deprisa.
-Jarrod, vamos, chico, a la enfermería. Allí se ocuparan de ti.
-No sé dónde esta -murmura mientras baja del taburete sosteniendo el vendaje.

-¿Eh? ¡Oh, vaya! -tartamudea Garret, que se pone a buscar con la mirada a alguien para que lo acompañe, sin darse cuenta de que me tiene delante de sus narices-. Si, bien... Enseguida encontraremos a alguien que vaya contigo...
-Yo lo acompañare.
Garret me contempla como si me viera allí por primera vez, lo cual no me sorprende. Los profesores no suelen reparar en mi persona; y, como eso me gusta, no me molesto en llamar la atención. A pesar de eso, Garret, que era mi tutor el año pasado, se presentó en la tienda de Jillian para descubrir por sí mismo si eran ciertos los rumores que corrían acerca de mí. Naturalmente, no hallo nada sospechoso, ni siquiera algo remotamente siniestro. De todas formas, Jillian no tenía intención de permitirle que se hiciera una idea equivocada al ver sus cosas, así que no le enseño la trastienda. Nadie entra allí salvo yo, ni siquiera Hannah.
-Claro, Kate, buena idea -me contesta. Luego se fija con evidente alivio en el vendaje de Jarrod-¿Lo has hecho tú?
Asiento con la cabeza.
-Buena chica, Kate. Ya podéis marcharos. Y ten cuidado con donde pisas.
Jarrod me sigue hasta la puerta y entonces oímos la burlona voz de Pecs a nuestras espaldas.
-Si, ve con cuidado, guapito. Vigila a Cara de Miedo y no se te ocurra meterte con ella en el armario de las escobas. ¡Oh, que miedo, que miedo!
¡Ja, ja! |Que gracioso!, pienso, pero la clase, como de costumbre, se troncha de risa. Son una panda de descerebrados que se dejan llevar por Pecs como borregos. Un embarazoso coro de provocativos silbidos nos sigue mientras salimos al pasillo.

Jarrod

Me encuentro como si me hubiera atropellado un camión. Algo me martillea dentro de la cabeza y siento punzadas por todo el brazo. Se supone que debo seguir a esta chica hasta la enfermería, pero no es allí adonde me lleva. Me pregunto que habrá querido decir Pecs con eso del "armario de las escobas". Mejor paso de él. Ese tío es un imbécil.

Me gustaría preguntarle a la chica adonde vamos, pero no puedo recordar como se llama. El señor Garret la ha llamado por su nombre. Sin embargo, en esos momentos yo me encontraba en el país de los sueños. Bueno, no exactamente allí. Sencillamente estaba contemplando los acontecimientos desde «fuera». Es una sensación extraña, aunque ya no me sorprende. Empiezo a estar acostumbrado a que me sucedan cosas raras; a mí y a mi familia, ahora que caigo, Ese es el motivo de que hayamos venido hasta aquí, a este triste y aislado pueblo en mitad de una montaña alejada de todo. Se llama Ashpeak, el pico de las cenizas, y no quiero saber por que se llama así. Puede que algún fuego arrasara el bosque, Pero yo ya he tenido mi ración de incendios, y también de inundaciones.

Un nuevo comienzo. Eso fue lo que dijo mi padre. Eso es lo que dice cada vez que nos mudamos. He llegado a odiar mi vida. Sólo quiero dejar de ir de un lado a otro. Siempre me ha costado hacer amigos. ¿Para qué, qué sentido tiene? Es algo que me he preguntado siempre. La verdad es que uno se cansa de ir siempre solo por ahí y de que le cuelguen la etiqueta de "perdedor". Siempre me pasa lo mismo: cuando consigo adaptarme a un colegio y hacer unas amistades como Dios manda, nos mudamos otra vez.

Mi padre no ha tenido un trabajo estable en dieciséis años, y nunca hemos permanecido más de dos en ninguna parte. En una ocasión incluso hice unos cuantos buenos amigos, pero, al final, como siempre, acabamos marchándonos. Una inundación se llevó por delante la casa que teníamos alquilada y también el negocio en el que mis padres habían invertido todos sus ahorros. Un año después nos quedábamos sin un céntimo. La verdad es que hay veces en que parece que los problemas nos persiguen. En este momento, tras el accidente que ha sufrido en una pierna, mi padre esta inválido de por vida y se pasa los días atiborrándose de morfina para calmar el dolor crónico que lo atormenta. A pesar de que utiliza muletas para caminar, el medico le ha dicho que acabara perdiendo la pierna.

Toda la responsabilidad ha recaído sobre mamá. Pero ¿qué puede hacer ella? Estuvo muy delicada de salud durante los primeros diez años de matrimonio y nunca tuvo ocasión de desarrollar sus aptitudes laborales. Pocas veces hablan del asunto, pero me consta que se pasaron diez años intentando que yo naciera. No obstante, es hábil con las manos y tiene cierto talento artístico, así que hace ropa, ropa de chica con abalorios y piedras de colores cosidas a mano; también algo de bisutería. Yo los llamo "adornos vaqueros". No tienen demasiado éxito.

Empiezo a despejarme en cuanto salimos del edificio del colegio. Todavía sigo los pasos de la chica y no puedo dejar de fijarme en ciertas cosas, como su forma de caminar: decidida y despreocupada a la vez. Sabe exactamente adonde vamos.

Viste la clásica falda gris de colegiala, por encima de la rodilla. No es demasiado corta, pero si lo suficiente para que pueda ver que tiene unas bonitas piernas. Su piel es muy blanca; como si estuviera anémica o algo parecido, y eso es chocante. porque su cabello es muy negro, y lo lleva largo, hasta la cintura. Sin embargo, el conjunto es atractivo.... diferente. Igual que sus ojos, que ya me habían llamado la atención antes, en la clase, porque son de un azul grisáceo muy claro; tanto que se diría que son casi transparentes, además de penetrantes. Y, si me paro a pensarlo, no deja de ser curioso que hace un momento se me pusieran los pelos de punta y que una extraña sensación de ser «invadido» me latiera en la cabeza.

«Kate.» Ya me acuerdo. «Buena chica, Kate. Ya podéis marcharos. » Si, eso es lo que ha dicho Garret.

Veo que nos dirigimos a campo abierto. Si seguimos así, de la enfermería no oleremos ni el desinfectante.

-¡Eh! -la llamo.

Ella se detiene a unos pasos y se gira.

La situación es cada vez más desconcertante. Me encojo de hombros y, con la cabeza, me señalo el brazo y el improvisado vendaje manchado de sangre.

-Oye, ¿no se suponía que debías acompañarme a la enfermería?

-No sé por qué -se burla-. Allí no tienen ni idea de curar. -Y, como si eso fuera suficiente respuesta, me da la espalda y sigue andando.
La alcanzo y la cojo de un brazo con mano sana, al tiempo que se me cae el vendaje. Durante un segundo, algo extraño aparece en su mirada, como si el azul grisáceo de sus ojos se oscureciera y estos se le agrandaran.
-¿Me estas secuestrando? -pregunto.
Se queda mirándome y por un instante tengo la impresión de que me toma en serio. Luego, ve la venda en el suelo y se agacha para recogerla. La sacude y me la coloca de nuevo en la herida mientras ríe. Entonces el rostro se le transforma, y su súbita belleza me deslumbra. Lo juro, esta chica es especial y su risa es música, como una cautivadora melodía. Deja de reír y yo sacudo la cabeza, aturdido por mis pensamientos. Debe de ser por la tensión. O eso o es que me estoy volviendo loco. Ninguna chica me ha provocado una reacción así. Jamás.
-Te llevo a casa de mi abuela -me contesta.
-¿Es enfermera?
En la comisura de la boca le asoma un mohín cargado de ironía que se convierte, poco a poco, en otra maravillosa sonrisa.
-No exactamente, pero es mucho mejor que los administrativos que se ponen a jugar con los botiquines.
De repente, y por alguna razón que desconozco, confío plenamente en ella. Está bien, puede que sí lo sepa. Es por esa sonrisa. Lo admito, tengo debilidad por las sonrisas; después de haber cambiado tantas veces de colegio, a menudo una sonrisa ha sido un salvavidas. Pero esta tiene algo particular, ha conseguido cambiarle la cara y ha hecho que pareciera, no sé..., etérea. Vaya, ¿de donde habré sacado esa palabra?
Nos abrimos camino entre la maleza, desembocamos en la carretera principal y seguimos por ella hasta que llegamos a una bifurcación. Durante un segundo, tengo la impresión de que va a llevarme a mi casa, ya que el desvío de la izquierda conduce a la vivienda que han alquilado mis padres. Sin embargo, escoge el camino de tierra que se adentra en el bosque, hacia la derecha. El sendero parece empinado y serpentea hacia lo alto. Después de la primera curva ya no veo la carretera y comprendo enseguida el por qué de las increíbles piernas de Kate. Subir esto todos los días tornearía hasta las de un rinoceronte.
A medida que avanzamos, las dudas me asaltan. El lugar parece aislado y solitario.
-Oye, ¿dónde vive tu abuela? A este paso me habré desangrado antes de que lleguemos.
Se vuelve y me dedica una mirada tan cargada de incredulidad que me siento ridículo. Está claro que el señor Garret no es el único a quien no le gusta la visión de la sangre. Noto que me ruborizo de vergüenza hasta las orejas.
-Si todavía sangras, apriétate el vendaje. Así es como hay que hacerlo.
Le echa un vistazo al corte y hace una mueca cuando se percata de que es más profundo de lo que había creído. Luego, vuelve a colocar el vendaje y lo tensa un poco más. Sus dedos se han movido con seguridad y son cálidos. Cuando ha acabado la miro y le digo:
-Gracias. Kate.
Por algún motivo, mis palabras parecen sorprenderla. Levanta la cabeza y nuestras miradas se cruzan. Es un momento cargado de intensidad, y bien podríamos ser novios en una cita secreta. Pero semejante idea es sólo obra de mi viva imaginación; aunque ya me gustaría que no lo fuera, claro.
Entonces la sensación se hace más profunda, como si sus ojos y su mente hubieran hallado un camino secreto hacia el interior de mi cerebro. Reconozco el zumbido. Es la misma sensación que he tenido en clase, cuando he notado que algo me sondeaba. Me estremezco y grito:
-¡Demonios! ¿Qué pasa?
Ella se aparta y vuelve a subir por la empinada vereda.
-¡Eh! -la llamo y la alcanzo corriendo porque necesito una respuesta-. Así que... ¿Sabes lo que ha sucedido antes... ?
-Claro -responde sin dejar de caminar y mirando al frente. Lo ha dicho con tanta despreocupación que la cabeza me da vueltas mientras añade- ¿Y tú que opinas que ha sido? ¿No lo sabes?
-Si lo supiera, ¿crees que te lo preguntaría? -digo casi a voz en grito.
Sonríe como si estuviera jugando conmigo.
-Dime, ¿qué supones que ha pasado?

Me esta poniendo a prueba. Percibo el reto en el tono de su voz y no me gusta que me desafíen. Tengo una serie de principios e intento vivir de acuerdo con ellos, pero, a veces, los desafíos me obligan a saltármelos.
-No tengo ni la menor idea. Solo sé que se aparta de todas las reglas.
Ella sigue caminando, pero aminora un poco el paso y, aunque no se lo diga, me resulta un alivio porque empiezo a tener las piernas cansadas.
-¿Qué reglas? -pregunta.
-No sé... Las reglas que rigen la rutina de cada día.
-¿Siempre sigues las reglas, Jarrod? ¿En todos los aspectos de tu vida?
No tengo que pensar demasiado antes de responder. Claro que no las sigo. Quizá por eso sueño siempre con tener una vida ordenada. El tipo de vida que nunca he tenido. Como no contesto, continúa:
-¿Sabes?; tiene gracia.
Aunque lo intento, no veo la gracia por ninguna parte. La sensación de que alguien fisgoneaba en mi cabeza era imaginaria. Estoy empezando a pensar que puede que Kate atraiga los malos rollos o que incluso este un poco chiflada.
-¿El qué?
-Que no te des cuenta de lo que te ocurre.
-Interesante observación. Sigue.
Pero no sigue. Me mira fijamente, imperturbable. Quiero apartar la vista, pero no puedo y veo que levanta las manos con las palmas hacia arriba.
-¿No te das cuenta? Tu poder. Tienes un enorme poder.
Me quedo mirándola, sin entender ni una palabra de lo que dice.
-En tu interior -prosigue al tiempo que me golpea en el pecho con un dedo-. Lo noto, lo percibo. Y sé de lo que hablo.
-Tú eres un poco rarita, ¿no? -Me llevo el índice a la sien y lo hago girar.
Ella resopla y gruñe. Lo único que le falta es patear el suelo. Da media vuelta y echa a caminar, así que tengo que apresurarme para no perderla, mientras hago caso omiso del dolor que me recorre el brazo.
-Lo siento -mascullo. pero se encoge de hombros.
-No pasa nada. No eres el primero que me dice eso.
-Ah, ¿no?
Se vuelve y sonríe.
-¡Que tonto eres!
-¿Sabes?, no eres la primera que me dice eso.
La sonrisa se le agranda y le brillan los ojos. De golpe, me siento mejor. Solo quiero que siga hablando. Me gusta el sonido de su voz y como mueve los labios, así que intento encontrar un terreno de conversación donde no pueda meter la pata.
-¿Y a que se dedica tu abuela?
La respuesta me coge desprevenido.
-Es bruja.
Lo primero que pienso es que está bromeando. Me refiero a que debe de tratarse de una broma, a pesar de que hay algo que no encaja. Por ejemplo, no se ha reído lo mas mínimo.
-Ya veo –respondo, tratando de intuir por donde va.
-Por favor, no repitas a nadie lo que te he dicho. No debería haberlo hecho, pero es que... tú también eres diferente.
Me esta tomando el pelo y tiene un extraño sentido del humor, pero puedo manejar la situación.
-¡Ah! Vale. Magia negra y todo eso.
Oigo como suspira. Genial, la estoy poniendo furiosa.
-No, Jarrod, negra jamás -me dice con cara de preocupación- Por lo menos; no en el sentido tradicional del termino
Sigo mirándola mientras añade:
-Jillian nunca haría nada que pudiera dañar a una persona. En eso es tajante. Toda su magia es buena. Mi abuela cura.
Entonces sé que habla en serio y se me pone tal expresión de asno que ella se apresura a aclararme la situación.

-Escucha. En circunstancias normales, nunca te habría dicho una sola palabra. No suelo alentar los rumores. pero creo que tú también tienes el don, aunque sospecho que no eres consciente de él. Y si te he asustado, lo siento, pero debes entenderlo: un poder tan fuerte como el tuyo puede ser peligroso. Eso de hacer que cambie el tiempo es... -Duda un instante, mientras sopesa las palabras, y tengo la impresión de que no busca la explicación mas ajustada, sino expresarlo sin parecer aún mas chiflada- Mira – añade, y me sorprende ver que se ruboriza-. lo que tú has hecho hoy es algo que solo está al alcance de los hechiceros, no de la gente normal como nosotros. ¿Entiendes lo que quiero decir?
Tengo la mirada fija y la boca abierta, y me pregunto si de verdad me esta soltando todo este rollo. Entonces decido averiguar hasta donde está dispuesta a confesar.
-Así pues ¿tú y tu abuela sois... brujas?
Ella se toma su tiempo para contestarme, como si estuviera escogiendo las palabras.
-Si, supongo que podrías llamarlo así.
-Pues Jillian y Kate no me parecen nombres de brujas.
-¿Ah, no? ¿Y qué esperabas?
-No lo sé. Quizá Leticia...
Frunce el entrecejo, pero noto que se le escapa una sonrisa.
-¿Leticia? ¿De donde lo has sacado, de una tumba o así?
-Era el nombre de mi abuela.
-¡Oh!
-Si, he incluso tenía aspecto de bruja.
-Puede que lo fuera.
-¡Demonios, no! Ni por un momento. Además, la brujería no existe.
-Si que existe -replica ella suavemente.
-Ni hablar. Nunca me convencerás. Porque...
-¿Porque no sigue las reglas...?
-Al menos, las mías no. Eso lo tengo claro.
-Mira, Jarrod, he visto lo que eres capaz de hacer con tu don, y si no estas entrenado para hacer buen uso de el, puedes acabar haciéndole daño a alguien. Échale una ojeada a tu brazo. ¿Dónde estarías ahora si el cristal te hubiera alcanzado en la garganta?
Me miro la herida. La venda se ha vuelto a caer, pero el corte ya no sangra. por lo que deduzco que no voy a caer fulminado a los pies de esta chica tan rara y que tampoco voy a necesitar una transfusión. Es igual. Ya se ha divertido bastante a mi costa.
-¿Qué pretendes decirme? ¿Que yo he sido el causante de la tormenta?
Ella asiente y sonríe, visiblemente aliviada.
Entonces me convenzo del todo y la certeza me golpea de pleno. Es una lástima porque me siento atraído por ella como nunca me había sucedido, pero es un mal asunto porque esta como una cabra. No hay otra explicación. Empiezo a caminar hacia atrás por el desierto sendero, ganando velocidad a cada paso a la vez que le digo:
-Me parece que prefiero arriesgarme con los de la enfermería.
-¡Jesús, te he asustado!
Sigo andando y oigo que murmura algo. No puedo estar seguro, pero creo que ha dicho: "Y eso que no ha sido nada".» Corre hasta mí, me toma del brazo con dulzura y, de repente, me siento como un muñeco abandonado que ella hubiera encontrado en la cuneta.
-Esta bien -me dice con dulzura-. No te preocupes. No debería haber sido tan brusca. Jillian se explica mucho mejor que yo. Ven conmigo, Jarrod, ya falta poco.
Dejo que me lleve. Es más fácil rendirse. Uno de mis principios establece que es mejor no montar numeritos siempre que sea posible, aunque reconozco que también me pica la curiosidad. Seguro que no esta tan mal de la olla como parece o, por lo menos, no será peligrosa. Debe de tener unos dieciséis años, igual que yo; está en mi clase y no creo que hoy en día dejen sueltos a los adolescentes perturbados. Para eso hay sitios especiales. ¿O no?

Kate

No he tardado nada en averiguar un montón de cosas acerca de Jarrod Thornton. La más temible es el hecho de que no tiene ni idea de que posee un talento especial. Me refiero a su don. También le falta confianza en sí mismo, y me pregunto por qué, que tipo de vida puede haberlo reducido hasta ese punto; sobre todo si tenemos en cuenta el enorme poder que atesora. No sé que pensara Jillian de todo esto.

Nosotras siempre hemos estado solas. Somos celosas guardianas de nuestra intimidad, excepto con Hannah, que, aunque no posee facultades especiales, está entusiasmada con nuestros poderes mágicos.

De mi madre sólo tuve noticias en una ocasión; una breve nota en la que contaba que por fin había encontrado la felicidad al lado de un padre de tres hijos ya mayorcitos y que vivía en Brisbane. Esto sucedió hace unos cuantos años, y la carta iba dirigida a Jillian, como si mi madre fuera incapaz de reconocer que estoy viva. Dudo que su pareja sepa de mi existencia. Eso me debería alegrar porque no quisiera abandonar Ashpeak o a Jillian. Sin embargo, a veces no puedo evitar preguntarme que razones puede tener mi madre para no querer saber nada de mí.

Jillian también fue una madre soltera, pero raras veces habla de ello. Lo único que sé es que su familia la rechazó cuando se enteró de que estaba embarazada. Entonces se lió con un artista, pero este tenía tan mal carácter que tuvo que dejarlo. Luego, estuvo con un par de tipos que no pasaban de ser unos simples aspirantes a brujos y que se dedicaban a predecir el futuro, a celebrar sesiones de espiritismo, preparar conjuros y esas cosas. No eran buenos y se ganaban la vida timando a los incautos. En una ocasión, le dieron un disgusto de muerte a una pobre vieja, que pretendía establecer contacto con su difunto esposo, cuando le dijeron que el alma del marido vagaba en pena y que se sentía tan desgraciado sin ella que no podía descansar en paz. Unos días mas tarde, Jillian descubrió que la infeliz había ingerido una sobredosis de somníferos y que se hallaba en estado de coma irreversible. La tragedia convenció a Jillian de que debía separarse de aquella pareja de incompetentes y establecerse por su cuenta. Fue la mejor idea que pudo tener. Puso en pie su primer negocio vendiendo sus habilidades: hierbas, incienso, cristales y cosas por el estilo. Trabajo mucho, ahorro y. en estos momentos, es la propietaria de El Bosque de Cristal.

Por mi parte, nunca le he pedido que me explique más de lo que está dispuesta a contar. Intimidad y respeto, eso es, y funciona en ambas direcciones.

Acompaño a Jarrod por las últimas curvas del sendero que termina en nuestra propiedad. La casa es la única construcción a la vista. Hay otras desperdigadas por la falda de la montaña, pero en este lugar sólo estamos Jillian y yo. Ella lo quiere así, y a mí me parece bien.

Es una pequeña edificación de madera con la base de ladrillo, tiene un tejado a dos aguas y un viejo garaje adosado. La mitad inferior de la fachada sirve como escaparate de la tienda y, desde fuera, se pueden ver a través de los cristales las baratijas que relucen al sol de mediodía. En la parte de atrás están las habitaciones de Jillian, la cocina-sala de estar y un baño. Mi dormitorio ocupa todo el piso superior. Me encanta, aunque sea pequeño y abuhardillado y solo pueda ponerme completamente de pie en la parte central. Es tranquilo, y por la noche se oyen todos los sonidos del bosque y me hacen compañía.

De repente, me pregunto que pensara Jarrod de nuestro hogar. Seguro que le parece extraño, pero prefiero no volver a sondearle la mente, solo consigo asustarlo. Tampoco parece muy receptivo a las novedades. Lo aterroriza todo lo que no entiende o lo que se aparta de sus reglas. Tendré que advertirle a Jillian que vaya con cuidado.

Abro la puerta principal y hago pasar a Jarrod mientras suenan las campanillas. Jillian esta en la parte trasera. pero enseguida aparece bajo el dintel arqueado para atender a los posibles clientes. Le sonrío. Aunque no es frecuente que me presente a estas horas, puesto que debería estar en el colegio, sé que no se enfadara. Así es su carácter: no suele hacer juicios precipitados.

Pero mi sonrisa se borra de inmediato. Nada más ver a Jarrod, Jillian se ha quedado boquiabierta y una expresión de incredulidad se le ha dibujado en el rostro, nos acercamos y, entonces, los ojos se le agrandan como platos. Tiene un aspecto cómico, pero no me río en absoluto. Algo va mal. Luego, busca frenéticamente las gafas en el bolsillo de sus vaqueros, se las pone y empieza a gritar.

Sus gritos suben de tono, y percibo que los animales del bosque huyen en desbandada. No entiendo la reacción de Jillian. Esta balbuceando algo ininteligible acerca del diablo o algo

parecido; me resulta imposible entenderla. Al final, se calla, pero su respiración sigue siendo entrecortada, y mantiene una mano sobre su agitado pecho.
Está claro que hoy es el día de las sorpresas: primero, la tormenta en el laboratorio; luego, Jillian que pierde el control. Esto ultimo es tan impropio de ella que me quedo allí plantada, sin saber que hacer. Lentamente me aparto para mirar a Jarrod. Ha sido justo lo que faltaba. ¡Pensará que somos un par de chifladas! Como no podía ser de otra manera, lo lleva escrito en la cara: incredulidad, sorpresa e incluso miedo a que le hagan daño. Semejante falta de carácter me pone de los nervios. ¿Dónde esta su entereza? ¿Acaso no se da cuenta de que Jillian está alterada?
-¿Qué te pasa? -pregunto.
-Serpientes. He visto serpientes -contesta señalando a Jarrod con una mano temblorosa.
Las cejas del muchacho se arquean en un gesto de incredulidad.
-¿En él? -pregunto.
Ella asiente mientras respira agitadamente.
-Una visión. Tiene que haber sido una visión, pero ya han desaparecido. –A regañadientes, Jillian aparta la vista de Jarrod y me mira a los ojos-. Había al menos veinte y le cubrían todo el torso. Eran verdes y viscosas, y se le deslizaban por los hombros, la cabeza y entre el pelo.
-¿Qué puede significar?
Estoy convencida de que dice la verdad.
-No lo sé, cariño - responde Jillian, que se estremece y se guarda las gafas-. Las serpientes son seres viles que suelen indicar la presencia de lo diabólico.
-Bueno, nos acabamos de conocer, pero no he detectado nada maligno en él. -Lo pienso detenidamente y añado- ¡Bah! No, en absoluto. Al contrario, es mas como... -me encojo de hombros mientras varias imágenes me recorren el subconsciente- como un cachorrillo.
-Me disculpareis... -La placida voz de Jarrod nos interrumpe-. Todo esto debe de ser muy divertido y, si consigo recobrar el sentido del humor, cosa que puede que tarde unos veinte años en suceder, estoy convencido de que me reiré muchísimo. No obstante, me conformare por el momento con una tirita. Ya sabéis lo que es, ¿verdad?
Maravilloso. Esta claro lo que intenta, pero hago caso omiso de sus prisas por escapar y trato de ir más allá de su escepticismo y creciente miedo.
-Espera un momento, Jarrod, deja que te lo explique.
Él se ajusta las gafas y hace un gesto negativo con la cabeza.
-No creo que quiera escucharlo. No te ofendas pero... este no es mi terreno. ¿Quieres saber la verdad? Me horripilan las serpientes. Una vez se metieron en mi cama. -Todo el cuerpo se le estremece-. No quiero saber nada de esos bichos, nunca jamás.
Se da la vuelta, pero yo me interpongo entre él y la salida.
-Al menos, ya que estás aquí, permite que te curemos el brazo. Es lo mínimo que podemos hacer.
-Creo que lo mínimo que podíais hacer ya lo habéis hecho, por lo menos en lo que a mi salud mental se refiere. Ahora. Déjame pasar o te prometo que saldré por la puerta aunque sea contigo por delante.
De pronto, una brisa empieza a soplar y agita las campanillas y los artilugios de la tienda. Me da en el rostro y me revuelve el cabello. Es una sensación estupenda. No esta cargada de ira, como antes, en el laboratorio. Este viento es mágico, dócil, como música. Me gustaría compartirlo con Jarrod, porque él lo ha creado, estoy segura. Es una corriente tan hermosa que me entrego y empiezo a moverme con ella, a través de ella, dentro de ella...
Casi me he olvidado de Jarrod y de sus prisas por marcharse, pero el también ha notado la brisa y me mira con extrañeza. con la cabeza inclinada y una expresión de interés en el rostro, como si sintiera curiosidad a su pesar.
-¡Que maravilla! -exclama Jillian, que acaba de regresar con un cargamento de vendas y hierbas antisépticas-. Si eres tan amable de sentarte un momento... Te llamas Jarrod, ¿verdad?
Él asiente y, olvidando momentáneamente sus prisas, se acomoda en el taburete que Jillian le indica. Veo que observa la quietud de los árboles del bosque a través de la ventana y que se pregunta como puede ser que esté soplando una brisa dentro cuando fuera no se mueve una hoja. Me parece bien que se lo plantee y le permito que siga sin leerle los pensamientos. He aprendido que con él no hay que ir demasiado deprisa.
El viento cesa tan pronto como una gota de desinfectante le cae en la herida.
-¡Eh! ¿Qué demonios es esto?

-Tintura de San Pedro. Es un estupendo antiséptico, anti-inflamatorio y sedante -le responde Jillian, que por fin parece que se ha recobrado de la visión.
-¿Y no puedes usar uno normal? -pregunta con sarcasmo-. Este escuece más que cualquiera de los que venden en el súper.
Jillian se afana, pero veo que los dedos todavía le tiemblan un poco. La resaca de la visión.
-Así... El corte no es demasiado profundo. -Junta la piel allí donde esta más abierta y aplica tres grapas adhesivas-.Ya está. No creo que necesites puntos -añade, ya completamente tranquila-¿Estás vacunado contra el tétanos?
-¿Cómo...? ¡Oh, sí, claro! -asiente mientras alza la vista y sus mejillas recobran el color-. No te preocupes.
-Bien -responde Jillian distraídamente al tiempo que termina de ponerle una venda limpia-. Esto ya está, pero consulta con el médico si la cosa se enfada.
-¿«Enfadarse»? -pregunta Jarrod, confundido.
-Si, si se pone rojo o se irrita -contesto yo, que he visto a Jillian hacer lo mismo cientos de veces.
Los vecinos conocen sus habilidades y, como desde aquí se tarda casi media hora en llegar al hospital y a veces hasta días en conseguir hora con el médico, suelen acercarse cuando han sufrido un pequeño accidente. Pero Jillian no cura sólo a las personas, sino también a los animales del bosque. Los cuida hasta que se reponen y luego los suelta. No es infrecuente que algún vecino aparezca o llame en plena noche con una zarigüeya o un koala que ha encontrado heridos en la cuneta.
Aparentemente satisfecho con mis explicaciones y con la cura de su herida, Jarrod se deja llevar por la curiosidad, olvida sus temores y se pone a husmear los cachivaches para turistas que llenan la tienda: cristales, aceites, abalorios, libros new age.... Entre tanto, Jillian me lleva a un aparte y yo le cuento en pocas palabras lo que ha sucedido esta mañana en el laboratorio. Me escucha atentamente, asintiendo de vez en cuando.
-Parece tan amable y, sin embargo... -susurra-, percibo más cosas. Tiene un aura impresionante.
-Está lleno de poder, Jillian. Lo sé, lo he notado.
-Me extraña que no se haya dado cuenta, Kate. Los que nacen con talentos sobrenaturales, o se dan cuenta muy pronto o no los perciben jamás, de modo que estos pueden desarrollarse, como en tu caso, o permanecer latentes para siempre. Los infortunados que no se percatan enseguida del poder que tienen no suelen descubrirlo en toda la vida. Es algo que he visto en muchas ocasiones: con solo unos meses, la hija de Denise Hiller solía descolgar el teléfono cada vez que alguien iba a llamarlos. La gente se quejaba de que siempre comunicaba y la situación llegó a molestar tanto a Denise que empezó a echarle broncas a su hija hasta que esta aprendió que lo que hacia no estaba bien. Hoy en día, ya es mayor, pero no puede volver a utilizar su poder. Solo puede aprovecharse de un increíble sexto sentido, eso es todo. A pesar de que hemos intentado recuperarlo, ha perdido ese talento para siempre.
-Pues el poder de Jarrod es inmenso, y él no sabe que lo tiene.
-Eso es extraño. Es como si algo lo hubiera activado.
Intento seguir su razonamiento.
-¿Crees que hay alguna razón para que surja ahora?
-No lo sé, Kate. Solo estoy haciendo conjeturas.
Lo medito unos momentos, pero hay cosas que no encajan.
-Si el poder de Jarrod es tan grande que incluso puede manipular el clima y no sabe como controlarlo, puede suceder cualquier cosa. Ha estado a punto de destruir el laboratorio, y suerte que nadie mas ha resultado herido.
-Debes bucear en su pasado, a ver que encuentras. Un poder descontrolado puede causar grandes daños, pero has de ir con cuidado, Kate, tiene un aspecto bastante vulnerable.
Está claro que está usando un eufemismo, porque Jarrod parece un pusilánime.
Dejamos de murmurar cuando se nos acerca. Luego, le da las gracias a Jillian y ambos salimos afuera. Sin embargo, ni siquiera la brillante luz del cielo puede amortiguar el destello de la advertencia de Jillian, que aún me resuena en los oídos.

Jarrod

-No tiene mucho sentido que volvamos al colegio ahora.

Yo la miro. Tiene que estar bromeando. Estamos aquí, delante de la tienda para «colgados» de su abuela, en medio de la nada. Miro mi reloj. Las once de la mañana.

-Puede que a ti no te importe, pero no quiero que me castiguen el primer día de clase.

-Es que quiero enseñarte algo.

-Lo siento, pero no. Otro día.

«O mejor nunca», añado para mis adentros.

Echo a andar camino abajo, pero tengo la impresión de que no voy lo bastante deprisa. Kate es una tía muy rara. por no hablar de su abuela. Esta claro de donde le viene. La pobre no ha tenido la más mínima oportunidad. Lo lleva en los genes.

-No está lejos -insiste. Es una lianta-. Vamos, Jarrod, dame una oportunidad. Me gustaría compensarte por lo de hace un rato con Jillian... Ya sabes... -se encoge de hombros-, lo de las serpientes...

Reconozco que la reacción de su abuela me ha afectado más que la tormenta en el laboratorio. Por lo menos, de esa sólo guardo un vago recuerdo.

-Olvídalo -digo tratando de aparentar indiferencia.

-El sitio te entusiasmará. Esta encantado.

-¿Encantado? Ah, claro, ya entiendo.

Ella se percata de su error y arruga la nariz.

-No. No quería decir que... Ya sabes, no en sentido mágico. Es solo un sitio agradable.

-Hummm. -Me mantengo en mis trece. Por hoy ya he tenido bastante mal rollo con la magia. Pero no se da por vencida.

-Escucha, ese sitio es muy especial. Además, apuesto a que todavía no has ido por la montaña.

Esta en lo cierto, porque mi familia y yo acabamos de llegar y he pasado la mayor parte del tiempo arreglando las cosas de casa para que mi padre se encuentre cómodo y pueda desplazarse sin dificultad con las muletas.

-¿Y qué más da?

Entonces me toma del brazo. Sus dedos son firmes y cálidos. La miro a la cara. Es un poco más baja que yo, y sus ojos, entre azul y gris, reflejan la luz del sol mientras en el rostro le aparece de nuevo esa increíble sonrisa. Me tira del codo, y yo, sin pensarlo dos veces, me adentro con ella en la espesura.

-Eres un peligro.

Se echa a reír, pero no me contesta; y durante los siguientes veinte minutos no intercambiamos palabra. Mientras, nos abrimos paso entre una maraña dc lianas y árboles podridos y medio caídos que seguramente sirven de refugio a solo Dios sabe que fauna salvaje. Repaso mentalmente las distintas criaturas que tal vez se estén aferrando en este mismo momento a mis zapatos, buscando cualquier centímetro de mi vulnerable pellejo: garrapatas, sanguijuelas o... ¡serpientes!

Finalmente llegamos, y tengo que admitir que la belleza y serenidad del lugar son asombrosas. Hay un pequeño arroyo, que desciende por unos peñascos, y es tan cristalino que se pueden distinguir todos y cada uno de los cantos rodados que hay bajo la superficie. En la orilla opuesta, una amplia extensión de verdes y altos helechos se mece con el susurro de una suave brisa.

-Bien, ¿qué te parece?

Está a mi lado, mirando orgullosamente el paisaje, como si ella en persona lo hubiera dispuesto de esa manera.

Cojo una piedra de la orilla, la lanzo con la intención de que rebote varias veces en el agua, v se hunde a la primera.

-Bien -comento.

Kate frunce el entrecejo, decepcionada, pero yo estoy cansado de esforzarme para ser simpático.

-¿Eso es todo lo que se te ocurre, «bien»?

Me siento en un tronco caído y me quito los zapatos en busca de sanguijuelas.

-Vale. Muy bien.

Se deja caer a mi lado con un gruñido, como si mi respuesta fuera lo máximo que pudiera soportar.

-Lamento que Jillian perdiera los papeles de ese modo. No lo creerás, pero es famosa en la zona por su actitud tolerante y porque sabe mantener la calma en los momentos de tensión. A veces puede que parezca algo ensimismada, pero es su forma de ser. Es inteligente. adora la naturaleza

y es una estupenda bru... -Afortunadamente se interrumpe. Luego, añade- Ella me crió cuando yo nací y mi madre se largo.
Hace un gesto, como si el rechazo materno ya no la afectara, pero no necesito poderes psíquicos para ver que no es así. Poco a poco, el ataque de histeria de Jillian se va desvaneciendo en una parte remota de mi memoria.
-Mira, déjalo estar. Tampoco ha tenido tanta importancia.
Nos quedamos en silencio un rato, mientras disfrutamos de lo que nos rodea: el agua sobre las rocas, la brisa que juguetea con las plantas y los millones de hojas de eucalipto, el olor de la tierra y el musgo...
Kate está a mi lado, con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados, en comunión con el lugar y a gusto consigo misma. De repente, la envidio. Esta montaña es su hogar y probablemente lo haya sido durante toda su vida; el bosque son sus raíces y lo adora. Es todo lo que yo nunca he tenido la oportunidad de disfrutar: un lugar al que poder llamar «mi hogar»; un grupo de personas a las que pueda llamar «amigos»...
-Así que, allí arriba. ¿sólo estáis tu abuela y tú?
Por un instante me pregunto si no pensara que me meto donde no me llaman, pero Kate se limita a encogerse de hombros.
-Sí. No tengo idea de quién es mi padre. No sé ni como se llama.
-Vaya, eso es duro. Podría ser cualquiera. ¿No tienes una pista?
-¿ Quién dice que quiera tenerla? -contesta a la defensiva.
Mira hacia otro lado, pero noto que sus ojos se han nublado. Cuando vuelve a hablar, su voz es suave.
-Sé que había acampado aquí, en el bosque. Así conoció a mi madre. Ella solía venir por aquí. Se sentaba, cerraba los ojos y soñaba con que algún día viviría en una gran ciudad. Nunca le gusto la montaña.
-¿Qué ocurrió?
-Él acababa de terminar los exámenes para entrar en la universidad y vino para descansar, pero se tropezó con unas ortigas venenosas y mi madre se ocupo de él. Y se ocupo más de lo normal.
-¿Crees que se enamoraron?
Sus ojos cambian, como si se hubiera deslizado hacia el pasado y estuviera viendo a sus padres, tal como eran hace años, como jóvenes amantes que se citan en el bosque.
-¡Que sé yo! ¿Pueden dos personas enamorarse en tan poco tiempo? Solo estuvieron juntos un par de días.
Entonces, como si fuera un bombazo, la verdad me golpea de lleno y comprendo por que este sitio es tan especial para Kate.
-Sucedió aquí, ¿no? -No me contesta, pero sube los hombros ligeramente-. Aquí es donde tu padre acampo.... donde él y tu madre...
-Si, vale, ¿y qué?
Se ha vuelto a poner en guardia.
-Nada. Lo siento... No pretendía...
Me observa con unos ojos que son como dagas, y se me secan las palabras en la boca.
-Dime, ¿por qué os habéis trasladado tú y tu familia? -pregunta, cambiando de conversación-. A pesar de que este lugar me entusiasma, reconozco que a veces no resulta agradable; sobre todo en invierno. Por aquí nieva, ¿sabes?; y hay días en los que el viento se te mete dentro de la ropa. Las mañanas ya están empezando a ser frías. El invierno se acerca deprisa este año.
Pienso que tiene derecho a su intimidad; es evidente que el pasado le resulta doloroso. Bueno, a mí el mío también. Por lo menos tenemos eso en común.
-Mi padre tuvo un accidente y se destrozo la pierna. Esta tan deprimido que mi madre pensó que le convendría un sitio tranquilo como este.
Ella asiente con la cabeza, como si estuviera de acuerdo.
-¿Qué paso? Me refiero al accidente.
-Se estaba lavando las manos en el garaje, donde había estado reparando un viejo tractor y, sin que se diera cuenta, se le cayo el jabón. Cuando regreso patino con la pastilla, se apoyo en una estantería metálica y se le volcó encima.
-¡Ay!

-Sí. Le fracturó la pierna por varios sitios y le afecto de manera permanente los músculos y los ligamentos.
Los almendrados ojos de Kate se abren desmesuradamente y sus labios dibujan una mueca.
-¡Que espanto!
-Si. Así es como lo llamaron: «Un accidente espantoso» -Entonces se me ocurre que estará pensando en como me he caído del taburete esta mañana, y añado- No hace falta que me lo digas, ya lo sé. La torpeza también es hereditaria.
-No iba a decir eso.
-Si, claro -replico en voz baja.
-Entonces han de ser frecuentes.
-¿El qué?
-Los accidentes en tu familia.
No le digo que la mala suerte nos ha perseguido como una maldición. Me limito a encogerme de hombros.
-Si, nos hemos roto algunos huesos.
-¿De veras? ¿,Cuantos? -pregunta, sorprendida.
-Oh, no lo sé. Quizá siete u ocho. Puede que diez.
-¿Cuantos dices?
-Si. Tuvimos un accidente de coche. Mi madre se rompió tres costillas y un brazo y se hizo una fisura en la clavícula. Casey, mi hermano pequeño, se rompió el codo cuando se cayó de un columpio, a los seis años. Yo solo tenía cuatro cuando me caí de mi litera y me rompí la pierna por dos sitios; tres años mas tarde, me fracture la cadera saltando una valla en un parque. Y hace poco ha ocurrido lo de mi padre, aunque técnicamente no sea una fractura.
Me mira con expresión de incredulidad.
-Yo nunca me he roto nada.
-Eso es porque tienes suerte.
-¿Hay algún otro accidente del que te acuerdes?
Me revuelvo el pelo, lo cual es algo que suelo hacer cuando me presionan. No quiero contarle a Kate que mi familia se ha arruinado o lo del incendio que devastó el departamento de Arte del ultimo colegio al que fui. No tuve nada que ver con ello; simplemente yo era el único alumno que se había quedado a terminar un trabajo cuando una explosión de gas hizo que tres aulas saltaran por los aires. Tuve suerte. Escape por cuestión de segundos gracias a que me entraron ganas de ir al lavabo.
Pero ella es perspicaz y tengo la impresión de que puede leer a través de mis palabras.
-Vamos, ¡suéltalo ya! -exclama, dándome un empujón amistoso.
-Esta bien. Vale. -La agarro por la muñeca para que deje de zarandearme, pero no se la suelto. Me gusta su contacto-. Hubo una inundaci6n que se llevo por delante la casa que teníamos alquilada.
-¿En serio? ¿Hubo algún herido?
-No, pero casi. Los servicios de salvamento nos ayudaron a escapar y nos evacuaron, pero mi madre se empeño en rescatar un viejo álbum de fotos y por poco se la lleva la riada.
-Parece que hay mucha gente que dice lo mismo: que salvarían sus fotos, pero yo no, yo salvaría... --Sus ojos me observan brevemente y, enseguida, vuelve a mirar el arroyo-. No importa. ¿Vivís cerca de un río o algo así?
-Claro, pero era solo un riachuelo. Cogió desprevenido a todo el pueblo.
Ella mueve la cabeza en actitud comprensiva. A mí me sorprende haber contado todo eso. Nunca he sido tan franco con nadie acerca de las desgracias de mi familia, pero, con Kate, las palabras fluyen solas, mejor dicho, me salen como un torrente.
-¿Y lo perdisteis todo? -pregunta-. ¿Todo salvo las fotos?
-Salvo las fotos y el preciado libro de mi padre donde tiene a toda la familia Thornton -explico-. Daría la vida por él. Fue lo primero que quiso salvar. Se ha pasado más de veinte años trabajando en él, reconstruyendo el árbol genealógico de la familia y remontándose hasta la Edad Media, hasta el mil doscientos, creo, en Inglaterra. Los Thornton fueron unos de los primeros que levantaron un Castillo. El castillo sigue en pie, pero ya no pertenece a la familia, porque lo perdimos no sé cuándo. De todas maneras, ya no es el mismo. Lo han reconstruido con ladrillos y le han puesto habitaciones con baño y todo eso.
Parece muy impresionada y me mira con grandes ojos.

-¿Bromeas? ¿Has estado allí?
-No, pero he visto fotos.
-Dios mío, Jarrod, es increíble. Me encantaría ver el libro de tu padre. Mi familia es tan pequeña... Todo lo que sé es que mi madre se largó a Brisbane y que Jillian fue madre soltera. Punto.
Oír eso me sienta como una patada y noto como aparta su mano de la mía. No me gusta, pero la dejo hacer. Aquí estoy yo, pensando en lo afortunada que es por tener un hogar estable, por haber vivido siempre en el mismo sitio, y, sin embargo, puede que su situación no sea muy distinta de la mía. Puede que yo no este tan arraigado en esta montaña, pero, por contra, ella no tiene antepasados. Ni siquiera conoce a sus padres. De repente, siento la urgencia de compartir la historia de mi familia con Kate.
-Si quieres puedo traer el libro un día de estos.
-Me gustaría mucho.
Me resulta difícil creer lo normal que puede parecer cuando no esta hablando de magia y cosas por el estilo, pero tengo la certeza de que no va a durar. Me levanto con la intención de regresar al colegio, pero ella vuelve a la carga.
-¿Sabes? Puede que sobre tu familia pese un hechizo.
-No lo creo -respondo, levantando los ojos hacia el cielo ante lo absurdo de la ocurrencia.
En cambio, su entusiasmo le aviva la imaginación, se sube a un tronco caído, como si su nueva estatura fuera a darle mas credibilidad a su descabellada teoría, y se pone a gesticular.
-Piensa en ello, en todos esos accidentes y en tus... Sí, en tus poderes. Seguro que el hechizo tiene algo que ver, -Chasquea los dedos como si se le hubiera ocurrido de repente-. Puede que tu subconsciente lo haya desencadenado...
No puedo más, así que me vuelvo por donde hemos venido.
-No insistas, Kate, o estropearás la mañana.
Salta al suelo y corre tras de mí, absorta en sus chifladuras.
-Creo que tus poderes pueden estar aumentando por algún motivo. Quizá el hechizo se esté haciendo más poderoso.
-No recuerdo que haya hablado nunca de un hechizo.
-Mira, la situación de tu padre es seria, no se trata de un simple hueso roto. -Me agarra por el brazo y me obliga a darme la vuelta. Su fuerza me sorprende- ¿Es que estás ciego?
Con fuerza o sin ella, ya he oído bastantes tonterías, así que me zafo de su presa.
-Por favor, ya basta. Es mala suerte, sólo mala suerte. Nada más, y yo no tengo ninguno de esos poderes de los que hablas. ¡Es absurdo! Déjame en paz. Solo quiero ser un tío normal, como todo el mundo.
-¿Ah, sí? ¿Y qué crees que quiero ser yo? ¿Crees que no me gustaría ser normal, igual que los demás? ¿Crees que me gusta tener que vivir con «esto»?
Me quedo mirándola. ¿Que está diciendo?
-¿Tú? -pregunto.
-Sí. Yo también tengo poderes -afirma en voz tan baja que apenas puedo oírla-. La verdad es que no son gran cosa, al menos no tanto como me gustaría, pero puedo hacer alguna cosilla, conjuros y eso... Ya sabes: apagar la radio desde el otro extremo de la habitación, hacer que las manecillas del reloj corran más deprisa de lo normal. Ese tipo de cosas. Pero lo que me sale mejor es lo de meterme en la cabeza de la gente.
Eso ya es demasiado.
-¿Me estas diciendo que puedes leer el pensamiento?
-No, no es tan fuerte; aunque no será porque no lo haya intentado con Jillian y Hannah. Lo que puedo es captar las emociones. Soy capaz de decirte si una persona esta enfadada, triste o asustada aunque no manifieste sus sentimientos.
-Muy interesante -contesto con sarcasmo, mientras experimento una súbita necesidad de huir a toda prisa.
Siento que debo escapar de este bosque, de Kate, de todo lo que dice... Echo a correr, saltando y apartando la maleza, con la esperanza de haber tornado la dirección correcta.
-¡Esta mañana me he metido en tu cabeza, Jarrod Thornton! -grita desde lejos.
No me detengo hasta que llego a la carretera. Bueno, no es el mismo sitio por donde nos adentramos en el bosque, pero, mientras haya conseguido salir de allí ¿a quién le importa? Por desgracia, tengo a Kate en los talones. Me vuelvo, decidido a quitármela de encima como sea.

-¡Eres una maldita chiflada, Kate como-te-llames!
-Me llamo Warren, ¡y que me zurzan si no lo has notado!
Intento recuperar el aliento entre jadeos. Lo que dice no puede ser cierto; solo quiere asustarme. Sé que mis palabras resultaran hirientes, pero no tengo mas remedio.
-Escúchame, Kate Warren: ¡estás como una regadera, cómo una maldita cabra, y deberían encerrarte antes de que hagas daño a alguien!
Reanudo mi carrera cuesta abajo. Sin embargo, no puedo correr lo bastante deprisa para escapar de sus lunáticas acusaciones, y sus palabras resuenan en mi cerebro, como si estuviera junto a mí, susurrándomelas al oído: «Con tus poderes fuera de control, puedes herir a alguien."
Sacudo la cabeza y miro a mi alrededor, pero no hay nadie. Sin embargo, juraría que era la voz de Kate. Se me ponen los pelos de punta y la carne de gallina. No puede haber sido ella, tiene que ser mi subconsciente, eso es todo.
«Puede suceder cualquier cosa.»
Su locura se me esta contagiando, así que me prometo hacer lo que sea (¡lo que haga falta!) para mantenerme alejado de esa chica. Averiguaré con quien se junta en el colegio y me las arreglare para ir con otro grupo, aunque sea el de Pecs, ¡Cualquier cosa será más segura que ir por ahí con ella!

Kate

El viernes estamos todos reunidos en el porche que hay delante de la cantina del colegio. Hannah y yo no la frecuentamos mucho. No hay ningún cartel que ponga «Sólo para guays», pero ni falta que hace. Todo el mundo sabe que esas mesas son su lugar de reunión favorito. Llueve, y un helado viento nos traspasa el uniforme. Ojalá me hubiera puesto la chaqueta y el jersey marrón de lana. La cantina es el único sitio del colegio donde nos podemos refugiar cuando hace mal tiempo. Se supone que es lo bastante grande para cobijarnos a todos, pero eso solo podría ocurrir si fuéramos ovejas en lugar de personas.

He tenido prácticamente toda la semana para pensar en Jarrod. No es que lo haya hecho por gusto, pero mi cerebro se niega a pensar en otra cosa. No he vuelto a encontrarme con él desde el día en que llegó al colegio; mejor dicho, ha sido él quien no ha querido encontrarse conmigo y se ha mantenido siempre a una prudente distancia. Así que, si eso es lo que quiere, no tengo mas remedio que aceptarlo. Sé por que se comporta así y por qué se ha juntado con ese grupo: no es sólo porque cree que estoy chalada; es que está muerto de miedo, aterrorizado con mis teorías acerca de la mala suerte de su familia.

-Parece que se ha adaptado bastante bien -me dice Hannah, mientras da pequeños sorbos a su chocolate-. Claro que. ¿por que no iba a ser así? -añade- estar bueno siempre ha sido importante para esa panda. Además, diría que esta nerviosillo, ¿tú que opinas?

En mi campo de visión está el brazo de Jarrod, despreocupadamente apoyado sobre los hombros de Jessica Palmer. Intento desviar la vista de sus dedos, que acarician rítmicamente el brazo de la chica, pero, por desgracia, de lo que no puedo apartar la mente es de la chillona voz de Jessica, que no deja de pavonearse mientras parlotea sobre el frío que tiene, a pesar de que lleva leotardos, un jersey y una chaqueta. Intento concentrarme en las palabras de mi amiga. ¿Jarrod, nerviosillo? Si, supongo que si, pero ¿expresar mis pensamientos en voz alta? De eso, ni hablar. Si Hannah descubriera mis verdaderos sentimientos, se pasaría los próximos diez siglos dándome la lata.

De repente, Jarrod se vuelve y me mira. Nuestros ojos se encuentran durante un instante que queda suspendido en el tiempo. Trago saliva, el timbre suena y, lentamente, regresamos a clase.

No he contestado a la pregunta de Hannah, pero mi amiga parece que ha interpretado mi silencio como un asentimiento.

-Me refiero a que parece tan torpe... -prosigue-. Las cosas se le caen constantemente. Como el otro día, con aquellos huevos crudos, en Tecnología de la Alimentación, ¡que desastre organizó! ¿Y qué me dices de lo de los pollos...? Se suponía que debía encerrarlos en las jaulas de la clase de Agricultura. Lo curioso es que todo eso hace que parezca aun más guapo, si es que eso es posible. Hasta las gafas le sientan bien.

Sus comentarios me ponen los nervios de punta.

-¡Oh, ya vale, Han!

-¡Eh! ¿Qué pasa contigo? – exclama, al tiempo que tira el vaso de plástico a una papelera.

Le lanzo una mirada que, de haber ido acompañada de los cánticos adecuados, le habría provocado una súbita erupción de acné en todo el rostro, pero me he equivocado, y ella se ha dado cuenta.

-¡Oh, Dios mío! -masculla con media sonrisa-. ¡Conque es eso! Te ha dado fuerte, ¿verdad?

-No sé de que me hablas -miento, pero es cierto.

Me ha dado fuerte, de lleno, como una obsesión. Y no me gusta sentirme vulnerable. ¡Jesús! Me paso el día pendiente de él, de lo que hace, de donde está, de con quien habla, de lo que estará pensando... Me está volviendo loca.

Formamos un grupo y entramos por el pasillo. Por lo menos, en clase estaremos calientes. Será lo único bueno.

Hannah se ríe ruidosamente, divertida por la sola idea de saber que estoy colada por Jarrod: y, para ser sincera, debo admitir que entiendo sus razones. Ese tío está fuera de mi alcance, ha sido aceptado por la elite. ¿Qué podría querer de mí? Si sus actuales colegas lo pillaran confraternizando con alguno de los «raros», como yo, lo expulsarían inmediatamente. Nadie habla con Hannah o conmigo a menos que sea imprescindible. Somos diferentes y no encajamos con las estrictas reglas sociales. Hannah es demasiado pobre. Sus agujereados zapatos, la estropeada mochila, el uniforme de segunda mano y la ropa usada que viste son elocuentes: nunca podría permitirse ir a la moda. Pero es que además va conmigo, con Cara de Miedo, como a Pecs le gusta

llamarme. Si, Hannah ha sido mi amiga desde primaria, cuando yo era la única que no se burlaba de su ropa prestada y pasada de moda ni hacia comentarios hirientes acerca de los escasos medios de su familia. Todo el mundo sabe que los Brelsford viven de la caridad. Cinco críos y un padre que se esfumó nada más nacer el más pequeño ha de ser duro.
-¡Coladita! -exclama, todavía riéndose.
Dado mi estado de ánimo, su comentario me resbala.
-Debo hacer algo para animarte -me dice, dándose la vuelta e incomodando a los demás, que han de apartarse para pasar porque buscan el calor del aula-. Vayamos a ver una película esta noche. Hoy es viernes.
El cine de aquí es una vieja iglesia anglicana acondicionada y que sólo proyecta tres sesiones a la semana: los viernes por la noche, los sábados y los domingos por la tarde.
Comentamos que dan una que va de un juicio a una bruja, en el siglo XVI, y nos echamos a reír.
-Olvídalo -decimos a la vez, y nuestra risa se transforma en una carcajada.
Al final, decidimos que iremos a tomar algo a La Heladería, un bar del pueblo. Mi humor ha mejorado y eso me ayudará a sobrellevar el día. El colegio de Ashpeak es tan pequeño que el antepenúltimo curso, veintisiete chavales, cabe en una sola clase; la única vez que nos dividimos es cuando se imparten las asignaturas optativas. Con la vida social ocurre algo parecido: el único sitio del pueblo que vale la pena es La Heladería. Sus propietarios son una familia italiana que lleva viviendo en la montaña mas tiempo que yo. El sitio tiene un ambiente muy de su país y el capuchino es estupendo; también es el único vínculo de Ashpeak con la cultura.
Quedamos en que nos encontraremos a las ocho, y me paso el resto del día preguntándome si Jarrod también se pasará por allí y si irá con Jessica Palmer. Jessica y Jarrod. Solo de pensarlo se me ponen los nervios de punta. Soy incapaz de concentrarme y al final tengo otro bajón. Naturalmente que irá y que llevara a Jessica. Ese grupo siempre se reúne en La Heladería. No hay otro sitio adonde ir.
Al final de la jornada, me he convencido de que la única razón por la que siento interés por Jarrod es porque me preocupa su bienestar. Al menos, aparte de lo que puede haber provocado con su innata torpeza, no ha sucedido nada anormal o inexplicable. Una de dos: o mantiene un férreo control sobre sus emociones o el pasado lunes metí la pata a lo grande, y él no tuvo nada que ver con la tormenta. En este momento, lo ocurrido parece que hubiera sido un sueño, aunque hayan tenido que improvisar un nuevo laboratorio en el bloque de Administración mientras duran las obras. Pero ¿y aquel viento en la tienda de Jillian? ¿Fue también cosa de mi imaginación?
Si Jarrod no tiene ningún don, entonces habré hecho el más espantoso de los ridículos y le habré dado a un desconocido munición suficiente para que consiga que todo el pueblo se ría en mis narices, y no digamos a mis espaldas. La posibilidad es preocupante, y solo de pensar en ella me sofoco como si hubiera metido la cabeza en un horno.
Resulta un alivio que las clases terminen. El helado viento del exterior me refresca, y me pongo a repasar todas y cada una de las estupideces que le dije a Jarrod, palabra por palabra.
Mientras camino hacia mi casa sé que, lo mire como lo mire, lo he estropeado todo.

Kate

La Heladería está abarrotada. Según parece, todo el mundo ha venido aquí. Todos menos Jarrod. Sin embargo, está Jessica Palmer en compañía de una ruidosa pandilla, en su mayoría chicos: Pecs, Ryan, Pete O'Donnell. Los de siempre. Me pregunto que habrá pasado con Tasha. Pecs tiene el brazo extendido sobre el respaldo del asiento de Jessica y de vez en cuando su mano se desliza hasta el hombro de ella y lo acaricia de manera repugnante.

Hannah se da cuenta de ese jugueteo.

-Mira eso -dice con tono de disgusto y señalando al grupo con un gesto de la cabeza.

Pecs y sus amigos ocupan dos mesas centrales, que han juntado. No va ser fácil hacer como si no estuvieran.

-¿Te has enterado? -prosigue- Dicen que Tasha le ha enseñado los dientes a Pecs.

Me quedo mirándola. Eso es una noticia bomba. Hannah tiene toda mi atención.

-Por lo que cuentan, le ha dado un ultimátum: o acepta a Jarrod en su pandilla o ya puede marcharse con viento fresco. ¿Lo puedes creer? Bajo el aspecto de matón de Pecs se esconde un gatito que besa los pies de Su Alteza. Y eso no es todo –añade de corrido- se rumorea que Tasha tiene a Jarrod loquito por sus huesos.

Tengo que hacer un esfuerzo para acordarme de respirar.

-Naturalmente, Jessica Palmer no dice una palabra. Sabe cual es su lugar -concluye mi amiga.

Intento asimilar toda esa información, y la imagen de Pecs convertido en una bola peluda arrodillado a los pies de Tasha casi hace que estalle en una carcajada. Eso demuestra quien manda aquí. Las feministas estarían encantadas, y supongo que Jarrod también. Sin embargo, aunque lo suyo con Tasha no es una sorpresa, me deja hecha polvo. Ha conseguido lo que deseaba desde el primer día: que lo aceptaran. Me di cuenta de la fuerza de su deseo nada más conocerlo, su ardiente necesidad de formar parte de un grupo. Se ha salido con la suya, porque son la pandilla más popular de todo el colegio. Jarrod lo ha conseguido.

Estamos sentadas en un rincón, en la mesa más alejada de la puerta. No frecuentamos el local, pero, cuando venimos, este es mi sitio favorito, semi-escondido tras la esquina de la barra, cerca de la cocina y fuera de la vista de la gente.

Creo que sé donde se encuentra Jarrod en este momento: en alguna parte con Tasha Daniels. Probablemente habrán ido antes al cine. Se me encoge el estomago cuando pienso que puede estar viendo lo que dan esta semana. Esa basura acerca de una bruja a la que queman en la hoguera.

Al cabo de media hora, entran ambos en La Heladería. Tasha menea las caderas mientras va de mesa en mesa. Sus largas piernas le dan un aspecto elegante, y lleva el pelo suelto sobre los hombros, de manera que se le ondula cada vez que vuelve la cabeza para asegurarse de que Jarrod le sigue los pasos. El pobre, lo mismo podría llevar una correa atada al cuello.

Hago un esfuerzo para apartar la mirada de la brillante, ajustada y roja minifalda de Tasha. Las medias negras hacen que esas piernas parezcan interminables, y el breve corpiño azul deja al descubierto un ombligo perfecto, perforado por un pequeño y caro anillo de oro. En otras palabras: tiene que estar heladita con esa ropa.

Suelto un bufido, rebosante de envidia, y me asalta un maligno pensamiento mientras saco un pañuelo de papel del bolsillo de mis vaqueros. Claro, no siente frío porque Jarrod la abriga. ¡Dios mío, que injusto es el mundo!

-¡Vaya cambio! -comenta Hannah, moviendo la cabeza- Y aún no me has dicho que opinas.

Se refiere al hecho de que Pecs haya sido destronado por un recién llegado, pero solo puedo acordarme de que esta mañana parecía que Jessica Palmer estaba con Jarrod. Apuesto a que no esta demasiado contenta con el cambio. Sin embargo, Tasha consigue lo que quiere. Es cosa de la educación que le han dado: superrica y supermalcriada. Sus padres tienen una granja de sementales Hereford, pero no llevan directamente el negocio: él es el doctor Daniels, y ella es abogada y la presidenta local de la Asociación Nacional de Mujeres. Ambos son los profesionales de mayor prestigio de Ashpeak.

Me sueno la nariz mientras maldigo los resfriados que anuncian la llegada del invierno y reflexiono acerca de la situación. Era previsible: Tasha no ha dejado de babear ante Jarrod desde el primer momento en que le puso la vista encima, aquella memorable mañana, en el laboratorio. Incluso Pecs se dio cuenta, pero Tasha es una maldita manipuladora. ¡Dios mío! ¿A quién pretendo engañar? Tasha ejerce más influencia en el colegio de la que Pecs podrá desplegar en toda su

vida. Él es un simple matón, mientras que ella es lo que hay que ser y la chica con la que todos quieren que los vean. Pecs la adora, se la come con los ojos, y Tasha es la reina del instituto de Ashpeak. Nadie está a su nivel en las cuestiones fundamentales: belleza, arrogancia y categoría social.
Entonces se me ocurre que, puesto que Jarrod se ha convertido en miembro del grupo, Pecs va a tener que encontrar a otro a quien buscarle las cosquillas. Pecs es así, necesita tener un saco de boxeo siempre a mano.
Hannah me mira, extrañada, como si aguardara la respuesta de alguien que acabara de marcharse a otro planeta. Intento recordar lo que ha dicho, algo acerca de que Tasha sale con Jarrod.
-¿A quien le importa? -contesto.
-A ti no, claro -me dice con una dulce sonrisa cargada de sarcasmo.
Entorno los ojos y decido que lo mejor es pedir otro capuchino, pero, como no hay forma de que el camarero me haga caso, me levanto, voy hasta el mostrador y lo pifio, porque me ven dos personas: una es Jarrod, que me mira con expresión sorprendida, como si lo hubiera cogido con la guardia baja. Pago la bebida y, aunque noto sus ojos clavados en mí, mantengo la mirada gacha. Sin embargo, no puedo evitar echarle un vistazo. Cuando nuestros ojos se cruzan, los suyos ni parpadean, y eso me deja la boca seca.
La otra es Pecs, que ha seguido la mirada de Jarrod. Cuando me ve, se burla ruidosamente.
-No me extraña que la mires así -comenta al tiempo que le pasa un brazo por los hombros en señal de masculina camaradería, como si fueran colegas de toda la vida-. No te preocupes, ya te acostumbrarás. Aquí la llamamos La Monstruita. -Y empieza a agitar las manos.
Se me derrama una parte del café mientras me apresuro camino de mi asiento, pero no ha sido por el comentario de Pecs (puedo soportar eso y más), sino por la mirada de Jarrod, teñida de una súbita dureza. Es la misma que recuerdo haber visto en otra ocasión, en el laboratorio del señor Garret, momentos antes de aquella extraña tormenta. Jarrod esta fulminando a Pecs, y este, que todavía se ríe de sus chistes, no se da ni cuenta.
-A esa no le hagas ni caso.
El comentario es de Tasha, que se abraza a Jarrod para llamar su atención. Esta tan cerca de él que si se aproxima un centímetro más, se sentara en su pantalón.
-Solo vale para reírse de ella -prosigue- Su abuela es la que echa las cartas y tiene esa tienda de cosas raras. He ido por allí alguna vez y sé que ocultan lo más interesante en la trastienda. Jillian hace sacrificios de seres vivos. Ya sabes, beben sangre, celebran misas negras y toda esa historia.
Él la contempla con la incredulidad pintada en el rostro, pero Tasha hace un mohín.
-Te aseguro que es cierto, Jarrod. Todo lo que he dicho. -Sus carnosos labios tiemblan a causa de la afectación-. Yo he visto manchas de sangre en las alfombras de su casa. -Inclina la cabeza y añade con un hilo de voz-: Bueno, no sé, en cualquier caso era algo de color rojo... Además, las han visto bailando desnudas en el bosque. Es asqueroso, adoran al diablo. -Tasha mira a los presentes mientras habla, de manera que todos la oyen claramente-. Solo son dos, pero ¿quien las quiere?
De repente, el vaso que la camarera le sirve a Pete O'Donnell estalla en mil pedazos.
-¿Qué...?
-Lo siento. ¡Oh, Dios mío! cuanto lo siento! -exclama Dia Petoria, mi compañera en el laboratorio, que también atiende las mesas. Es una buena chica que estudia mucho, cuyo esfuerzo, sin embargo, no se refleja en sus notas, aunque no por eso deja de intentarlo. Lo siento por ella, porque el accidente no ha sido culpa suya y porque no necesita que el cabreo de Pete se sume a su azoramiento-. No sé lo que ha pasado -se disculpa-. ¡Ha explotado, así, sin mas!
Bella Spagnolo, una de las propietarias, se acerca a comprobar lo sucedido y pasa al lado de Hannah y de mí, que ya estamos pensando en marcharnos. Parece tan enfadada que creo que va a pegar a Dia. Debe de tener una mala noche, porque normalmente no se comporta de esta manera. Suele ir a la tienda de Jillian en busca de objetos de decoración con la idea de darle a su establecimiento un toque que resulte atractivo para la clientela más joven. En alguna ocasión me he cruzado con ella, e incluso me ha preguntado qué es lo que les gusta a los chicos de hoy en día. Parece buena persona.
Por el rabillo del ojo controlo la situación mientras aguardo a que Hannah recoja sus cosas. Se le ha caído la chaqueta al suelo, de modo que tiene que agacharse entre la mesa y el mostrador para recuperarla. Entre tanto, Bella escucha atentamente las explicaciones de Dia y acaba

reconociendo que no ha sido culpa de la chica (nadie podría ser tan buen actor); luego, la ayuda a limpiar el desorden y ofrece una ronda gratis de refrescos y cafés.
Llegados a este punto, lo mejor que podemos hacer nosotras es marcharnos. Me refiero a que no soy ninguna cobarde y que podría con todos si fuera necesario, pero ¿para qué? Si les hiciera daño, más tarde lo lamentaría; y no por ellos, sino por Jillian. La tienda es su modo de subsistencia y, aunque no la haga millonaria, disfruta con el trabajo, coleccionando objetos raros, experimentando con lo que se vende y con lo que no y, sobre todo, hablando con los turistas que se acercan a curiosear. Además, si soy sincera, debo admitir que también me preocupa lo que pudiera pasarme a mí. Todos piensan que soy rara, pero no saben de la misa la media. Si descubrieran la verdad, mi vida en este pueblo se convertiría en una pesadilla. Ashpeak me gusta demasiado para arriesgarme: es tranquilo, y la mayoría de la gente me deja en paz.
Le echo otra mirada a Jarrod, y la necesidad de desaparecer se convierte en una urgencia. Se lo ve muy pálido. Si realmente resulta que tiene el don y esta a punto de perder el control, las cosas pueden ponerse muy feas.
Estoy a punto de alcanzar la puerta cuando Pecs, que vuelve a las andadas, decide que en lugar de esfumarme debo convertirme en su saco de boxeo. Las palabras de una serie de peligrosos encantamientos cruzan por mi cerebro como una corriente eléctrica. y tengo que luchar contra mí misma para no poner en práctica ninguno.
-Eh, Cara de Miedo -me dice al tiempo que sus dedos se me clavan en el brazo y me hacen daño- ¿te marchas tan pronto? Si todavía no hemos acabado de divertirnos.
-Suéltame, Pecs. Tu aliento huele como la mierda de rana.
Se queda cortado, pero solo durante un instante, que no es suficiente para que pueda liberarme. Rezo en silencio para que Jarrod mantenga la calma, pero mis ruegos no lo alcanzan.
Entonces los cristales estallan por todas partes, y no hay mesa, estante o ventana que se libre. Las bebidas se derraman sobre los clientes y por el suelo, y la gente se pone a gritar; también Bella, que lanza ordenes en italiano. El personal de la cocina hace acto de presencia, vestido con blancos delantales y graciosos gorritos del mismo color.
Durante un segundo, creo que Pecs va a soltarme, distraído por el caos que se ha desatado, así que intento zafarme, pero sus dedos me aferran con más fuerza. Mariana me saldrán unos cuantos morados.
-No tan deprisa bruja. Seguro que esto es obra tuya.
Se refiere a los cristales rotos que hay por todas partes. Suelto un bufido y le digo:
-No sabía que además de feo fueras estúpido.
Eso no le sienta bien, y se pone a gruñir como un cerdo al que hubieran mantenido demasiado tiempo enjaulado.
-Sé lo que necesitas: alguien que te ayude a aprender buenos modales -me espeta.
Antes de que haya tenido tiempo de apartar la cabeza, tengo su boca en el cuello y noto como sus húmedos labios se deslizan por mi hombro. Me entran ganas de vomitar. Sin embargo, opto por ponerme en plan duro y, cuando se incorpora, lanzo un puñetazo a su fea cara. Pero no llega a su objetivo. Tengo que concederle algo: para ser un bruto tan grandote, tiene unos estupendos reflejos. Me atrapa el puño con la palma de la mano y lo envuelve con los dedos.
-Conque luchadora además de bruja, ¿eh? -dice mientras se humedece los labios con su gruesa lengua- ¡Me gusta! ¿Por qué no me llevas a casa en tu escoba?
Hannah rechina los dientes ante el comentario e intenta tirar del brazo de Pecs para liberarme mientras le dedica unos cuantos cumplidos, pero el muy bestia se la quita de encima de un empujón, y Hannah cae al suelo.
Entonces ocurren dos cosas: una, que Jarrod se alza con rabia blandiendo una silla, y dos, que una atronadora vibración resuena bajo nuestros pies.
Eso tiene el increíble efecto de provocar una súbita inmovilidad en medio del caos. Los presentes callan y escuchan, se miran y se formulan calladas preguntas. Las vibraciones se extienden y alcanzan las paredes, las mesas, las cortinas, las lámparas... En cuestión de segundos, todo se agita.
Pecs me suelta cuando el miedo se apodera de él. El estruendo aumenta y la gente empieza a chillar, convencida de que se trata de un terremoto. Todo el mundo se precipita hacia la salida formando un tapón. Hannah me agarra del brazo y tira de mí para que la siga, pero no puede conmigo porque debo encontrar a alguien.

-Sal tú -le ruego- Enseguida te alcanzo. Primero he de asegurarme de que Jarrod se encuentra bien.
-Él puede ocuparse de sí mismo, Kate. Hemos de salir de aquí antes de que todo esto se derrumbe. ¡Es un terremoto!
Un grupo de gente nos empuja en sus prisas por llegar a la puerta, y nos quedamos atrapadas en un rincón. La vibración se intensifica y cada vez resulta más difícil mantenerse en pie. Todo se mueve, especialmente el suelo, que se agita como una ola. arriba y abajo, tirando mesas y sillas y sembrando el suelo de fragmentos de vajilla.
-¡Gracias a Dios! ¡Por fin! ¡Allí esta! -Hannah señala el centro de la sala, haciéndose oír por encima de los gritos histéricos. Jarrod está allí, muy quieto, con cara de ido, la mirada perdida-.¡Date prisa, Kate, ve por él!
-Eso pienso hacer, Han, pero quiero que te vayas a casa, ¡ya! Te llamo luego.
Me alejo sin darle tiempo a que me siga. No quiero que pueda relacionar a Jarrod con ningún fenómeno paranormal, aunque sé que lo entendería porque esta acostumbrada a lo de Jillian y a lo mío. Jarrod es el que no sabe nada. La situación es delicada y requiere habilidad.
Cuando llego hasta él, está sólo. Sus amigos se han esfumado, pero ¿qué esperaba? Son unos cerdos.
Está como en trance y ni siquiera mueve un músculo cuando le hablo. Nada de lo que le digo surte efecto y, por un momento, no sé que hacer. Entonces, una grieta se abre en el techo y una enorme lámpara de cristal se desploma con estrépito. Me lanzo sobre Jarrod y lo empujo violentamente para que el artilugio no lo aplaste; ambos aterrizamos en el suelo, yo encima de él. El golpe parece despertarlo levemente, y se pone en pie, muy despacio.
Lo cojo de la mano y lo guío por la cocina hacia la salida. Por fin salimos al callejón de la parte de atrás, que esta sorprendentemente silencioso y quieto. Miro alrededor, pero no veo nada anormal en los edificios que nos rodean, ningún temblor, ninguna grieta, a nadie gritando histéricamente. Meneo la cabeza y me prometo que pensare en todo esto más tarde, en casa. En este momento, debo llevar a Jarrod a un lugar seguro. Si alguien lo viera en este estado semicatatónico podría recordar que estaba igual cuando lo del incidente en el laboratorio y empezar a hacer preguntas, preguntas para las que Jarrod no tiene respuesta.
Quizá es por el aire helado o que sé yo, el caso es que empieza a despertarse, aunque todavía está atontado y le cuesta caminar. Vamos despacio y nos detenemos cada pocos pasos para que pueda recuperarse y respirar. Tengo su brazo sobre los hombros y cargo con él por el sendero, sobre todo el último trecho, cuesta arriba.
Finalmente, llegamos; sin aliento, pero en una pieza. Jillian me ayuda a subirlo a mi habitación y a meterlo en la cama. Sé que ella querría hacerme un montón de preguntas, pero se abstiene hasta que lo acomodamos. Se lo agradezco, porque estoy demasiado cansada para pensar con claridad. Jarrod parece ausente y los párpados se le cierran, como dos pesadas compuertas. Su respiración es anormalmente lenta, y le lanzo a Jillian una mirada de preocupación mientras me desplomo en la silla de mi tocador.
-Le preparare una infusión que lo reanimará. Así, mientras hace efecto, podrás contarme lo que ha sucedido.
Regresa diez minutos más tarde con un tazón lleno de una bebida humeante y muy perfumada. Básicamente es una mezcla de hierbas: albahaca para la fatiga mental, bergamota para el estrés, salvia para la fuerza muscular, espliego para la ansiedad y el dolor de cabeza; puede que haya algo más, pero no puedo distinguir el aroma.
Entre las dos conseguimos que se lo tome y, mientras se vuelve a tumbar, le cuento a Jillian lo sucedido en el bar: las bromas pesadas de Pecs, el trance de Jarrod y el violento temblor de tierra. Ella me escucha con toda su atención, moviendo de vez en cuando la cabeza, como si no terminara de creérselo.
-No sabe como manejar el don -concluye-. Su cerebro desencadena esos trances como una forma de protección, pero tiene mucho que aprender antes de que pueda controlarlo.
-Ese es el problema, Jillian. No podrá aprender nada mientras siga negándose a afrontar lo que le sucede. Además, hay otra cosa:, me temo que pesa un hechizo sobre él o, al menos, sobre su familia.
Le explico lo de los accidentes, la mala suerte que los ha perseguido a él y a sus padres durante años y también lo de su innata torpeza.

Jillian reflexiona un momento.
- Eso podría explicar por qué su don se ha activado. Quizás sea un intento inconsciente de enfrentarse al hechizo, como un arma. Pero sin su ayuda resulta imposible saberlo. Es vital que decida a captar lo que sucede; y, por lo que me cuentas, el factor tiempo es decisivo. A medida que aumentan sus poderes pueden aumentar los del hechizo. Es probable que ambas cosas estén relacionadas.

Jarrod

¡Dios mío, que raro me siento! Noto un calor por dentro, algo ardiente. Es como si pudiera percibir cada músculo, cada tendón, cada neurona de mi cuerpo.
-Se está despertando.
¡Es la voz de Kate! ¡Por favor, que no vuelva a meterse en mi cabeza! Abro los ojos y la veo inclinada sobre mí. Estoy acostado sobre una cama dura aunque cómoda. Miro a mí alrededor, pero, aparte de ella y su abuela, no hay nada que me resulte familiar.
Un resplandor ambarino brilla cerca del techo, hay un antiguo tocador y un taburete, y unas campanillas de cristal cuelgan delante de una ventana emplomada y cerrada. Encima del tocador descansa un gran cuenco de madera por cuyo borde Kate desliza la yema de los dedos. Aparentemente está lleno de agua y de pétalos de flores. Al lado hay una lámpara de aceite de cerámica, apagada. Toda la habitación huele a limpio y a madera, como un bosque.
-¿Cómo te encuentras, Jarrod?
Me incorporo, apoyándome en un codo, para responder a Kate y a su abuela, pero, entonces, me acuerdo de que no sé como debo llamarla.
-Mejor, muchas gracias, señora...
-Llámame simplemente Jillian -me sugiere. Su sonrisa es cálida y, por lo menos en esta ocasión, no se ha puesto a gritar y a despotricar acerca de no se sabe que serpientes.
-¿Es tu dormitorio? -le pregunto a Kate.
Ella asiente y me ayuda a sentarme. Pongo los pies en el suelo y descanso apoyando los codos en las rodillas. El ardor, la extraña percepción de mis órganos se desvanece y la cabeza se me empieza a despejar.
-¿Qué ha pasado? ¿Cómo he llegado hasta aquí.
-¿Qué es lo que recuerdas?
Tengo que hacer un esfuerzo.
-Estaba en La Heladería. Tú estabas allí con Hannah. La camarera dejó caer un vaso y derramó la bebida sobre Pete.
También me acuerdo de los comentarios de Pecs y observo a Kate para averiguar si ella también, pero su mirada (y la de su abuela) está como ausente. Las campanillas de cristal han empezado a sonar y llenan la habitación de un suave tintineo. Cuando cesa, Kate se vuelve hacia Jillian y ambas intercambian una mirada de complicidad.
-¿Eso es todo?
¿Qué esperaba, una repetición completa de la jugada? Mis pensamientos retroceden al momento clave. Cuando Pecs la agarro por el brazo y empezó a mordisquearle el cuello, a mí me entraron ganas de cargármelo. Lo curioso es que nunca he sido violento, al contrario: suelo salir pitando a la primera señal de problemas. Nunca he tenido estomago para la sangre y mucho menos la he derramado, ni siquiera la mía. Pero tengo la impresión de que Kate esta esperando una respuesta con todos los detalles escabrosos.
-Pecs te soltó unos cuantos comentarios asquerosos; luego, empezó a babearte el cuello.
Se produce un incómodo silencio. Probablemente he herido sus sentimientos. En estos momentos me importa un pito que Kate pueda ser rara, una chiflada o incluso una sicótica; sus extraordinarios ojos azules grisáceos me observan fijamente y no puedo apartar la mirada; la contemplo, su negro cabello, largo y sedoso; su blanca piel, casi traslúcida; la exótica forma de sus ojos,.. Entonces siento que ninguna otra chica podría parecer tan... No sé..., tan extraordinaria.
-Gracias, Jarrod -me dice en voz baja, y sus palabras me sorprenden.
-¿Por qué me lo agradeces?
-Por lo que has hecho esta tarde. A tu modo, y a pesar de que ha acabado en un desastre, lo has hecho porque... En fin, porque te importaba. Pecs me ha insultado y tú te has enfadado.
Intento captar su razonamiento. Claro que recuerdo haberme cabreado, pero...
-¿Qué he hecho?
-Has provocado un terremoto.
Si, eso es. He oído claramente lo que ha dicho. «Has provocado un terremoto.»
-¿Qué yo he provocado un terremoto?
Sonríe, pero en su voz no hay ni asomo de alegría.
-Mira, no estoy segura de lo que era, pero, dicho con otras palabras: no queda mucho de La Heladería.

-Si, ahora me vienen a la memoria gritos y el ruido de cristales que se rompen. -Sacudo la cabeza para despejarme. Hay más, estoy seguro, pero mi mente esta confusa-. No sé, quizá me diera un golpe en la cabeza. Si ha sido tan malo como dices, puede que un golpe sea el responsable de mis borrosos recuerdos. No recuerdo nada de un terremoto.
Kate hace un gesto de frustración.
-En efecto, puede, porque un poco más y se te cae encima el techo, lámpara incluida. Por suerte pude apartarte a tiempo.
-¿Me estás diciendo que me has salvado la vida?
De repente, su frustración se transforma en franca hostilidad.
-¡Por el amor de Díos, Jarrod, eso no es lo importante!
Jillian le acaricia el brazo en un gesto que me parece que pretende tranquilizarla.
-Cariño, ve un poco más despacio. Has de tener paciencia...
Kate aparta la cabeza bruscamente, se da la vuelta mascullando y camina hacia el centro del dormitorio, donde puede permanecer de pie sin tener que agacharse, con los brazos en jarras.
Jillian se encuentra en el umbral de la puerta, y veo que esos son los dos únicos lugares en los que una persona puede estar erguida sin golpearse con el techo.
-Esta mañana he conocido a tu madre y a tu hermano pequeño. Se llama Casey, ¿verdad?
-Si -respondo.
Esta claro que intenta aligerar la tensión del ambiente. Yo se lo agradezco, porque, con Kate, las cosas tienden a ponerse inquietantes a la mínima.
-Han estado curioseando por la tienda.
-¿Ah, si? Pues seguro que le ha gustado a mi madre. Le van los cachivaches raros y todo eso.
Las cejas de Jillian se alzan en una expresión sorprendida. Vaya, he vuelto a meter la pata.
-Lo siento, no pretendía... -balbuceo en busca de las palabras adecuadas, pero, como de costumbre, nunca acuden cuando las necesito.
Ella sonríe tranquilizadoramente. Entonces compruebo que guarda cierto parecido con su nieta, aunque no precisamente físico. Jillian tiene el cabello castaño y ondulado, y lo lleva corto. Aparte de los ojos, tienen poco en común, y eso me hace pensar en el padre de Kate. Quizá fuera asiático o de alguna isla remota. Estoy convencido de que ella también se lo pregunta.
-Tu madre me ha hablado de la ropa y las joyas que hace, y me ha parecido interesante -me dice Jillian-. Hemos quedado en que me traerá unas muestras la semana que viene. Las colgaremos en el escaparate y veremos si se venden. A los turistas les gustan los cachivaches raros y todo eso, ya sabes.
No puedo evitar reírme. Jillian parece buena persona y tiene sentido del humor. Ojalá le hubiera contagiado un poco a Kate.
-Os prepararé unos bocadillos -propone; luego, se dirige a Kate-: Acuérdate de que tú has tenido dieciséis años para hacerte con tus facultades. ¿Podrías asegurarme que, después de todo ese tiempo, has aprendido a dominarlas por completo y te encuentras plenamente a gusto con ellas?
Ella asiente en silencio y tengo la impresión de que Jillian no necesita más. Me alegro. La idea de que se pongan a discutir acerca de dones y talentos especiales me produce escalofríos. Jillian se va, así que decide coger el toro por los cuernos antes de que la situación empeore.
-Mira -empiezo, y Kate se da media vuelta con aspecto enfadado-, ya sé que os dedicáis a la magia y todo eso. -Se vuelve y me observa con sus extraordinarios y rasgados ojos, a la defensiva, pero levanto la mano para impedir que diga una palabra-. Esta bien, no me importa..., creo. Por lo menos, mientras no me metas. Quiero decir que me es igual, pero que no quiero formar parte. Lo que intento explicarte de este modo tan lamentable es que no tengo poderes mágicos, ni nada que se le parezca, a menos que ser patoso figure en tu lista de características paranormales.
Sonríe, se acerca y se sienta en el suelo, con la espalda apoyada en el borde la cama. Tengo las rodillas a la altura de sus hombros y mi mano está tan cerca de su cabeza que siento la imperiosa necesidad de tocarla, de comprobar por mí mismo si su cabello es tan suave como parece. Me abstengo. Por mucho que lo desee, no estoy bastante seguro. Es hermosa, de una manera especial y exótica, pero la apariencia no lo es todo. Kate es distinta de las otras chicas, y puede que ese sea su principal atractivo. Jessica, Tasha y las demás no tienen ningún misterio, su encanto radica en que son normales y no me asustan. Eso hace que me sienta cómodo en su compañía.
- Las serpientes son un antiguo símbolo del diablo.

-¡Oh, no!- exclamo hundiendo el rostro entre las manos.
-Lo he averiguado. Aquí está. Mira, te lo enseñaré.
Se pone de rodillas y del tocador saca con cuidado un viejo libro que sostiene como si temiera estropear la suave cubierta de piel. Luego, se sienta con las piernas cruzadas y lo deja sobre ellas. Parece como si ese volumen tuviera mil años y un millar de hojas amarillentas y gastadas. La negra portada no lleva título alguno y solo está decorada con una sencilla orla.
-Este es el libro más antiguo de todos los quo tiene Jillian. Es único, ¿sabes? Habla de la magia antigua.
-Ah. bueno... -murmuro sin saber exactamente que sé.
Busca la página que ha marcado y se pone a leer:
«Las serpientes son un antiguo símbolo del mal. La abundancia de serpientes, en particular alrededor de la cabeza, indica que lo maligno rodea al sujeto y a todos los que se relacionan con él.»
Saco mis gafas y repaso el texto. Está escrito a mano, con tinta negra, y las letras se ven bien, pero el lenguaje es indescifrable y me pregunto que idioma puede ser.
-¿Eres capaz de entenderlo?
Kate se da la vuelta y me mira.
-Es ingles antiguo, de hace mas de mil años. Jillian me enseñó a leerlo y a entenderlo.
Sé que lamentaré haberlo preguntado, pero no tengo otro remedio.
-¿Y por qué? La verdad, parece mucho trabajo para algo que no vas a utilizar. Me refiero a que, si aprendieras francés o japonés, al menos te serviría para visitar otros países algún día.
Los ojos de Kate se agrandan desmesuradamente, como si no pudiera creer que hubiera alguien tan estúpido como yo.
-Pues porque así puedo leer los textos antiguos. Esa época me fascina, Jarrod. Por aquel entonces, la magia estaba muy viva, y había magos realmente poderosos.
Decido seguirle la corriente. No creo una sola palabra de lo que me dice, pero está claro que para ella tiene mucha importancia y que debe de haberle dedicado un montón de tiempo. Intuyo que solo piensa en ello y que no debe de compartirlo con casi nadie, salvo con su amiga Hannah. La mayoría de los del pueblo creen que Jillian es bruja, y me pregunto como tratarían a Kate si supieran que le apasionan estas historias.
-¿Así que opinas que esto tiene que ver con un hechizo o algo parecido? -pregunto con un tono que procuro que denote interés.
Su sonrisa le transforma el rostro en la viva imagen del alivio y la emoción, tanto que casi me abruma. No puedo evitar una punzada de remordimiento, y ruego para que mi pequeña comedia no la lleve a sacar conclusiones erróneas. Sus ojos chispean.
-Mira esto -me indica y alza el libro para que pueda verlo mejor.
Yo me pregunto por que se molesta si sabe que no entiendo ni jota de esa lengua olvidada, a pesar de todo, me concentro en el grabado, primitivo pero nítido, que es casi como un dibujo en tres dimensiones. Lo examino de cerca y compruebo lo increíblemente detallado que es. Representa una criatura, medio hombre, medio pájaro, un cuervo quizá. La parte humana sostiene un bastón de madera rematado por una cabeza de serpiente, y los ojos, muy rasgados, tienen un aspecto horripilante. Podía jurar que me están mirando fijamente.
-Es un multiforme -aclara Kate, reprimiendo un escalofrío- Sólo los hechiceros más poderosos pueden conseguirlo, y son muy pocos. Solo de leer cosas de ellos se me ponen los pelos de punta.
Me alivia oír semejante confesión. Por lo menos hay algo que es capaz de asustarla. A mí, me basta con ese dibujo. Cojo el libro y descubro que las manos me tiemblan levemente. No me sorprende porque odio lo desconocido, lo que queda fuera del alcance de mi entendimiento y, muy especialmente, todo lo paranormal. Me gustan las cosas sencillas que siguen las reglas establecidas; como que el sol salga todos los días por el este; que las cucaburras se empeñen en despertarme cada mañana con sus ruidosos gritos o saber que, si me miro en el espejo, me encontraré con mi reflejo, me guste o no.
Mi vida ya es de por sí bastante complicada, así que no necesito ese libro para nada. Además, huele de una manera peculiar, como a moho, a viejo. Todo muy auténtico. Me entran ganas de devolvérselo a Kate y salir zumbando del dormitorio. Es una necesidad imperiosa que me invade y hace que se me dispare la adrenalina. Sin embargo, ella sonríe mientras señala los indescifrables

caracteres y lee algunos pasajes: “Una vez realizado el hechizo, este puede asumir distintas formas. Las más poderosas pueden durar generaciones e incluso eternamente”.
Kate sigue las líneas con la punta del dedo, v no puedo evitar acompañarlo con la vista. Son unas palabras muy extrañas. Intento relajarme, intento que mi mente piense en otra cosa, pero no lo consigo.
Respiro pesadamente y me siento mareado, como si me faltara oxigeno. Me pregunto si no estaré a punto de desmayarme. Se me nubla la visión y se me hace un nudo en el estómago. Todavía tengo los ojos clavados en la pagina que Kate señala. Entonces, me sobreviene un espasmo, y la antigua escritura se desvanece. Sin embargo, la sensación solo dura un instante y enseguida me relajo cuando compruebo que las letras siguen en su sitio. Sin embargo, percibo algo diferente: me ajusto las gafas en un gesto rutinario y caigo en la cuenta de que entiendo perfectamente lo que leo, como si estuviera escrito en mi propio idioma. «... dice la leyenda que los brujos más poderosos pueden realizar hechizos que se renuevan con cada nacimiento de los auténticos herederos del maleficio, que lo serán según la forma del mágico numero siete. Cada séptimo hijo de la línea sucesoria será el portador del hechizo, y este aumentará en virulencia y malignidad en tanto no se renueve o sea conjurado...”
Un repentino estrépito hace que pierda la concentración y las palabras se tornan ininteligibles de nuevo. Es Jillian, que acaba de regresar. Miro por encima de las gafas y veo que se le ha caído la bandeja en la que llevaba unos bocadillos y zumo de naranja. Todo el parqué esta salpicado de zumo, migas, lechuga y fiambre.
-¡Jillian! -exclama Kate, que se levanta cerrando de golpe el libro, se acerca a su abuela y la ayuda a limpiar el desaguisado.
-Lo lamento -se disculpa-. Nunca había oído a nadie leer eso con una entonación tan perfecta.
Miro el libro que tengo entre las manos y, de repente, es como si me quemara. ¿De verdad he leído yo esas palabras?
Debo de parecer confundido, porque Jillian deja que Kate siga recogiendo, se me acerca y me pregunta suavemente y con franqueza:
-Jarrod, ¿quién te ha enseñado a ti a leer el antiguo lenguaje?
Yo niego con la cabeza, incapaz de admitir que pueda haberlo hecho.
-No sé que me hablas. Esas palabras estaban escritas en perfecto inglés.
Kate deja sobre su tocador la bandeja que en estos momentos solo contiene un montón de trozos de loza y los restos recompuestos de unos bocadillos.
-Hoy en día, el ingles antiguo es indescifrable -añade.
-Eso no es verdad - replico con convicción dado que algo recuerdo de las clases de historia del curso pasado-. El idioma actual ha conservado muchas palabras antiguas. De hecho no es más que una versión modificada, ampliada.
-¡Reconócelo, Jarrod! -salta Kate-. Tú mismo has dicho que no era ingles.
Estoy allí, de pie, sin saber que hacer pero consciente de que debo marcharme cuanto antes.
-Mira, no tiene idea de lo que ha sucedido. Debe de haber sido una jugarreta de mi imaginación. Eso es todo.
-Jarrod, siéntate y escúchame bien -me ordena Kate-. Sólo hay una manera de que llegues a creer en estas cosas.
Me quedo mirándola mientras se me erizan los pelos de la nuca. Ella levanta una ceja en actitud desafiante, retándome a sentarme y a obedecerla. Abro la boca para decirle que tengo intención de huir a toda velocidad, pero me apoya las manos sobre los hombros y, con mucha delicadeza, me empuja hasta que me siento en la cama. Luego, intercambia una rápida mirada con Jillian, que acto seguido recoge la bandeja con los restos.
-No le digas nada que sea demasiado chocante, Kate. Estaré abajo si me necesitas.
Siento el impulso de agarrar a Jillian del brazo y obligarla a que regrese, aunque se ponga a gritar a pleno pulmón. Cualquier cosa antes de quedarme a solas con Kate, enfadada como está. Dios sabe lo que puede sucederme. El corazón me late con tanta furia que tengo la impresión de que me va a salir por la boca y dará saltos por la habitación.
El tono de Kate, es suave, como si pretendiera aplacarme. Tengo la impresión de que todo es producto de un sueño o una broma. Estoy desorientado y tengo que hacer un esfuerzo para permanecer quieto, Ella se sienta a mis pies otra vez y vuelvo a encontrarme atrapado. Se apoya de lado en la cama y alza un poco la cabeza para mirarme.

-No voy a hacerte daño, Jarrod. Solo pretendo enseñarte un poco de magia.
Me limito a hacer un gesto afirmativo. Las palabras son incapaces de florecer en el desierto en que se me ha convertido la boca.
-Relájate –murmura mientras empieza a darle vueltas a una bola o algo parecido.
No he visto de donde la ha sacado, pero confieso que no estoy tan alerta como de costumbre. Sin embargo, por lo que sus dedos me permiten entrever, diría que se trata de una esfera de cristal. Kate nota que la estoy mirando.
-Es un cristal que Jillian me regalo cuando cumplí tres años. Sirve para aprender. Ya no lo necesito, pero, a veces, cuando es tarde y no puedo conciliar el sueño, lo cojo y me entretengo jugando, haciendo trucos sencillos. Como este.
Me pone la esfera a la altura de los ojos, pero no percibo nada extraño, aunque tampoco estoy seguro de lo que debería ver. Puede que se deba a mi estado de ánimo, el caso es que no puedo apartar la mirada del objeto, y este parece aproximarse, agrandarse incluso. No sé, quizá sea un espejismo.

A pesar de todo hago un esfuerzo para concentrarme. De repente, unos colores, vivos y brillantes, como pañuelos de seda, cobran vida en el interior y enseguida se desvanecen. Me pregunto si eso habrá sido todo y me alegro de que no haya sucedido nada espeluznante. Me refiero a que todo eso de la gama de rojos, azules y naranjas está muy bien como truco y nada más. Me intriga como lo habrá hecho y, cuando estoy a punto do preguntárselo, algo atrae mi atención. Hay algo más que colores. Son formas, extrañas formas grises que dan vueltas y cambian de aspecto. Me coloco mejor las gafas, pero sigo viéndolo todo borroso; claro que solo las uso para leer. Entonces veo que son figuras humanas, tres. Una de ellas es la de un hombre cuyo rostro esta contraído por el dolor; la otra es una mujer de cabellos castaños, ojos de roedor y aspecto cansado; la ultima es un niño de unos ocho o nueve años con un pelo parecido al mío. Tardo todo un minuto en percatarme de que se trata de mis padres y mi hermano pequeño, Casey.
Estoy estupefacto, y por varias razones. Por lo que yo sé, Kate no conoce a mi familia, así que, ¿cómo es posible que sepa el aspecto que tienen? Noto que me falta el aire y tengo que hacer un verdadero esfuerzo para apartarme y quitarme las gafas. Kate devuelve el globo de cristal a su lugar, debajo de la cama.
-¿Qué has visto? -me pregunta.
La miro, pero no me salen las palabras.
-Dime que has visto, Jarrod -repite con insistencia.-¿No lo sabes?
-Sólo he visto colores -respondo.
- Si, pero has visto algo más – dice, y me da un susto de muerte.
-A mi familia...
- Oh -Susurra como si eso fuera respuesta suficiente; luego, añade- Ahora lo entiendo todo.
-¿Qué quieres decir con eso? -Su actitud hace que me entren ganas de chillar.
-Que le he pedido al cristal que te mostrara aquello que más te preocupa.
Compruebo que me he quedado boquiabierto y respiro profundamente. ¿Qué es lo que acaba de ocurrir? ¿De verdad he visto a los míos reflejados en una bola de cristal? ¿No será que Kate me ha manipulado la mente para que lo creyera? Siempre dice que tiene habilidad para captar las emociones y ese tipo de cosas. Supongo que tiene un don. Hay personas que incluso pueden ver cosas antes de que sucedan. No es nada raro. ¿Y si resulta que Kate tiene poderes extrasensoriales y es capaz de proyectar sus pensamientos? Puede que sea cierto que el otro día se metiera en mi cabeza. Bueno, si se trata de eso, creo que podré manejarlo. Esa idea me tranquiliza.
-Sí. Muy interesante.
-¿No se te ocurre nada más? -pregunta con incredulidad.
Me encojo de hombros.
-¿Qué esperabas?
Niega con la cabeza y esconde el rostro entre las manos. Sus palabras suenan amortiguadas.
-Pensé que creerías en el mundo de la magia; que, si te demostraba que existe, te convencerías de que tú también posees un don.
Suelto un sonoro bufido y veo que me mira.
-Ha sido una estupenda exhibición, Kate. Estoy impresionado. Créeme si te digo que me has dejado sin palabras. Pero, con una simple proyección mental, no creo que me puedas convencer

de que tengo poderes. Estamos hablando de mí. ¡Que absurda ocurrencia! ¿Acaso no me has visto en el colegio? Siempre meto la pata, soy un torpón, ¿vale? Y no soy nada ni nadie, no pertenezco a ningún lugar.
-¡Dios mío. Jarrod, estas tan equivocado acerca de ti mismo que me aterra! -exclama Kate, alzando las manos hacia el cielo.
-Lamento causarte esa sensación.
-¡Que burro eres! –responde, dándome un golpe en la rodilla.
Le sujeto la mano para que no lo repita.
-No te entiendo -continua-. Me dices que no tienes raíces y, sin embargo, me contaste que tu padre ha trazado vuestro árbol genealógico y se ha remontado a hace casi mil anos. Eso son raíces y lo demás, tonterías.
Medito sus palabras. Tiene razón, y eso hace que me sienta mejor, como si de verdad perteneciera a alguna parte. Además, esta conversación me resulta más segura y me gusta el rumbo que esta tomando, así que procuro seguir el tema y dejar de lado los rollos paranormales.
-Podría traerte mañana el libro de mi padre, si te parece bien.
-¿En serio? Eso me encantaría -responde con los ojos brillantes de contento.
El instante se eterniza. Enlazo mis dedos con los de ella y noto que el pulso se me acelera.
-Quiero darte las gracias por haberme sacado del bar y también por haberme salvado la vida.
-No creo que aquella lámpara pudiera haberte hecho mucho daño, pero, en cualquier caso, no ha sido nada.
-Bueno... Creo que ahora debería marcharme. Mi madre debe de estar preocupada.
-Si no tienes mas remedio...
Lo ha dicho tan bajito que tengo que inclinarme para oírla. Por lo menos esa es mi excusa, porque el dormitorio esta tan silencioso que lo único que se oye es el latido desbocado de mi corazón. Me acerco más, hasta que nuestros rostros casi se tocan. Mi mirada desciende hasta sus labios... La sincronización es perfecta. Si no lo hago ahora, dudo que vuelva a tener el coraje de intentarlo otra vez: no sólo soy patoso, también cobarde. No sé que se ha apoderado de mí, sólo sé que es mi única oportunidad, así que me aproximo antes de que mis nervios me traicionen. Casi puedo saborear el gusto de sus labios de lo cerca que están...
Pero puede que realmente sea víctima de un hechizo, porque me caigo y, en lugar de darle el beso sensual que había imaginado, aterrizo en su regazo convertido en un lío de brazos y piernas.
-¡Oh, Dios mío, Kate! -mascullo al tiempo que la cara se me pone colorada como un mechero Bunsen al rojo- ¡No sabes cuanto lo siento! ¡Que desastre! Espero no haberte hecho daño.
Mirando donde pongo las manos, me aparto de ella, tropiezo con el pico de una alfombra en la que acabo de reparar por primera vez y caigo de nuevo, esta vez de rodillas y cerca de la puerta.
-¡Maldita sea...!
-¿Estas bien. Jarrod?
No se ríe, pero poco le debe de faltar, así que decido que lo mejor es desaparecer antes de que eso suceda. Hago un gesto afirmativo, ya que no me siento capaz de mantener una conversación normal y coherente y tampoco me fío de mis balbuceos.
-Si... Eso creo... Bien.,. Debo marcharme...
Kate me acompaña hasta la puerta principal, probablemente para asegurarse de que no me estrello por el camino contra los objetos de la tienda. Lo cierto es que no me entretengo y que echo a correr camino abajo, como si estuviera maldito, como alma que lleva el diablo.
Un escalofrío me recorre la espalda y me eriza el vello del cuerpo. Vale, esta oscuro y hace frío, eso sin contar con que el lugar es solitario y tenebroso. Sin embargo, sé perfectamente que eso no tiene nada que ver, que es a causa de Kate. Por que y de que manera, lo ignoro. Simplemente lo sé. Es ella.

Kate

Es increíble, pero hemos salido en los periódicos y en las noticias de la tele. Aparentemente, el terremoto de La Heladería no se registro en ninguna escala Richter, y eso está generando un montón de confusión. Sin embargo, la destrucción fue real, tan real como los que la presenciaron. El pueblo rebosa de reporteros y tipos con aspecto de funcionario. Es sábado por la mañana, y han acudido como sabuesos durante la noche. Algunos científicos han aventurado hipótesis, pero los testigos no están conformes. No fue una bomba ni una extraña tormenta, como la que azotó el colegio la semana anterior. Todos juran que fue un terremoto.

Es domingo cuando dos policías se presentan en El Bosque de Cristal y se identifican, mostrando sus placas. Por el momento es sólo cuestión de rutina. Yo debo de ser una de las últimas de su larga lista de testigos. Por su expresión deduzco que no esperan que les cuente nada nuevo, así que no los decepciono y me limito a describir el temblor de tierra que arraso el lugar con el debido tono de nerviosa aprensión. Me pregunto como se habrá manejado Jarrod con el interrogatorio. Aunque difusos, probablemente sus recuerdos sean suficientes para los investigadores, y confío en que cualquier laguna de su memoria se achaque a la fuerte impresión.

Los policías se marchan, aparentemente satisfechos, aunque no más sabios, y yo decido que lo mejor que puedo hacer es acabar los deberes. Sin embargo, no tengo la cabeza para la tarea. Estoy esperando a Jarrod, y no llega. Comento que volvería para enseñarme el libro de su padre, aunque supongo que habrá cambiado de opinión y preferirá mantenerse apartado de los burócratas, polis y científicos que pululan por todas Partes.

Me lo encuentro el lunes en clase y no me hace el más mínimo caso. Se ha sentado en la mesa de siempre con la pandilla habitual: Pecs, Jessica y, naturalmente, Su Alteza Tasha Daniels. Eso me duele, pero no tengo intención de decírselo. Entonces, pienso algo y se me hace un nudo en el estómago. Es posible que Jarrod posea un don formidable, pero en el fondo de su alma, donde importa, no es nada más que un cobarde, un patético cobarde que prefiere esconderse o huir antes que enfrentarse con lo que se escapa a su comprensión, lo incomoda o, simplemente, no encaja en sus estúpidas reglas.

Me evita durante toda la semana, pero, aparte de eso, por lo menos no sucede nada anormal. Me trago unos cuantos comentarios baratos de Pecs, que sigue empeñado en que fue un acto de brujería lo que destruyó el bar. Sin embargo, tras unos cuantos días, la mayor parte de mis compañeros se cansan del asunto y me dejan en paz.

Así pues, me sorprende ver a Jarrod en El Bosque de Cristal el sábado siguiente. Como es costumbre, ayudo a Jillian en la tienda los fines de semana y así ella tiene tiempo para ocuparse de otras cosas.

Su madre lo acompaña, y los observo desde el suelo, donde estoy llenando una estantería baja; mientras, ella deposita en el mostrador un montón de prendas curiosamente decoradas con pedrería. También deja algo de joyería: brazaletes, collares de cuentas de colores y pendientes. Jillian examina la mercancía con verdadero interés. Las prendas son de tela vaquera, de seda o de hilo, pero todas comparten los mismos adornos con cuentas, falsos diamantes o simples cristales coloreados. No están mal si a uno le gusta el estilo vaquero o simplemente quiere parecer original. Tienen personalidad, pero no creo que encajen con la línea new age de Jillian, que ofrece a los turistas algo más nuevo. Sin embargo, decide quedárselos y darles una oportunidad y comenta que los pondrá en una estantería, cerca del escaparate.

Jarrod tiene la cabeza en otro sitio, así que aprovecho para estudiarlo durante unos instantes antes de que se percate de que lo estoy mirando. Parece fascinado por unas figuritas de estaño, y las esta acariciando cuando se da cuenta de que lo observo. Su mano se detiene, y nuestros ojos se encuentran. Sonríe con una expresión de ingenuidad infantil y señala el libro que lleva bajo el brazo. Es el árbol genealógico que ha reconstruido su padre, y debo hacer un esfuerzo para no parecer tan interesada. Claro que me gustaría verlo, seguro que me ayudaría a completar lagunas acerca de Jarrod, pero no es solo eso. Tampoco quiero que se me note lo colada que estoy por él. Al fin y al cabo no me ha hecho ni caso durante toda la semana.

Me acerco a donde está, intentando parecer natural.

-Así que has traído el libro.

Asiente y señala con el codo el mostrador, donde su madre y mi abuela charlan sobre el mejor sitio para exponer la mercancía.

-Sí. Y a mi madre también.

Le echo un vistazo a la señora Thornton procurando no sondearla. No sería un sujeto difícil. Tiene un rostro envejecido pero que denota franqueza, y el cabello castaño, veteado de canas que no intenta disimular. Viste un pantalón negro que hace que sus piernas parezcan aún más delgadas y una blusa amarilla que le acentúa un vientre pequeño y redondeado.
-No habéis traído a tu hermano...
-No. Mi padre le había prometido que lo llevaría a pescar con mosca al riachuelo que hay detrás de la granja.
Una vez finalizadas las transacciones, se nos acercan, y mi abuela hace las presentaciones como si fueran viejas amigas. Sonrío y le doy la mano a la madre de Jarrod. La suya es pequeña y fría, pero sorprendentemente fuerte. Me pide que la llame Ellen, lo cual denota amabilidad y ninguna afectación, además de desvelar otras facetas de su personalidad. Enseguida me cae bien, a pesar de que cruza con Jarrod una mirada incómoda. Estoy segura de que han hablado de mí. La idea me irrita, así que decido hacerlo, aunque sólo sea una vez. Un solo sondeo, me prometo a mí misma.
Se muestra cautelosa, temerosa incluso, y noto que está en guardia, lo cual significa que Jarrod le ha dicho que soy rara, estoy chiflada o algo parecido. Eso me decepciona, pero no altera la opinión que me he formado de ella; después de todo, su predisposición se debe a los comentarios de su hijo. ¿Cómo voy a llegar hasta él si me considera carne de manicomio?
Jillian la invita a tomar una taza de té, pero ella declina el ofrecimiento.
-Quizá la próxima vez -explica-. Debo ocuparme de mi otro hijo, Casey, y de Ian, mi marido. Los he dejado esta mañana cerca del río que pasa por nuestra granja, pero Ian tiene mal la pierna v la medicación hace que le entre sueño con facilidad.
Cuando se ha marchado, Jarrod sube conmigo al piso de arriba. Nos sentamos en el suelo, uno al lado del otro, con unas galletas de soja para picar y el libro abierto ante nosotros. Es un grueso volumen lleno de historia y empieza con las ultimas familias. Según parece. Ian Thornton fue hijo único y su padre murió de un ataque cuando el chico solo tenía seis años. Su madre vive todavía y está en una residencia de ancianos en las afueras de Sydney, con una hermana mayor.
Inmersos en los detalles, perdemos el sentido del tiempo. Más tarde, hacemos una breve pausa para comer y, mientras charlamos de cuestiones nada comprometedoras, como el colegio, los deberes o las payasadas de su hermano pequeño, devoramos unos rollitos de verdura. Luego, volvemos a mi dormitorio con nuestras bebidas y nos sumergimos de nuevo en el texto. Resulta que a Jarrod le apasiona la historia tanto como a mi y ambos nos reímos de la coincidencia. El ambiente se hace cálido y relajado.
La verdad es que no sé que estoy buscando; supongo que algún indicio de que sobre los Thornton pesa un hechizo. En cualquier caso, el libro resulta de lo más informativo y esta lleno de datos interesantes sobre muchas generaciones y ramas de la familia. Como era de prever, todas tienen algún cadáver en el armario, unas más que otras, pero, al final, se puede apreciar un patrón: los accidentes y las tragedias parecen haberse cebado en las que tienen un elevado número de hijos. El asunto me tiene fascinada.
Resulta que los antepasados de Jarrod se remontan a la Inglaterra de la Edad Media, mucho antes de que se conservaran archivos. Eso me hace pensar en que la información habrá sido transmitida probablemente de forma oral de padres a hijos y que no será fácil separar la verdad de la ficción, los hechos de los relatos que, a buen seguro, se narraban una y otra vez en torno a una hoguera en las frías noches de invierno.
Es algo que procuro tener en cuenta a medida que voy leyendo, sobre todo cuando abordo la última y más antigua familia, la que se encuentra al final del libro, cuyos avatares están sumidos en la controversia. Según parece, uno de los hijos, un bastado, secuestro a la esposa de uno de sus hermanastros la misma noche de bodas. Un tiempo más tarde, los recién casados partieron lejos y nunca se los volvió a ver. Se rumoreó que la novia había quedado embarazada del bastardo y que este había recurrido a ciertas artes mágicas para seducirla, pero, como nunca se supo nada tras la marcha del matrimonio, fue imposible demostrarlo. Cuando su primogénito apareció con ocasión de su vigésimo octavo cumpleaños para reclamar la herencia, esta le fue negada por razones de linaje. Al final, el asunto se dirimió tras un cruento combate. Me pregunto hasta que punto será verdad. No importa que otros capítulos lea; mi mente vuelve una y otra vez a las andanzas de esa memorable familia.

Sin embargo, a pesar de lo fascinante que resulta, especialmente las referencias a la magia, tengo que hacer un esfuerzo para no atascarme en un capítulo concreto. Finalmente, casi al atardecer, reconozco un patrón que le da credibilidad a la historia de esa primera familia.

-Tiene que ser eso - anuncio, echándome hacia atrás y cruzando orgullosamente los brazos- Creo que ya sé quién es el brujo.

La cabeza de Jarrod se alza como impulsada por un resorte.

-¿Cómo has dicho?

-Mira, el hermanastro recurrió a la hechicería - respondo mientras paso rápidamente las paginas hasta llegar a la primera familia - Debió de ser algo extraordinario si se ha transmitido a lo largo de tantas generaciones. Yo creo que...

-Venga ya - se burla Jarrod, interrumpiéndome.

-Esta ahí, Jarrod. Solo tienes que mirar.

-Eso depende de como lo veas. ¿No dijiste que en aquella época la información no era del todo fiable?

Lanzo un profundo suspiro. Este tío es imposible, totalmente negativo.

- Vale, admito que puede ser fragmentaria y que algunos datos pueden haber sido exagerados, pero, si contemplas el libro como un todo, verás que hay una clara tendencia hacia la desgracia y los accidentes en las familias más numerosas. Es un hecho, Jarrod. Ahí está: afectó a todas las parejas que tuvieron más de siete hijos varones y todo empezó con la primera, la que tuvo más que ver con la hechicería. ¿Acaso no lo ves? Todo debió de empezar entonces.

- De acuerdo, ha habido mucha mala suerte - admite Jarrod- pero ¿brujería? Tienes que estar bromeando. – Esta claro que se niega a aceptar la realidad y añade- El hecho de que el infortunio se haya abatido sobre esas familias no tiene nada que ver con que tuvieran muchos hijos, y mucho menos implicar que estuviesen malditos.

Intenta racionalizar mi teoría. De hecho, intenta racionalizarlo todo. Una molesta costumbre.

-¿Cómo puedes decir eso? ¡Todos tus antepasados con más de siete hijos están gafados!

-Eso es ridículo. Además, la mayoría de las familias pasan por momentos difíciles alguna vez, y supongo que todavía más en aquella época, en plena Edad Media. Y no digamos de las numerosas. Lo que te ocurre es que en tu casa sois tan pocos que no sabéis como son esas cosas.

-Me quedo mirándolo y, aunque sus palabras me han dolido, procuro pasarlas por alto. Lo que más me preocupa es su falta de fe. ¿Por qué no puede permitirse creer, por que se resiste a lo obvio?

-¿A qué llamas tú un «momento difícil»? - pregunto - .¿A la ruina, las amputaciones, las muertes inexplicables, los raptos, los asesinatos...? Pues todo eso sale en el libro y le sucede a cada familia con más de siete hijos.

-Veo que frunce el entrecejo y desvía la vista hacia la ventana. Cuando vuelve a mirarme veo que duda y debo hacer un esfuerzo para resistir la tentación de sondearlo. Finalmente, se levanta y se encoge de hombros, como si hubiera decidido que es hora de marcharse.

-Mira - me dice - tu teoría es interesante, pero conmigo no funciona. Sólo tengo un hermano, Casey, y soy el primogénito, no el séptimo. A ver corno explicas eso.

Naturalmente, está en lo cierto y, de repente, me siento como una estúpida. Toda mi cháchara sobre hechizos y brujería me parece ridícula. Por lo menos, así es como debe de verlo Jarrod y como debe de verme a mi. Me pongo de pie, meneando la cabeza, y le devuelvo el libro, pero no le veo los ojos.

-Quédate el libro, si quieres - me dice – Mi padre no lo echará de menos, al menos durante unos días. Pero será mejor que me vaya. Hace horas que mi madre debería haber llegado. Se habrá olvidado de que tenía que recogerme, así que es mejor que me ponga en camino.

-Jillian podría llevarte a casa con el coche.

-¡Ni hablar!

Su respuesta es brusca. Esta hasta las narices de tanta tontería y solo desea salir de aquí sin perdida de tiempo.

-Me refiero a... que no me importa caminar - añade - No vivo lejos. Al fin y al cabo, es todo cuesta abajo.

El teléfono se pone a soñar en el salón, pero me siento tan avergonzada que dejo que sea Jillian quien lo coja. Jarrod y yo nos quedamos en silencio un instante, mirándonos sin saber que decir. Oigo que Jillian habla, pero no distingo las palabras.

-Está bien -digo finalmente- Te acompaño hasta la puerta.

- Bah, no te molestes - responde, dándose la vuelta deprisa y chocando casi con Jillian, que estaba a punto de entrar en el dormitorio.

-Era tu padre -le explica ella, y me percato al instante de que algo va mal - Me temo que se ha producido un accidente...

Jarrod levanta bruscamente la cabeza y se la golpea con el techo.

-¿Qué... qué ha sucedido? - pregunta mientras se la frota. Le vacila la voz - ¿Está mi padre al teléfono todavía?

-Lo siento, no -responde Jillian- Tenía prisa y me ha dicho que te reunieras con él en el hospital, que allí te lo explicará todo. Vamos, sacaré el coche y te llevaré.

-Oh, Dios mío, ¿y ahora qué? -exclama para sí; luego le pregunta a Jillian - ¿Lo ha notado mal? ¿Ha dicho quien estaba herido?

Ya estamos a mitad de la escalera.

-No quisiera asustarte, Jarrod, pero tu padre parecía bastante afectado.

Se tardan unos veinte minutos en llegar al hospital. Jarrod va sentado delante, con Jillian. No hay nada que podamos decir; ni siquiera sabemos lo suficiente para aventurar hipótesis; sólo que ha sido el padre quien ha llamado, así que debe de estar bien. Eso señala a Ellen, la madre de Jarrod, y a su hermano de nueve años, Casey.

El hospital de Ashpeak Mountain parece más un hogar de jubilados que una clínica, pero tiene una sala de urgencias que permanece abierta las veinticuatro horas del día. Por ella pasan los imprudentes y los excursionistas que se aventuran en el bosque sin conocer el terreno. También las victimas de los accidentes de trafico, porque la carretera que sube desde el valle es estrecha y esta llena de curvas; por no hablar de los granjeros, la profesión más normal entre los habitantes del pueblo. Hoy ha llegado una pareja con un recién nacido que no deja de llorar, y el padre nos mira pasar a toda prisa, preguntándose probablemente el porque de tanto apresuramiento en una tranquila tarde de sábado.

Una enfermera de recepción nos acompaña hasta una pequeña habitación lateral y allí encontramos a Ellen, acurrucada en su asiento, estrujando su pañuelo de hilo. Parece diminuta, y cuando ve que entramos y nos mira, observo que está destrozada: tiene los ojos enrojecidos de tanto llorar y esta muy pálida.

- Mis pesadillas han regresado -murmura.

Miro fugazmente a Jillian, que se limita a encogerse levemente de hombros y levanta las cejas en señal de perplejidad. Acto seguido, se sienta al lado de la mujer.

Un hombre abraza a Jarrod. Sin duda es su padre. El parecido entre ellos es asombroso, salvo porque el hombro tiene los hombros encorvados y camina con muletas. Su cabello es tan rubio como el de Jarrod, aunque más escaso y veteado de canas; sus ojos son igual de verdes pero parecen cansados. Tiene el rostro atezado por el sol y ajado por los golpes de la vida, y eso hace que resulte mayor de lo que es.

Jarrod nos presenta.

-Jillian, Kate. Este es mi padre.

Se le olvida decirnos el nombre, pero yo lo recuerdo de cuando lo han mencionado, él y su madre, por la mañana, en la tienda. Es Ian.

Nos invitan a quedarnos, y yo me alegro porque no quiero marcharme. Aún no. Es obvio que Casey está herido. Aunque no lo haya visto nunca, es como si lo conociera porque Jarrod no ha dejado de hablar de él durante el almuerzo, y siempre con afecto, lo cual no es frecuente por parte de un hermano. Van juntos a todas partes, y supongo que en buena medida se debe a eso. Está claro que adopta una actitud protectora.

-¿Qué ha pasado? -le pregunta a su padre sin perder de vista a Ellen.

-Habíamos salido a pescar, para todo el día. Se lo estaba pasando en grande... Dios sabe que últimamente no ha tenido muchas ocasiones de estas. -Las palabras se le atragantan-. Tu madre lo vigilaba mientras yo echaba una cabezada en el coche; luego se fue a casa para preparar la cena y dijo que regresaría una hora más tarde para recogernos. Ya sabes como es tu hermano: todo energía, incapaz de parar hasta el último minuto. -Se le nubla la vista y hace otra pausa; al cabo de

un momento, reúne el coraje necesario para continuar- Entonces Casey vio una enorme trucha... Quiso tirarle el anzuelo lo más cerca posible, casi encima, pero el sedal se le enredo en un tronco que bajaba con la corriente. Yo me metí en el agua lo que pude, para ayudar a desenredarlo, pero... ¡Maldita pierna!... El tronco siguió río abajo y con eso bastó.

-¿Y qué paso entonces?

-Que Casey no soltó la caña, por miedo a perderla y a que lo riñera. -Está al borde de las lágrimas, pero respira hondo y añade- Se cayó al agua. El río iba crecido por las lluvias recientes. No pude sujetarlo. ¡Maldita pierna!... Le grite que se soltara y al final lo hizo, pero ya era demasiado tarde: la corriente lo arrastraba por una pequeña cascada y se lo llevó hacia aguas más rápidas. No pude hacer nada. ¡Maldita, maldita pierna! -Se la golpea con la palma de la mano y hace una mueca de dolor- ¡Vi como el agua se lo llevaba y pensé que lo había perdido para siempre.

Jarrod desliza el brazo sobre los encorvados hombros de su padre y se abrazan.

-Esta bien, papá. Sé que hiciste todo lo que pudiste.

-Fue gracias a tu madre. Dios la bendiga, que regresaba para recogernos. Nos metimos en el coche y seguimos el curso del río, pero fue inútil; lo habíamos perdido y no lo veíamos por ninguna parte. Entonces, unas personas que estaban en la otra orilla oyeron que gritábamos y se acercaron a ver que pasaba. ¡Gracias a Dios que una tenía un móvil! Llamaron a una ambulancia y nos ayudaron en la búsqueda.

-Dime que lo habéis encontrado. Dímelo -suplica Jarrod, pálido como un muerto y con un hilo de voz. Su padre asiente para tranquilizarlo.

-Si, lo encontrarnos a un kilómetro de distancia. Flotaba en un remanso, pero no respiraba. Suerte que enseguida llego la ambulancia y la policía, y lo reanimaron. Lo malo es que tardaron, tardaron mucho y no sabemos si tendrá consecuencias... Ya sabes...

-Sí. Lo sé. papá. ¿Qué han dicho los doctores?

Es Ellen la que responde, y su voz suena chillona y nerviosa.

-Dicen que no lo sabrán hasta que hayan hecho unas pruebas. Casey respiraba cuando lo trajeron, pero estaba inconsciente. ¡Podría estar en coma, Jarrod! ¡No quiero perderlo! -añade casi histérica.

Se echa a temblar y Jillian la abraza para consolarla. Esta claro que está perdiendo el control. Me siento impotente.

-Se pondrá bien -murmura Jillian-. Ahora está en buenas manos.

-Usted... usted no lo entiende -balbucea Ellen al borde de un ataque de nervios. Mueve la cabeza y abre desmesuradamente los ojos. Su aspecto es el de una loca-. ¡No puedo, no puedo perder a otro hijo!

Todo el mundo guarda silencio al oír esas palabras. Los padres de Jarrod se quedan mirándolo con aire culpable. Su voz suena grave cuando mira a su madre con repentina intensidad y pregunta:

-¿Mamá...?

Sólo es una palabra, pero el tono exige respuesta.

- Lo siento, hijo –responde el padre- No es algo de lo que hablemos normalmente.

-¿De qué no habláis?

-De los otros -suspira Ian- de los bebés. Sólo Dios sabe lo que tu madre ha sufrido. Cuando tú naciste, fuerte y sano, decidimos que nunca mas mencionaríamos el pasado.

-Pues debes explicármelo, ahora.

Los dos se miran fríamente. El padre es el que primero aparta la vista.

-Éramos los dos muy jóvenes cuando nació el primero. Fue prematuro y solo vivió unos minutos. Los médicos dijeron que había sido mejor así. Nosotros no quisimos esperar y, enseguida, un año más tarde, nacieron las gemelas. Desgraciadamente, también fueron prematuras; sus pulmones no lo soportaron v murieron al cabo de una semana a causa de una infección...

-Ian se detiene. Con los ojos suplica a su hijo que no lo obligue a seguir, pero la necesidad de saber de Jarrod es más poderosa.

-Sigue, papá -ordena, apretando las mandíbulas.

-Esperamos tres años para que tu madre se recuperara, y rezamos para que esa vez las cosas fueran diferentes. Lo llamamos Alex. Era precioso, pero trágicamente frágil: había nacido sólo con medio corazón. Sobrevivió tres semanas, y cada día fue un milagro.

Ellen ahoga un gemido con el pañuelo. Está deshecha y lo último que necesita es rememorar los recuerdos de un pasado tan doloroso, pero Jarrod es implacable.

-¿Eso es todo?

-No -responde su padre con un susurro de voz-. Ya que hemos llegado hasta aquí, lo mejor será que sepas toda la verdad. Tu madre se operó para reforzar y sanear el útero. Nosotros no queríamos insistir, pero los doctores estaban seguros de que esa vez todo iría bien. Desde un punto de vista medico, no había nada malo... -Hace una nueva pausa mientras el pasado regresa para atormentarlo, y siento que ya sabía que eso sucedería tarde o temprano-. Fueron dos, dos chicos, y también llegaron antes de hora...

Los ojos se me llenan de lágrimas al escuchar esas palabras, y también los de Jillian. Hay mucha tensión entre estas cuatro paredes, es literalmente una energía que late como un corazón. Me sorprende comprobar que su poder emana de Jarrod. No es ira, sino una interesante combinación de asombro, incredulidad y miedo.

-Cuando tú naciste –prosigue Ian, más animado- eras tan fuerte y saludable que fue como un verdadero milagro, así que tu madre y yo decidimos enterrar el pasado. Para continuar necesitábamos olvidar el dolor de lo ocurrido. ¿Lo entiendes? De lo contrario tu hubiéramos criado entre algodones, como si hubieras sido del más delicado cristal. Te habríamos ahogado con nuestros temores.

-Y por eso nunca me lo dijisteis –concluye Jarrod.

-Cuando vimos que cumplías cinco años y que seguías sano y fuerte, nos sentimos más animados y nos diste valor para volverlo a intentar.

-Casey.

-Sí. Tu hermano pe... pequeño – La sonrisa de Ian se quiebra con la última palabra.

Observo como Jarrod lo asimila todo y me entran ganas de sondearlo. Sin embargo, no me atrevo; por lo menos, mientras sus sentimientos sean tan intensos: sería ofensivo e impertinente. En cualquier caso, sus emociones están a la vista de todos. Van desde el desconcierto hasta un sorprendido reconocimientos. Tras un largo momento, Jarrod aparta la mirada y sus verdes ojos se cruzan con los míos; luego, aunque dirige la pregunta a su padre, no deja de observarme.

-Y eso, ¿en qué me convierte?

-¿A ti? Tú eres nuestro séptimo hijo. El séptimo, el número de la suerte.

Jarrod

La confesión de mi padre me deja pasmado e, inmediatamente, empiezo a creer en el hechizo. Ha sido sumamente revelador y, por primera vez, tengo una idea exacta de las penalidades que mis padres tuvieron que sufrir antes de que yo naciera. Todo ese dolor me atraviesa como una daga clavada en el corazón. Me pregunto cuanta adversidad puede soportar una familla antes de desmoronarse, y no puedo evitar sentirme orgulloso de mis padres: son fuertes, mucho más de lo que yo lo seré jamás.

A partir de este momento, tengo que contemplar las cosas de otra manera: mi visión del mundo ha cambiado por completo. Mi familia esta hechizada y, me guste o no, tengo las pruebas ante mí. ¿Quién habría seguido intentándolo tras seis fracasos consecutivos? Es como si yo hubiera estado condenado a nacer para que el maleficio pudiera seguir vivo. ¿Acaso mis padres son victimas de la maquinación de algo más fuerte que la vida misma?

¡Santo Dios! ¿En qué estoy pensando? ¿Estoy maldito por un hechizo? ¿Estoy maldito porque brujos de siglos pasados hicieron uso de la magia? No puedo creerlo. No es posible es pura fantasía. Cada cosa debe tener su explicación. Esa es la regla que rige mi vida. ¿Qué me esta pasando?

Intento recobrar la serenidad y poner un poco de sensatez en medio de tanta locura repentina, y me digo que estoy afectado, en estado de shock, por el accidente de Casey. Mi hermano pequeño podría haber muerto, incluso podría quedar tarado para siempre; además me acabo de enterar de que mis padres han tenido más hijos; ni más ni menos que seis!, pero que murieron antes de que yo llegara a este mundo. Me pregunto donde los enterraron, y esa idea me pilla desprevenido. Se me llenan los ojos de lagrimas.

Kate me observa, y supongo que se pregunta en que estaré pensando. Es curioso que no se haya metido en mi cabeza para averiguarlo. En cierto sentido, preferiría que lo hubiera hecho, quizá de ese modo podría decirme que me pasa aquí arriba, en la mollera. No tengo más remedio que sentarme. Hundo la cara entre las manos. No se está mal así.

Una mano se posa suavemente sobre mi hombro. Miro, y es Kate.

-¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, porque ya no me fío de las palabras. De ellas podría surgir algo parecido a una admisión, y no estoy preparado para escuchar mis propias dudas. Podría convertir todo esto en algo demasiado real.

Llega una doctora, pero sólo me percato de su presencia cuando oigo el rápido repiqueteo de las muletas de mi padre contra el suelo. Nos reunimos en círculo a su alrededor, impacientes por saber algo sobre Casey. Sec llama Reed y estaba de guardia cuando lo ingresaron.

-Es un chico fuerte -comienza diciendo, con lo que nos hace saber que se encuentra bien-. Hemos tenido que drenar mucha agua de los pulmones, pero, por suerte, los ríos de esta zona están limpios. ¿Saben que el agua de aquí se embotella? En cualquier caso, no esperamos que surjan infecciones, pero me gustaría tener a Casey aquí esta noche, para asegurarnos.

A pesar de que a todos se nos ocurren un montón de preguntas, es mi madre la primera que las formula.

-¿Sabe si mi hijo ha sufrido alguna...?

No lo dice, pero todos sabemos que se refiere a una lesión cerebral. La sonrisa de la doctora nos tranquiliza.

-No parece que haya ningún daño permanente, señora Thornton. Lo reanimaron dentro del margen de seguridad. Ha tenido mucha suerte. Podría haber sido mucho peor.

Todos suspiramos y se nos saltan las lágrimas, pero en esta ocasión de puro alivio.

-¿Les gustaría verlo? -pregunta la doctora Reed, con una sonrisa, como si hubiera hecho un chiste-. Esta despierto y hambriento y tiene entretenidas a todas las enfermeras. Está pletórico de energía, lo cual es sorprendente si consideramos el trance por el que ha pasado.

Nos reímos. No porque haya sido gracioso, sino porque así relajamos la tensión que se ha acumulado. Casey puede ser pequeño pero no para quieto y tiene un hambre canina. Podría pasarse todo el día corriendo de un lado a otro, sin comer, y descubrir cuando se sentara a la mesa que no hay en toda la casa alimentos suficientes para saciarlo.

Jillian le da un abrazo a mi madre y, a continuación, a mi padre y a mí. Entre tanto, Kate se mantiene a un lado, con los ojos brillantes y una mirada llena de compresión. Me alegra que no diga nada en este preciso momento, no me cabe en la cabeza nada que no sea un tremendo alivio

por el estado de mi hermano. Ella lo sabe; también que muy pronto tendremos que hablar... del hechizo. Sin embargo, debo reconocer que es lo último que me apetece, porque puede, si, puede que Kate tenga razón.

Se marchan, y nosotros nos vamos a ver a Casey. Está sentado en una típica cama de hospital, en una habitación individual. No me extraña que no haya dejado en paz a las enfermeras: no soporta estar solo. Tiene buen aspecto a pesar de todo. Se está zampando un helado de vainilla y, cuando nos ve, deja la cuchara y se pone a reír como un loco.

Mis padres se echan a llorar otra vez y lo cubren de besos y abrazos. Luego, me toca a mí. Lo estrecho entre los brazos tan fuerte como puedo, pero me resulta una experiencia de lo mas extraña: no me refiero al abrazo. Toda mi vida he ayudado a mi madre con Casey. Lo he acunado; empujado su cochecito; ayudado a levantarse cuando se ha caído, y, a veces, hasta me he quedado para verlo dormir, como si no pudiera creer que tanta energía descansara por fin., Eso les gustaba a mis padres, que tenían la impresión de que nada malo podría ocurrirle mientras alguien vigilara a su pequeño. Mas tarde, cuando creció, también me ocupé de él en el colegio.

No. El sentimiento que se apodera de mí en este momento es algo más que todo ese rollo del hermano mayor que protege al pequeño. Me aparto de él a regañadientes y, para disimular, sonrío y le revuelvo el cabello. Tengo el corazón en un puño. Estoy convencido de que el accidente que casi le ha costado la vida a Casey ha sido, de algún modo, culpa mía.

Kate

Todo el pueblo se ha enterado del accidente de Casey y, el domingo, de buena mañana, las laboriosas abejitas de Ashpeak ya están manos a la obra. Son cosas que no vienen mal cuando uno se ha hecho daño o algo se ha estropeado. Hannah aparece a la hora del desayuno y nos informa de los últimos detalles: la señora Daniels ha puesto a trabajar a su sección de la Asociación Nacional de Mujeres y, antes de las ocho de la mañana, los Thornton ya tenían sobre la mesa de la cocina tres comidas calientes; Ken Derby, el propietario de los grandes almacenes, le ha regalado a Casey una caña de pescar para reemplazar la que perdió en el río.

-La gente se ha ofrecido a hacerles la limpieza de la casa y arreglarles el jardín - cuenta Hannah-. Incluso ha habido alguien que se ha brindado a levantar una cerca para separar el río de la parte trasera de la casa.

Estamos sentadas a la mesa de la cocina, mientras Jillian nos llena los platos de tortitas y Hannah cubre montón tras montón con sucesivas capas de mantequilla, jarabe de arce, azúcar y más jarabe. Sonrío y me pregunto dónde va a meter tanta comida, con lo delgada que es. También pienso en la gente que se esta mostrando tan amable. Esas personas son una de las razones por las que me gusta vivir en este pueblo, aunque dudo que hicieran extensivas sus atenciones a Jillian y a mí. Aunque la mayoría suelan pasarse de vez en cuando por El Bosque de Cristal para curiosear, nunca nos han incluido en su agenda de compromisos sociales. Pero me alegro por Jarrod. Todo esto contribuirá a que se sienta aceptado. Es lo que más desea, tanto que hasta le hace perder el sentido de las proporciones.

Suenan las campanillas de la tienda, y Jillian masculla una palabrota. No está presentable para atender a sus clientes.

-Ya voy yo -le digo, y me mira con alivio.

Dejo a Hannah dando buena cuenta de una segunda y una tercera ración de tortitas y lamiéndose el jarabe de los dedos, meneo la cabeza y sonrío. Sé que en su casa nunca se permiten pequeños placeres como este. Allí la comida no abunda y debe alcanzar para todos, incluido un abuelo. De todas maneras, no creo que Hannah engorde nunca. Es más delgada que un folio.

Los domingos, Jillian abre a las nueve. Yo siempre le digo que lo haga una hora mas tarde, pero es el día más ajetreado de toda la semana. La montaña se llena de gente de la ciudad, y el aparcamiento se pone de bote en bote, salvo en invierno. Jillian lo aprovecha todo lo que puede, por lo menos mientras dura el buen tiempo.

Pero no es un cliente lo que aguarda en la tienda. Es Jarrod, y ha aparcado fuera su bicicleta. Me quedo tras el mostrador, y él se me acerca.

-¿Podemos hablar?

Su tono es grave y tiene los ojos enrojecidos. Salta a la vista que no ha dormido mucho. No obstante, estoy convencida de que hay algo más, aparte del accidente de Casey, que no le deja pegar ojo.

-Claro. Vamos arriba.

Vamos hacia la escalera cuando la puerta se abre de nuevo, esta vez con clientes de verdad. Sin embargo, en cuanto nos damos la vuelta y vemos de quien se trata, los dos, por diferentes razones, nos quedamos de una pieza.

-¡Jarrod! -dice Tasha Daniels, que entra pavoneándose como una marquesa. seguida por su perro faldero favorito, Jessica Palmer-. ¡Que casualidad! Oye, me he enterado de lo de tu hermano, espero que esté bien. Mi madre está en la cocina desde primera hora de la mañana. ¿Os han entregado la comida?

Él no responde a su cháchara y se limita a asentir con un gesto y a inclinarse levemente, de manera que yo me quedo con su perfil y Tasha con su atención.

Jessica se nos acerca y deja atrás a su “mejor amiga”. Me parece una acción valiente, sobre todo viniendo de una chica como ella, que siempre sabe cual es su sitio, es decir, a la sombra de Tasha. Se diría que ha decidido que Jarrod bien vale la pena el riesgo de molestar a Su Alteza.

-Ryan esta organizando una fiesta de disfraces para el sábado por la noche, el primer día del invierno. ¿Te gustaría venir?

Así que las dos van detrás de él, ¿eh? Mientras rechino los dientes, pienso quo no me parece mal y que en cualquier momento su rivalidad puede desembocar en la pelea del siglo. No quisiera perdérmela.

Tasha hace pucheros, y a mí se me ocurre algo muy retorcido. Una de las cosas que más me molestan de ella es que se empeñe en parecer una rubia cabeza de chorlito cuando, en realidad, no lo es. De hecho, es la más inteligente de la clase, pero actúa como una idiota, derrochando encanto femenino todo el tiempo. Claro, a los chicos les encanta. Entonces se me ocurre un encantamiento para provocarle una subida de testosterona y me la imagino con las rosadas mejillas cubiertas de áspero vello. Solo de pensarlo me mareo.

Las palabras de Jessica me resuenan en los oídos y vuelvo a prestarle atención, al tiempo que archivo la idea del hechizo para utilizarla en el futuro.

-Que yo recuerde, Ryan ha organizado todos los años una fiesta de disfraces -añade.

Lo que no dice es que esa fiesta se ha convertido en un acontecimiento por el que todos suspiran en Ashpeak, que es una tradición que empezó el hermano mayor de Ryan, antes de que fuera a la universidad, y a la que están invitados todos, hasta los mayores del colegio. Nadie ha rechazado nunca una invitación. Yo jamás he recibido una, y nunca me han pedido que fuera de acompañante. Eso no es nuevo. Siempre me han dejado fuera de sus fiestas. ¿Y qué? No son mas que una panda de patéticos esnob. Sin embargo, aunque solo fuera por una vez, no me importaría ir, especialmente si Jarrod me lo pidiera.

-No sé... Todavía no lo he pensado.

Tasha, desconcertada por el hecho de que Jessica se le haya adelantado, sigue haciendo pucheros, pero adopta una actitud seductora y se las arregla para ponerse delante de su perrito faldero con suma elegancia, de manera que apenas unos centímetros la separan de Jarrod. Él intenta recular, pero topa con el mostrador.

-He venido a buscar algo distinto -le dice Tasha, revelando el motivo de su visita a La Choza de la Bruja, que es como los de su grupo llaman a la tienda de Jillian.

-Estupendo -responde Jarrod-. No dejes que mi presencia te entretenga.

Menuda respuesta. Este tío no tiene carácter. Tiene un don natural que podría fortalecerlo. Sin embargo, hasta que lo acepte, seguirá en estado latente y no le servirá de nada. Hasta el momento sólo lo ha manifestado en momentos de gran tensión y, por lo que he podido observar, siempre con resultados catastróficos. La verdad es que es un caso aparte: un cobarde y a la vez una bomba de relojería con patas.

-¿Y tú? - susurra Tasha con voz aterciopelada, al tiempo que recorre la pechera de la camiseta de Jarrod con sus garras pintadas de rojo-. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ha llegado el momento de la verdad. Me mira un instante, y lo cierto es que veo que se debate interiormente. No puede decirle a Tasha la verdad; aunque espero que al menos le conteste que ha ido a ver a una amiga, a mí. Pero tampoco tengo muchas esperanzas. ¿Por qué debería ser diferente de los demás? Se necesita una buena dosis de valor para admitir que uno va a visitar a Cara de Miedo. Sin embargo, una parte de mí, una gran parte, desea oírle decir que soy su amiga, que soy digna de su amistad.

-¿Eh?... Yo... Verás... -duda-. Mi madre vende sus cosas aquí, y se las han puesto en el escaparate. He venido a ver como habían quedado -miente.

Cierro los ojos y no dejo traslucir el más mínimo signo de decepción. ¡Será imbécil! Me entran unas estúpidas ganas de llorar, pero refreno las lagrimas. No tengo intención de hacerlo, y menos delante de ellos. Cuando los abro, veo que Jarrod me mira y que implora disculpas en silencio. Pues es demasiado tarde.

¿Puedo ayudaros en algo, chicas? -pregunta Jillian, que acaba de aparecer, perfectamente presentable-. ¿Estáis buscando algo en concreto?

Despacio, apartando lentamente la mirada del arrebolado rostro de Jarrod, Tasha se vuelve hacia mi abuela.

-Pues si, porque como llevare un vestido blanco, uno de hada, largo, y como tengo unos zapatos plateados muy bonitos, estoy buscando una varita y una mascara plateada que hagan juego. Me gustaría una en forma de mariposa y que fuera brillante, aunque eso no es problema; el brillo siempre puedo añadírselo yo...

Continua hablando, pero ya no le presto atención. Doy media vuelta y salgo de la tienda repitiéndome que me importa un pito lo que Jarrod piense de mí. Lucho denodadamente contra un torrente de humillantes lágrimas y paso corriendo al lado de Hannah, que esta acabando su zumo de naranja en la cocina, camino de mi cuarto. Naturalmente, me sigue, supongo que intrigada por mis prisas, y entra en el dormitorio secándose las manos. Debe de ser por mi estado de ánimo,

pero en este momento necesito un amigo. Si no hablo con alguien explotare. O peor, lanzare un conjuro y dejare a alguien de color verde fosforito.

Le cuento lo de Jarrod. Todo: lo del hechizo: el don que tiene y lo poderoso que es, y mi estúpida, pero ya pasada, atracción por él.

-Si, claro -murmura cuando termino de contárselo.

-Claro, ¿qué?

Está boca abajo, en mi cama, con la cabeza entre las manos y los pies descalzos sobre la almohada; y yo sentada en el suelo, con las piernas cruzadas.

-Eso de que ya no te interesa -responde con ironía.

-¡Pues claro que ya no me interesa! -insisto.

-Entonces, ¿no piensas ayudarlo a vencer ese hechizo?

Tengo que pensar. Sólo hay una forma de estar segura de que ya no me gusta.

-¡No me importa que el hechizo lo realizase el mismísimo diablo! -declaro a voz en grito-. Jarrod ya puede arrastrarse de rodillas, besar el suelo que piso y limpiarme los zapatos a lametones, que no pienso mover un dedo para ayudarlo.

Pero, como una tonta, no me he percatado de que la puerta estaba abierta, así que pego un brinco cuando oigo las palabras de Jarrod.

-¿Y qué tal si pido disculpas?

Me vuelvo y me pongo colorada como un tomate. Me pregunto cuanto rato llevara ahí, y el hecho de que Hannah se esté desternillando de risa no me ayuda nada.

-¡Ya vale, cállate ya! -Estoy furiosa.

Al final, deja de reírse.

-Lo siento -se disculpa.

No la creo, pero se incorpora, y Jarrod se sienta a su lado, en mi cama.

-Se lo has contado todo, ¿eh? -me dice con tono lastimero, con lo que descubro que ha estado ahí todo el rato.

-¿Siempre escuchas tras las puertas de los dormitorios ajenos?

-Bueno, si la conversación vale la pena...

Hannah sigue divirtiéndose y haciendo esfuerzos por contener la risa, a pesar de que la tensión en el ambiente es tan palpable que podría cortarse con un cuchillo.

-Kate tiene razón, ¿sabes?

Jarrod la mira.

-¿Acerca de qué?

-De todo -contesta tranquilamente-. Tú no la conoces y yo sí. Escucha, si te dice que pesa un hechizo sobre ti, créela. Sabe de lo que habla. Si te dice que tienes un don, también harás bien creyéndolo. Acéptalo y no lo rechaces porque sí. ¡No sabes qué cosas haría yo con tus poderes!

-No comparto tu fe, Hannah.

-Pues es una pena -masculla mientras se levanta y se palmea la barriga-. Bueno, ahora que ya me he puesto las botas con la comida y me he dado un hartón de reír, es hora de que me vaya. Además, tú estas acompañada y yo debo darle las gracias a Jillian por las tortitas. Chao.

Jarrod mueve la cabeza mientras el ruido de los pasos de Hannah se desvanece escaleras abajo.

-¿Por qué has tenido que contárselo todo?

-¿Y tú por que no le has dicho a Tasha y a su amiga que has venido a verme a mí? -No estoy de humor para ir con rodeos.

Acepta su derrota antes de lo que lo habría hecho yo.

-Lo siento. Tienes razón. He metido la pata.

-Eres bobo.

-Te lo compensaré.

Me está suplicando con la mirada y la sensación me gusta tanto que casi me pongo a reír.

-¿Ah, sí?¿Cómo?

-Haré lo que tú digas. Lo prometo.

Entonces, impulsivamente, porque de otro modo jamás me habría atrevido, le digo:

-Entonces llévame al baile de disfraces de Ryan.

No contesta y se limita a mirarme fijamente, con esos increíbles ojos verdes. El silencio se hace insoportable y, por un momento, siento lástima por él. Sé que le estoy pidiendo mucho, pero ya lo

he dicho y no quiero volverme atrás. No es que vaya a obligarlo a que cumpla su promesa... Solo quiero poner a prueba su amistad. Lo único que deseo es oír algo como: “Sí, claro, por supuesto”. Y que lo diga de corazón. En cambio, me dice:

-En realidad, tú no quieres ir, ¿verdad?

Me resulta difícil saber si no quiere llevarme o si, de alguna manera absurda, intenta protegerme. Supongo que sabe que si me presentara en esa fiesta me convertiría en el centro de atención, de un tipo de atención que a nadie gusta. Pecs no faltara. Me encojo de hombros y miro hacia otra parte. Así, por lo menos, nadie me tachará de cobarde.

-Si eso es lo que deseas, prometo que te llevare.

Me quedo mirándolo. Es evidente que se siente en deuda conmigo. Vale, pues que se aguante. Quizá debería darle una lección sobre lo que significa la lealtad y cumplir la palabra dada. Pero en lugar de eso digo:

-No. Ya sabes que no lo decía en serio.

Se me acerca y, en su voz hay un leve tono de advertencia.

-No me gusta que me pongan a prueba, Kate.

Las campanillas de la ventana se ponen a sonar, y unos colores pastel destellan en las paredes de mi dormitorio, como si el sol que penetra por la ventana las iluminara. Jarrod está a punto de tener un estallido de genio, y me invade la sensación de estar jugando con fuego. Sin embargo, no me asusto fácilmente.

- Eso lo dices porque le sientes aliviado al saber que ya no tendrás que cumplir tu palabra. Yo nunca me atrevería a chafarte tus planes con Tasha o con Jessica. Dios, ¡que disgusto tendrían! Incluso podrían expulsarte de su distinguido grupito.

-Ellas no me importan.

-Mientes fatal.

Se encoge de hombros, como si el asunto le importara un pito, y las campanillas dejan de sonar tan repentinamente como habían empezado. Parece que mi casa está a salvo por el momento. Veo que Jarrod frunce el entrecejo.

-Mis prioridades están cambiando.

Me sobresalta la seriedad con la que lo ha dicho, y me pregunto si habrá ocurrido otro desastre. Le escruto el semblante en busca de una respuesta.

-¿Le ha sucedido algo malo a tu familia?

Se mantiene en silencio, pensativo, y el pulso se me acelera. Cuando me mira de nuevo tiene un aspecto entristecido.

-Es por lo que pueda suceder, Kate, eso es lo que me asusta. El futuro. Mis padres lo han pasado tan mal que no sé cuanto más podrán aguantar sin desmoronarse. -Me mira con una intensidad que asustaría al más templado-. Nunca pensé que llegara a creer en hechizos, pero en estos momentos estoy hecho tal lío que podría creer cualquier cosa.

Su confesión me toma tan por sorpresa que me olvido en el acto de Ryan y su fiesta. Me rodeo las rodillas con los brazos y apoyo en ellas la barbilla.

-¿Me estás diciendo que ahora crees que lo del hechizo es cierto?

Hace un esfuerzo para levantarse y suspira profundamente.

-Mira, no lo sé. Todo esto es muy complicado. No tengo tu educación. En mi casa, la magia, los encantamientos y la brujería nunca han sido temas de conversación a la hora de la cena.

Hago un gesto de comprensión.

-Pero estas dispuesto a aceptar que hay algo de verdad en lo que te dije...

-Por lo menos es una explicación para todas las desgracias que nos han sucedido en el transcurso de los años. Pero lo más extraño me ocurrió la otra noche, mientras tenía en mis brazos a Casey...

Hace una pausa, y su mirada se pierde en el techo. Se lo he visto hacer otras veces, cuando está preocupado o intenta revolver un problema complicado, y le da una apariencia vulnerable. Finalmente, baja la cabeza y vuelve su atención hacia mí.

-Dios mío, Kate, me siento responsable de lo que le sucedió a Casey. Incluso estoy empezando a creer que todos los accidentes que nos han ocurrido podrían haber sido por mi culpa.

Lo medito durante unos instantes.

-Que te sientas responsable podría significar que lo estas aceptando, que empiezas a ser consciente de la verdad. Sin embargo, no debes ser tan duro contigo mismo. Tú no has echado ninguna maldición sobre tu familia.
-Pero si toda esa historia es cierta, ¿qué se puede hacer?
-Se lo pregunté a Jillian y me dijo que según cuentan los textos antiguos hay dos maneras de poner fin a un hechizo...
Se inclina hacia mí, expectante.
-La muerte - explicó.
-¿Cómo? ¿Cuál? ¿La mía?
-¡Dios mío, no! Por lo visto, este tipo de hechizos se interrumpen cuando el portador acaba con quien lo ha realizado.
Me mira con incredulidad.
-¿Me estás diciendo que debo matar a un hechicero?
Hago un gesto afirmativo y ninguno dice nada durante un rato, pero salta a la vista que Jarrod no deja de darle vueltas al asunto.
-Pero tú dijiste que creías que el brujo había sido un Thornton que vivió hace ochocientos años -asegura muy serio-. Eso significa que hace mucho que murió. Quizá el hechizo se rompa si muero yo...
No me gusta el rumbo quo está tomando nuestra conversación, así que saco el viejo libro de Jillian y empiezo a leer:
-Para poner fin al hechizo, el hechizado, o uno de sus descendientes... -miro a Jarrod- ha de destruir al brujo, sino con sus propias manos, con algún medio de su invención."
-Eso es imposible. Kate. Ese hombre está muerto -me dice con aspecto aún mas preocupado.
Suspiro. Tiene razón, no estamos llegando a ninguna parte.
-Sí. lo sé.
-Además, tampoco lo podría hacer. Ya sabes, lo de matar a alguien, lo siento, seria incapaz. Un asesinato... No, antes preferiría acabar con mi propia vida.
Lo miro a los ojos para comprobar que está bromeando, pero se muestra tan serio que no puedo estar segura.
-Ni se te ocurra -le digo medio en broma-. Tu muerte no impediría que el hechizo recayese sobre tus descendientes.
-Si, pero ¿y si muero sin descendencia?
-Es igual -me apresuro a decir-. El hechizo encontraría el medio.
Suelta un bufido y masculla una respuesta cargada de amargura:
-Si, como hizo conmigo. Mis padres no habrían tenido siete hijos si los seis primeros no hubieran muerto. Sólo por ese motivo siguieron intentándolo.
He de admitir que está en lo cierto. Seguramente sus padres habrían decidido adoptar a un niño tras el tercer o cuarto intento. Pero ¿siete y hasta ocho hijos? De ninguna manera. Esta claro que el hechizo actuó así para renovarse y fue el causante del fallecimiento de esos recién nacidos.
Se me pone la carne de gallina. Quienquiera que fuera el que lo realizara, tuvo que ser un mago endiabladamente poderoso: un brujo, y uno muy perverso. Sigo dándole vueltas. Tiene que haber algo que podamos hacer. Ya ni me acuerdo de mi decisión de no ayudar a Jarrod.
-Podríamos probar con un conjuro -propongo.
Jarrod me dedica toda su atención, y eso me alegra. Por lo menos lo tengo distraído y evitó que piense en cosas que no debe.
-¿Qué me dices? ¿Estás conforme? La magia te puso en esta situación. Puede que baste con otro poco para sacarte de ella. En cualquier caso, no tienes nada que perder.
-¿Qué tipo de conjuro?
Debo pensarlo. Ha de ser algo lo bastante contundente para anular una poderosa alquimia, y eso no es fácil de conseguir cuando han transcurrido siglos.
-Deberíamos ir al arroyo a medianoche, un día de luna llena, como hoy. ¡Ah! También necesitaremos un poco de sangre de cabra. ¿Puedes ocuparte tú de eso? Yo conseguiré el corazón de un animal acuático. Creo que Jillian tiene sapos vivos en alguna parte.
Jarrod me mira con la palabra “escepticismo” escrita en el rostro.

-Anda, hazme caso -le suplico con una sonrisa-. Lo único que tienes que hacer es encontrarte conmigo en el claro del bosque. Ya conoces el sitio, ¿te acuerdas? Te lo mostré. Ven a medianoche. ¡Ah! Y vestido de negro.

-No sé si atreverme a preguntarte el porque.

-Para pasar inadvertido en la oscuridad. Para que los animales no se asusten y en el bosque se respire tranquilidad y armonía con la luna. ¡Ah, y los cuatro elementos esenciales! También los necesitaremos.

Veo que guiña un ojo y ladea la cabeza, con la típica expresión de «¿Ya has terminado?».

-Oye, ¿no habías dicho que había dos maneras?

-¿Cómo?

-Sí. Has dicho que Jillian sabía dos caminos para acabar con el hechizo. Uno era matar al brujo. ¿Cuál era el otro? Quizá podríamos intentarlo.

Me muerdo el labio inferior. Se trata de un gesto infantil al que apenas recurro, pero ¿cómo puedo explicarle la otra solución? Jarrod se troncharía de risa.

-Hum... Verás... -Intento hallar las palabras adecuadas, pero al final decido que es mejor que no lo sepa. Por otra parte, está fuera de nuestro alcance-. No. Lo siento. Ha sido una estupidez por mi parte. Nunca funcionará.

Se encoge de hombros y hace un gesto de resignación con la boca.

-Deberemos ceñirnos al encantamiento.

-No sé, Kate. Parece tan ridículo...

-Que va. Es sólo cuestión de valor.

Esto de ponerlo a prueba se está convirtiendo en un divertido pasatiempo. En cualquier caso sirve para que haga lo que de otra forma no querría hacer.

-Que, ¿tienes agallas?

-Ya veo lo que pretendes, Kate.

Su voz es sombría, pero percibo que le pica la curiosidad.

-¿Qué me contestas?

-Vale. Pero por lo menos dime donde puedo conseguir sangre de cabra sin tener que matar una.

Jarrod

No puedo creer que haya accedido. ¡Sangre de cabra! ¡Por Dios santo! ¿En qué estaría pensando? Debo de haberme vuelto loco, loco de remate.

Bueno, pero como ya me he vuelto loco, supongo que no tengo nada que perder. Excepto lo poco que me queda de cordura.

La casa está silenciosa, ya casi es hora de marcharme. Voy a tener que salir por la ventana para no despertar a mis padres. Con un poco de suerte estarán profundamente dormidos. No se puede decir que hayan descansado mucho estos días.

Paso una pierna por encima del alfeizar, me araño en el brazo con una astilla y salto. Aterrizo con un sordo golpe sobre un montón de hojas muertas y me froto la herida. Me alegro de que vivamos en una casa de una sola planta. No se encienden luces, y no creo que me haya roto nada.

Hace un frío que pela. Son solo las once y veinte. Creo que tengo tiempo para ir con la bici hasta casa de Kate y, desde allí, por el sendero, hasta el arroyo, donde se supone que nos tenemos que encontrar. Me dijo que no encendiera una linterna si no era imprescindible, que con la luz de la luna bastaría, y que usara mis sentidos. «Fíate de ellos», fueron sus palabras.

¡Debe de estar bromeando! Mis sentidos están en alerta roja, pero nada funciona excepto el miedo y la adrenalina. Además, la supuesta luna llena parece que ha decidido no salir esta noche. ¿Quién podría reprochárselo? No es idiota.

No debería estar haciendo esto.

Noto el frasco lleno de sangre de cabra en el bolsillo de la camisa, bajo el grueso jersey negro. Lanzo un gruñido, pero es de alivio porque esta intacto. Menos mal. Después de lo que me ha costado conseguirlo... Primero, el veterinario me dio una lista de las granjas que crían cabras, pero me aseguro que me resultaría, pero me aseguró que me resultaría mucho más fácil obtener leche que sangre y me miro con extrañeza. No se equivocaba. Los propietarios de los animales se dieron un hartón de reír a mi costa. Al final, acabe en el matadero y no me fue fácil convencer al encargado de que necesitaba sangre de cabra.,y no el habitual cerebro o los ojos de cerdo, para un experimento del colegio. Insistió en que estaba equivocado y que me había hecho un lío con el encargo, pero, como estaba al corriente del accidente de Casey, se apiado de mi salud mental.

Solo de recordarlo pedaleo con más fuerza. Por lo menos es algo que sé hacer sin darme de bruces. Además, necesito todo el impulso que pueda para remontar la empinada cuesta que conduce a la casa de Kate. Las calles están silenciosas, y no hay un solo automóvil a la vista. Eso esta bien. Nadie me vera pasar vestido con este ridículo atuendo: negro de pies a cabeza, como Kate ordeno, excepto por el pequeño emblema de los Chicago Bulls de la gorra de Casey, pero la noche es tan fría que me la he tenido que poner.

Cuando por fin llego a la tienda de Jillian, estoy molido. He tenido que empujar la bici durante el último trecho. La dejo en la entrada y me dirijo al camino del bosque por el que me llevó Kate. Como era de esperar, está oscuro como boca de lobo y tengo que recurrir a mi linterna para dar con él. La verdad es que apenas es un sendero, y al cabo de unos minutos el corazón me martillea en el pecho. Si el ruido que hago al pisar las hojas muertas del suelo no despierta a toda la fauna de los alrededores, entonces serán mis latidos los que romperán la armonía del bosque y la luna o de que sé yo.

Mis peores enemigos son las telas de araña recién tejidas, cuyas gruesas propietarias esperan en el centro a que caiga en ellas una presa fácil como yo. No tengo más remedio que caminar con la cabeza gacha, apartándolas con las manos, una tras otra. A cada paso, la adrenalina me corre mas deprisa y el pulso se me acelera. A pesar de que la temperatura sigue bajando, no dejo de sudar y, de repente, me pregunto si estaré yendo en la dirección correcta. Ni siquiera un excursionista experimentado se adentraría en el bosque de noche sin una brújula.

Todos estos pensamientos empiezan a ponerme nervioso y hacen que respire entrecortadamente, exhalando nubecillas de vaho en el aire helado ¿Qué pasaría si me perdiera y no llegara al riachuelo? ¿Y si me caigo por un barranco? Hipotermia, seguro. Me congelaría antes de que alguien me encontrase.

El pánico se apodera de mí y me corroe los nervios como el ácido ataca el azúcar. Al final, torno una decisión: no puedo seguir. Doy media vuelta a toda velocidad, demasiado deprisa. y me pierdo por completo. ¿Hacia donde tengo que ir? Me he perdido. Entonces veo un débil resplandor en la distancia. Al principio creo que se trata de un fuego, pero carece del típico brillo anaranjado. Sea lo

que sea, mi respiración se tranquiliza. Tiene que ser Kate. Nadie más vagaría por el bosque en plena noche, salvo, quizá, uno de esos psicópatas de hacha en ristre.

Me abro paso hacia la luz, serenándome con cada paso. Así que, cuando liego al lugar, parece que tengo pleno control de mis movimientos.

-¡Lo has conseguido! -exclama Kate, como si hubiera albergado más de una duda de que lo lograse.

-Yo me encojo de hombros, aparentando indiferencia. Si hay algo de ella que me puede es su falta de confianza en mi. Cree que soy un pelele sin agallas, y no me refiero a lo de los accidentes. Hablo de que va más allá y que ve en mi interior, en el fondo de mi alma.

-Claro. ¿Qué pensabas? Te dije que vendría.

Tiene en la mano una varita y con ella describe un amplio arco.

-Ya he establecido el circulo. Las velas del suelo marcan el perímetro. Sólo puedes entrar si lo haces yendo detrás de mí.

A pesar de que sus palabras me producen escalofríos, la sigo y hago lo que me dice hasta que nos encontrarnos sentados con las piernas cruzadas, el uno delante del otro. Sólo entonces empiezo a tomar conciencia de lo que me rodea. El arroyo esta ahí, muy cerca. Si me inclinara lo suficiente, incluso podría tocar sus cristalinas aguas. Una neblina flota sobre la superficie y le confiere un aspecto tenebroso e irreal, corno si hubiera salido de alguna película de misterio. Estoy rodeado de un montón de velas encendidas, cuyas llamas delimitan el círculo donde nos sentarnos y que, curiosamente, no parecen agotarse. Kate tiene a su derecha una caja dorada con aspecto de joyero. La tapa está abierta y en el interior distingo un cristal rosa, un cubilete de plata, unas tijeras, un trozo de cinta azul y otras cosas raras. Los ojos se me van a salir de las orbitas, así que decido que es mejor apartar la mirada.

De alguna parte emana un olor pútrido, pero tampoco quiero saber la causa. Sin embargo, lo más extraño de todo es la luz. No hay otra fuente que la de las velas, pero, aun así, a nuestro alrededor, como una bóveda, hay un resplandor, como el mismísimo aire refulgiera.

Kate se da cuenta de que estoy alucinado.

-Es sólo un poco de magia que Jillian me enseñó -me dice en tono tranquilizador.

Su voz es suave, melodiosa, como si lo tuviera todo bajo control. Yo envidio su calma, me hace sentir más cobarde que nunca.

-¿Te gusta?

No sé que espera que le conteste.

-Yo... Si... -balbuceo-. ¿Cómo lo...?

-Es complicado -responde con una sonrisa-. No sé si estás preparado para la respuesta, pero estoy segura de que a Einstein le encantaría.

Aunque me gustaría preguntar más cosas, tengo que contentarme con eso. Poco a poco, empiezo a relajarme ante la evidencia de su magia y comienzo a abrigar esperanzas. Si Kate puede hacer esto con la luz, y si de verdad pesa un hechizo sobre mi familia, entonces quizá pueda resolver mis problemas.

-¿Estás listo, Jarrod? Es casi medianoche.

-Sí. Al menos, eso creo.

Me sonríe, y yo me relajo. Por fin mi pulso recobra su ritmo normal. Kate está en su elemento y domina la situación.

-Tendrás que quitarte la gorra y la ropa, salvo los vaqueros.

Se me ponen unos ojos como platos.

-¿Desnudarme?

-No del todo -se ríe-. Solo de cintura para arriba.

No puedo evitar una mueca.

-No me refería a «eso». Es solo que... Bueno, no creo que haga mas de dos grados de...

Me mira extrañada.

-¿Tienes frío?

Su pregunta, planteada como un desafío, tiene la virtud de hacerme recapacitar. Entonces compruebo que ya no echamos vaho y que mis dedos no están entumecidos, ni siquiera los de los pies. Me palpo la cara y noto que tengo la piel tibia y no helada, como hace un momento. Le lanzo a Kate una mirada perpleja.

-¿Cómo lo has conseguido?

-La verdad es que no he hecho nada. No sé manipular el clima, aunque no será porque no lo haya intentado. Es la luz la que genera calor, al menos el suficiente para que el aire no sea tan frío.
-¡Guau!

Eso es todo lo que soy capaz de articular. Tengo la boca más seca que un desierto.

-¿Has traído la sangre?

La pregunta me devuelve a la realidad. Meto la mano en el bolsillo de la camisa con una sonrisa de satisfacción, recordando lo que me ha costado encontrarla, y saco el frasco medio lleno. El encargado no quiso darme más. Espero que sea suficiente.

-Estupendo. –contesta Kate, quitándome un peso de encima.

-¿Qué vas a hacer con ella?

Rebusca a sus espaldas y pone ante mí la fuente del mal olor: un pequeño cuenco lleno de algo marrón y viscoso. Luego, v con mucho cuidado, vierte la sangre encima y remueve con un palito.

-La visión que tuvo Jillian de aquellas serpientes que te rodeaban significa que hay espíritus malignos a tu alrededor. -Probablemente -añade con la mayor naturalidad-, te acompañan a todas partes adonde vas. Las serpientes son sólo su apariencia material.

Vaya, justo lo que deseaba oír.

-Se supone que el olor producido por las tripas del sapo mezcladas con el corazón del pez y la sangre de la cabra -se inclina hacia mí- los ahuyentará. O así debería ser durante un rato, el suficiente para que la magia actúe. Es una táctica temporal, pero, si el conjuro surte efecto, puede que nos ayude a eliminarlas de forma permanente.

-¿De veras?

Eso es todo lo que puedo decir, porque unas vívidas imágenes de serpientes reptando por todo mi cuerpo me ponen la carne de gallina. Hace seis años me toco vivir en una granja donde antes se criaban caballos y que mi padre intentó reconvertir. Eran ochenta hectáreas de terreno pantanoso. El mismo día en que nos trasladamos, vimos la primera serpiente. Una semana más tarde ya pensábamos en hacer las maletas. Llegaban del río como atraídas por un imán. Los vecinos nos dijeron que podía deberse a la sequía. Mi padre perdió mucho dinero con aquel negocio y le costo mucho venderlo. No tuvo mas remedio. Sobre todo desde que un buen día me desperté con tres de esos bichos entre las sábanas y amenacé con no volver a dormir en mi vida. Sólo de recordarlo aún me asusto. El impulso de empezar a correr se apodera de mí otra vez.

Kate termina de remover y deja el palito al lado del cuenco que ha depositado lejos, pero dentro del círculo. Por lo menos, así se soporta un poco mejor.

-Relájate -me dice en voz baja-. No voy a hacerte daño. -Sus ojos, brillantes como dos zafiros, se posan en los míos como una promesa cuando añade-: Nunca.

Me alegra saberlo.

-Y ahora... ¿qué?

-Ahora voy a limpiarte.

Sus palabras me sobresaltan y recuerdo que me ha dicho que me desvistiera.

-¿Perdón...?

-De todo mal.

¡Claro, el hechizo! ¿Acaso pensaba que me iba a frotar con una esponja? Por muy estupenda que esa idea pudiera resultar en un ambiente más acogedor, aquí fuera, en mitad de la noche, resulta muy poco atractiva.

-¿De qué modo? -pregunto para disimular la vergüenza.

-Con la ayuda de los cuatro elementos: agua. tierra, aire y fuego.

-¿Lo dirá en serio? Parece el diálogo de una película de terror de serie B.

-Creo que has visto demasiada tele.

Su respuesta es fulminante:

-No tenemos.

-Vale. Entonces, dime: ¿cómo vas a lograr que esos cuatro elementos te ayuden? ¿Pidiéndoselo amablemente?

Me lanza una mirada asesina. Esta hecha una furia, y no tengo más remedio que bajar la vista.

-Lo siento -murmuró.

-Escucha. Esto no funcionará si no pones de tu parte. El sarcasmo y la ironía sólo servirán para bloquearlo. Un conjuro de purificación no es cosa fácil, ¿sabes?

-Te he dicho que lo siento.

-Esta bien. Intenta no poner en duda todo lo que digo. Limítate a seguirme. Déjate llevar, ¿vale?

Salta a la vista que se ha enfadado, y la verdad es que lo lamento, porque todo esto lo hace por mí. Arrepentido, asiento con la cabeza y ella añade:

-Ahora quítate la gorra, el jersey y lo que lleves debajo.

No es que no me dé apuro, pero obedezco; dejo la ropa a un lado y me ruborizo cuando noto su mirada sobre mi. Aunque no estoy desnudo me siento como si lo estuviera y tengo la impresión de que no soy más que un saco de huesos. Intento no mirar a Kate, pero me parece ver que mueve las manos, y se me hace un nudo en la garganta cuando me percato de que está rezando. También murmura unas palabras, pero no habla conmigo; tiene la cabeza echada hacia atrás y no entiendo lo que dice. Al cabo de unos segundos, se arrodilla, toma las tijeras y me las acerca a la cabeza.

-¡Eh, espera un momento! ¿Que pretendes hacer con eso?

Me responde con gran calma, en un tono monocorde, como si estuviera en trance:

-Necesito tu pelo.

-¿Mi pelo? -exclamo al tiempo que me levanto, listo para salir corriendo en la dirección que haga falta. Esta broma está yendo demasiado lejos.

-Si, pero no todo -añade con dulzura y sonríe-. Solo un mechón, eso es todo.

Lo corta rápidamente, no sea que se me ocurra cambiar de opinión, y lo ata con un trozo de cinta azul.

-Esto va a oler un mal -me dice al tiempo que lleva el mechón hasta la llama de una vela y empieza a recitar unas palabras, como una letanía.

No creo que nada pueda oler tan mal como esa horrible mezcla del cuenco. El cabello se retuerce y desintegra al contacto con el fuego. Cuando ha desaparecido, miró a Kate. Tiene un aspecto etéreo por el modo en que sus ojos reflejan el brillo de las velas y el viento juguetea con la punta de su lacio pelo. En estos momentos realmente parece una bruja, a pesar de esos ojos claros y rasgados. Solo le falta la escoba.

Vuelve a mirarme.

-Lo que viene a continuación no va a gustarte -me dice suavemente.

El corazón me da un brinco.

Toma el cubilete y con él coge un puñado de tierra oscura y húmeda.

-Ahora respira profundamente desde aquí.

Su mano me toca el vientre, justo por encima del ombligo. Es firme y agradablemente cálida, y debo hacer un esfuerzo de concentración para seguir sus instrucciones. El contacto, la caricia de su voz y su mirada están obrando curiosos efectos en mi estado de ánimo, e intento ocultar mis emociones porque Kate sabe detectarlas. Al final consigo respirar como me ha dicho.

Mantiene la mano sobre mí estomago durante varias inspiraciones; a continuación la retira, esparce tierra sobre mi cabeza y con la otra mano empieza a frotármela por el cráneo, la frente y el pecho mientras no deja de repetir el cántico.

Cierro los párpados en un intento de protegerme de la fina lluvia de tierra y hojas que intenta abrirse paso hacia la boca y los ojos. Ojalá hubiese cogido las gafas.

Cuando los abro de nuevo. Kate me mira sonriendo.

-Lo estas haciendo francamente bien.

Asiento con la cabeza, pero sólo sirve para que me caigan encima más arena y porquerías.

-Lo estás pasando en grande. ¿a qué sí?

Se ríe, y para mí es un alivio comprobar que el velo que hace un momento parecía nublarle los ojos ha desaparecido y vuelve a tener un aspecto normal, o por lo menos todo lo normal que puede esperarse de ella.

-Solo falta una cosa -me dice, mientras se limpia las manos en el arroyo.

A continuación hace un cuenco con ellas, coge un poco de agua y me las acerca al rostro. No tiene que decir nada, sé que debo haber. Sin embargo, sólo de pensarlo siento una extraña sensación. Ese gesto va a cruzar una especie de línea invisible, la que recibe el nombre de “intimidad”.

Kate se mira las manos; luego a mí.

-Vamos. ¿A qué esperas?

Contemplo el agua que le gotea entre los dedos y, conteniendo mis emociones, me inclino y empiezo a beber. No me atrevo a mirarla a los ojos porque de lo contrario notaría lo alterado que

estoy. Una vez he terminado, inspiro hondo y me reclino sobre los talones; veo que sus labios se mueven silenciosamente y que todo su cuerpo oscila hacia delante y hacia atrás. Una oleada de escalofríos me recorre el cuerpo, y un súbito calor me invade de la cabeza a los pies, dejándome sin aliento.

Kate lanza un suspiro y sonríe.

-¿Te encuentras bien?

-Me siento raro, pero se me está pasando.

-Estupendo. Ya hemos acabado.

Rápidamente recoge todas sus cosas y las guarda en el cofre.

-Debemos salir del círculo como hemos entrado -añade.

Obedezco. Kate apaga las velas y cava un pequeño agujero donde entierra la repulsiva mezcla del cuenco.

-Ya puedes vestirte. No tardara en volver a hacer frío.

Y, mientras pronuncia esas palabras, el halo luminoso que nos rodea empieza a desvanecerse. En cuanto a la luna. la muy cobarde asoma justo en ese momento, cuando ya hemos acabado. La veo a través de las copas de los árboles, y su luz me permite encontrar mis ropas en la penumbra. El aire se torna helado, así que sacudo la cabeza para quitarme los restos de tierra y me visto a toda velocidad, gorra incluida.

-¿Ya hemos terminado? -preguntó mientras me pongo en pie y me limpio la frente.

-Sí. Ya hemos terminado -repite.

Hurgo en los bolsillos del pantalón en busca de la linterna, y es un alivio encontrarla y esconderla.

-¿Y qué pasa ahora?

Empezamos a caminar hacia la carretera; o, por lo menos, eso creo, porque no tengo ni idea de donde estamos, Kate parece que si lo sabe, así que la sigo pegado a sus talones.

-Espera y verás -me contesta.

-¿Cuánto tiempo tardará en producirse? -Si el encantamiento ha surtido efecto, el hechizo debería quedar anulado a partir de este mismo instante..

-¡Que bien! -exclamo de puro contento. Después de todo, quizá esta locura de noche, con el subidón de adrenalina y todo lo demás, haya valido la pena-. Pero ¿cómo lo sabré?

-Será fácil. Dejarás de ser el patoso de siempre, y a tus padres ya no los asediaran las desgracias -contesta.

Llegamos a la carretera y Kate me acompaña hasta mi bici. El cielo se ha despejado y la luna lo ilumina todo. Apago la linterna y reparo en el cofre que lleva debajo del brazo, eso me recuerda lo que acabamos de hacer y, de repente, me siento incómodo: ¿cómo hay que darle las gracias a una bruja que acaba de hacer un conjuro para anular un hechizo milenario?

-Mira... Yo... -No sé como seguir, pero lo intento-. Verás... quería darte las gracias por lo de esta noche... Gracias por tu ayuda.

Sonríe y toda ella parece resplandecer.

-¿Sabes? Puede que no funcione. No soy más que una novata, y seguro que el brujo que realizo el hechizo era un poderoso alquimista. - Durante un instante, desvía la mirada-. Debes recordar que lo mío no ha sido magia de la antigua.

-¿Y?

-Pues que tenemos delante un hechizo fruto de una magia que ha durado cientos de años. En aquel entonces las cosas eran diferentes, había un propósito y una intensidad diferentes. Hoy en día es distinto, todo se comercializa, se hace banal, más débil. Jillian puede hacer magia como se hacia entonces, pero no hay muchos como ella. Sólo unos pocos son capaces.

-Bueno. En cualquier caso, lo has intentado y te has tomado un montón de molestias por mí.

-No es nada. -Se encoge de hombros-. Además, no suelo tener la oportunidad de realizar conjuros poderosos. Por aquí no abundan los voluntarios, salvo Hannah. Aunque tampoco me gustaría intentarlo con ella. Algunos son demasiado peligrosos para probarlos con los amigos.

Bromea, y lo sé porque veo la risa en sus ojos mientras habla. Sin embargo, sus palabras me revelan lo metida que está en esto de la brujería. Magia. hechicería... Todavía tengo mis dudas, pero debo admitir que Kate tiene extrañas facultades, como las que le permiten iluminar la oscuridad o hacer que las velas ardan sin consumirse. Dado que mi cerebro ha vuelto a la normalidad, me pregunto cómo habrá hecho esos trucos.

Ilumino mi reloj con la linterna, pero no distingo los números.
-Son las cuatro de la madrugada -me dice.
No puede ser. ¿Hemos estado cuatro horas en el bosque?
-Tengo que marcharme. Es muy tarde.
-Sí. Será lo mejor.

Lo ha dicho a regañadientes, lo mismo que yo. Aunque la temperatura debe de ser por lo menos de cinco grados bajo cero, no tengo ninguna prisa por irme. Podría quedarme toda la noche mientras estuviera con Kate. Esa realidad me golpea como un martillazo, pero decido que será mejor que me ponga en marcha antes de que haga el ridículo.
-Bueno. Nos vemos. Y gracias por todo.

Asiente, pero su sonrisa mengua y, por un instante, leo en su mente como en un libro abierto: se está preguntando si el próximo lunes, en el colegio, seguiré fingiendo que no la conozco. Le digo adiós con la mano y me pongo a pedalear mientras me imagino a Tasha y a Jessica, a Pecs, Ryan y Pete. Es una visión que me hace sentir bien por dentro, lo mismo que saber que me han aceptado en su grupo. Si, me atraen mucho.

Ojalá no fuera tan cobarde. Me odio, y se me ocurre que Kate merece alguien mejor que yo. Es fuerte, más fuerte de lo que yo nunca seré. Además, tiene talento y es hermosa, ambas cosas a su manera. Eso la hace distinta y, como ellos van de guays, se dedican a crucificarla o la dejan de lado.
Bueno... No se puede decir que lo haga mucho mejor.

Kate

No ha funcionado. Mi conjuro para romper ese condenado hechizo no ha resultado. Lo veo el lunes por la mañana cuando Jarrod llega tarde a la clase de historia y tiene que explicarle al señor Dyson que ha tenido un pinchazo en la bici y que cuando le ha pedido a su madre que sacara el coche para llevarlo, éste, por alguna misteriosa razón, no ha querido arrancar.

-Esta mañana ha helado -comenta Dyson sin molestarse por la tardanza (lo cual es bueno, pues Jarrod ya está bastante frustrado-. Diles a tus padres que pongan anticongelante en el radiador. Seguramente ha sido por el hielo. Dicen que este invierno va a ser uno de los mas fríos.

Tampoco creo que Jarrod se percate, por lo menos hasta más tarde; durante la clase de gimnasia. Hacemos ejercicios y los chicos deben levantar una pirámide humana. Jarrod, que ni por asomo es tan fuerte como Pecs o los otros, no consigue ser uno de los que formaran la base. Después de muchos y varoniles jadeos, Pecs se afianza y anuncia que la primera fila ya está preparada. Callum y Todd suben encima y dejan la posición central para Jarrod. Cuando éste empieza a trepar se oyen una risitas, pero no son malintencionadas, es su fama, que lo precede. Todo el mundo sabe que es un patoso; se le cae todo y tropieza con cualquier cosa. En este instante no lleva las gafas, pero tampoco importaría mucho si no fuera así.

Ha trepado por las espaldas de Pecs y Ryan, y por el momento todo va bien. La clase aplaude y vitorea, y Jarrod se esconde tras una sonrisa. La señorita Milán ordena silencio, pero tampoco puede evitar sonreír por lo bajo. Tiene buen carácter, y la atmósfera del gimnasio es relajada.

Ben Moffat es el chico de dieciséis años más bajito que he conocido. De pequeño estuvo enfermo de leucemia, y la quimioterapia y las radiaciones retrasaron su crecimiento. A pesar de todo, es fuerte para su estatura, y subir hasta el primer nivel no le supone ningún esfuerzo. Acto seguido, se encarama encima de Jarrod, pero este parece perder el equilibrio; le falla una rodilla y se inclina a un lado, con lo que Ven cae hacia atrás y toda la pirámide se desploma como un castillo de naipes sepultando al pequeño Moffat.

La señorita Milán se abalanza a rescatarlo de debajo del lío de piernas y brazos y, al poco, lo consigue. Esta casi segura de que sólo se ha torcido un tobillo, pero ordena quo le hagan una radiografía por precaución. Lo que más le preocupa es que Ben pueda haberse roto una costilla. No responsabiliza a nadie, pero eso no evita que Jarrod pida disculpas; al final, manda a alguien a buscar ayuda y a los demás nos envía a los vestuarios.

Jarrod continua tendido en la colchoneta azul, con la cabeza entre las manos. Cuando levanta la vista y nuestras miradas se cruzan, veo la amarga decepción pintada en su rostro. Yo sonrío y me encojo de hombros, como si le dijera: «Por lo menos lo intentamos." La verdad es que lo veo tan deprimido que me entran ganas de hacer algo para consolarlo, pero me abstengo: sólo Dios sabe como podría reaccionar delante de los demás. Por otra parte, hasta este momento ni se ha percatado de que existo.

Sin embargo, Tasha no vacila. Se acerca corriendo y lo ayuda a levantarse. Él sonríe y le da las gracias, y yo me contento con apretar las mandíbulas. Semejante escena me estropea el resto del día.

Más tarde, Jarrod me alcanza a la salida del colegio. Caminamos en silencio durante un rato, hacia nuestras casas, y no pasa un segundo sin que note su presencia, lo cual me pone en tensión. Entonces, a pesar de que me había prometido no volver a hacerlo, decido que debo saber cuales son sus sentimientos y lo sondeo con mucho cuidado.

Curiosamente, esta vez no ofrece resistencia, y lo que es más, percibo que no ha levantado un muro porque no desea defenderse. También capto decepción, una profunda preocupación y que está confundido. Rebosa dudas, y deduzco que debe de confiar en la magia menos que nunca. Me temo que mi conjuro solo ha conseguido empeorar las cosas.

Sabe que estoy dentro de su cabeza, pero no me lo impide. Es como si quisiera que yo averiguara su estado de ánimo, que comprendiera lo que siente. Así es más fácil para él. No tiene que buscar las palabras para hacerse entender.

No puedo evitar enfadarme, porque me parece imposible que no tenga la valentía de expresar lo que siente. ¿Qué pasa con este chico?

La tensión va en aumento hasta el punto de que o digo algo o exploto.

-Lo... lo lamento –balbuceo- Siento lo del hechizo, y también que no haya funcionado mi conjuro.

Él se encoge de hombros, como si no le importara, pero no es más que una pantalla para disimular lo que siente, lo cual todavía me resulta más molesto.

-Oye, que no es el fin del mundo –añado- ¡Por el amor de Dios!

Se descuelga la mochila y saca un botellín de agua.

-¿Qué sugieres ahora? -Toma un trago-. Quizá deberíamos sacrificar a una virgen. ¿Qué tal si lo intentas sumergiéndome en el agua y obligándome a tragar tierra? No sé, también podrías probar a cortarme todo el pelo y dárselo a una cabra para que se lo coma.

-Vale. No hace falta que te pongas borde.

Suelta un bufido de frustración y agarra el botellín con la otra mano.

-Lo sé. Kate. Lo siento. Nada de esto es culpa tuya.

Ese cambio hacia la autocompasión me repele. No me gusta esa faceta suya y debo hacer lo que pueda para que no siga por ese camino.

-¡Despierta, Jarrod! Tampoco es tuya.

No me cree: está claro que, desde el momento en que aceptó que el hechizo podía ser cierto, convirtió las desgracias de su familia en una carga de la que se considera el único responsable. Siente que es el causante de todos los males que los aflige de los pasados, de los presentes y de los futuros.

-Jarrod, escúchame. -Hemos llegado a la bifurcación. A partir de aquí, él sigue por la carretera asfaltada hacia su casa, a un par de kilómetros. Sé donde vive: en la vieja granja de los Wilson. El viejo Vic murió hace poco y se la dejó en herencia a su hijo, Stephen, que vive en Sydney. Pero como este no tiene intención de regresar a Ashpeak, la tiene alquilada. La casa está ¿0tro conjuro?

-Ojalá abandonase esa actitud negativa y egocéntrica.

-No, idiota. Jillian ha pensado algo, pero resulta inverosímil incluso para mí así que la descartaremos de momento. Con un poco de habilidad, ni siquiera tendremos que tomarla en consideración.

-Entonces, ¿qué más queda?

-Tú.

Me mira de nuevo con incredulidad, y creo que no me acostumbraré. ¿Por qué no podrá aceptar las cosas simple y llanamente?

-Yo ¿qué?

-Tus poderes, por supuesto. ¿Cuándo reconocerás que tengo razón?

Suelta un gruñido y da media vuelta, en dirección a su casa.

-¡Por el amor de Dios, Kate! ¡Déjalo estar!

Lo agarro del brazo y tiro de él con fuerza.

-No pienso hacerlo. Mira, no todo va a encajar siempre en tu ordenado esquema. En esta vida hay situaciones que no se pueden explicar, y los fenómenos paranormales son solo un ejemplo. Con la ayuda de tus facultades, puede que encontremos el medio de combatir el hechizo.

-Te equivocas, Kate, yo no tengo ningún tipo de “facultades”. Las cosas que me ocurren, y no creas que no me cuesta decir esto, se deben al hechizo, no a extraños poderes sobrenaturales.

-No, Jarrod. Estas en un error, seguro. Los accidentes, las desgracias, los huesos rotos y toda tu torpeza provienen del hechizo, estoy convencida, pero los terremotos, las tormentas, ¡esas cosas las causas tú!

Se queda callado, y tengo la esperanza de que este meditando lo que le acabo de decir. Sus poderes son nuestra única posibilidad. El plan de Jillian no funcionaría, es imposible que lo haga. Además, la sola idea es descabellada y solo serviría para convencer a Jarrod de que somos carne de psiquiatra. Sin embargo, se limita a encogerse de hombros y a guardar el botellín.

-¿Cuál es el otro camino? ¿en que ha pensado tu abuela? ¿Qué decía aquel antiguo manual?

Me quedo mirándolo y no encuentro las palabras.

-Kate, dime lo que ponía.

Hiervo de frustración, así que doy media vuelta y me encamino hacia casa.

-Olvídalo. No querrías saberlo.

-¡Te lo he preguntado, ¿no?! -grita a través de la distancia que pongo de por medio.

-Vete a casa, Jarrod -replico, despidiéndome con un descorazonado movimiento de mano.

Pero no me hace caso; al contrario, se acerca corriendo. Lo miro fríamente.

-¿Se puede saber qué haces? -le pregunto.

-Esta claro. Si tú no quieres explicármelo, no tendré más remedio que preguntárselo a Jillian directamente.

Gruño y lamento al instante haber abierto mi bocaza. Desde el momento en que Jillian leyó aquel texto no ha dejado de realizar los preparativos necesarios. Aparte de las tareas cotidianas, no ha hecho más que ir de acá para allá: incluso ha limpiado las ropas originales y las botas de cuero auténtico. Me pongo a temblar solo de pensarlo. Si Jarrod descubre el plan, se tronchará de risa y no creo que sepa guardar el secreto. No puedo fiarme de él. Tal como se extienden los rumores por aquí, podríamos ser el hazmerreír del pueblo antes de medianoche. Si se lo pregunta a Jillian, ella se lo dirá, así de sencillo. Yo confío plenamente en ella. He visto de lo que es capaz. Como sanadora, en especial con los animales, es brillante; conoce el poder de las hierbas, pero también hay algo más: tiene poder, en cuerpo y mente, y se nutre de una herencia ancestral. Es capaz de trascender su condición ordinaria, y entonces su magia no es de este mundo. Pero esto es distinto: no encaja en ninguna categoría aceptada ni sobrenatural.

-Escucha. La idea de Jillian es algo... extrema.

-¿Y eso es una novedad?

Le lanzo una larga y ceñuda mirada y tengo que hacer un esfuerzo para reprimir un conjuro. Me acuerdo de su pecho sin vello y se me ocurre que no estaría mal que le saliese mucho pelo, espeso y rizado. Pero al final lo dejo estar.

-Mira. Tú ya sabes lo que la gente de Ashpeak piensa de nosotras -le digo apretando los dientes-. Si te cuento lo que ha ideado Jillian. ¿Cómo podré estar segura de que no lo iras pregonando por ahí?

De repente, parece ofendido y se detiene.

-¿Con qué clase de tío crees que estás hablando? ¡Por Dios, Kate, nunca haría eso! Jillian me cae bien y no le deseo ningún mal.

Seguimos caminando, y yo mascullo:

-Espero que te atengas a tu palabra.

-¿Cómo has dicho?

Me muerdo el labio.

-Lo que digo es que Jillian lo es todo para mí. No quiero que salga mal parada de esto, ¿lo entiendes?

Se limita a asentir con la cabeza, y yo clavo los ojos en el suelo.

-Es algo más que mi abuela. Ella..., ella me quiere.

-Sí. Eso salta a la vista - replica.

Hay algo más que quisiera decir, pero no encuentro las palabras.

-¿De qué se trata, Kate?

-Pues de que ella nunca me ha abandonado, ¿vale? –digo con la esperanza de que eso sea suficiente.

El resto del camino lo recorremos en silencio.

Cuando llegamos, no vemos a Jillian y descubrimos que la tienda está cerrada. Guío a Jarrod a través del jardín de hierbas medicinales y bajo el emparrado de glicinias, hasta la puerta trasera, y me pongo a buscar la llave, que debe estar en alguna parte. Jillian no suele salir, por lo que deduzco que su ausencia esta relacionada con su plan. Si cierra la casa es para proteger los valiosos libros, cristales y artefactos que guarda en el dormitorio; no por lo que pueda haber en la tienda, que no es mas que mercancía para los turistas.

Al final encuentro la llave, pero Jarrod se ha sentado bajo la galena que da al bosque y está observando a los currawongs, a las aves del Paraíso y a los pavos salvajes que picotean los restos de comida que Jillian les ha dejado. A mi abuela le encanta el bosque, y la parte de atrás de nuestro jardín está dentro de él, de manera que las aves saben que allí encontraran alimento y un lugar seguro.

Jarrod parece en paz consigo mismo, y tan relajado por una vez que no quiero estropearlo todo hablando de lo que prepara Jillian. Cojo una silla de madera y me siento de espaldas a él, disfrutando con los juegos de luz que el sol dibuja entre las copas de los eucaliptos, las palmeras, los helechos y los árboles medio caídos que forman la vegetación.

-Tienes mucha suerte de poder disfrutar de todo esto, Kate -me dice en voz baja.

-Lo sé.

Aparta la vista de los animales y me mira a los ojos.

-Me asusta tu confianza en ti misma.
- Eso es sólo porque tú no la tienes.
Lo admito. Soy un cobarde. Te mereces a alguien mejor.
La última frase me sorprende. Es como si hubiera pensado que podría ser su novia. Admito que me siento atraída hacia él, pero su tendencia a compadecerse me disgusta profundamente.
-Jarrod, si aceptaras el hecho de que tienes un don, tu autoestima subiría como la espuma.
Su expresión pasa de la incredulidad a la exasperación.
- No irás a empezar otra vez con la historia de siempre, ¿verdad?
Estoy a punto de tener una rabieta de pura frustración.
-Ojalá pudiera encontrar una manera de demostrártelo. Quizá pudiera ponerte de mal humor hasta que explotaras. Lo malo es que, como no sabes manejar tu poder, tu mente te induce a una especie de trance catatónico del que sales sin recordar nada. Supongo que no tiene sentido que ponga en peligro mi hogar y el sustento de Jillian solamente para probar algo que a lo mejor descartas con alguna de tus ridículas explicaciones.
-Escúchame. Kate. Los dos sabemos que esta conversación no lleva a ninguna parte. ¿Por qué no me explicas la idea de tu abuela?
-Porque es una locura.
Estoy diciendo la verdad.
-Muy bien. ¿De qué va?
No quiero mirarlo. No quiero ver esa sonrisa satisfecha que sé que acabara apareciendo; así pues, finjo que me intereso por los pájaros que se pelean por los restos de comida y empiezo a hablar.
-Para empezar, para evitar que el hechizo afecte a tu familia para siempre... -Lo observo brevemente: está inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas y los ojos convertidos en ranuras; pendiente de cada palabra-, Bueno, pues Jillian cree que el hechizo ha creado un vínculo tan poderoso que es capaz de superar las barreras del tiempo y el espacio. Sin embargo, está convencida de que puede crear un conjuro que te trasladará hacia el pasado y te llevará a la época en la que se realizó el hechizo, más o menos.
Empleo un lenguaje sencillo para que él capte la idea y yo no tenga que entrar en complejas explicaciones. Y concluyo:
-En pocas palabras, Jillian esta segura de poder llevarte a la Inglaterra de tus antepasados, en plena Edad Media, de vuelta a la época en la que vivieron los primeros Thornton, esos que aparecen en el libro de tu padre.
Me contempla durante unos segundos mientras una leve y traviesa sonrisa se asoma en la comisura de sus labios, como si tuviera una pregunta que formular y no se atreviera por temor a parecer chiflado. Aparece en forma de un pequeño hoyuelo
que complementa el de su barbilla, pero acaba desvaneciéndose cuando alza los ojos hacia el cielo.
-Repítemelo, por favor -dice luego.
No me ha creído. Menuda sorpresa. Ni a mí me parece posible, y eso que he visito hacer a Jillian cosas increíbles.
-La historia de esos antepasados tuyos esta repleta de sucesos: engaños, secuestros, hijos ilegítimos.... incluso magia. El hechizo tuvo que realizarse en esa época. En cualquier caso, Jillian está convencida: se ha pasado noches y días estudiando tu árbol genealógico.
Jarrod me hace un gesto con el dedo.
-No. Esa parte no. La otra, la locura esa sobre el tiempo, el espacio y la materia...
No tengo intención de repetir lo que para él simplemente carece de sentido y, aunque no comparto las ideas de mi abuela, me pongo a la defensiva.
-¿Cómo sabes que se trata de una locura? A ti no se te ha ocurrido nada mejor que el suicidio. ¿Siempre eres así de agradecido con los que pretenden ayudarte?
-Oye, no te pongas en ese plan conmigo; no sabes lo ridículo que te queda. No me extraña que te preocupe lo que la gente pueda pensar, pero no te inquietes, no tengo intención de divulgarlo, porque si lo hiciera les faltaría tiempo para internaros en el psiquiátrico más cercano.
Eso es un golpe bajo.
-Eres un cretino.
-Sí, claro. Pero explícame como piensa obrar Jillian semejante milagro. Supongo que su teoría incluye un viaje de retorno; de lo contrario no le veo el propósito.

-¿Para que, para malgastar mi tiempo contigo?
-Como quieras -responde encogiéndose de hombros.
-No lo entiendes, Jarrod. Jillian también tiene un don como tú. Desciende de una larga estirpe, y la suya es magia de la antigua, de la buena, poderosa de verdad.
-Cuéntame el plan, que ya me haré una idea.
Al final, aunque no estoy convencida de que sea lo mejor, decido atreverme. ¡Que demonios, las cosas no pueden ponerse peor! Si está convencido de que tanto Jillian como yo estamos de atar, no creo que su opinión vaya a cambiar. Además, quien sabe, puede que si conoce los detalles empiece a creerme.
-Tiene que ver con el bosque...
-¿De qué manera?
-Enlaces...
Él se limita a mover la cabeza, así que prosigo con mis explicaciones, aunque sin entrar demasiado en detalles.
-Está preparando un amuleto que tendrá los elementos necesarios para que quedes unido al bosque. Su magia, que es tan vieja como el tiempo mismo, te devolverá aquí. El amuleto, a través de su vínculo con el bosque, te hará regresar.
-¿Que hay en ese amuleto?
-Algo relacionado con los árboles, con los más viejos y los más recientes... -Sé que lo estoy perdiendo, lo veo en su expresión dubitativa, así que resumo lo más rápidamente que puedo- Escucha, no importa como funciona. Lo importante es que confíes.
-Si no la crees ni tú, ¿qué esperas que haga yo? -se burla.
Me ha atrapado y no puedo evitar morderme el labio mientras busco una respuesta lógica.
-No te molestes -se mofa-. No me interesa. De hecho, no quiero escuchar ni una sola palabra más.
No puedo replicar, porque en ese momento oímos que llega el coche de Jillian y se mete en el garaje. Ambos nos quedamos en silencio mientras mi abuela entra en la tienda canturreando una melodía escocesa. Me pregunto de donde la habrá sacado.
-Jillian está en casa -murmuro a pesar de que sé que lo sabe.
De repente, siento deseos de estar en cualquier sitio menos en éste. Incluso el dormitorio de Pecs me parece mejor en estos momentos.
-Espero que por lo menos te comportes como es debido... -mascullo apretando los dientes.
Jillian sale por la puerta, casi volando, con las manos llenas de una mezcla de migas de pan y comida para pájaros que esparce a los cuatro vientos. Tenemos que agacharnos para evitar que caiga sobre nosotros.
-¡Caramba, lo siento! ¿De dónde salís?
La sorpresa le hace errar el tiro, y un nuevo puñado nos llueve encima.
-¡Oh, lo siento! Mirad lo que he hecho. Será mejor que os sacudáis; de lo contrario, los pájaros os seguirán dentro de la casa cuando entréis.
No lo dudo. En más de una ocasión he visto que se metían dentro. Nos ponemos de pie y nos quitamos la merienda de las aves de la ropa y el pelo.
-No, no pasa nada, Jillian -comenta Jarrod con tono amable.
Lo miro rápidamente, impresionada. Jillian debe de caerle bien, porque mantiene una perfecta compostura.
-Entonces, venid -replica ella-. Lo menos que puedo hacer es prepararos algo de beber.
La seguimos hacia la cocina y nos sentamos a la mesa, mientras llena dos vasos con agua helada y exprime en ellos media lima recién cogida. La tensión se va acumulando con el silencio, hasta que Jillian le pregunta a Jarrod como se encuentra su hermano y cuando volverá al colegio.
Él contesta educadamente, pero puedo ver que se siente incómodo y que preferiría estar en cualquier otro sitio y no aquí, sentado, mostrándose educado.
Jillian no tarda en darse cuenta. Sus dedos se deslizan por el vaso y levanta los ojos para mirar directamente a Jarrod, que tiene una expresión ceñuda.
-Veo que Kate te ha contado mi teoría.
Él traga saliva y yo contemplo como su nuez sube y baja, mientras me pregunto si podrá mantener esa apariencia de tranquilidad mucho más.
-Si, y no me parece que vaya a funcionar, Jillian -dice al fin.
Bueno, por lo menos no la ha llamado «loca desquiciada».

Ella sonríe y asiente.
-No crees en nada de esto. ¿verdad?
Él se pone a la defensiva.
-Mira, no dudo que Kate tenga ciertos “talentos”. Algunas cosas son indiscutibles: a veces noto como si estuviera dentro de mi cabeza...
Jillian me lanza una mirada cargada de reproche.
-¿Por qué lo has hecho, Kate? Pensé que había conseguido enseñarte algo.
-Lo siento, Jillian -murmuro.
-Eso es violar la intimidad, cariño.
-Lo sé. No lo hago a menudo. De verdad -añado ante su aire de escepticismo.
-No pasa nada, Jillian -interviene Jarrod-. La mayor parte del tiempo no me importa. No duele ni nada. Además, puedo bloquearla cuando quiero.
-¿En serio? – eso es impresionante. La mayoría de la gente ni siquiera nota su presencia y mucho menos puede impedir que entre.
Jarrod tiene los labios firmemente apretados y parece molesto. Probablemente cree que lo hemos obligado a admitir algo que no desea reconocer, que lo hemos manipulado. De repente, el líquido de nuestros vasos se pone a burbujear.
Jillian se percata y me lanza una mirada de interés.
-No empieces tú también con esa historia, Jillian. Ya le he dicho a Kate que se equivoca con el cuento ese del “don”.
-Oye, no tienes por que ponerte desagradable -le suelto.
Entonces, se levanta bruscamente, derribando la silla, que cae sobre el parqué con estruendo.
-Mira. Ya esta, ¿vale? He escuchado lo que queríais. Ahora olvidaos de vuestros locos planes. ¡Me largo!
Se da la vuelta, levanta la silla y me mira. Cuando nuestros ojos se encuentran, habla despacio para asegurarse de que entiendo el significado de cada palabra.
-Te he seguido la corriente con tus teorías. Kate. ¡Demonios! ¡Si hasta he empezado a creerlas! Pero estoy hecho un lío. - Se pasa la mano por el cabello-. Esa historia del viaje en el tiempo es demasiado para mí. No quiero saber nada ni tener nada que ver. Me voy, Kate, y no pienso volver. ¡Nunca!
Sus palabras me hieren. La idea de que Jarrod no me dirija la palabra o de que no venga por aquí para que hagamos cosas juntos me desgarra por dentro. No tiene necesidad de ser tan claro. Lo he entendido perfectamente: si me acerco a él, fingirá que no me conoce, como si fuéramos dos extraños.
Quiero odiarlo, y quiero llorar, pero Jillian me observa y siento que se compadece. Eso es algo que detesto, así que, aprovechando que todavía conservo el dominio de mi voz, respondo:
-Por mí, conforme. Ya conoces el camino
Jarrod da la vuelta y se marcha.
En el mismo instante en que la puerta de la tienda se cierra, nuestras bebidas vuelven a burbujear, pero esta vez el líquido asciende y se derrama sobre el mantel.

Kate

Al día siguiente, Jarrod no aparece por el colegio. No sé que puede significar. Solo espero que no haya ocurrido nada. Al principio, intento convencerme de que no me importa, pero, a medida que transcurre la Jornada, me invade un terrible presentimiento que no logro ahuyentar por mucho que lo intento. Llega la tarde, y la sensación de que se avecina una catástrofe es tan fuerte que apenas puedo concentrarme. Me encuentro agotada y hasta Hannah me evita.
Cuando regreso a casa y paso por delante del desvío que lleva a la de Jarrod, tengo que resistir la tentación de ir a verlo, Después de todo, igual me equivoco: Jarrod podría haber faltado a clase por un sinfín de motivos sin importancia. Quizá está resfriado, tiene jaqueca o Dios sabe que. Si me presento en su casa y resulta que no ha sucedido nada grave, quedaré corno una tonta, y, lo que es peor, pensará que estoy obsesionada. Ayer no pudo decírmelo con más claridad: “Mantente fuera de mi vida.”
Así pues, remonto la cuesta que conduce a mi hogar y le pregunto a Jillian si ha oído algo de Jarrod.
Me contesta que no, pero me cuenta que no ha dejado de pensar en él y en su familia durante todo el día y que igual que yo, ha albergado una sensación de catástrofe inminente. Me dice que puede atribuirlo a la desagradable escena de la tarde pasada, pero que no suele tener sensaciones tan fuertes.
Como no hay nada que podamos hacer. Jillian se dedica a terminar los ropajes medievales en los que ha estado trabajando y decide colgarlos en el escaparate.
-Puede que a alguien le gusten para la fiesta de disfraces,
-Buena idea -murmuro.
Lo cierto es que, en mi estado de ánimo, no me siento capaz, de mayores entusiasmos.
Mientras Jillian da las últimas puntadas, la ayudo y me pongo a preparar una cena a base de pasta. Como las dos somos vegetarianas, solemos comer muchas ensaladas, pero hoy ha sido el día más frío del invierno, así que cocinar una cena caliente me da algo de lo que ocuparme y me ayuda a quitarme a Jarrod de la cabeza.
Estoy a punto de llamarlo por teléfono en más de una ocasión, pero no me decido. Debo aceptar que no me quiere en su vida. A pesar de todo, convenzo a Jillian para que haga la llamada. Si es ella no importará, y sólo tiene que preguntar como evoluciona Casey.
El teléfono suena varias veces, pero nadie responde.
-Por favor, Jillian, deja que suene hasta que se corte la línea. –insisto.
-Es lo que he hecho, Kate. Pero me temo que no debe de haber nadie en casa.
-¿A estas horas?
Jillian mira el reloj de la cocina.
-Son sólo las nueve y veinte de la noche, cariño. Puede que hayan ido al cine.
-No es viernes.
Me da una cariñosa palmada en hombro y empieza a lavar los platos.
-¡Ya lo haré yo! –exclamo irritada. Necesito algo vulgar que me entretenga durante un rato.
Fregar los platos me lleva exactamente doce minutos, incluido el rato que paso limpiando la cocina. No me queda más que irme a la cama. Me siento incapaz de concentrarme, y mucho menos aún de hacer los deberes, así que le doy las buenas noches a Jillian y subo a mi dormitorio.
Los pasos suenan en la entrada justo cuando estoy a punto de subir el último peldaño.
-Ya abro yo –le grito a Jillian, mientras desando el camino a todo correr.
Ha de ser Jarrod. Lo sé. Cuando abro la puerta de un tirón, tengo el corazón en la garganta.
Es él, pero su aspecto está tan alterado que no puedo evitar proferir un ahogado gemido. Parece como si llegara del infierno y hubiera caminado hasta aquí a través de las alcantarillas.
-¡Dios mío. Jarrod! ¿Qué te ha ocurrido?
Apenas puede articular palabra. Tiene los ojos muy hundidos, rodeados por profundos círculos negros, y la piel de un color ceniciento. No puede decir mucho aparte de:
-Mi padre ha intentado suicidarse.
-¡Oh, cielos! ¿No estará...?
-Está en el hospital.
Lo saco del frío y lo arrastro al interior de la casa. Está temblando y empapado de los pies a la cabeza. Ni siquiera se ha preocupado de coger una chaqueta y, con el tiempo que hace, no es normal.

-¿Cómo ha sido?
-Una sobredosis de antidepresivos.
Entonces me acuerdo de que Jarrod ha mencionado en alguna ocasión lo abatido que su padre se encontraba, en especial tras el accidente, y que eso fue la causa de que se trasladaran a Ashpeak, en un intento de levantarle la moral.
-No sabes cuanto lo siento. ¿Qué dicen los médicos?
-Dicen que se repondrá -responde, respirando pesadamente-. Pero dicen que deberá seguir una terapia. Les preocupa que vuelva a intentarlo. Hablan de internarlo.
Sin darme cuenta me he quedado boquiabierta. Si eso llegara a suceder, seria una prueba durísima para todos. Son una familia tan unida, y han pasado tantas calamidades en los últimos tiempos... No quiero ni pensar en lo que este incidente puede suponer para ellos.
-¿Cómo lo lleva tu madre?
-Aguanta, como siempre ha hecho. ¡No es justo, Kate! ¿Por qué?
No creo que sea el momento de soltarle un rollo sobre hechizos y todo eso, así que me limito a encogerme de hombros y ofrecerle una triste sonrisa.
-Ven a sentarte al lado de la estufa.
En casa tenemos una de esas, de leña, encastradas en cristal. Es fantástica y puede calentar toda la casa, hasta mi cuarto, incluso con temperaturas como las de hoy. Pero Jarrod no se mueve y se limita a echar la cabeza hacia atrás y a respirar profundamente. Aguardo a que recobre la compostura. Cuando lo ha conseguido, me mira con la cabeza ladeada y me dice:
-Quiero probar el plan de Jillian.
El corazón me da un brinco.
-Si, claro –replico, repentinamente nerviosa.
Jarrod parece desesperado. ¿Que pasaría si lo de Jillian no funcionara? Puede suceder. Es más, la lógica dice que así será. La verdad es que no creo que sea posible viajar por el tiempo, al mismo lugar y a la misma hora. ,¿Cómo encajaría Jarrod una nueva decepción?
Me percato de la presencia de Jillian, que espera en silencio cerca de donde estarnos. Entonces, nos mira y se acerca.
-Lamento lo de tu padre, Jarrod.
Él asiente, aceptando su apoyo y, acto seguido, pregunta:
-¿Cuando empezamos?
Está claro que se refiere al plan de Jillian, pero me basta con apreciar el estado en el que se encuentra para que se me pongan los pelos de punta. Suponiendo que funcionara, sería increíblemente arriesgado. Ni siquiera hemos hablado de los detalles de lo que puede ir mal ni de lo que tendremos que hacer cuando lleguemos. Si llegamos, claro.
-¿Puede ser esta misma noche?
Clavo los ojos en Jillian.
-Míralo -le digo-. mira el estado en que está. ¿No crees va a necesitar todas sus fuerzas en una situación como la que le espera?
El rostro de mi abuela se contrae.
-Mira, Kate, estar en forma es importante, pero las emociones también cuentan, y, en este momento, Jarrod está lleno de energía positiva. Desde un punto de vista psicológico, probablemente sea lo mejor.
-¿Qué estás diciendo? ¿Que debería empezar ahora mismo?
-¿Por qué no? Lo tengo todo listo.
Me quedo mirándolos. Los acontecimientos se están precipitando, y se trata de un asunto que hay que meditar con calma.
-Yo estoy preparado. Jillian -le dice Jarrod en voz baja.
Sus grandes y verdes ojos me miran fijamente, con determinación, como si me desafiaran a seguir considerándolo un cobarde.
-Llamaré a tu madre para decirle que pasarás la noche con nosotras -anuncia –Jillian, que se aleja hacia el teléfono.
Yo aprovecho para insistir en que debería descansar unos días, aunque sólo fuera uno, pero Jarrod rechaza todos mis ruegos y ni siquiera se deja convencer por el argumento de que su madre lo necesita en casa mientras Ian siga en el hospital.

-Podría ocurrir algo más, Kate -razona-. Si hay algo que pueda hacer esta misma noche, ahora mismo, para poner fin a esta locura, entonces debo intentarlo sin preocuparme de las consecuencias.
Se refiere a su propia muerte, y sé en que esta pensando: si no puede anular el hechizo y muere en el intento, su familia se verá libre de desgracias por lo menos durante su generación. Naturalmente, no tiene en cuenta el daño que para ellos supondría perderlo, así que me esfuerzo en recordarle lo mucho que lo necesitan en su hogar y todo lo que han pasado juntos. No obstante, sólo es capaz de entender una cosa: si fracasa, tanto mejor para los suyos.
Insiste tanto que, al final, lo único que puedo hacer es mostrar mi conformidad y respaldar su decisión.
Le entrego los ropajes medievales que Jillian ha preparado y le explico como debe ponérselos. No es nada complicado; hay un par de ajustados calzones de lana para las piernas, una fina blusa de hilo, una larga capa tableada y con hombreras que se puede ceñir a la cintura con una hebilla y un par de botas de suave cuero marrón. Me hace un gesto de asentimiento y empieza a desvestirse tan pronto como salgo de la habitación.
Entre tanto, voy a mi cuarto y me cambio también. Jarrod todavía no lo sabe, pero lo ideado por Jillian me incluye: es el único modo que tenemos para asegurarnos de que vuelve sano y salvo al presente. Tal vez pudiera hacerlo sin ayuda, pero, para eso, tendría primero que aceptar el hecho de que tiene un don. Como nadie sabe si lo conseguirá algún día, no podemos dejar que vaya solo.
Me pongo las gruesas medias de lana y hago una mueca por lo ásperas que son. ¡Rascan! No sé si prescindir de ellas, pero... No. Si hemos de conseguirlo será haciendo las cosas como Dios manda. La ropa interior es lo siguiente, suave y completa, con mangas que se abotonan a lo largo del antebrazo, hasta la muñeca. Por encima de todo esto me coloco un vestido que me ciñe la cintura y el pecho y termina en una falda con vuelo. Tiene cortes verticales a la altura de las caderas para que pueda meter las manos y arreglar la ropa de debajo, treinta y seis molestos botones a lo largo de la espalda y mangas que terminan en los codos y desde ahí caen hasta el suelo. También me calzo unas botas de cuero, pero resultan invisibles debajo de tanta ropa.
Mientras bajo por la escalera, practico metiendo las manos por las aberturas de los lados y sujetando la ropa interior. La verdad es que estoy tan concentrada intentando no tropezar con el dobladillo, que paso de largo la cocina, donde mi subconsciente toma nota de las voces de Jarrod y Jillian. Los miro.
Su repentino silencio es lo primero que me llama la atención. Ambos me observan, y oigo como Jillian reprime un jadeo; también veo la expresión asombrada de Jarrod, que me mira con la boca abierta mientras intenta asimilar desde el peinado a la antigua hasta el vestido.
-Tienes un aspecto estupendo, pero ¿se puede saber por qué te has vestido así?-pregunta.
Es evidente que ha llegado el momento de decírselo, ya que Jillian no lo ha hecho todavía. Se lo agradezco en silencio y me acerco, consciente del vuelo de la larga falda.
-¿No te he contado nunca lo que me gustan los disfraces? -bromeo, intentando quitarle importancia a lo que sigue-Voy contigo, naturalmente.
Él se inclina y me coge por las muñecas.
-Ni hablar.
Miro a Jillian en busca de auxilio.
-Ella debe acompañarte, Jarrod.
-¿Crees que no puedo hacer esto sin su ayuda? –pregunta dándose la vuelta. Suelto un bufido y me libero de un tirón. Típico orgullo machista.
-Oye, no te lo tomes como un insulto a tu ego.
Se vuelve hacia mí con los ojos llameantes.
-No estaba pensando en mi, sino en ti, en los peligros que tendrás que correr.
Las luces del techo parpadean.
-Tranquilízate -le ruego-. Lo siento.
Jarrod parece contentarse con mis palabras.
- No creerás que me hace gracia embarcar a Kate en esta aventura, ¿verdad? -pregunta Jillian,
Él frunce el entrecejo, y tengo la impresión de que empieza a entender cl significado de las palabras de mi abuela.
-Kate no es simplemente mi nieta, Jarrod. Es mi hija en el sentido más amplio de la palabra. Su madre nos abandono a las dos hace mucho tiempo. Es lo más preciado que tengo. Y aunque no lo

entiendas, también me preocupas tú. Llevas dentro algo especial, y deseo ayudarte a romper el hechizo para que puedas convertirte en la persona que puedes llegar a ser.
Suspira y apoya la mano sobre el hombro de Jarrod al tiempo que lo mira a los ojos. Es una actitud subyugadora, ante la cual sé que no hay escapatoria.
-Jarrod, Kate te ayudará en tu búsqueda, y es posible que necesites su poder para regresar. Recuérdalo, enfrentarse a un poderoso alquimista no es ninguna broma. Si no estas preparado para hacerte cargo de tus poderes, entonces no tienes más remedio que aceptar su generosa oferta.
-Lo siento, Pero no quiero que nadie sufra ningún daño por mi culpa -se excusa.
-No te preocupes. Kate sabe cuidarse. Debes confiar en ella.
Los ojos se me llenan de lágrimas al escuchar las palabras de Jillian. La abrazo y noto su calor.
-Gracias -le digo cuando nos separamos. Luego miro a Jarrod-. Puede que sean necesarias tu fuerza y la mía para acabar con esa cosa. Además -hago un gesto que abarca los ropajes- ¿no creerás que iba a dejar pasar una oportunidad como esta? Si la magia de Jillian funciona, podré conocer de primera mano lo que era la vida en la Edad Media. La idea es estremecedora pero fascinante al mismo tiempo. ¿no te parece? Por otra parte, es una época que siempre me ha atraído.
-No comparto tu entusiasmo -me responde Jarrod. sombrío-. La verdad es que no se me ocurre nada peor. La historia es también uno de mis temas favoritos, pero de ahí a vivirla en carne propia... No. Me conformo con regresar sano y salvo.
-No seas tan macabro, Jarrod -digo para intentar levantarle el ánimo-. Recuerda que sólo vamos a cumplir una misión: no vamos a armar un ejército para invadir un país. Hasta es posible que nos lo pasemos en grande.
-Claro, eso suponiendo que la magia funcione -añade para dejar claras sus dudas.
-Bien, ¿qué os parece si lo comprobamos por nuestros propios medios? -propone Jillian, abriendo la puerta y dejando que entre una corriente de aire helado.
La seguimos, y ella se interna en la espesura, encaminándose hacia el claro del arroyo. Conozco bien el terreno. Es uno de mis favoritos y el sitio donde intente el conjuro purificador con Jarrod. También es donde fui concebida, hace ya muchos años. Todo eso hace que el vinculo que me une a este lugar sea muy poderoso. Jillian lo sabe, y ese es el motivo de que lo haya escogido.
No vamos cargados. Aparte de los trajes medievales que vestimos, sólo llevamos una caja con las cosas de Jillian, Me pregunto que tipo de magia pondrá en marcha y lo potente que será.
Tengo que levantarme las faldas para que no se enreden en los troncos caídos y las protuberantes raíces. Al final, llegamos, y Jillian hace que nos sentemos mientras prepara la zona. Está muy oscuro, y debemos utilizar la linterna, pero no será por mucho rato. Jillian está disponiendo un centenar de pequeñas velas en un círculo lo bastante amplio para que quepamos nosotros dos. Cuando termina, se levanta, cierra los ojos y se concentra. Extiende los brazos y percibo un grave zumbido.
Por el rabillo del ojo, observe la reacción de Jarrod. He visto a mi abuela hacer lo mismo un centenar de veces y, aún así, siempre experimento la misma emoción, pero él está como hipnotizado y no aparta los ojos de ella. Es evidente que percibe que algo muy especial está a punto de suceder, y esa sensación nos rodea por todas partes.
Jillian empieza a canturrear en latín y, a pesar de la oscuridad, la podemos ver con nitidez: resplandece débilmente, y toda su piel desprende un aura dorada que parece emanar de su interior, como si estuviera creando su propia energía. De repente, deja de cantar y abre los ojos. Jarrod da un respingo: brillan con un intenso rojo.
-Kate... -murmura de puro pánico.
-Relájate -le respondo.
Entonces sucede: el centenar de velas se enciende a la vez. No hay humo, sólo pequeñas llamas azules que enseguida se tornan amarillas. El aire está cargado de electricidad.
Cuando el pequeño conjuro ha sido completado y el circulo se encuentra protegido, los ojos de Jillian recobran su aspecto normal y ella se vuelve hacia nosotros, dispuesta a proseguir.
-Hay algunas cosas importantes que debéis recordar. -Saca de la caja dos colgantes compuestos de sendas tiras de cuero, nos los coloca y añade-: Protegedlos con vuestra vida, porque el poder combinado de los dos será el que os permitirá regresar a casa.

Jarrod, recordando las explicaciones que le di, pero deseando saber más, asiente con la cabeza y me mira.
-¿Qué son, exactamente?
-Se trata de una combinación de elementos del bosque. He tenido suerte de poder encontrar los fetos de dos ratones marsupiales. La madre fue atropellada por un excursionista la otra noche. Me la trajeron, pero ya había muerto, y no hubo manera de salvar a las crías que llevaba en su interior. Fue entonces cuando se me ocurrió: habían sido concebidas en el bosque y privadas de su derecho a vivir, pero su abortado nacimiento no habrá sido en vano: uno ha sido fundido con la savia del árbol más antiguo del bosque, y el otro con savia nueva, todo eso está reunido en el interior de un cristal de ámbar. No dudéis de su poder, los dos juntos constituyen un poderoso vínculo.
Cierro los dedos con reverencia en torno al amuleto mientras Jarrod contempla el suyo, como si intentara distinguir la forma que se esconde en su interior, pero es imposible porque los fetos son demasiado pequeños. Al final, nos los escondemos
-No os llevéis de este mundo más que lo imprescindible -nos advierte Jillian y, señalando el reloj de Jarrod, añade-especialmente cosas como esa.
Él se lo quita, junto con las gafas.
-Las echare de menos -comenta, señalándolas.
Su preocupación hace que me pregunte hasta que punto las necesita para moverse con soltura. Me consta que las usa para leer, pero no creo que en la época a la que vamos sea un problema. La verdad es que lo he visto sin ellas en más de una ocasión.
Jarrod se pasa la mano por las vestiduras.
-¿Y qué pasa con estas? Parecen auténticas, pero...
-Tranquilo. Las he cosido a mano y están tejidas de manera natural. Además, la tela es del mismo tipo que la que se usaba en la antigüedad. -Su voz se endurece-. Pero recordad: si tenéis que fabricar algún artefacto que os ayude en vuestra tarea, deberéis destruirlo antes de que regreséis. Otra cosa, mientras os mováis en el pasado no deberéis recurrir en público a otros conocimientos que no sean los de la época. Confío en ti, Kate; tú has estudiado a fondo la historia medieval, así que podrás saber lo que corresponde y lo que no. Me habéis entendido, ¿verdad?
Asentimos. Vamos a cumplir una misión, no a llevar tecnología del futuro a nuestros antepasados. Debemos ser cuidadosos.
Jillian vuelve a rebuscar en la caja y saca dos anillos. Uno, de oro con un gran rubí, me lo coloca en el anular; el otro, del mismo metal pero sin gema, se lo pone a Jarrod.
-Son muy valiosos, pero si necesitáis dinero, no os preocupéis: empeñadlos.
Miro nuestras manos. Las mías tiemblan, pero las de Jarrod no dan muestras de nerviosismo, y todo él parece dominado por una extraña calma; lo cual no deja de sorprenderme. Entonces caigo en la cuenta de que la preocupación por su familia ha debido de ser más fuerte que su natural resistencia a creer en lo sobrenatural. Eso es lo que Jillian ha percibido, y por eso ha creído que éste era el momento adecuado. Otro día Jarrod podría no estar tan dispuesto.
-Otra cosa. Jarrod, por lo que he averiguado, tu procedes de una familia acomodada, ni más ni menos que de senescales. La ropa que vistes hace honor a esa posición, pero no puedo saber lo cerca o lejos que os dejaré de vuestras propiedades. A pesar de que vuestra vestimenta os proporciona rango social, puede que, topéis con campesinos hostiles que se burlen de vosotros. Si dais con vuestros huesos en una aldea miserable, apresuraos a cambiaros de atuendo para no llamar la atención.
Está claro que deberemos recordar un montón de cosas, y espero que ninguna se pierda con el conjuro de transporte.
-¿Y que hay del idioma? ¿Cómo nos comunicaremos? -pregunta Jarrod.
Jillian sonríe, y sé que se está acordando de la perfecta pronunciación de Jarrod cuando leyó el manuscrito antiguo. Yo, por mi parte, en estos momentos, cuando lo que se avecina empieza a adquirir una realidad aterradora, me alegro de haber dedicado tanto tiempo y esfuerzo al aprendizaje de la antigua lengua.
-No te preocupes por eso. Esta noche habrá magia suficiente para refrescar todos tus conocimientos -responde.
Pero Jarrod no parece muy convencido.

-No lo entiendo. Jillian. ¿Cómo puedes hacer que, de repente, sea capaz de entender y hablar correctamente un idioma que no conozco?
-¿No crees que si puedo tejer una magia lo bastante poderosa para que te lleve hacia atrás en el tiempo, podré también refrescar la sabiduría de la que ya dispones, pero que yace olvidada en tu cerebro? Mi magia, Jarrod, fortalecerá tus vínculos con el pasado, incluidas las habilidades que ya posees. Confía en ti mismo y en mí y verás como todo encajara en su sitio.
Nos da un fuerte abrazo y los ojos se le llenan de lágrimas, pero las contiene. Luego, nos señala el círculo de fuego, y nosotros penetramos en él procurando no quemarnos la ropa. Quedamos frente a ella, pero a Jarrod se le ocurre otra pregunta:
-¿Cómo funcionará? ¿Notaremos algo?
-Usaré los elementos de la naturaleza y de la tierra para potenciar el vinculo que estableció el hechizo.
-Eso quiere decir que no tendrás que tirarme tierra por encima ni deberé beber agua del riachuelo, ¿no?
Jillian me lanza una sorprendida mirada, y un escalofrío me recorre la espalda.
-No me digas que intentaste un conjuro purificador, Kate.
-Era mejor eso que pensar en el suicidio -contesto, jugueteando nerviosamente con el vestido.
Una expresión de incredulidad se dibuja en el rostro de Jillian cuando vuelve su atención sobre Jarrod.
-Será mejor que no entremos en eso –murmura él.
-¿Tienes algo más que preguntar? -dice Jillian.
Los dos negamos con la cabeza.
-Pues bien, empecemos recitando las palabras que deberéis recordar para el regreso. No deberíais tener dificultades. -Respira hondo y empieza- Ad wli-am redimus.
Es latín.
-Significa “Volvemos al bosque” -explica-. Pero, para que funcione, los amuletos deben estar juntos, como si fueran uno.
Repetimos las palabras varias veces, hasta que Jillian se convence de que han quedado grabadas en nuestra memoria.
-Estupendo -dice, complacida por nuestros progresos-. Ahora quiero que empecéis a respirar lenta y profundamente.
Permanecemos inmóviles, haciendo lo que nos ha ordenado. Jarrod me tenía de la mano; la tiene fría, pero es firme.
-Nos veremos en las Tierras Altas -me susurra-. Espero que esos escoceses sepan comportarse como es debido.
Asiento con la cabeza e intento no pensar en la época hacia la que vamos ni en las disputas propias de esos tiempos. Inconscientemente, mis labios se mueven al compás de los de Jillian, que convoca los elementos, uno a uno, para que desplieguen su magia, empezando con el aire y la tierra y acabando con el fuego que nos rodea. En su voz resuena un gran poder y una profunda emoción.
Mientras pronuncia las antiguas y escogidas palabras del conjuro, las velas estallan y las llamitas se transforman en enormes y azules lenguas de fuego que se alzan tan altas como nuestras cabezas. El calor y la energía me penetran y entablan una lucha con todas y cada una de las células de mi cuerpo,
Entonces me agarro a Jarrod, convencida de que se acerca el momento en que el hechizo de Jillian surtirá efecto.
Siento como si me aplastaran la cabeza. Las manos me empiezan a temblar incontrolablemente y a continuación todo el cuerpo. Y lo mismo le pasa a Jarrod. Me agarra los brazos con tanta fuerza que me hace daño. Mis uñas se clavan en su espalda.
Los acontecimientos se precipitan. La presión en mi cabeza aumenta hasta tal punto que creo que me va a estallar. Me apoyo en el pecho de Jarrod, y él descansa su cabeza, que también tiembla violentamente, sobre la mía. Luego empiezo a notar un lento tirón, como si mi cuerpo estuviera siendo absorbido hacia lo alto, en un remolino de colores. El ritmo de la succión aumenta, y con el los colores, que se hacen vívidos y adquieren una intensidad cegadora y desprovista de forma. Los colores lo invaden todo, están por todas partes, flotan y giran en torbellinos. Parece que mi cuerpo

se estira más allá de lo que la naturaleza de la carne y los huesos permite, y se me ocurre una idea que me entristece: quizá no sobreviva. Es mi último pensamiento.

Segunda parte
El viaje

Kate

1252, en el pueblo de Thortyne, a veinte leguas al sur de la frontera que separa Escocia de Inglaterra.

Me duele todo, desde la punta de los pies hasta el pelo; y muy especialmente la cabeza, que la tengo como si me acabara de estallar y alguien la hubiera recompuesto con demasiadas prisas.

Me encuentro en el suelo, tumbada boca arriba, con la falda remandada, y unas piedras se me clavan en la espalda. Poco a poco me palpo la cara y el cuerpo para comprobar que todo sigue en su sitio. Creo que así es.

-K... Kate...

Oigo a Jarrod a través de la niebla que me invade el cerebro, pero suena lejos. Me incorporo y abro los ojos. Está oscureciendo, o al menos eso me parece. Estoy completamente desorientada.

Entonces empiezo a recordar lo ocurrido: Jillian nos estaba haciendo viajar hacia el pasado mediante el vínculo del hechizo... ¡Dios mío, ha funcionado!

Me siento, miro ávidamente a mi alrededor y apenas puedo dar crédito a lo que veo: el bosque tropical que nos rodeaba ha desaparecido y me encuentro en medio de un camino que es apenas polvoriento. Uno de sus extremos se interna en un bosque, pero veo que continúa a lo lejos, hacia un promontorio. También distingo edificios que parecen de piedra y que coronan la cima. Me pregunto si podría tratarse de un castillo y me quedo sobrecogida.

Contemplo el resto del paisaje que se despliega ante mí y diviso dos cumbres tras las cuales debe de estar el mar: lo huelo. La niebla avanza desde esa dirección y tiene un toque salado. El segundo de los picos de este extraño paisaje se extiende hasta unirse a otro promontorio que también parece coronado por una construcción. Sin embargo, está oscureciendo y no se puede distinguir los detalles.

Si esos edificios son castillos, fortalezas de piedra, entonces quiere decir que la magia de Jillian ha funcionado. Mientras pienso en ello, mi cuerpo se va recomponiendo. La cabeza me late pesadamente. Me pongo en pie con cuidado y busco a Jarrod. No sé cómo, pero nos hemos separado durante el salto en el tiempo. Sin embargo, sé que está vivo porque acabo de oír su voz.

-¡Jarrod! –lo llamo, dándome la vuelta para mirar en otra dirección.

A un lado y a otro se ven campos divididos en largas hileras. Algunos han sido arados hace poco y en otros se ven cosechas que parecen haber sido recogidas a golpe de tajo. Mientras contemplo la escena, Jarrod aparece detrás de mí, sacudiéndose el polvo de la ropa.

-¿Dónde crees que nos encontramos? -pregunta.

Me quedo mirándolo. Como de costumbre, su actitud negativa me resulta inexplicable. Tiene todo un lado de la capa manchado de tierra, y también la cara, así que lo ayudo a limpiarse.

-¿A ti que te parece? -le pregunto mientras mi dolor de cabeza remite y lo sustituye la emoción-. ¡Estamos en la Inglaterra medieval! ¿En qué otra parte crees que podemos estar?

Levanta la cabeza e inspecciona el paisaje que lo rodea, deteniéndose especialmente en las lejanas construcciones, como si las estudiara.

-No tengo ni idea. Esto podría ser cualquier sitio.

-¡Por Dios, Jarrod, ten un poco de fe! -La cabeza me da vueltas, pero no por el mareo, sino por la adrenalina, y me siento liviana a causa de la emoción. Me pongo a bailar y a dar vueltas mientras me sacudo la ropa-. ¡Es increíble! ¡Soy la persona con mas suerte del mundo!

El rostro de Jarrod se contrae y sus ojos no dejan traslucir ninguna emoción. Me entran ganas de leerle la mente, pero supongo que no es necesario. El intento de suicidio de su padre lo ha afectado mucho y no deja de preocuparse por su familia. Sin embargo, aquí está, y pronto averiguaremos como se realizó el hechizo y el modo de anularlo. Por lo menos, ese es nuestro plan. Me pongo bien la falda y sonrío para animarlo.

-Venga, Rey de los Escépticos. Vamos a ver si encontramos un lugar donde podamos pasar la noche -le digo, a la vez que lo tomo del brazo con entusiasmo.

Nos encaminamos hacia las dos cumbres. Se hallan demasiado lejos para que podamos llegar antes de que anochezca completamente, pero, con un poco de suerte, encontraremos una cabaña

o algún granero a lo largo del camino que nos ofrezca protección. La vamos a necesitar porque, a juzgar por lo frío del aire, se avecina una noche glacial.
Caminamos durante largo rato, mientras las nubes que corren por encima de nuestras cabezas se llevan los últimos restos de luz. La temperatura baja rápidamente y, sin apenas abrigo los dos empezamos a tiritar. Al cabo de un rato, escuchamos un murmullo de voces y otros ruidos.
El camino que seguimos conduce a una destartalada aldea compuesta por unas cuantas cabañas desperdigadas entre los árboles. Lo primero que percibo es el humo, y se podría pensar que hay un incendio porque unos grandes penachos salen por las ventanas y los agujeros practicados en el techo de los chamizos: ninguno tiene chimenea.
Nos quedamos pasmados contemplando la escena. Ya no hay duda: estamos ante un poblado de la Inglaterra medieval. No es que las construcciones nos hayan indicado la fecha exacta. Nuestra vinculación con el pasado se efectúa a través del maleficio, y no podemos saber a ciencia cierta cuando se puso este en marcha. Podríamos haber llegado antes o después de que se produjera. Sin embargo, pensándolo bien, ambas situaciones podrían servirnos siempre que Jillian no se hubiera alejado demasiado de la fecha principal.
La idea de que estoy viviendo el periodo histórico que tanto me fascina me desborda de emoción, pero tengo que hacer un esfuerzo para controlar mi entusiasmo porque no se trata de ningún juego, y nuestras vidas podrían correr peligro si somos descuidados.
Observo a Jarrod que, con la boca abierta y los ojos como platos, parece en estado de shock.
- Deberíamos buscar cobijo -le digo, señalando la tercera choza, a la izquierda del camino-. De esa no sale humo. ¿Qué opinas?
Sus ojos escrutan en la dirección que señalo, y me alivia comprobar que no ha enmudecido para siempre.
-Podría ser una trampa.
-No seas ridículo - replico mirándolo fijamente-. Nadie nos espera.
Eso parece tranquilizarlo, y lanza un entrecortado suspiro.
-Sí. Claro. -Da la impresión de estar avergonzado- No creo que haya nadie dentro.
Decidimos intentarlo, pero meterse en la aldea sin tornar ninguna precaución es una imprudencia. Pueden vernos u oírnos a través de los tablones de las ventanas y las puertas. Un perro se pone a ladrar dentro de una de las cabañas y se oyen voces de personas y rumor de animales. Rodeamos en silencio los chamizos, que rebosan vida y actividad.
Resulta increíble pensar que dentro hay gente que no tiene ni idea de la alta tecnología, de los ordenadores; que no saben ni lo que es el agua corriente, el alcantarillado y mucho menos la electricidad. Sin embargo, ahí está. Sobreviviendo como puede.
Dejamos atrás sin dificultad la primera cabaña. Solo tiene una ventana, y la esquivamos con cuidado, pero, justo cuando estamos a punto de rodear la siguiente, oímos una voz masculina y malhumorada que se acerca. No estamos preparados para hacer nuestra primera aparición, así que decidimos ocultarnos tras el tronco de un grueso árbol, probablemente un olmo.
Parece que el hombre está acompañado, porque a medida que se acerca también lo hacen una serie de bufidos y gruñidos. Un olor a desechos y a tierra húmeda me invade la nariz y hace que me entren ganas de estornudar.
De repente, aparece un hombre bajo y fornido, encorvado y a medio afeitar. Jadea y maldice sin cesar mientras conduce con un palo retorcido una piara de cerdos a los que intenta meter dentro de la cabaña. Desgraciadamente, los animales han decidido que prefieren permanecer fuera y salen en desbandada.
Contengo el aliento, no sea que algún ruido insignificante pueda delatarnos, pero no sirve de nada puesto que uno de los animales se lanza contra el tronco tras el que nos ocultamos. El impacto nos hace retroceder, sobresaltados, y el hombre se da la vuelta, repentinamente alerta. Se yergue, y su bastón adquiere la apariencia de un arma mortífera.
-¿Quién hay ahí? -grita. La duda nos deja mudos-. ¡Dejaos ver! ¡Salid! -ordena.
El hombre se acerca, y los cerdos, que ya no se sienten perseguidos, se reúnen en torno a él, olfateando y gruñendo.
-Es tarde y hace frío para estar fuera, a menos que seáis dos enamorados que se reúnen a la luz de la luna -dice el hombre y, mirando al cielo, añade-: Por lo menos hasta que empiece a llover. -Lo tenemos casi encima. Ya no jadea, así que deduzco que ha recobrado el aliento y las fuerzas, lo cual le permitirá defenderse llegado el caso.

Tomo la iniciativa y agarro a Jarrod de la mano. Que permanezcamos escondidos, seamos ladrones o enamorados, sólo servirá para que aumenten las sospechas del campesino, así que salimos de las sombras del árbol.
-Somos viajeros y venimos de muy lejos –digo, y veo la expresión sorprendida de Jarrod al oírme hablar con fluidez la lengua antigua.
El hombre empuja una antorcha y se aproxima para vernos mejor; nos ilumina el rostro, y su mirada se torna suspicaz a medida que nos estudia de pies a cabeza. El pulso se me acelera y noto que los dedos de Jarrod están fríos como el hielo.
-¿Adónde os dirigíais? Seguramente no a esta miserable aldea, a jugar por el tenor de vuestros ropajes.
-Estamos buscando el castillo Thornton.
El hombre abre desmesuradamente los ojos. Luego, señala con la cabeza hacia el promontorio de picos gemelos.
-¡Lo sabia! -exclama con un tono burlón. Acto seguido, nos agarra por las muñecas y nos examina las palmas-. ¡No hay más que verlas!
Bajamos la vista, repentinamente alarmados ante la posibilidad de que algo nos haya delatado y preguntándonos como pueden haber cambiado nuestras extremidades a lo largo de un alto en el tiempo de ochocientos años.
-¡Claro! ¡No hay ni un solo día de trabajo en estas manos! -agrega y con un gesto despectivo, como si nuestro contacto quemara, nos suelta.
-¿Qué asuntos os llevan ante lord Thornton?
-¿Lord?- Me sorprendo, pero enseguida recuerdo la advertencia de Jillian acerca del origen noble del linaje de Jarrod y de la actitud de burla o desprecio que podíamos encontrar en los campesinos de la zona.
-Si lo que buscáis son monedas, tendríais más suerte tratando con el diablo en persona.
Jarrod da un respingo y retrocede. No puedo culparlo: aparte de su pútrido aliento, el porquero desprende un odio manifiesto. Sin embargo, no podemos dejar que se nos pase la oportunidad de conocer el paradero de los antepasados de Jarrod.
-¿Podéis decirnos donde podemos encontrar a lord Thornton? Somos parientes lejanos.
-¿Parientes? -Escupe las palabras como si fuera puro veneno.
Empieza a caer una llovizna helada. Los cerdos se ponen a gruñir y a corretear de nuevo, y el hombre suelta un juramento. Sin embargo, tengo la impresión de que va dirigido más a nosotros que a las bestias. Estoy arrepintiéndome de haber mencionado el parentesco.
El porquero vuelve a agitar el bastón para amenazar a uno de sus animales, con lo que queda justo delante de Jarrod, a quien mira fijamente a pesar de su corta estatura.
-Si, tenéis el parecido de la familia -murmura con disgusto, y a continuación le escupe un salivazo en todo el rostro.
Me quedo petrificada. Entonces el porquero me mira y no puedo reprimir el reflejo de cubrirme la cara porque no quiero recibir otro escupitajo. Sin embargo, el labriego se limita a observarme sin pestañear.
-El castillo Thorntyne se encuentra en la cima su del promontorio. Y cuidado: el pico norte no es para los extranjeros.
A pesar de que nos ha facilitado la información que necesitábamos, bullo por dentro y debo hacer un esfuerzo para reprimir el impulso de atizarle un puñetazo. Lo haría si eso no fuera a poner en peligro todos nuestros planes. Estoy deseando apartarme de él y de su apestoso aliento. -Jarrod se limpia la saliva caliente de la cara con la túnica. El estómago me da un vuelco. Me alegro de que haya mantenido la calma, aunque a una parte de mí le habría encantado que hubiese mandado al porquero con sus cerdos.
El hombre se aleja, pero en el último momento se da la vuelta y grita:
-Si la sangre de los Thornton no corriera por vuestras venas os habría invitado a pasar la noche junto al fuego. Pero no sois bienvenidos. Os escupo a todos.
Con tan amables palabras reúne a la piara y esta vez la mete en la cabaña sin dificultad.
Tiro del brazo de Jarrod, que está tieso como un palo. Gotas de lluvia le ruedan por la frente y le caen alrededor de os ojos y por el rostro, pero no hace nada para quitárselas. Está tiritando.
-Pero ¿has oído al tipo ese? -comenta.
-Claro que lo he oído. No estoy sorda.

-Detesta a mi familia. Es más, ¡la odia!
-¿En serio? ¿Que te hace pensar eso?
-No tiene gracia, Kate.
-Ya lo sé. Pero no debes darle tanta importancia. ¿A quién le importa lo que pueda opinar? Por lo menos nos ha dicho donde podernos encontrarla; eso sin contar con que hemos aprendido que hay que añadir una letra a la pronunciación de tu apellido. De hecho, todo esto empieza a gustarme. Puede que gracias a tus antepasados no le hayamos caído bien, pero en ningún momento ha sospechado lo que somos. Es una gran ventaja.
La lluvia arrecia, así que tomo a Jarrod del brazo y lo conduzco al chamizo que parece vacío.
-Será mejor que nos cobijemos y descansemos. Quién sabe con quién podemos toparnos mañana.

Jarrod

Kate tiene razón: el porquero debe de tener alguna rencilla pendiente con mi familia. No dejo de preguntarme que clase de personas serán mis parientes. El hombre ha mencionado a un lord, y sé lo que eso significa: que los habitantes de sus dominios trabajan como esclavos, desde que se levanta el sol hasta que se pone, mientras él se sienta en su castillo rodeado por un montón de sirvientes a los que ni siquiera se molesta en alimentar como es debido. Naturalmente, alguien de su posición tiene un papel que desempeñar como guardián y protector del territorio, al frente de su ejercito de caballeros, pero eso sólo cuando surge algún peligro. Sin embargo, en esta zona tan cercana a la frontera escocesa, me temo que la necesidad debe de presentarse con cierta frecuencia. Espero que no estemos en uno de esos momentos.

El año pasado, en el colegio, hice un trabajo sobre la Edad Media y descubrí que era una época fascinante, llena de hazañas de caballería y amores galantes. Sin embargo, nunca imagine una pobreza como la de esta aldea. Esto es lo peor de lo peor. Aquí no hay nada de romántico. y menos aun de caballeresco. Y además apesta a sudor, humo y excrementos.

El hecho de que yo este aquí, en el pasado, deslizándome entre las sombras de este poblacho, me confirma una sola cosa: el poder de la abuela de Kate. No cabe duda de que se trata de una bruja de verdad, capaz de desplegar auténtica magia. Sin embargo, debo ser precavido antes de darles la razón en otros asuntos: Kate no tardaría en llegar a la conclusión de que entre las dos me han convencido de que realmente tengo poderes. ¿Cómo lo llaman? Eso, el «don». Ya es bastante que haya aceptado que estaban en lo cierto con lo del maleficio, pero un don. ¿YO? Es absurdo.

Lo Único que deseo es que podamos cumplir nuestra misión lo antes posible para volver a casa cuanto antes. Una vez hallamos anulado el hechizo, el vínculo que nos ha hecho llegar hasta aquí habrá desaparecido. Ese pensamiento me provoca un pánico repentino, y me toco la ropa en busca del amuleto que Jillian me entrego. Recuerdo lo mucho que insistió en su importancia, pues es el nexo que nos permitirá regresar. Cuando llegue el momento, deberemos unir ambos para que la savia vieja y la nueva se reúnan. Noto el contacto tranquilizador del pequeño cristal. Gracias a Dios no lo he perdido durante el viaje en el tiempo.

El chamizo alberga vida, pero no es humana. Una vaca, media docena de cerdos y unos cuantos pollos están toscamente encerrados en un rincón. El lugar se compone de una sola estancia y no es grande. La única luz proviene de unas mechas de esparto empapadas en grasa animal que desprenden un olor nauseabundo. Kate dice que son hachones y me asegura que pronto nos acostumbraremos. En el centro de la habitación hay una vieja olla que cuelga sobre los restos de una hoguera apagada.

Según Kate, ese es el sitio donde las mujeres suelen preparar los alimentos, y el hecho de que esté dentro del cobertizo indica que seguramente estamos casi en invierno, puesto que suelen cocinar en el exterior durante los meses templados. Está claro que esta época la fascina y que sabe un montón de cosan del tema. Los ojos le brillan de entusiasmo solo por hallarse en este lugar, y tengo la desagradable impresión de que es posible que la época le guste hasta demasiado.

Las pequeñas columnas de humo que desprenden las velas se elevan en espiral dentro del chamizo. A diferencia de los demás, en este no hay ningún fuego, y reina el frío y la humedad. Sigo tiritando por la lluvia, que me ha empapado, y echo de menos una buena hoguera ante la que pudiera secar mi ropa.

Observo lo que nos rodea y paseo mi todavía sorprendida mirada por los malolientes animales. Entonces veo que solo hay una ventana y me apresuro a cerrar sus desvencijados postigos para que no entre tanto frío. Las paredes están manchadas de hollín y el mobiliario escasea. Hay una pila de paja, cubierta por lo que parecen ser pieles de animal, que debe de ser donde se duerme; unos toscos taburetes, una mesa con un grisáceo trozo de pan que está como una piedra, unos platos de madera y una caja llena de andrajos.

El entusiasmo de Kate es tan palpable que casi da miedo. No tiene ningún reparo, se maravilla ante todo lo que ve y acaricia hasta los objetos más insignificantes con adoración. Nada escapa a su apasionado interés.

A pesar de que disfruté haciendo aquel trabajo del colegio, no comparto su actitud. La idea misma de encontrarme en este lugar, no sólo en el hogar de un desconocido, sino en otro tiempo... ¡Por el amor de Dios...!

-Es como un sueño, Jarrod.

Me quedo mirándola.

-Apesta –replico, pero ella se limita a reír, como si tolerase los desvaríos de un niño medio idiota.
Fuera, la lluvia arrecia, y el golpeteo de las gotas en la techumbre hace que me pregunte si no se derrumbará. Está llena de goteras. De repente, oímos el ruido de pasos que chapotean y se acercan. ¡Alguien corre hacia nuestra cabaña! Nos descubrirán en cualquier momento.
-Por aquí -me dice Kate, agarrándome de la mano.
Saltamos la cerca y nos escondemos entre los animales. Las gallinas cacarean mientras nos acurrucamos a cuatro patas en el rincón más oscuro, deseando que las aves se tranquilicen lo antes posible. Un cerdo se nos acerca para olfatearnos, y su cara se mueve a pocos centímetros de la mía. Aparto la vista e intento calmar los latidos de mi corazón.
Dos mujeres junto con cinco niños entran corriendo. Los chiquillos empiezan a corretear y a perseguirse unos a otros, salvo el más pequeño, que permanece aferrado a una de las mujeres. Parece la mayor del grupo, y unos mechones canosos le asoman por debajo del sucio pañuelo que lleva anudado en la cabeza.
-¿Es verdad, Edwina? -pregunta.
La interpelada, que aparenta unos veinte años y está muy delgada, abre los brazos para uno de los niños y este se lanza en ellos de buena gana.
-De cabo a rabo. Como lo oyes.
Permanecen junto a la puerta, mientras llueve aún más fuerte y aumentan las goteras del techo.
-Ya sabemos que tenemos un señor cruel, de eso no hay duda, pero esto...
La mujer de más edad sacude la cabeza en un gesto de incredulidad y se quita el empapado pañuelo con la mano libre.
-¿De verdad que puede echarte de tu casa y quitarte las tierras?
Edwina intenta contener las lagrimas. En sus ojos hay un de orgullo herido.
-Una mujer sin marido no vale para nuestro amo. Dios bendiga el alma de mi pobre William. ¿Quién trabajará las tierras? ¿Quién se ocupara de los campos del señor?
-No hay bondad en el alma de ese hombre. Debería acogerte en el castillo. Eso es.
-No quiere. Ha dicho que no, que ya tiene bastantes servidores.
El rostro de la mujer mayor se contrae con una mueca de disgusto.
-¿Qué piensas hacer?
Mañana nos iremos a Londres. Allí espero encontrar trabajo como sirvienta. Si no, tendré que espabilarme para sobrevivir. Debo ocuparme de mis pequeños. No me importa si he de mendigar.
La mujer mayor contempla la desolada habitación con expresión llorosa y, por un segundo, tengo la impresión deque su mirada se detiene en nuestro oscuro escondrijo.
Cierro los ojos con fuerza, como si eso fuera a hacerme desaparecer, y contengo el aliento. Al cabo de un instante, interminable, oigo el ruido de unos pies que se arrastran y veo que es uno de los chiquillos, que se le agarra a la pierna. Ella le acaricia el pelirrojo cabello.
-Esta casa es demasiado fría, Edwina. No tienes una hoguera, y las goteras no te permitirán encender una. Ven, quédate conmigo. Beberemos para ahogar nuestras penas. Thomas tiene bastante cerveza. No te preocupes. Algún día le llegará la hora a ese lord, barón de Thorntyne; y. ese día, yo estaré allí para escupir sobre su tumba.
-Asegúrate también de hacerlo por mí.
Las dos se echan a reír y la conversación deriva hacia los críos, que reclaman su atención. Finalmente, deja de llover, v las dos mujeres se marchan con los niños aferrados a las faldas.
Estamos solos, pero todavía no nos atrevemos a movernos. No sé que pensará Kate, pero yo aún estoy digiriendo las palabras de esas mujeres. Estoy empezando a formarme una opinión sobre como andan las cosas. Mi antepasado, lord Thorntyne, está expulsando a toda una familia sólo porque el marido ha muerto y nadie puede hacerse cargo de los campos. Semejante canallada me encoge el estómago.
-Tu pariente es un monstruo.
-La verdad, no ganará ningún concurso de popularidad -añado.
Nos ayudamos el uno al otro a ponernos en pie, con cuidado de no pisar las boñigas que hay por todo el suelo. Tenemos los miembros entumecidos. Puesto que no parece que la joven y sus hijos vayan a regresar, al menos esta noche, salimos finalmente del cercado. El resto de la habitación está mas limpio, aunque nos resulte imposible evitar el mal olor de los animales y sus excrementos.

Edwina es muy amable al dejarnos su cabaña para pasar la noche -me dice Kate mientras arregla el montón de paja.
Me acuesto al lado de ella.
-¡Simplemente maravilloso! -exclamo mientras me acurrucó bajo las apestosas pieles y me pregunto con que clase de insectos voy a compartir la noche.
El frío aumenta tras el aguacero. y la oscuridad no tarda en cerrarse completamente en cuanto las velas se consumen. Aparte de la peste, solo hay silencio, un silencio profundo y vacío. Estoy agotado, pero no puedo dormir y empiezo a pensar en la tarea que nos espera,
-¿Cómo porras vamos a dar con el responsable del maleficio? -le pregunto a Kate-. ¿Todavía crees que se trata de aquel hermanastro ilegítimo?
No te preocupes, Jarrod, lo reconoceremos cuando demos con él -me contesta con voz soñolienta-. Estoy segura de que se le notará.
-¿Y qué pasa con los habitantes de esta aldea? Odian tanto el nombre de Thornton que quizá hayan sido ellos. Sólo llevamos aquí unas horas y ya tenemos tres sospechosos.
-¿Cómo? No sé que estarás imaginando, pero esos pobres campesinos no tienen recursos para procurarse una magia tan poderosa.
Siento un escalofrío y me aproximo a Kate en busca de su calor corporal, lo cual me obliga a hacer un esfuerzo para recordar de qué estábamos hablando. Ella se acomoda sobre mi brazo. Eso me provoca una extraña sensación, Apoya la cabeza en mi pecho y me rodea la cintura con el otro brazo. Al cabo de unos segundos, a juzgar por lo profundo de su respiración, se queda completamente dormida.
En esa postura, con Kate entre mis brazos, hasta la peste de los animales se desvanece. Le acaricio el cabello con los dedos y descubro que, tal como pensaba, tiene el tacto de la seda.
El sueño se acerca y noto su hipnótica fuerza. Sin embargo, me resisto cuanto puedo para seguir disfrutando del cálido contacto del cuerpo de Kate. No lo consigo. El día, con todos sus increíbles acontecimientos, ha acabado con mis energías.
Me dejo arrastrar hacia la paz del descanso. El amanecer y sus desafíos no tardaran en llegar.
Al menos por el momento estamos a salvo.

Kate

Algo me arranca del sueño, algo que se agita en el exterior. Todavía no ha amanecido, aunque el cielo está empezando a cambiar de color. Me muevo y noto el tibio contacto del cuerpo de Jarrod, que también se despierta, a pesar de que sigue atontado durante unos segundos. Eso me da tiempo para salir del lecho de paja. No sé como hemos podido dormir abrazados de esa manera, y menos aún por que tenía sus dedos entre mi pelo.

Me siento y me ajusto la ropa. Está hecha un desastre, y yo también. Debo beber algo para quitarme la sensación de que tengo la boca llena de algodón, y también hacer mis necesidades, pero me temo que para eso tendré que esperar a que nos pongamos en camino. Lamento no tener un espejo y un peine, y más aún la falta de mi cepillo de dientes. No me queda mas remedio que frotármelos con un dedo.

Tanto Jarrod como yo intuimos que será mejor que abandonemos nuestro refugio antes de que la aldea se despierte y empiece sus tareas matinales, sean las que sean. Gracias al porquero, sabemos que los Thornton viven en la cima meridional del promontorio que vimos al llegar. Si caminamos toda la mañana, lo alcanzaremos antes del mediodía.

Sin decir una palabra, para evitar que alguien nos oiga en el silencio de la mañana, nos arrastramos hasta la parte trasera de la cabaña y salimos de la aldea dando un rodeo, al igual que hicimos por la noche. Con la llegada del amanecer, el tiempo cambia y nos proporciona el amparo que necesitamos: una espesa niebla sube desde el mar. Resulta inquietante contemplar como lo va cubriendo todo con su manto blanco.

Afortunadamente, nuestro camino discurre sin demasiadas vueltas hacia el promontorio de los picos gemelos. Sin embargo, a medida que avanzamos, los bosques que nos rodean se van haciendo cada vez más densos, y debemos tener cuidado para no extraviarnos. El camino es una dura prueba para nuestros pies: el suelo está helado y resbaladizo por culpa de las placas de hielo embarrado, y las blandas suelas de nuestras botas no son protección suficiente. No tardo en añorar mis zapatillas de deporte.

No hemos avanzado mucho cuando Jarrod está a punto de caer en un tosco abrevadero que hay en un recodo y que probablemente está destinado a los caballos y el ganado.

Nos quedamos mirándolo mientras evaluamos, hasta que punto necesitamos su contenido. Jarrod parece tener la boca seca.

-Realmente me gustaría beber algo, pero esto...

Esta noche ha llovido, así que el agua debería estar razonablemente limpia -argumento.

-¿Y qué hay de la plaga? -me pregunta-. La peste bubónica, creo que era.

Sus palabras me hacen reír y eso alivia la tensión.

-¡Que pesimista eres! -exclamo dándole un suave golpe en el brazo-. Si Jillian ha acertado en la fecha. todavía falta un centenar de años para que llegue la Muerte Negra. Yo diría que eso nos da un margen de seguridad suficiente, ¿tú no?

Sin embargo, y a pesar de las bromas, reconozco que me cuesta beber ese líquido. Al final, la sed se impone.

No creo que tengamos elección -comento.

Jarrod busca algo con lo que romper la capa de hielo y coge una piedra. Al momento siguiente, sumerjo las manos en el agua helada y bebo. No está mal.

Él hace lo mismo. Luego, algo reconfortados, seguimos por el camino mientras intento olvidar los gruñidos de mi estómago. La comida es otra de las cosas de las que tenemos que prescindir por el momento.

Espero que nos reciban bien en el castillo Thorntyne y no quiero pensar en todo lo que puede salir mal: así que, mientras caminamos, revisamos el plan, aclarando las dudas y comprobando los detalles de nuestra historia. Sólo tendremos una oportunidad. Hemos de conseguir convencerlos a la primera. Porque no creo que vayan a quedarse sentados pacientemente para escuchar una segunda versión.

Al cabo de un rato, la niebla se levanta y permite que el sol luzca y nos caliente. El camino se hace más empinado, y llegamos al pie del promontorio alrededor del mediodía. Ambos nos detenemos a contemplar el castillo.

-Es de verdad –murmura Jarrod como si tomara conciencia por primera vez de lo real de la situación.

- Naturalmente que lo es. Ya te dije que Jillian es una gran bruja.

Nos quedamos en silencio unos minutos, asimilándolo, y no puedo evitar maravillarme ante la enormidad de la tarea que debió suponer edificar semejante mole.
La fortaleza se yergue en la cima y, en la parte trasera, se alza hacia el cielo una gran torre cuadrada. ¡Que duro tuvo que ser para los campesinos subir los enormes bloques de piedra pendiente arriba! Un trabajo que seguramente se prolongo durante años...
-¡Caramba, es magnífico -exclamo-. Contempla esa muralla y como rodea toda la cima. Y esas almenas... Probablemente, en estos momentos hay unos cuantos soldados observándonos desde allí.
Jarrod me lanza una mirada atemorizada.
-¡Vaya! Justo lo que me apetecía oír. Muchas gracias.
Decidimos hacer un alto y descansar, así que nos acomodamos bajo un árbol. La hierba está húmeda tras el chaparrón de anoche, pero ya no me preocupo por el vestido: está totalmente embarrado de cintura para abajo. Le echo un vistazo a Jarrod y, sin necesidad de leerle los pensamientos, percibo sus dudas.
-No te preocupes. Limítate a lo que hemos planeado y todo irá bien.
-Pero. ¿qué pasará si no se tragan nuestra historia?
-Deja de ser tan negativo, ¿quieres? Siempre podemos regresar.
Intenta sonreír, pero resulta patético. Marcharnos sin haber acabado con el maleficio significaría que todo lo que hemos hecho no ha servido para nada y que él seguirá con sus problemas.
-Mira, nadie espera que aparezcan viajeros del tiempo -le digo para animarlo. Para salir con bien de esto, Jarrod necesita enfrentarse con valor a sus antepasados-. Ni siquiera entenderían el concepto. Además, gracias a Jillian, tenemos el atuendo y los ornamentos adecuados. -Le muestro el anillo, y el rubí lanza un destello, como si confirmara mis palabras-. Así que no te preocupes si nuestro acento no es el más adecuado. Se supone que venimos de un país lejano, ¿te acuerdas? Te lo aseguro, Jarrod, no sospecharán nada. Además, ¿acaso no dijo aquel porquero que te parecías a tus parientes? Un chispazo de coraje le ilumina los ojos.
-Tienes razón, aunque lo de ese tipo seguro que no ha sido más que una coincidencia.
Me pongo en pie, impaciente por tener el primer encuentro.
-No me importa si es casualidad o hereditario, siempre que lo crean.
Los dos estamos cansados tras haber caminado toda la mañana sin apenas agua ni comida, pero saber que nos encontramos al final de nuestro viaje nos da renovadas energías. No hablamos mucho y nos conformamos con nuestros respectivos pensamientos y dudas. Además, el ascenso hasta el castillo no tarda en resultar fatigoso por culpa de nuestras embarradas vestimentas.
A medida que nos acercamos a la cima, se van haciendo visibles los detalles de las murallas. Hay una puerta de rastrillo cuyos entrecruzados barrotes encajan profundamente en la estructura; justo delante, un puente levadizo culmina las defensas de la entrada. También hay una garita de piedra que debe de ser la caseta de la guardia. Sin duda alguna, nos han estado vigilando desde ahí. La verdad es que no deja de ser una sensación molesta saber que a uno lo están espiando.
Miro hacia atrás y compruebo que desde ese lugar se domina perfectamente el camino y todo el terreno hasta la aldea. Está claro por que construyeron la fortaleza en este promontorio, tan cerca del mar: es estratégicamente perfecto y resulta fácil defenderlo de ejércitos invasores.
De hecho, el panorama resulta espectacular: la parte trasera del castillo cae a pico sobre un agitado mar, azul verdoso, que se extiende hasta donde alcanza la vista. Al norte, en la cumbre gemela, se yergue otro alcázar, igualmente construido al borde de un acantilado.
No puedo apartar la vista de este último, que me resulta sorprendentemente aislado y siniestro. Su punto más elevado es una torre circular tan alta que casi queda cubierta por unas nubes negras.
Semejante visión me pone la carne de gallina.
-¿Quién será capaz de vivir en un lugar como ese? -me pregunto en voz alta.
-¿Y a quién le importa? -contesta Jarrod, encogiéndose de hombros.
-Parece tenebroso, siniestro. ¿No nos advirtió el porquero que lo evitáramos? ¿Por qué crees que lo dijo?
Jarrod me dedica una mirada incrédula y, acto seguido, señala con la cabeza los muros del castillo que tenemos ante nosotros, tan cerca que casi podemos percibir el olor de sus mohosas piedras.
-¿Me estás diciendo quo el hogar de los Thorntyne te parece amistoso o acogedor? Mira esos altos muros.

Tiene toda la razón. Ninguna de las dos fortalezas ofrecen un aspecto agradable; además, por mucho que Jarrod lleve el apellido de sus moradores, estos no dejan de ser unos extraños. Sin embargo, prefiero ser positiva.
-Esto es una fortaleza y ellos son tus parientes -le recuerdo.
-Si, claro, desde hace ochocientos años –contesta con una sonrisa cargada dc sarcasmo.
Bromas aparte, no puedo desprenderme de la sensación de incomodidad que despierta en mi la presencia de la vecina y lúgubre fortaleza. Me asusta.
Tan pronto como nos aproximamos a la entrada de Thorntyne, una voz grave y masculina nos pregunta adónde vamos.
-Somos viajeros que venimos de tierras lejanas para visitar nuestro hogar, el castillo de Thorntyne -contesta Jarrod con una sangre fría que es sólo aparente.
Sin embargo, hemos ensayado su discurso varias veces y lo esta haciendo bien.
-¿Thorntyne? ¿,Quién eres tú para reclamar ese nombre?
-Me llamo Jarrod y soy el hijo del hermano mayor de lord Thorntyne.
Esa parte es la que tuvimos que repasar con mas ahínco.
El hombre da un respingo y suelta un juramento. Durante un momento se oye una acalorada discusión que surge de la garita. Siento un febril cosquilleo por todo el cuerpo, como si millares de hormigas me corrieran por la piel. Finalmente, unos cuantos soldados se asoman a las almenas para ver con sus propios ojos al joven que dice ser el hijo del desaparecido hermano del señor del castillo.
Durante unos minutos veo claramente al que parece ser el jefe de todos ellos. Es un hombre corpulento, de anchas espaldas cuya gran cabeza aparece coronada por una espesa mata de pelo rojizo que empieza a encanecer. En su juventud debió de ser un hombre impresionante, y aún lo es, teniendo en cuenta que debe de rozar la cincuentena.
Lleva unas gruesas polainas ceñidas a las pantorrillas, una larga túnica que le llega por debajo de la rodilla. y una capa con una manta echada sobre el hombro derecho. No viste cota de malla, pero sus compañeros si, y tienen un aspecto imponente. Ojalá no estuviera tan nerviosa. Seguramente es un caballero de alto rango. Al final, se aparta y comienza a bajar por la escalera como si hubiera tomado una decisión.
Una orden resuena en la entrada, y el rastrillo empieza a levantarse al tiempo que desciende el puente levadizo. El caballero aparece flanqueado por dos soldados, uno joven y otro mayor. Juntos, ofrecen una visión que infunde respeto. No puedo evitar contemplarlos boquiabierta mientras cruzan el foso y se aproximan a Jarrod, que se halla unos pasos por delante de mí. El pulso se me acelera, me sudan las manos y el hormigueo se intensifica. En estos momentos me alegro de haber perdido el tiempo observando el Castillo vecino. Sólo espero que Jarrod sea capaz de manejar la situación como hemos ensayado. Parece aterrado y no deja de frotarse las manos y lanzarme miradas angustiadas. Tiene el aspecto de un potrillo a punto de emprender la huída.
El caballero se detiene justo delante de él y lo contempla detenidamente, con ojos escrutadores. Su actitud denota suspicacia mientras analiza cada detalle, cada particularidad de Jarrod, desde el color del pelo hasta su pálida piel. Sin embargo, en lo que más se fija es en los ojos. Todos nos sorprendemos cuando vemos que los del hombretón se inundan de lagrimas y que sonríe abiertamente. Acto seguido, se vuelve hacia sus escoltas y, visiblemente contento, les hace una señal afirmativa; luego, vuelve a mirar a Jarrod y lo abraza efusivamente al tiempo que lo levanta y lo hace girar en el aire entre un estallido de carcajadas.
Finalmente, el caballero lo deposita en el suelo y empieza a darle ruidosas palmadas en la espalda.
-¡Sed bienvenido, sobrino! ¡Sed bienvenido! -anuncia entre manotazo y manotazo-. Sabía que éste día llegaría. No he dejado de soñar con este instante desde que vuestro padre se marchó.
La palabra «sobrino» me golpea con toda su fuerza. Este hombre no es un simple caballero. ¡Es lord Thorntyne en persona! Y ha aceptado las explicaciones de Jarrod simplemente mirándolo a la cara.
Estoy maravillándome ante el gran parecido que debe de haber entre Jarrod y sus antepasados cuando caigo en la cuenta de que; si estos le prestan tanta atención al aspecto físico, nuestro plan acaba de irse a pique. Pero es demasiado tarde para pensar en alternativas. El corazón me ha empezado a latir desbocadamente.

Miró de nuevo a lord Thorntyne señor del castillo y todos sus habitantes. Su cálida bienvenida me ha cogido desprevenida, especialmente por los comentarios que hicieron acerca de él los aldeanos.
Los soldados se unen a la bienvenida, aunque uno de ellos adopta una actitud distante. Lord Thorntyne se lo presenta a Jarrod y le explica que se trata de su hijo Malcolm, de veinte años, pero no se da cuenta del glacial recibimiento de este. El otro es Thomas, según parece un viejo amigo del «padre» de Jarrod. Thomas no le quita los ojos de encima y sigue sonriendo mientras menea la cabeza y le apoya una mano en el hombro.
De repente, una mujer elegantemente vestida se abre paso a través de la multitud que empieza a congregarse.
-Richard, ¿qué es lo que sucede? -le pregunta a lord Thorntyne-. Hemos oído la algarabía mientras estábamos en la sala.
-Isabel, amor mío - contesta rodeando la fina cintura de la mujer con el brazo-. Es el hijo de Lionel, que viene de tierras lejanas.
Los ojos de la mujer adquieren una expresión de alerta, y en sus delicadas y elegantes facciones se lee el combate que libran el escepticismo y la hospitalidad, mientras contempla a Jarrod detenidamente.
-En efecto, tiene los rasgos de los Thorntyne, pero no se parece a Lionel.
El comentario de la dama me inquieta. Si no es a Lionel, el hermano desaparecido, entonces ¿a quién se parece Jarrod?
-Aunque si a Geoffrey -añade Isabel.
-¿Geoffrey? -pregunta -Jarrod con toda naturalidad.
Desde el comienzo, decidimos que si era necesario recabar información, nombres u otros datos, sería conveniente hacerlo de la manera más despreocupada posible. El tono de Jarrod ha sido perfecto.
Isabel, aparentemente satisfecha con la reacción de Jarrod, lo toma del brazo.
-Claro, vos no habéis llegado a conocerlo -le explica-, -pero vuestro padre, Dios lo bendiga, debería haberos hablado de él. Querido, se trata de vuestro abuelo, que murió mucho antes de que nacierais –Se detiene y lo mira fijamente- Pero.... ¿no sois demasiado joven para ser el primogénito de Lionel?
-Es que no lo soy –se apresura a responder Jarrod- Tengo un hermano mayor.
Eso ha estado bien, y respiro aliviada. Pero aún no se ha acabado porque falta lo peor: yo.
-Mi hermano está bien -añade cuidadosamente-. En cuanto a mí, de repente sentí la irrefrenable necesidad de conocer la tierra de mis antepasados.
Hemos de ser prudentes a la hora de proporcionar información de la que no estamos plenamente seguros, aunque la verdad es que no sabemos mucho más. Jillian nos advirtió que teníamos que evitar alterar el futuro, decir o hacer nada que introducir algún cambio en el curso establecido de los acontecimientos. Por lo que sabemos, el verdadero primogénito de Lionel regresará algún día para reclamar sus derechos.
Acude más gente, entre ella una chica de mi edad que se llama Emmeline y es “prima” de Jarrod. Lo mira con una mezcla de timidez y descaro, y me cae mal al instante. Hay otro niño, de unos seis o siete años, que se agarra a la pierna de una mujer. Se trata del hijo pequeño de lord Richard e Isabel y de su ama, que por su rango no merecen presentación alguna.
Mientras tienen lugar estos prolegómenos, nadie se fija en mí, pero no me importa, porque así tengo la oportunidad de estudiar a los presentes. Si no fuera por el sorprendente parecido que hay entre Jarrod y sus antepasados, dudo que este primer encuentro estuviera transcurriendo tan bien. Sin embargo, todavía falta que justifiquemos mi presencia, y aquí es donde van a surgir’ los problemas, ¿Cómo hemos podido ser tan estúpidos?
Están empezando a cruzar el puente, de regreso al patio interior del castillo, cuando Jarrod se da la vuelta en mi busca. Las rápidas excusas del señor del castillo no le permiten explicarse. Lord Richard se limita a rodearme los hombros con el brazo y a empujarme hacia delante.
Tan pronto como cruzamos los muros, nos rodea una multitud que nos obliga a detenernos. Entonces, lord Thorntyne presenta a su sobrino como si se tratara del hijo pródigo en persona, y una larga ovación nos da la bienvenida.
A continuación, haciéndose oír por encima del griterío, se incline hacia mí y me pregunta:
-¿Y quién es esa noble dama?

La gente enmudece.
Se supone que Jarrod debe contestar que soy su hermana, porque ese era nuestro plan. Sin embargo, me echa un vistazo, ¿Qué puede decir que justifique mi aspecto, tan diferente.
Isabel me dirige una mirada ceñuda y comenta:
-Naturalmente, no se trata de ninguna Thorntyne. No hay más que ver lo pálida que es y el color de su cabello, tan negro. Eso sin contar con esos ojos tan claros, de forma tan curiosa...
-Si, parecen los de un gato -tercia Malcolm.
Intento no mirarlo, aunque no me importaría nada transformarlo en un miserable felino en el acto.
-Querida, ¿de qué lejano lugar provenís? -me pregunta Isabel.
No respondo y me limito a contemplarla, muda, incapaz de articular palabra.
Entonces, lord Richard, cuyo brazo tengo todavía sobre los hombros, clava los ojos en Jarrod en busca de una explicación. Toda su actitud denota impaciencia. Obviamente, no es una persona acostumbrada a esperar.
Percibo enseguida el momento en que se le ocurre la idea, porque sus dedos me aprietan con más fuerza el brazo. No es que me haga daño, pero está claro que no le ha gustado. El corazón se me acelera y me pregunto que estará pensando. Seguro que algo grosero, apuesto lo que sea. A pesar de todo, no me atrevo a entrar en sus pensamientos. Jillian me advirtió que esta gente, a pesar de que vive rodeada de magia, la interpreta de manera mucho menos tolerante. Si se dan cuenta de que hago brujería, lo más probable es que me maten.
-Jarrod, no me diréis que semejante criatura viaja con vos sin dama de compañía.
Jarrod, que no esperaba semejante comentario, parece completamente desconcertado. ¡Maldición! Tendríamos que haber preparado una historia alternativa.
Claro que, con mi pelo negro y los ojos rasgados, tengo un aspecto diferente para ellos. Es algo que tendríamos que haber previsto, pero ya es demasiado tarde. Están esperando una explicación y percibo que la esperan de él. Lo de la «hermana» ha quedado descartado, por supuesto.
-Jarrod, ¿quién es esta dama?
-Esto... Se llama Kate...
-Katherine -añado yo rápidamente, puesto que la versión abreviada no es propia de la época.
Sin embargo, eso no aclara nada. Todos quieren saber más. Los dedos de lord Richard se me hunden aún más en el hombro y vuelve a pensar en cosas raras. Le lanza a Jarrod una mirada inquisidora.
-Sobrino, decidme que no habéis robado la inocencia de lady Katherine y que no la habéis convertido en vuestra amante.
El tono de su voz sube, y la gente se acerca.
-Vuestro padre, mi querido hermano, nunca habría tolerado algo así -añade, negando con la cabeza.
No me gusta el rumbo que están tomando los acontecimientos. La bienvenida se ha tornado amenazadora en cuestión de segundos, y se me ocurre pensar en lo que pueden ser las mazmorras de los castillos como este: agujeros desprovistos de ventanas, enterrados en la roca. Reconozco que, como todo lo que me rodea, me gustaría conocerlas, pero no en este momento ni de este modo. Noto que todas las miradas convergen hacia mí y no puedo evitar ruborizarme. Ruego para que Jarrod diga algo pronto, lo que sea, que nos saque de este apuro.
Al final, solo se le ocurre:
-Katherine proviene de una isla remota, muy alejada de aquí. Ella es..., es... - respira profundamente - mi esposa.
Un coro de suspiros de alivio surge de la multitud, y la presión de lord Richard sobre mi hombro se afloja. De hecho, me suelta y me toma la mano para alzarla y que todo el mundo lo vea. Es mi anillo. El anillo de oro y rubí capta la atención de la gente.
-¡Así pues, es cierto! -exclama Isabel dándome un fuerte abrazo de bienvenida-. Que encantador, querida. Venid, debéis de estar hambrientos.
Contempla el manchado vestido y mis revueltos cabellos.
-Cuando os hayáis saciado mandare que os preparen un baño caliente y un lecho confortable - añade, al tiempo que le dirige a su marido una mirada interrogadora, como si estuvieran acordando algo sin palabras-. No podemos permitir que durmáis con la servidumbre en la sala principal, así que arreglaremos el cuarto de la torre. No se ha usado desde que Lionel se caso con su prometida.

Una habitación para nosotros solos es todo un acontecimiento. En un Castillo, todos, aparte del señor y su esposa, se acuestan en jergones en el salón común. Un poco de intimidad es justo lo que necesitamos.
Isabel mira a Jarrod y su voz se suaviza:
-Se trata de su habitación, ¿sabéis? Vuestro padre la construyó para Eloise como regalo de bodas. Es donde vuestros padres durmieron mientras vivieron aquí, antes de que...
La pausa llega acompañada de un tenso silencio. Si, sé que Jillian me ha prevenido en contra, pero debo hacerlo, aunque sólo sea una vez. Isabel está ocultando algo. Si puedo descifrar sus miedos quizá pueda averiguar el motivo y por qué el hecho de ocupar esa estancia se me antoja súbitamente desagradable. La sondeo, muy suavemente, y lo que hallo me desconcierta. Esa mujer aparentemente tan fuerte está asustada.
Sabemos por el libro del padre de Jarrod que la novia fue raptada y que, salvo que se trate de un error, fue devuelta unas horas más tarde; así que sólo se trató de la vengativa travesura de un amante no correspondido. Sin embargo, veo el miedo reflejado en el rostro de los reunidos. Hay algo más que desconocemos. Algo extraño y siniestro debió de ocurrirle a la joven pareja, a los supuestos padres de Jarrod. En cualquier caso, a pesar de que han transcurrido más de veinte años, el asunto todavía tiene el poder de afectar a los que lo recuerdan y a sus hijos. Y todo sucedió en la habitación de la torre. Hasta ahí está claro. De repente, un escalofrío se apodera de mis sentidos, y la sola idea de tener que ocupar esa estancia me pone la carne de gallina. Me retiro de la mente de Isabel, pero las aterradoras sensaciones son demasiado poderosas para desvanecerse

Jarrod

Lord Richard insiste en enseñarnos las dependencias del castillo, y eso nos ocupa el resto de una tarde que se ha hecho breve. Es sorprendente comprobar cuanta gente vive dentro del recinto de la fortaleza. Hay edificaciones adosadas a los muros; soldados que hacen guardia en las almenas, mientras sirvientes y lacayos, artesanos, como herreros y demás; familiares e incluso sacerdotes se apresuran en sus quehaceres cotidianos en medio de una confusión de perros, cerdos y gallinas.

Kate, aunque debo hacer un esfuerzo para acordarme de llamarla “Katherine”, está extasiada y disfruta de cada momento.

La cena tiene lugar en el salón principal. Está tan lleno de humo debido al fuego que arde en el centro que me alegro de no padecer asma. ¿Cómo puede la gente vivir en semejantes condiciones? Esta claro que la hoguera es necesaria, de lo contrario, la sala y todo el castillo serían húmedos y fríos. Sin embargo, no hay ninguna chimenea. Veo ventanas en lo alto, pero son muy estrechas, casi rendijas, y la humareda tarda una eternidad en ascender.

Kate y yo nos sentamos a una larga mesa que está sobre una tarima de madera. Todos los habitantes del alcázar están presentes a la hora de la cena, pero los soldados y la servidumbre comen en mesas improvisadas en un rincón.

Nos sirven la cena sobre gruesas rebanadas de pan moreno y duro. Tenemos cuchillos de madera y cucharas, pero no tenedores; aunque poco importa porque todos comen con los dedos, Kate se estremece ante el espectáculo de las viandas, sobre todo cuando muy orgullosamente nos ponen delante la cabeza asada un cerdo. Estoy seguro de que esta a punto de vomitar y de que sólo su vacío estómago se lo impide.

El banquete se compone principalmente de carne en salazón, algo de salsa picante y mucho pan moreno. No hay agua, pero el vino corre en abundancia; es áspero, peleón (no es que sea un entendido, pero alguna vez lo he bebido en mi casa porque a mi padre le ayuda a conciliar el sueño). A lo máximo que llego es a dar pequeños sorbos. Tampoco como demasiado, mi estómago se niega. En cuanto a Kate, se limita a mordisquear una manzana muy especiada y nada más. Para no ofender a nuestro anfitrión, ambos alegamos cansancio a causa del largo viaje y nos disculpamos diciendo que durante el trayecto hemos comido alimentos en mal estado.

Resulta curioso. No diría que esta gente sea especialmente crédula, pero aceptan nuestra historia sin vacilar. Lo cierto es que se muestran tan impacientes por escuchar los detalles de nuestro viaje que deduzco que están deseosos de conocer noticias recientes de boca de cualquier viajero. Seguro que no pasan demasiados por este lugar. Sin embargo, hemos de ser cautos con nuestros relatos y no hablar más de la cuenta. A Kate se le da mejor que a mí, así que permito que lleve la voz cantante.

Les cuenta que hemos dejado nuestras pertenencias, incluidos nuestros caballos, en Londres, y que eso explica que hayamos llegado a pie y con lo puesto.

-Estuve allí la ultima primavera -suelta lord Richard, que, a juzgar por los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas, está empezando a notar los efectos del vino-. Es una ciudad repleta de ladrones y mendigos.

Sus palabras hacen que me acuerde de la mujer llamada Edwina, que acabará arrastrándose por las calles de esa ciudad sólo porque su marido ha muerto y ella no puede trabajar la tierra. Está claro que lord Richard es un hombre de contrastes: con nosotros, a quienes considera familia, no puede ser más atento; en cambio, con sus siervos se comporta de forma injusta y cruel.

Cuando la cena toca a su fin. Isabel coge una antorcha de un soporte de la pared y ordena a dos sirvientas que nos preparen un baño caliente a cada uno en la habitación de la torre. No se me había ocurrido, pero tengo la impresión de que Kate y yo vamos a compartir el mismo cuarto, un cuarto que probablemente tenga una cama y poco más. Un agradable cosquilleo me recorre la espalda ante semejante perspectiva, y las palmas de las manos me sudan tanto que debo frotarlas en mi sucia capa.

Seguimos a Isabel por una escalera de caracol que parece no tener fin. Finalmente llegamos a nuestros aposentos, que están en la misma cima de la torre. A tenor de las numerosas ventanas de que dispone, supongo que durante el día la habitación estará profusamente iluminada. Sin embargo, en estos momentos reina la oscuridad y hace un frío glacial.

Antes de despedirse, Isabel ordena a las doncellas que se ocupen de encender el fuego y los candelabros y que preparen ropa adecuada. Las bañeras están ya medio llenas, pero siguen llegando grandes cubos humeantes.
En un abrir y cerrar de ojos, la estancia queda iluminada por el cálido resplandor de las velas, que le confieren un ambiente agradable y acogedor, aunque brumoso.
Kate está de pie junto a la ventana, alta y estrecha, que mira al norte. Me acerco y veo que está contemplando la fortaleza del promontorio septentrional, que se recorta contra el cielo, en una de cuyas torres brilla una luz solitaria.
-¿Quién vive allí? -pregunta a una de las sirvientas que Isabel nos ha asignado en exclusiva. Se llama Morgana; la otra, mayor y corpulenta, responde al nombre de Glenys.
La joven está prendiendo unas candelas y se queda inmóvil, mientras el rostro se le ensombrece.
-Un hombre llamado Rhauk, mi señora. El castillo es conocido como Blacklands.
Kate no dice nada más, pero sé lo que le está haciendo a Morgana. Es consciente del miedo de la chica y la esta sondeando. Sólo espero que no se pase. No obstante, sé que es parte de su forma de ser. Dudo que Kate pudiera vivir sin actuar así.
-¿Por qué tienes miedo de ese tal Rhauk?
Morgana va hasta la gran cama con dosel y empieza a ahuecar las almohadas.
-Todos lo temen, mi señora -responde-. Incluso lord Richard.
-¿Y por qué? -pregunta en voz baja.
Morgana hace una pausa con una almohada en la mano. Cuando mira a Kate y responde, tiene los ojos nublados.
-Dicen que es descendiente del diablo y que padre e hijo charlan a menudo.
-¿Y tú crees en esos rumores?
Pero es la otra doncella, Glenys, la que contesta.
-Nosotras no sabemos nada, señora. Nunca hemos visto que ocurriera nada. Eso no son más que habladurías, cuentos para asustar a los niños y mandarlos a la cama.
Esas palabras me hacen sonreír e, inmediatamente, alabo para mis adentros el sentido común de la mujer al tiempo que miro a Kate, que, aparentemente. prefiere dejar correr el asunto. Sin embargo, percibo que algo la inquieta.
Las dos grandes bañeras que hay en medio del dormitorio, ya están llenas. Morgana termina de colocar la ropa de dormir sobre el lecho, dos largos camisones, y Glenys da unos golpecitos en el borde de una de las tinas.
-Yo me ocupare de vuestras ropas mientras Morgana os ayuda con el baño.
Es evidente que se refiere a que debemos desvestirnos y meternos en el agua.
Por su parte, Morgana se pone a desabrochar los botones de la espalda del vestido de Kate, que se agita, incómoda, y me mira. Está claro que las dos doncellas tienen intención de quedarse mientras nos bañamos.
Contemplo a Kate y no me hace falta ningún don para percatarme de que se siente violenta. Sus grandes ojos me piden que diga algo, pero, francamente. la idea no me molesta lo mas mínimo. Para variar, resulta divertido verla en una situación comprometida. Se sonroja hasta tal punto que me resulta difícil contener la risa.
-¡Jarrod, haz algo! –sisea, apretando los dientes.
No le gusta nada que me haga gracia, pero me encojo de hombros y, con toda naturalidad, me quito la capa. Ella sisea como si fuera una serpiente enfurecida. No me cabe duda de que se le deben de estar ocurriendo un montón de desagradables conjuros. Para mí, en cambio, es un alivio quitarme las embarradas botas. Kate da un respingo.
-Señora, me resultaría más fácil desvestiros si os estuvierais quieta -comenta Morgana ante el cambio de humor de su señora.
Prefiero que se las arregle sola.
Kate respira hondo, se gira con su mejor sonrisa y le dice:
-mira, Morgana, si no te importa, Jarrod y yo tomaremos nuestro baño a solas.
Estoy convencido de que Kate no espera la inflexible reacción de la sirvienta.
-¡Oh, no, señora! -gime esta, mientras el miedo se hace presente en su voz-. No podemos permitirlo. Lord Richard nos azotaría hasta desollarnos.

Después de lo que escuchamos en la aldea la noche pasada, no me cabe la menor duda de que dice la verdad. A Kate tampoco, pero aun así, insiste. Pone un brazo sobre los hombros de la sirvienta y la acompaña suavemente hasta la puerta.
- Mira, no te preocupes. Yo misma le diré a lord Richard lo magníficas que habéis sido y lo bien que nos habéis atendido. Tenéis mi palabra.
Morgana mira a su compañera en busca de consejo, pero ésta se limita a negar con la cabeza.
-Mi señora, vos no conocéis a lord Richard. Si llegara a descubrir que no os hemos ayudado durante el baño, descargaría su ira sobre nuestros pellejos.
Kate está a punto de perder el control. Nunca la había visto al borde del ataque de nervios. Debe de estar agotada, igual que yo.
Así pues, a pesar de lo divertido que resulta ver como se muere de vergüenza, decide que es mejor intervenir. No sea que pierda la cabeza y ponga en peligro nuestros planes por una tontería.
-Glenys -le digo a la mayor porque es la que parece que toma las decisiones-, la razón por la que mi dama esta a punto de descargar su ira sobre vuestros pellejos es que le gusta ocuparse personal y privadamente de mi baño. -Sonrío y miro a Kate, que me contempla estupefacta mientras añado-: Al fin y al cabo, estamos recién casados.
Morgana tiene la cortesía de ponerse colorada y soltar una risita. Glenys me contempla con testarudez, pero al fin acepta marcharse al tiempo que nos promete que regresará a su debido tiempo para apagar las luces y recoger nuestra ropa.
Cuando se han marchado, Kate se da la vuelta y me fulmina con la mirada.
-¿Qué? ¿Te lo has pasado bien?
Me río y le paso una tosca toalla.
-Permitidme que sea vuestro amable caballero. Vos primero.
Se queda mirándome unos segundos.
-¿Qué?- pregunto.
Me hace un gesto con la mano y capto el mensaje. Le doy la espalda y, cuando oigo el ruido del agua, me vuelvo. Se ha sumergido hasta la barbilla. Con un rápido movimiento, atrapa el amuleto, que flota. Entiendo el gesto porque yo be hecho lo mismo varias veces a lo largo del día: se trata del enlace con nuestro hogar. de un objeto que hay que proteger por encima de todo.
Mientras Kate toma su baño, me asomo a la ventana y contemplo el bravío mar que ruge y se estrella contra las rocas del acantilado. Es un sonido que me recuerda la época en la que vivimos en un camping para caravanas, al lado de la playa, en la costa de Nueva Gales del Sur. Mi padre tenía un amigo que por aquel entonces era el propietario de una empresa pesquera y se enroló en unos de sus barcos. Desde nuestro remolque no se divisaba el océano, pero cuando oscurecía no se oía otra cosa. Mi madre estaba embarazada de Casey, y mi padre se pasaba las noches fuera. Desgraciadamente, el empleo sólo le duró unos meses, porque las capturas descendieron hasta tal punto que el amigo de mi padre tuvo que vender el negocio.
Esta noche no hay luna, al menos de momento, pero eso no me impide distinguir las crestas de blanca espuma que se estrellan rítmicamente contra la costa. Lo familiar del sonido, el olor e incluso el sabor del mar me reconforta, Kate sale de la bañera, se seca y se mete en la cama mientras se pasa los dedos por el pelo.
-Tu turno -me dice, abrochándose el camisón hasta arriba.
Me coloco tras la tina, que me llega a la cintura, y me desvisto. Kate se ha entretenido tanto que el agua apenas está tibia. Aún así, la disfruto. Quién sabe cuando podremos repetir semejante lujo. No creo que la gente de esta época se bañe todos los días. Como mucho, una vez al mes. No hay jabón, claro, así que tengo que frotar para quitarme el barro del cuerpo.
Acabo y me pongo el largo y blanco camisón. Estoy exhausto. La cama tiene un aspecto confortable y acogedor, especialmente con Kate dentro. Semejante ocurrencia, tras los increíbles acontecimientos del día, hace que la cabeza me de vueltas, y mi actitud fanfarrona de hace un rato, se esfuma. Para variar, no me importaría tener la habilidad de leerle los pensamientos y poder saber, captar exactamente lo que siente. Sin embargo, no la tengo, así que me quedo con las ganas. Mi intuición me dice que no le molestaría que la besara, pero se comporta de un modo tan reservado que no sé como interpretarlo.
Me meto entre las sábanas justo a tiempo, porque en ese instante Morgana y Glenys entran acompañadas de dos criados. Tienen que hacer un esfuerzo para vaciar las bañeras, pero al final

lo consiguen y se las llevan. Las doncellas recogen la ropa sucia, dejan otra limpia sobre el arcón y apagan las luces cuando se marchan.
Por fin estamos solos, completamente solos; en especial si tenemos en cuenta la ubicación del dormitorio, aislado en lo mas alto de la torre. Miro a Kate, que se ha acurrucado lo más lejos que ha podido.

Kate

No sé que pensará Jarrod de mí en estos momentos. ¡Seré idiota! ¿A qué viene eso de jugar al papel de la virgen aterrorizada? No es que él haya hecho nada. Soy yo y el sitio donde estamos. ¡Juntos en la cama! Mis sentimientos son intensos, pero no estoy segura de que él pueda corresponderlos; al menos, todavía no. Eso hace que me muestre reservada. Si me besara o algo así, ¿se quedaría ahí la cosa?

Tampoco es que me fíe de mí misma, especialmente si tenemos en cuenta que estamos solos y se supone que casados. Además, este sitio y este momento... No. No perecen los adecuados. Eso sin contar con que no me apetece convertirme en madre soltera a mi edad. A la mía le ocurrió y no supo llevarlo bien. ¿Qué pasaría si yo tampoco pudiera?

Así pues, finjo que duermo; no me dormiré hasta bastante después. Debo admitir que hallarme en la misma habitación y en la misma cama donde durmieron Lionel y Eloise me pone nerviosa. Algo terrible sucedió en este lugar, y además percibo la siniestra energía que emana de la fortaleza de Blacklands. Es como un peso que me oprime el corazón, y tengo la certeza de que soy la única que lo nota. Seguro que Jarrod no.

Estoy asustada. ¿Quién demonios vivirá allí? Morgana ha dicho que un hombre llamado Rhauk. ¿Podría ser ése el hermanastro ilegítimo que tenía poderes mágicos? El cansancio acaba por vencerme y me duermo.

Cuando me despierto, está empezando a clarear. Entre la bruma del sueño distingo lo que me ha desvelado: un penetrante graznido. Miro a mi alrededor y veo que un enorme y siniestro cuervo está posado en el alfeizar de la ventana, observándonos a Jarrod y a mí, que estamos acurrucados bajo las sábanas. Juro que es como si el pájaro sonriera, satisfecho, y que sus ojos tienen un aspecto casi humano, como jamás lo tienen los de las aves.

Comienzo a pensar que la falta de sueño me está haciendo perder la cabeza. Un pájaro es sólo un pájaro, independientemente del siglo al que pertenezca.

-¿Qué estás mirando, eh? - chillo, y el cuervo sale volando

Jarrod, se despierta, medio atontado.

-¿Qué...? ¿Con quién estás hablando?

-Con un cuervo.

-¿Cómo?

Salto de la cama y empiezo a vestirme, las medias primero. El fuego se ha apagado en algún momento de la noche y la temperatura es gélida.

-Olvídalo. Este sitio es tan alto que seguro que los pájaros anidan en él.

Acabo de vestirme sin volverme para ver lo que hace Jarrod o lo que pueda estar mirando. La mala noche que he pasado me ha puesto de un humor de perros. Todavía siento la energía negativa del castillo. Jarrod y yo estamos aquí para cumplir una tarea y cuanto antes lo hagamos, mejor. No es que no me guste estar en este lugar: al contrario, la oportunidad de ver como se vivía en estos tiempos me fascina.

Supongo que servirán el desayuno en el salón principal, aunque dudo que pueda comer nada de lo que nos ofrezcan. La comida de anoche parecía tan... No sé, tan antihigiénica... Por otra parte, eso de ser vegetariana reduce considerablemente mis alternativas.

Tan pronto como comenzamos a descender por la escalera de caracol, los pensamientos sobre la comida se desvanecen. Alguien está gritando. Una aterrorizada voz de mujer resuena por los pasillos como el fantasma de un alma en pena y nos hace correr a toda prisa hacia el salón principal.

Se trata de Morgana, la más joven de las doncellas que tenemos asignadas, Jarrod y yo intercambiamos una mirada por si resulta que somos responsables de los alaridos al no haber permitido que las sirvientas nos atendieran durante el baño. La pobre estaba aterrorizada ante la posibilidad de que lord Richard pudiera enterarse.

-¿Qué sucede? ¿Qué ha hecho esta infeliz?

Estoy dispuesta a asumir la responsabilidad, a explicar que fui yo quien la obligo a que nos dejara solos. Me compadezco de ella, que está doblada de dolor: lord Richard en persona la golpea con el puño. Morgana es tan menuda que cada impacto hace que se tambalee hacia la pared; tiene el rostro enrojecido y se le empieza a amoratar. Hay más gente presenciando la paliza: Isabel; Emmeline, su sobrina; Malcolm, el hijo mayor, con su aire de superioridad; Thomas, el caballero más próximo y leal a Richard. Todos contemplan la escena con un vago interés, como si azotar a

los sirvientes fuera algo de lo más normal Malcolm me mira y alza una ceja. Está claro que le divierte mi desconcierto. Emmeline, en cambio, parece indiferente; sus ojos se han fijado en Jarrod y lo miran con agrado. Me recuerda a Tasha Daniels. ¡Que suerte la mía!
Finalmente, lord Richard se percata de mi preocupación.
-¡Estúpida muchacha! -masculla, con la mano alzada, dispuesto a asestarle otro puñetazo-. ¡Mira mi túnica!
Señala la prenda en la que una mancha se extiende sobre lo que debe de ser el escudo de armas de la familia, dos palomas que revolotean sobre una rosa de color púrpura dentro de un diamante rojo.
-¡Me has derramado la cerveza encima!
La mira con gesto furioso, y Morgana se hace un ovillo.
-¡Ya te enseñare yo a ser descuidada!
La golpea de nuevo, y la infeliz sale despedida hacia atrás.
-¡Mi señor! -No puedo dejar de intervenir. La injusticia del castigo me subleva-. Os ruego que no la dañéis hasta dejarla inútil puesto que los servicios de esta doncella me resultan necesarios.
Lord Richard se vuelve rápidamente y, por un momento, tengo la impresión de que he ido demasiado lejos. Sin embargo, su expresión se suaviza y baja el puño.
-Teneis razón. lady Katherine. Además, me atrevo a suponer que esta moza ya habrá aprendido la lección.
Con estas palabras despide a la doncella, que se escabulle de la sala a toda velocidad mientras me dedica una mirada agradecida.
El incidente me ha dejado sin apetito. Con todo, nos sentamos a la mesa. Jarrod va a ocupar su lugar y tropieza en una esquina. Lo agarro por el brazo y lo ayudo. Supongo que, aparte de que es patoso por naturaleza, echa de menos sus gafas. Eso hace que tome nota de que debo vigilar por si aparecen obstáculos en su camino. Él me da un leve golpe con el codo en señal de agradecimiento.
Nos sentamos, y me pasa una gruesa rebanada de pan moreno. La acepto a regañadientes, porque sé que necesito alimentarme y reponer fuerzas. Además, la mermelada tiene buen aspecto. Por lo menos no está mohosa ni huela mal. Algunos frutos del bosque habrían sido preferibles, pero estamos a las puertas del invierno y no se ve por ninguna parte ni fruta ni verdura fresca, sólo alimentos secos, en conserva o, lo que es peor, tan salados que son casi mortíferos. A esos no me atrevo ni a acercarme, no sea que me intoxique.
Al final, la confitura resulta mejor de lo que pensaba, y extiendo una buena capa sobre la rebanada mientras hago un esfuerzo para apartar de mi vista el desagradable espectáculo de los demás, que se lanzan como lobos sobre el desayuno, despedazando pollos asados con dedos grasientos, derramando la cerveza que está servida en jarras de madera, bebiéndosela a grandes tragos y limpiándose los chorreantes mentones con las mangas.
Mientras devora la comida, lord Richard se jacta de su crueldad para con los siervos que se ocupan de sus tierras. Thomas y Malcolm sonríen y hacen gestos de asentimiento. Su actitud es compartida por los soldados de otras mesas, que se divierten con las lamentables hazañas de su señor.
La conversación acaba definitivamente con mi apetito cuando se ponen a hablar, entre carcajadas, de la campesina cuyo marido murió defendiendo el Castillo del ataque de un señor escocés. Al parecer, era un buen trabajador, y su esposa, una tal Edwina, resulta ser la misma a la que yo desearía no haber conocido. La charla gira en torno a sí acabara dedicándose a la mendicidad, a la prostitución o a robar para sobrevivir.
Me acometen las nauseas y me siento incapaz de tragar nada más. Jarrod me lanza una mirada de comprensión, pero sabe tan bien como yo que no hay nada que podamos hacer por esa mujer y sus hijos. Será mejor que no pensemos en ello. Ojalá pudiera usar un poco de mi magia.
En el preciso instante en que pienso en ella, oímos un revuelo que proviene del exterior y que atrae nuestra atención. Según parece, lord Richard tiene una visita inesperada.
En efecto, un hombre de aspecto imponente y vestido completamente de negro entra en la sala a grandes zancadas. Se Parece aún más a Jarrod que a lord Richard, pero es más alto y fuerte. Tiene el cabello del mismo color, rubio apagado con tintes rojizos, pero sus ojos son muy negros. Entonces descubro de quien proviene la misteriosa emanación de energía que note por la noche.

No necesito que nadie haga las presentaciones. Sólo Un brujo muy poderoso puede desprender una vibración así.
La bienvenida que recibe no es calurosa.
-Rhauk, ¿cómo es que siempre conseguís pasar entre mis soldados sin que se den cuenta? -La voz de lord Richard suena fría y hostil.
El recién llegado se limita a sonreír. Acto seguido, se acerca al Señor del castillo, de manera que lo veo claramente de perfil.
-Richard, que manera es esa de tratar a vuestro hermano.
-¡Bah! -responde en tono burlón-, Vos no sois mi hermano. Mi padre nunca os reconoció como hijo, ni siquiera cuando le llegó la muerte.
-Eso es posible, aunque tampoco negó nunca que lo fuera. Pero será mejor que lo dejemos estar. Hoy no quiero hablar de eso -replica con tono aburrido-, tengo cosas más importantes que hacer.
-Esta bien. ¿Qué queréis ahora?
Haciendo caso omiso de lord Richard, como si no mereciera una respuesta, Rhauk se da la vuelta y escudriña a los presentes hasta que nuestras miradas se encuentran.
-¡Eloise! – murmura, y yo siento que un escalofrío me hace temblar de pies a cabeza.
Para empezar, es imposible que me parezca a Eloise. De lo contrario, nuestros anfitriones habrían reaccionado de modo distinto la primera vez que me vieron. No me parezco en nada a ellos, y como no viajan. no han tenido ocasión de ver a nadie con rasgos como los míos. Tengo los ojos demasiado almendrados y el cabello muy negro.
Rhauk parece recobrar la compostura y vuelve a sonreí, pero, en esta ocasión, su gesto tiene un toque burlón. Hace un gesto afirmativo, como si me estuviera diciendo sin palabras que yo soy el motivo de que nos haya visitado.
-¡Vaya! Que exquisita criatura -ronronea como un gato-. Richard, ¿por qué no hacéis las presentaciones?
Lord Richard está incómodo y tose, sospecho que para ganar un poco de tiempo. Sin embargo, la actitud de Rhauk lo tiene confundido.
Esto... Esta noble dama es lady Katherine. Ha recorrido una larga distancia para estar con nosotros. No tiene nada que ver con vos, así que quitadle los ojos de encima y manteneos alejado de ella.
Mientras los dos hablan de mí, percibo una nueva emanación de energía. Al principio no la reconozco, pero enseguida empieza a soplar una brisa que rápidamente se torna helada. Es Jarrod, que está mirando a Rhauk con ojos de acero.
-Tranquilo –le digo en voz baja, a la vista del problema que tenemos delante.
Está claro que hemos encontrado al responsable del hechizo, pero, como Jarrod no ha aceptado todavía que tiene poderes, aún no puede controlarlos, y mucho menos hacer uso de ellos.
Rhauk también se ha percatado de que hay otra fuerza en la sala y entorna los ojos. Levanta ligeramente la cabeza y se vuelve despacio hacia Jarrod con su intrigante sonrisa. Ambos se observan fijamente, y la brisa se convierte en un vendaval. El poder de Rhauk se ha sumado a la tormenta.
Emmeline grita, pero apenas puedo oírla a causa del fragor de la ventisca, y se agarra a Isabel, que mira a su marido en busca una explicación. Lord Richard no tiene ninguna, y bastante trabajo le cuesta mantenerse en pie. En cambio, Jarrod y Rhauk permanecen muy quietos. Estudiándose.
El ventarrón lo destroza todo: vacía las mesas, vuelca las sillas y las banquetas, y los tapices vuelan por la sala. Reina el más absoluto caos.
Al final. Rhauk rompe el encantamiento y se gira hacia mí.
-Que interesante - murmura.
El huracán ha cesado y Jarrod cae de rodillas sujetándose la cabeza. Lord Richard exige saber lo que ha sucedido, pero su hermanastro no le hace el más mínimo caso. En cambio se dirige a mí.
-Blacklands está en el promontorio norte. Estoy seguro de que ya lo habéis visto, lady Katherine. -Hace una pausa para subrayar el significado de sus palabras-. Podéis divisarlo claramente desde la torre.
Los ojos se me abren por la sorpresa; sabe que he dormido en la torre. Eso me asusta. Él me asusta. Esa es su intención, hacerme saber lo poderoso que es. Intento que mi respuesta parezca tranquila.
-Así pues, visteis las velas encendidas. ¡Que observador!

Su risa está cargada de sarcasmo.
-Que dama tan lista. Me gusta vuestro sentido del humor. Por favor, reunios conmigo para cenar esta noche. Cuando oscurezca.
Antes de que tenga tiempo de contestar. lord Richard interviene.
- Olvidadlo, Rhauk. A esta dama no podréis ponerle las manos encima. Lady Catherine ya está cansada.
Rhauk alza las cejas en un gesto de sorpresa, mira a Jarrod y suelta en tono burlón:
-Con vos, claro. -Y estalla en una carcajada, como si tratara de una broma particular-. Esta bien. Entonces quizá deberíais venir también.
Se da la vuelta y se marcha, dejando tras de sí un rastro de destrucción y un coro de cuchicheos. Ayudo a Jarrod, que está todavía medio aturdido, a ponerse en pie y le acerco una silla en la que se sienta, agradecido.
Mientras los criados arreglan el desorden, reflexiono sobre Rhauk. Está claro que me ha hecho una demostración porque ha detectado los poderes de Jarrod, pero también que se ha limitado a jugar con él, a evaluar su fuerza, y que no ha tardado mucho en llegar a la conclusión de que no es rival.

Jarrod

Nunca olvidaré como han brillado los ojos de Rhauk al ver a Kate. Lo recordare toda la vida. Ha quedado grabado en mi memoria como una inscripción en una lápida. Es como si acabara de descubrir algo muy valioso, algo que hubiera estado buscando toda la vida.
Quiere a Kate, eso salta a la vista. Pero ¿por qué? ¿Qué está sucediendo? Es más que simple atracción, se trata de algo mucho más profundo, y me da muy mala espina.
Seguro que ese tipo tan extraño es el que estamos buscando, el que ha hechizado a mi familia. De él emana una fuerza indudable. El gran salón está destrozado, y lord Richard corre de un lado a otro como un poseso, mientras sirvientes y soldados se apresuran a seguir sus ordenes y arreglar el desastre. A mí eso me da igual, lo que quiero es llegar al fondo de la venganza de Rhauk. Le hablaba a Richard como si mediara un vínculo de sangre entre ellos. Ya sé parte de la historia, pero a pesar de todo es un buen punto de partida.
-¿Por qué ha dicho Rhauk que era vuestro hermano? -le pregunto a mi tío.
Él interrumpe las órdenes y me mira.
-Por desgracia, sobrino, eso es lo que él equivocadamente cree.
-¿Y por eso está tan resentido? -inquiere Kate, poniéndome una mano en el hombro para animarme a seguir.
Lord Richard suspira y se derrumba en su asiento de alto respaldo.
Dice que tengo algo que le pertenece.
-¿Y qué es ese algo?
-Nuestro castillo, naturalmente -responde Isabel-, y también nuestras tierras y rentas.
-¿Acaso es el primogénito? - pregunta Kate.
-¡No! -grita lord Richard, dando un violento puñetazo sobre la mesa que acaban de poner ante él-. Rhauk puede repetir cuanto quiera que es el hijo mayor de Geoffrey, pero mi padre nunca lo reconoció.
-No parece tener la edad suficiente para...—comenta Kate, pero su voz se apaga.
Richard la mira, y su voz suena extrañamente ronca:
-Eso es por la magia, querida. Se rumorea que la madre de Rhauk era bruja.
Los pensamientos de Kate se me aparecen con toda claridad. Eso explicaría los poderes de Rhauk, y también que hechizara a la familia que lo rechazó. Además, Richard es un hombre cruel que nunca estaría dispuesto a ceder la propiedad de su castillo ni de sus tierras.
-¿Y no podría la madre de Rhauk confirmar el parentesco? -aventura Kate.
Richard lanza una mirada a Isabel, que se halla detrás de él con una mano apoyada en su hombro. Es evidente que ella es su roca y que no tiene reparos en descargar responsabilidades sobre sus espaldas. Otro pequeño detalle que añadir a su pintoresco carácter.
Los abuelos de Rhauk murieron en un incendio, y su madre llegó a Blacklands en busca de comida y refugio. Las monjas la acogieron, pero no tardaron mucho en darse cuenta de que estaba embarazada. Corrían rumores de que era cosa del diablo.
-Se quedó en el castillo hasta que dio a luz -tercia Isabel, fríamente- Las monjas sabían de sus relaciones con el demonio y trataron de purificarla, pero ni su magia bastó para salvarle la vida.
-¿Murió? -pregunto yo.
-Si, durante el parto.
Kate lanza un juramento por lo bajo, y Richard e Isabel se quedan mirándola porque no están acostumbrados a escuchar semejantes palabras de labios de una dama. Por suerte, Kate se da cuenta y murmura:
-Que pena. Me refiero a que el recién nacido se quedara huérfano. ¿Quién lo crió?
-¡Ah! Eso es otro misterio -responde Richard.
Isabel lo explica por él.
-Algunos dicen que lo alimentaron los cuervos que abundan en Blacklands. Otros creen que lo hicieron las monjas antes de que el chico, siendo todavía un mozo, las matara a todas y se declarara el único señor del convento.
Yo me quedo con la versión de las monjas, aunque ambas rebosan exageración. Seguro que la gente del lugar es supersticiosa. Están tan aislados que no me extraña que crean cualquier cosa y que añadan otras de su propia cosecha sólo para divertirse.
-¿Cómo es posible quo no sepáis la verdad cuando ambos castillos están tan próximos?

-Las monjas eran autosuficientes y llevaban una vida retirada. Podían pasar años sin que tuviéramos noticias suyas. Una cosa está clara. -La voz de lord Richard se torna mortalmente grave-. Rhauk es poderoso y malvado. Os recomiendo encarecidamente que no aceptéis su invitación para cenar. No sólo ambiciona nuestras tierras y sus rentas, sino que alimenta una venganza personal hacia la familia.
Mientras Richard relata la historia, se hace un profundo silencio.
-¿Vuestro padre nunca os explico por qué se marchó? -me pregunta-. ¿Por qué renuncio a sus títulos y propiedades en mi favor?
Hago un gesto negativo con la cabeza, impaciente por escuchar la explicación.
-Vuestra madre, Eloise, era una hermosa joven a la que muchos deseaban pero nadie tanto como vuestro padre y... Rhauk.
Kate coge una silla y se sienta a mi lado.
-Ambos la cortejaba y era evidente que ella apreciaba a los dos. Sin embargo, cuando tuvo que tomar una decisión se inclinó por Lionel. Rhauk fue incapaz de aceptarlo y, la noche de bodas, vuestro padre le acusó de haber secuestrado a la joven novia. Nadie vio que Rhauk lo hiciera. Yo mismo estaba de guardia y no vi que nada ni nadie entrara en la fortaleza. No obstante, vuestro padre se puso como un poseso y murmuraba incoherencias acerca de los ojos de Rhauk. Nadie pudo encontrar sentido a sus palabras. Al amanecer de la mañana siguiente Eloise regresó en un estado de profunda confusión del que tardó varios días en recuperarse.
Los ojos de Richard se humedecen e Isabel lo rodea con los brazos para reconfortarlo. Esas lágrimas me proporcionan un nuevo perfil, más amable, de un lord Richard compasivo con los miembros de su familia, y comprendo que se siente culpable por lo sucedido el día de la boda de su hermano. Por que era el responsable de la vigilancia. Seguramente piensa que debería haber protegido mejor a los novios. Entonces se me ocurre que es posible que esa noche estuviera borracho y que, en estos momentos, él es el único señor del castillo y las tierras, mientras que su hermano mayor se esconde en algún lugar apartado.
Se rumoreo que Rhauk había dejado su semilla en el vientre de Eloise -prosigue Richard-, ya que el niño que nació nueve meses más tarde tenía un marcado parecido con él. Los rumores llegaron a hacerse insoportables, y finalmente Lionel cogió a toda su familia y se marcho tan lejos como pudo.
Lord Richard me mira, ya sin asomo de lágrimas.
-¿Cómo está vuestro hermano?
Se supone que mi “hermano” aparecerá por aquí un día de estos para reclamar su herencia, y que eso desencadenara un feroz combate. Al menos eso es lo que ponía en el libro. Lo único que sé es que se encuentra con vida.
-Está bien -respondo.
-Ya habéis visto a Rhauk. ¿A quién se parece vuestro hermano ahora que ya es mayor?
Es una pregunta difícil de contestar. No tengo ni idea, así que me limito a encogerme de hombros, como si le quitara importancia a la cuestión,
-Para mí es simplemente mi hermano.
La respuesta le basta a lord Richard, puesto que se pone en pie, como si diera por acabada la conversación. Mira a su alrededor, se percata del silencio que domina el gran salón y empieza a gritar órdenes para que prosigan las tareas de limpieza.
Kate y yo salimos al patio. Tenemos que repasar lo que acabamos de averiguar. En evidente que Rhauk es la persona que estábamos buscando, lo cual demuestra que Jillian ha sido de lo más exacta. Pero debemos discutir nuestros siguientes movimientos: ¿cómo vamos a detenerlo?
Una cosa está clara. A pesar de la advertencia de lord Richard, debemos aceptar la invitación para cenar.
Blacklands nos aguarda con todos sus misterios.

Kate

Lord Richard ha dispuesto que una docena de sus mejores caballeros nos escolten hasta Blacklands.

Los caballos que nos han asignado y que tenemos delante son unos animales enormes que no dejan de moverse nerviosamente. Se supone que somos expertos jinetes, pero yo no he montado en mi vida y, a juzgar por la expresión de Jarrod, supongo que el tampoco, al menos con un mínimo éxito. Sin embargo, todo el mundo cree que llegamos a caballo hasta Londres, y que en esta vida no hemos hecho más que cabalgar.

Al final, las cosas me resultan más fáciles porque uno de los escoltas me deposita en la silla alzándome por la cintura sin esfuerzo aparente. Según parece, por mi condición de mujer, nadie espera de mí que lo haga todo a la perfección. Basta con que me limite a sentarme incómodamente, con las dos piernas a un mismo lado del animal, y a sostener las riendas sin caerme. Eso es.

Pero para Jarrod es mucho más complicado. Para empezar, sin sus gafas lo ve todo medio borroso. Eso sin contar con lo patoso que es y con el hecho de que le han adjudicado un precioso semental tordo. Se supone que le están haciendo un cumplido, pero no creo que él lo interprete en ese sentido porque, cuando intenta subirse al inquieto animal, acaba cayéndose de cabeza por el otro lado y haciendo que la montura se ajuste. Además, tengo la impresión de que se ha hecho daño en el hombro. Pobre.

Los caballeros, por respeto a su señor, procuran no reír. Sin embargo, se oyen risas contenidas. Sólo Malcolm hace un comentario, y no es precisamente benévolo. Su actitud me recuerda a la de otro patán que conozco en otro tiempo y otro lugar. Está claro que algunas cosas no cambian.

Malcolm me mira se me ponen los pelos de punta. A pesar de que sé que no debería hacerlo, me meto en su cabeza porque tengo la impresión de que estoy viendo a un enemigo.

Está lleno de envidia, rencor y, sorprendentemente, también de miedo. Entonces caigo en la cuenta. Es el primogénito de lord Richard y, como tal, el heredero del título y los bienes de la familia, pero, con Jarrod aquí como hijo del hermano mayor duda. Para Malcolm Jarrod es una amenaza.

Tendré que vigilarlo.

Entrecierra los ojos mientras me estudia, y yo procuro no devolverla la mirada mientras sigo en su cabeza. No es que pueda percibir mi presencia, sino que el contacto visual añade un toque de intimidad que no me resulta agradable.

El siguiente intento de Jarrod sigue siendo patético, pero, por lo menos, esta vez consigue mantenerse sobre la silla. Toma las riendas como si de ellas dependiera no volver a rodar por el suelo y se pone como un tomate. Al final, tras muchos esfuerzos consigue adoptar una postura mínimamente digna. Si estuviéramos en clase, sería el momento de los aplausos.

Al anochecer, tal como nos dijo Rhauk, nos acercamos a Blacklands. Nuestra escolta permanece fuera, visiblemente nerviosa por hallarse tan próxima a los oscuros muros de piedra y madera. Sólo Malcolm parece relajado y tranquilo.

De repente, las grandes puertas se abren sin que haya nadie a la vista. Jarrod y yo nos apeamos, dejamos nuestras monturas al cuidado de los caballeros y entramos en el patio. Nadie sale a recibirnos ni a mostrarnos el camino. La fortaleza tiene un diseño complicado y, a diferencia de otros castillos que cuentan con un edificio principal, éste tiene varios conectados entre sí, construidos de madera y adobe, con techos de paja. Recuerdo que fue un convento. En estos instantes me parece carente de vida y siniestro.

Se abre una puerta, y Rhauk aparece bajo un alto arco de piedra. Sigue vistiendo de negro de pies a cabeza v lleva adornos dorados en el cuello de la blusa y un cinturón con una hebilla de oro macizo. Ese detalle me llama la atención, y lo contemplo con curiosidad. Cuando me acerco y puedo verlo mejor, el corazón me da un vuelco inesperado. La hebilla representa un manojo de serpientes; cientos de ellas, entrelazadas, de modo que sólo las cabezas y los ojos son claramente visibles.

Me acude a la memoria la visión que tuvo Jillian del torso y la cabeza de Jarrod cubiertos de reptiles, y de lo mucho que le desagradan a éste. Su reacción no se hace esperar, y sólo con verlas se siente incómodo. Seguramente también él se ha acordado de lo que vio mi abuela.

Seguimos a nuestro anfitrión a través de un pasillo empedrado con guijarros y subimos por una escalera de caracol hasta una habitación desnuda salvo por la magnifica mesa de madera que hay

en un extremo, preparada para la cena. Un fuego arde en el centro de la estancia y la caldea al tiempo que la ilumina en la creciente oscuridad del exterior. Noto que el humo no molesta tanto como en Thorntyne, así que sigo su trayectoria para ver por donde escapa y descubro, que el techo tiene una abertura cubierta por un tejadillo de manera que el humo pueda salir, pero la lluvia no entra. No está mal para una época en la que la chimenea aún no se ha inventado.
Rhauk me observa, y eso me produce escalofríos. Incluso mientras deposita las bandejas de comida sobre la mesa, sus ojos no dejan de jugar con los míos. Está flirteando descaradamente, y me resulta difícil recordar que en realidad cumple el doble de años de los que aparenta. No tiene arrugas, luce un abundante cabello y su cuerpo parece joven y ágil. De vez en cuando, observa a Jarrod, que hace esfuerzos por mantener la calma.
Le he recordado antes de que llegáramos que nuestra visita tenía como objetivo conseguir información, datos que nos permitieran resolver el problema del hechizo. Puede que observar a Rhauk en su ambiente nos dé alguna pista. Por eso no es buena idea que alguien se ponga nervioso. Sin embargo, Rhauk continua jugando con Jarrod, sólo espero que sea capaz de descubrir la artimaña y no se deje engañar.
Nos sentamos a la mesa y el espectáculo me deja estupefacta. Se diría que Rhauk vive solo en Blacklands y, sin embargo, ha preparado un verdadero festín. Abundan las frutas frescas, hay uvas, fresones, peras y manzanas, cereales y hasta pan blanco. También hay distintas bebidas, como sidra y un vino dulce muy agradable, no como el de Thorntyne. Conseguir todo eso es prácticamente imposible en esta época del año. El aroma que desprende es embriagador y me siento hambrienta a pesar de mi desconfianza. ¿Quién no lo estaría?
-¿La comida no es de vuestro agrado? -pregunta Rhauk, ceñudo.
-Es solo que-.. -Dudo, pero enseguida me decido por una Pregunta directa. Un hombre así no respetaría otro comportamiento-. Estamos prácticamente en pleno invierno, ¿cómo podéis conseguir toda esta fruta?
Sonríe y suelta una leve risita.
-Nada es imposible en Blacklands. Tengo mis propios jardines y huertos. ¿Os gustaría verlos, lady Katherine?
Su voz es sensual y suave como el terciopelo. Miro a Jarrod para ver como reacciona ante una invitación que lo excluye. Afortunadamente, a pesar de que la situación no parece gustarle, mantiene el control.
-Gracias. Puede que más tarde -respondo.
Rhauk sigue mostrando un aire de superioridad y parece divertirse. Está jugando con nosotros. Para él, todo esto no es más que un entretenimiento. Perfecto, yo también puedo jugar a lo mismo, aunque me gustaría que las reglas estuvieran más claras, y las apuestas, también.
Se pone a trinchar un faisán y le sirve a Jarrod unas cuantas tajadas en el plato, mientras que para nosotros dos reserva unas porciones de tarta de arándanos. Está claro que me está diciendo que sabe que soy vegetariana o, al menos, que prefiero la fruta a la carne. Me pregunto como habrá podido enterarse.
-Decidme, ¿cómo está mi querido hermano?
Jarrod y yo lo miramos, desconcertados. ¿Por quién estará preguntando? Durante unos instantes nos quedamos sin palabras, y siento que nos estamos volviendo algo paranoicos.
-Me refiero a vuestro padre -aclara él en tono burlón-. ¿Acaso vuestro largo viaje os ha hecho olvidar al hombre que os educó?
Afortunadamente, Jarrod no cae en la trampa y responde con frialdad:
-Se encuentra perfectamente.
-¿Y vuestra bella madre?
Jarrod alza los ojos, pero no puede sostenerle la mirada. “¡Maldición, no le des ninguna pista! Baja la vista si es necesario”exclamo para mis adentros.
-Está bien.
-¡Hum!... ¿Bien, decís?
Rhauk parece aburrido. Acto seguido añade:
-Si no recuerdo mal, Eloise era una mujer de una notable belleza; aunque no tanto como vos, Kate.
La forma en que ha pronunciado mi nombre, «Kate», me coge por sorpresa. ¿Cómo puede saber tanto? ¿Es instinto o magia? Nuestras miradas se encuentran y me siento atrapada, como si estuviera entre las garras de algo extrañamente poderoso que no fuera de este mundo.

Jarrod se percata de la tensión y se le acaba la paciencia.
-Dejadla en paz -ordena.
Muy despacio, Rhauk deshace el hipnótico encantamiento y se vuelve hacia él.
-¿Por qué? Si estoy disfrutando de esta conversación...
-Porque Katherine es mi esposa -responde en tono cortante.
Rhauk suelta una sonora carcajada.
-Sois un pésimo mentiroso.
-No miento -replica Jarrod, pero su voz carece de la energía necesaria para respaldar la afirmación.
-Las parejas jóvenes no duermen tan alejados el uno del otro cuando se acuestan en la misma cama -espeta Rhauk, fulminándolo con la mirada.
-¿Cómo...? -Reprimo el pensamiento y hago un esfuerzo para no delatar mi sorpresa ni nuestra verdadera relación.
Independientemente de lo listo que sea o de las sospechas que abrigue, Rhauk sólo puede hacer suposiciones. Jarrod me mira con preocupación.
En ese momento, un chirriante graznido llama nuestra atención. En una de las altas ventanas se ha posado un cuervo, y me pregunto si será el mismo que he visto en la torre por la mañana.
Rhauk hace un gesto con la cabeza, y el animal desciende y se le posa en el brazo extendido. Entonces, nuestro anfitrión canturrea unas palabras y el ave le responde al tiempo que inclina la cabeza en una actitud que se diría afectuosa.
Salta a la vista que no se trata de un pájaro corriente. No puedo apartar los ojos de la escena. No obstante, me resisto a aceptar que ese bicho haya contado a su amo como hemos dormido. Es imposible.
Rhauk le da de comer unos trozos de manzana. Cuando ha terminado, el cuervo remonta el vuelo y regresa a la ventana desde la que sigue observándonos torvamente durante toda la cena.
La oscuridad se cierra completamente, y Rhauk enciende candelas que dispone en los soportes que recorren las paredes de la desolada estancia. Se me hace un nudo en el estómago y me entran ganas de marcharnos. De noche, Blacklands me resulta aterrador. Sin embargo, todavía no hemos averiguado nada que pueda resultarnos útil; así que decido acelerar los acontecimientos y, mientras Rhauk se inclina a mi lado para servirme unos pastelillos, le digo:
-Conocemos vuestros planes para vengaros.
Él se queda muy quieto. Siento que me recorre un escalofrío.
-Claro que lo sabéis. Esa es la razón por la que habéis emprendido tan largo viaje -replica.
No sé cuanto conocerá de nosotros, pero debo averiguarlo sin proporcionarle demasiada información.
-Eso quiere decir que estáis al corriente de que estamos aquí para deteneros.
Se yergue.
-Podéis intentarlo - contesta, mirando a Jarrod como si no fuera más que una mosca sin importancia-. pero la verdad es que solo conseguiréis perder el tiempo y la vida.
Regresa a su asiento en el extremo de la mesa y me mira. Sus ojos son como dos carbones.
-Mi querida Kate, tengo una visión para vos -me dice, frotándose las manos como un niño ante un juguete.
Jarrod se levanta.
-¡No tenéis nada que decirle a Katherine!
Rhauk lo imita.
-Vos, Jarrod, habéis venido para proteger a vuestra familia. Eso es algo que puedo respetar, aunque el respeto no signifique gran cosa para mí. Lo que no sabéis es que habéis traído con vos a lady Katherine porque éste es el lugar al que ella pertenece.
-¿Cómo decís? -protesta Jarrod.
-Hace muchos años, vuestro padre cometió una injusticia: me robo a la mujer que amaba y la puso en mi contra llenándole la cabeza de cobardes mentiras y rumores infamantes. El hecho de que hayáis venido con vuestra esposa es suficiente recompensa. Lo que una vez me fue robado me va a ser devuelto.
Se gira hacia mí. Una siniestra sonrisa le cruza la cara.
-¡Que estupenda adquisición seréis para Blacklands, lady Catherine, justo como a Eloise le hubiera gustado!

-¡Os equivocáis! -intento decirle, mientras el miedo se apodera de mí-. ¡No soy la sustituta de ninguna Eloise!
-¡Ah! Ahí es donde erráis. Todo está ocurriendo tal como estaba previsto. Sabía que llegaría éste momento.
-¡Katherine no se quedará! -estalla Jarrod, que está perdiendo el control.
Le tiro del brazo y le susurro al oído:
-No te dejes llevar. Te está provocando para poner a prueba tus poderes.
Rhauk suelta una carcajada.
-Muy lista, Kate, pero no es exactamente así.
Empujo a Jarrod fuera del alcance de la fuente de energía que emana de Rhauk y le digo:
-Será mejor que nos marchemos.
Jarrod se tranquiliza un poco y asiente con un gesto, pero nuestro anfitrión todavía no ha acabado de jugar con nosotros.
-No tengáis tanta prisa. Todavía no he tenido ocasión de contaros mis planes... ¿No habíais venido para conocerlos?
Tal como él sabía que ocurriría, sus palabras hacen que cambiemos de opinión. No puedo contener una exclamación abogada. Tengo los nervios de punta.
Una vez que esta seguro de que tiene toda nuestra atención. Rhauk empieza a hablar.
-Los temores de Jarrod por su familia tienen fundamento. Me dispongo en breve a realizar un terrible hechizo en la torre solar. Todos los séptimos hijos de los Thorntyne conocerán la ira de mi maldición por los tiempos de los tiempos. Nacerán locos y torpes, y la desgracia y el infortunio se abatirán sobre sus familias.
-Así pues, vuestro maleficio todavía no está completo -aventuro, en un intento de obtener algún dato más.
Rhauk enmudece, como si dudara que responder. y me mira con feroz intensidad. Al fin, replica:
-Así es, por desgracia, pues me falta sólo una sustancia: la raíz de una planta que únicamente florece en invierno.
Eso quiere decir, avanzado como esta el otoño, que no disponemos de mucho tiempo para actuar, Tendremos que ser hábiles para conseguir llegar hasta la torre e interrumpir la formulación del maleficio. Luego deberemos enfrentarnos con Rhauk para que no pueda repetirlo. Nadie puede prever las dificultades que deberemos superar, pero, al menos, tenemos un punto de partida.
Es hora de que nos marchemos.
Jarrod esta impaciente. Me toma la mano, se la acerca a los labios y murmura:
-Salgamos de aquí. ¡Rápido!
Nos movemos hacia la escalera de caracol, pero la expresión del rostro de Rhauk nos deja clavados en el sitio. Tiene las pupilas dilatadas, y me pregunto que puede haber desencadenado semejante reacción mientras escruta sin parpadear a Jarrod, que todavía me sostiene la mano.
-Nos vamos, Rhauk -anuncia Jarrod en medio del tenso silencio.
El hombre pestañea y parece recobrar el sentido.
-No podéis marcharos sin un regalo de despedida.
Apenas ha pronunciado esas palabras, la puerta de acceso a la escalera se cierra con estrépito y bloquea la salida. El golpe resuena entre las paredes.
Entonces, desprevenidos, contemplamos como Rhauk lanza al aire una reluciente bola plateada. La esfera estalla y todo el espacio a nuestro alrededor se llena de una siniestra lluvia de agujas brillantes que caen sobre nosotros. Intento protegerme el rostro con el brazo, pero hay cientos de proyectiles, y son afilados.
Noto como penetran y nos pinchan a través de la ropa.
-¡Jarrod, haz algo!
-¿Qué quieres que haga? –me responde a gritos- ¿Cómo puedo combatir esto?
Me cubro los ojos para mirarlo y suplicarle que acepte por fin que tiene un don y que use su poder.
-¡Tu puedes ponerle fin! ¡Sólo tienes que buscar en tu interior!
Pero él se limita a devolverme la mirada y a mover la cabeza en un gesto negativo.
-No sé como...
Es incapaz de hacer otra cosa. Eso es justo lo que Rhauk pretendía. Ver con sus propios ojos lo débil que es.

Echo una rápida ojeada para comprobar si hay alguna señal que anuncie el fin de la lluvia de agujas. Intento decirme que no es más que un truco de magia, pero la sangre empieza a manchar las mangas de mi vestido, y me duele el cuero cabelludo a causa de los alfilerazos. Hay tanto brillo que toda la habitación parece vibrar con una extraña y sobrenatural energía. En ese momento comprendo que Rhauk no retrocederá ante nada con tal de llevar a cabo su venganza sobre su hermanastro por haberle robado a su amada, y contra su difunto padre por no haberlo reconocido como hijo. Incluso es capaz de llegar al asesinato si Jarrod y yo nos interponemos en su camino.
Lo odio por eso y no me resigno a quedarme así, sin hacer nada, y permitir que Rhauk se salga con la suya. Puede que Jarrod no esté en condiciones de usar el don que tiene, pero ese no es mi caso. Así pues, aun a riesgo de desvelar mis poderes y mis conocimientos de magia, me pongo en pie a cara descubierta y dejo que mis brazos descansen a ambos lados del cuerpo. Me concentro, respire hondo y trato de ignorar las dolorosas punzadas. En mi mente veo que los proyectiles plateados se convierten en formas inofensivas cuyas afiladas puntas se suavizan y curvan, limitándose a flotar.
Antes incluso de percatarme de que mi conjuro ha funcionado, oigo la repentina exclamación de Jarrod. Abro los ojos, parpadeo para aclarar mi visión y extiendo las manos al tiempo que sonrío. En lugar de las hirientes y brillantes púas, lo que cae son blancos plumones.
Pero entonces caigo en la cuenta de que al desvelarle mis poderes a Rhauk he cometido un terrible error, y que le he dado motivos para desearme aún más. Lo leo en la alegría que se le dibuja en el rostro, en su expresión maravillada y en su forma de aplaudir mi demostración. Se me acerca con los ojos chispeantes.
-¡Oh, lady Katherine, que pareja tan formidable formaremos!
Yo me limito a negar con la cabeza, a retroceder y a evitar mirarlo directamente.
-¡Si! ¡Imaginaos vuestro poder y el mío juntos! Seríamos los amos del mundo. Nadie se atrevería a desafiarnos. ¡Nadie podría vencernos jamás!
A mi lado, Jarrod se encoge.
-Ella no se quedará con vos.
Rhauk le lanza una mirada de desprecio.
-Al final tendrá que elegir... Jarrod, seamos justos, Kate tiene derecho a saber lo que podría poseer, todo lo que puedo brindarle. Debería poder atisbar ambos mundos.
Se vuelve ágilmente y me mira antes de que tenga tiempo de apartar la vista. Su voz es de nuevo un susurro, seductora e hipnótica.
-¿Os quedareis conmigo, lady Katherine..., Kate..., aquí en Blacklands?
Jarrod me lanza una mirada horrorizada, preguntándose por que tardo tanto en contestar, por qué no he espetado todavía un contundente «¡No!» ante esa infame proposición. No entiende que he caído bajo los efectos de la subyugante mirada de Rhauk, que su tremenda energía me ha embotado los sentidos y que no puedo vencer tan fácilmente una presa que, en este preciso instante, se está haciendo más y más enérgica. Tengo que luchar para romper el hechizo y alejarme. Parpadeo con fuerza y el bloqueo, finalmente, se desvanece.
Exhausta, miro a Jarrod y le digo en voz apenas audible:
-Por favor, llévame a casa.
Él me toma del brazo.
-Ya habéis oído cuál es su decisión, Rhauk. Dejadnos
El macizo portalón se abre. Justo en ese momento, el cuervo desciende de las alturas y se posa con un graznido en el brazo de Rhauk. Me da la extraña sensación de que el pájaro nos mira con desprecio, pero no tengo ni tiempo ni ganas de pensar, en ello. Lo único que deseo es marcharme cuanto antes. Estamos tan cerca de la escalera... Entonces oímos las heladas palabras de Rhauk.
-No me dejáis elección, señora...
Obligo a mis pies a que se muevan lo mas rápidamente posible, pero, aún así, la voz nos persigue escaleras abajo.
-Tendré que ir por vos...
Tiemblo de pies a cabeza ante la inquietante advertencia.
-Vigilad la oscuridad. puesto que yo seré la sombra que vaya a buscaros...
Finalmente, casi en un susurro, añade:
-Dormid bien, mi dama.

Seguro. La sola idea de pasar la noche en este lugar, en compañía de Rhauk, me aterra. Al menos en el patio ya no alcanzo a oír su voz, pero la visión de sus ojos, fríos, pequeños y negros, permanece en mi memoria. Me pregunto si podré volver a dormir algún día.

Jarrod

El encuentro con Rhauk en Blacklands ha afectado profundamente a Kate. Vamos de regreso a Thorntyne. Tiene los ojos desorbitados y se mantiene callada y taciturna. Está temblando de pies a cabeza y se coge las manos en un intento de calmar las convulsiones, pero estas no remiten.

Lord Richard nos da la bienvenida en el patio y nos acompaña hasta nuestros aposentos en la torre mientras el resto del castillo duerme. Le contamos por encima lo sucedido en la cena y, satisfecho de que hayamos vuelto sanos y salvos, nos desea buenas noches y se marcha. Los sirvientes nos han preparado la habitación y han encendido un acogedor fuego.

Kate parece ausente. Con los gestos de un autómata, se sienta en la cama y se lleva el camisón a la cara, inhalando inconscientemente su olor. Luego me mira.

-Sabes que vas a tener que enfrentarte con él, ¿verdad?

Se refiere a Rhauk. La contemplo, sorprendido. Debe de estar bromeando.

-¿Estás loca?

-No lo sé. Pero no veo otra solución -suspira, desengañada.

-Pues ya me dirás que es lo que se supone que debo hacer.

Sabe perfectamente que soy incapaz de enfrentarme con nadie, y mucho menos con Rhaúk y su espeluznante magia. Solo con recordar su demostración de hace un rato, con las agujas, se me encoge el estómago.

-De haber sabido lo que te proponías, me habría traído una ametralladora.

-Esto no es una broma, Jarrod.

El comentario me escuece.

-Ya lo sé –replico, pero debo admitir que estoy mas molesto conmigo que con ella. Después de todo, está aquí por mí. Salta a la vista que la estoy decepcionando-. No sé que esperas de mí.

Lanza un suspiro y vuelve a hundir el rostro en los pliegues del camisón para aspirar profundamente. Es algo que hace constantemente, con las cortinas, con los tapices, incluso con los candelabros. ¡Esta mañana la he visto inhalar el aroma de una jofaina llena de agua! Le encanta esta época y estar aquí. Creo que es algo más que la posibilidad de vivir un período histórico. Quizá sea porque no conoce a su madre, porque ni siquiera sabe quien es su padre, y siente que carece de una historia propia.

Luego, acaricia amorosamente el bordado de la tela.

-Jarrod, debes admitir que tienes un don. -Me mira a los ojos, y la voz se le endurece-. ¡Usa tus poderes para derrotarlo!

-Kate, no empieces...

Tira violentamente el camisón sobre la cama.

-¿Cómo puedes no creer en ti mismo, después de lo ocurrido? ¡Por el amor de Dios, mira donde estamos! Es un castillo de verdad en plena Inglaterra medieval. ¿Eso no te dice nada? Debes admitir de una vez que Jillian puede hacer auténtica magia y que pesa un maleficio sobre ti y los tuyos. ¡Pero si acabas de pasar un rato con el responsable...! -Hace una pausa para que asimile lo que dice. Luego. añade-: ¡Piénsalo, Jarrod! ¡Piensa y acéptalo! Hasta ahora he tenido razón en todo. ¿Por qué no habría de tenerla con lo de tus poderes?

Intento hacer lo que dice, creer, pero me resulta muy difícil. Toda mi vida ha sido una sucesión de golpes, uno tras otro. ¿Cómo voy a convencerme de repente de que he sido agraciado con unos poderes mágicos? Es algo que no me entra en la cabeza.

-Mira -insiste-, es posible que incluso hayas heredado los mismos poderes que tiene Rhauk.

La contemplo con la mayor seriedad. ¿De qué está hablando?

-Eso podría hacerte tan fuerte como él, si no más -insiste-. La posibilidad está ahí.

-¿Por qué Rhauk?

Parece exasperarse.

-Acuérdate de lo que ponía en el libro de tu padre. Eres el descendiente directo de esa gente. Si Rhauk llego a raptar a Eloise y la sedujo... o la violo... Si tus antepasados fueron el fruto de esa unión.,.

No necesito más para comprender lo que quiere decir. Es evidente que entre mis predecesores hay verdadera magia. Lo he visto con mis propios ojos esta noche.

-¡Dios mío, podrías estar en lo cierto!

Kate sonríe y me indica con una señal que me dé la vuelta. Obedezco y oigo como se pone el camisón. Cuando me giro ya se ha metido en la cama. El fuego se está apagando y empieza a hacer frío. Me enfundo la ropa de dormir a toda prisa y me deslizo entre las sábanas.
Esta vez las cosas son diferentes. Kate no se hace un ovillo ni tampoco se acurruca lo más lejos que puede. No creo que esta noche quiera estar sola. El encuentro con Rhauk la ha puesto nerviosa. Si es sólo compañía lo que busca, alguien que la reconforte cuando las brasas se enfríen y las sombras se alarguen, por mí, conforme.
Nos quedamos recostados en la magnifica cabecera de madera, conscientes de la presencia del otro, pero sin sentirnos incómodos.
-Si es verdad que tengo esos poderes, ¿cómo puedo llegar hasta ellos, como puedo dominarlos?
Me toma la mano.
-Lo único que debes hacer es concentrarte.
-Eso parece fácil.
Hace una mueca.
-Pues no es tanto como crees. Se necesita tiempo y paciencia. Hay que entrenarse.
Lo encuentro lógico y me pregunto de cuanto tiempo disponemos.
Entonces percibo que Kate me está sondeando, intentando captar mis emociones. Noto que profundiza aún más, y llega un punto en que me entran ganas de bloquearla. En ese instante caigo en la cuenta de que eso ya lo he hecho antes y recuerdo que Jillian me dijo que casi nadie es capaz de notar que Kate lee los pensamientos. Eso demuestra que yo si puedo, y también que tengo poder para impedírselo. ¿Será esa la prueba de que he sido bendecido con un don?
La miro a los ojos y noto que continúa adentrándose. No aparta la vista, y el momento se hace muy intenso. Es una sensación increíble tener a Kate dentro de la mente y a la vez sostenerle la mirada. Es como si estuviéramos desnudos o algo parecido, con todos nuestros secretos al descubierto, listos para ser observados. Sin decir palabra, seguimos compartiendo nuestros sentimientos y la tensión aumenta.
Ella es la primera en hablar, y su voz suena ronca.
-Será mejor que me beses.
Asiento con la cabeza y trago saliva. La beso, y nos deslizamos entre las sábanas sin separar nuestras bocas. Olvidándonos de todo, de donde y cuando estamos, de lo que hemos venido a hacer. ¡Dios mío. Kate es maravillosa! Entonces, de alguna parte, me llega la convicción de que estamos hechos el uno para el otro.
-Jarrod- murmura.
-¿Hum?
-Tengo miedo.
Sus palabras me inmovilizan. Para empezar, no suele hablar así. Kate sabe mantener el control, incluso cuando está alterada o irritada. Nunca pierde la cabeza, pero comprendo que pueda estar preocupada. Se estará acordando de las palabras de despedida de Rhauk, y me gustaría hacer algo para que se sintiera mejor. La miro, y sus preciosos y cristalinos ojos me parecen asustados. Me recuerda a un potrillo recién nacido, todo piernas temblorosas o inseguridad. Tiene la piel más pálida que de costumbre, casi traslúcida a la luz del moribundo fuego. Suavemente, le acaricio los párpados y las mejillas con los labios, mientras se apodera de mi un fiero deseo de protegerla.
-Necesito que me abraces -me dice en voz baja-. Así. Toda la noche.
Sólo mis ojos pueden prometérselo, porque me he quedado sin palabras.
-Prométeme que no me abandonarás, que no me dejarás marchar, Jarrod. Prométemelo. Ni por un segundo.
Sus palabras me conmueven de una manera desconocida. Me inclino sobre ella y la beso otra vez.
-Te lo prometo -susurro con voz ahogada.
Nunca he hablado tan en serio.
Un lejano graznido rompe la quietud de la noche, pero ninguno de los dos lo interpreta inicialmente como una serial de peligro. Lo registro en algún lugar de mi cerebro, pero hasta un poco más tarde, cuando el grito suena dentro de la torre, no comprendo lo que significa. Es el cuervo de Rhauk, que nos observa desde la ventana mientras emite furiosos graznidos para llamar nuestra atención.
Me quedo observando al intruso.
-¡Dios mío, Kate, es ese pajarraco!
El ave inclina la cabeza, como si escuchara y entendiera lo que decimos.

-No -murmura Kate, temblorosa-. No creo que...
El cuervo se aproxima.
-¿Te has dado cuenta de lo grande que es? -pregunto.
-Sus ojos... Sus ojos...
Kate no aparta la mirada del enorme animal.
El fuego está prácticamente apagado, así que la estancia se halla sumida en las sombras. Sin embargo, nada puede disimular los ojos del ave, porque no son los de un animal, sino los de un hombre: como los de Rhauk, negros y fríos.
Antes de que tengamos tiempo para reaccionar, el ave se abalanza sobre nosotros. En un acto reflejo, me precipito sobre Kate, y las garras del cuervo se me clavan en la espalda desgarrándome el camisón al intentar apartarme. Procuro quitármelo de encima sin desproteger a Kate, pero el bicho continúa atacándome con las alas y las garras sin dejar de graznar. Mis sentidos se impregnan de su olor, olor a pájaro embebido de venganza humana. La sangre empieza a correrme por la espalda, y le lanzo una frenética andanada de golpes, codazos y patadas; lo que sea con tal de ahuyentarlo. Estando en un lugar tan apartado no creo que nadie pueda oír nuestros gritos y acudir en nuestra ayuda.
Entonces observo que se ha desatado un viento que pronto se convierte en un vendaval. Sin embargo, no parecer que afecte al cuervo, al contrario, lo incita.
Debajo de mí, Kate se pone a gemir e intenta golpear a la monstruosa ave, que sigue sobre mi espalda. En ese instante, como si hubiera comprendido nuestra debilidad, el cuervo empieza a picotearme salvajemente el cuello, tratando de alcanzar una arteria. No intenta herir a Kate, pero está claro que la busca.
Un hilillo de sangre gotea en el camisón de Kate y ella se pone a chillar.
-¡Dios mío, Jarrod, estás sangrando!
-Estoy bien. No te muevas. No dejaré que llegué hasta ti.
- Puede que me busque a mí, pero no dudará en acabar contigo si es necesario. ¡Tienes que hacer algo!
-¿Qué? ¡Por el amor de Díos!
-¡Usa tu poder!
No creo que el pánico vaya a ayudarme, así que muevo violentamente los hombros y los brazos para espantar al animal. La herida del cuello sangra profusamente.
De repente, el enorme pájaro remonta el vuelo y eso me proporciona un respiro. Pero por poco tiempo, En el acto se arroja sobre mi costado y, con un fuerte empujón, me saca de la cama. Entonces, y sólo entonces, sé que me ha derrotado y que voy a perder a Kate.
La bestia se le pone encima. Me incorporo y me lanzo contra su corpachón, intentando desplazarlo, pero no lo consigo. Es como si ese bicho fuera de hierro, y yo, una pluma.
Kate grita. Su voz me resuena en la cabeza como el tañido de un millar de campanas. El vendaval aumenta, es casi como un huracán, y me empuja, me aparta. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no perder el contacto.
El cuervo despliega las alas y abraza con ellas a Kate, cubriéndola por completo. Como si fueran una zarpa de acero, las cierra y la levanta. Luego, con los ojos brillantes de satisfacción, se yergue sobre la cama, me mira y se encamina hacia la ventana norte llevando a Kate bajo las negras extremidades. Así sale volando torpemente, debido a la carga que transporta.
Me precipito a la ventana intentando alcanzar al pájaro fugitivo hasta que tengo medio cuerpo fuera. Durante unos instantes, logro coger los tobillos de Kate. Sin embargo, se me escapan y oigo como sus gritos se desvanecen en la distancia mientras vuela hacia Blacklands.
Caigo hacia atrás, presa de la desesperación más absoluta, justo cuando la puerta se abre violentamente y Richard, acompañado de su esposa, su hijo Malcolm, Morgana, Thomas y Emmeline, todos más o menos vestidos, irrumpen en la estancia preguntando que sucede. Según me cuenta Isabel, han oído los gritos de Kate y estaban subiendo cuando una bandada de murciélagos los ha atacado y les ha cerrado el paso.
-Se ha llevado a Kat... a Katherine –respondo, dándome cuenta de que todo es producto de la magia de Rhauk.
Luego me desplomo sobre las sábanas, exhausto. Tengo la espalda tan cubierta de sangre que resulta difícil saber de donde proviene.

-¿Cómo ha podido suceder? -chilla Isabel-. Esta noche hemos doblado la guardia. ¡Hay centinelas apostados por todas partes!
Debilitado por las heridas, me apoyo como puedo en una de las columnas de la cama.
-Era un cuervo.
-¡Entonces es verdad! -exclama Richard santiguándose y mirando en dirección a Blacklands- Durante muchos años hemos sabido de su maldad y artimañas. -Me mira de nuevo-. La noche que rapto a vuestra madre, Lionel aseguró que había sido un cuervo. Uno grande y negro, con los ojos de Rhauk. Ninguno de nosotros lo creyó. Pensamos que había perdido la razón. No sé que clase de hermano habré sido -añade, con tristeza- Habría dado la vida y el alma para protegerlo, y ahora es mi propio sobrino el que tiene que sufrir el mismo destino.
Niego con la cabeza, incapaz de compartir su dolor o su culpa. Mis únicos pensamientos son para Kate, para lo que la aguarda en manos de ese chiflado.
Morgana se me acerca con una palangana llena de agua y unos trapos y empieza a limpiarme las heridas, pero la aparto porque siento un dolor que ella no puede aplacar. Un dolor interior.
¿Cómo puedo pensar en mí si Katherine está con Rhauk en estos momentos?
-Debéis permitir que nos ocupemos de vuestras heridas -susurra una voz femenina que identifico como lady Emmeline-. Morgana sabe como hacerlo. Es la mejor curandera de las Tierras Altas. Además, no podéis enfrentaros a Rhauk si os desangráis. ¿De qué le serviríais entonces a vuestra esposa? Vais a necesitar todas vuestras energías para rescatarla.
A pesar de que su discurso suena a falso, sé que tiene razón. Entonces me acuerdo del viento y de lo fuerte que era. Parece que se ha desvanecido, así que me concentro y enseguida empiezo a notarlo. Es débil, pero ahí está. Por fin lo entiendo: ¡el viento es mío, y lo ha creado alguna fuerza interior que todavía no soy capaz de identificar!
Me concentro aun más... En cuestión de segundos, la brisa aumenta de intensidad hasta que adquiere la potencia de un ciclón y hace que todo salte por los aires. Las sábanas vuelan, los tapices se desgarran, la menuda Morgana rueda por el suelo y todo gira en un incontrolable remolino. ¡Realmente tengo poderes!
Sólo por reconocerlo y aceptarlo se refuerza mi concentración, y con ella el empuje del vendaval.
-¿Qué sucede?-grita Richard, que se agarra desesperadamente a la cama para no salir despedido como los demás.
Al final tendré que decírselo porque necesitaré su ayuda, pero no quiero asustarlos. Por otra parte, no tengo la paciencia o los conocimientos para explicarles lo que ni yo mismo entiendo. Tendré que buscar una forma de tranquilizarlos, pero, por el momento, sólo tengo una idea en la cabeza. Recobrar a Kate.
Me abro paso a través del viento hacia la ventana norte y grito a la oscuridad:
-¡La rescatare!
Grito porque sé que Rhauk me esta escuchando.

Kate

Incluso antes de abrir los ojos sé que es de día por el brillo del sol, aunque luzca apagado en el frío de esta mañana de otoño. Se respira un fuerte aroma a mar, y el sonido de las olas que rompen resuena con fuerza.

Si todo hubiera sido un sueño, una pesadilla, podría soportarlo, pero, a medida que me fuerzo a despegar los párpados, compruebo que no estoy en la torre de Thorntyne, y que Jarrod no está por ninguna parte.

Claro que no ha sido un sueño. ¿A quién pretendo engañar? Tengo arañazos en el brazo y en la cara por el forcejeo con el cuervo. También hay manchas de sangre en mi camisón. Es la sangre de Jarrod.

Miro a mi alrededor. Me hallo en una habitación realmente espléndida. La cama está vestida por sábanas de raso, en las ventanas cuelgan cortinajes de terciopelo azul, y un enorme tapiz, que representa una escena de caza en la que un caballero con armadura y rodeado de una jauría de perros monta un brioso caballo negro, cubre la pared opuesta casi por completo. Al pie de la enorme cama con dosel se extiende una alfombra. Encima de una mesilla descansa un cuenco de cerámica para lavarse.

Corro hasta la ventana para comprobar si hay forma de escapar, pero solo veo un abrupto acantilado que termina, varias decenas de metros más abajo, en las afiladas rocas del arrecife contra las que se estrella el oleaje.

Noto la presencia de Rhauk. Es una sensación que me golpea en la boca del estómago y me asusta. ¿Cómo puedo llegar a percibirla tan claramente? Algo me dice que sabe que me he despertado y que es consciente de que estoy aquí. Un escalofrío que no tiene nada que ver con el hecho de que sólo vista un delgado camisón. me pone la carne de gallina.

Oigo sus suaves pisadas sobre el suelo de madera y me doy la vuelta en el acto.

Sostiene un cáliz de estaño en cada mano; se acerca uno a los labios y da un pequeño sorbo: una diminuta gota de liquido rojo intenso se le queda en la comisura; luego me ofrece el otro recipiente y dice con sorna:

-Es para celebrarlo.

Desconcertada y furiosa, cruzo los brazos sobre el pecho.

-Iros al diablo - replico.

Rhauk se limita a alzar las cejas y a aproximarse para entregarme la copa. Está tan cerca que noto su penetrante aliento.

-No sin vos, querida mía.

Respiro hondo. Está claro que su determinación es inflexible, pero también lo es la mía. Entonces me acuerdo de la desagradable bienvenida que nos dio el porquero de la aldea cuando se entero de que Jarrod era pariente de lord Richard, así que finjo que acepto el ofrecimiento, tomo un sorbo del oscuro y dulce vino y se lo escupo en la cara.

Durante una fracción de segundo, Rhauk parece tan desconcertado y furioso que creo que va a abofetearme, lo cual no me importa demasiado. Estoy tan rabiosa que sólo pienso en devolverle el golpe con todas mis fuerzas y darle donde más le duela.

Sin embargo, no reacciona como tenía previsto. Al contrario, estalla en una carcajada, saca un pañuelo de raso negro y se limpia sin dejar de sonreír.

-Vos y yo haremos una estupenda pareja, mi señora.

-No quiero formar parte de vuestros planes y no pienso quedarme en Blacklands. No me importa cuales sean vuestras intenciones. Podéis estar seguro de que encontrare el medio de engañaros.

-No me cabe la menor duda.

Por un momento, su seguridad me desconcierta. ¿Está reconociendo de antemano su derrota? Me extrañaría. Es obvio que ha ideado algo perverso.

Camina por la habitación, deposita su copa en la mesita y se pone a examinar el cuenco de cerámica como si se tratara del retrato de su madre. A continuación me lanza una mirada aviesa.

-Jarrod solo puede impedir el hechizo de una forma.

No creo una palabra, pero estoy dispuesta a escucharlo.

-Adelante.

-Es muy sencillo. Únicamente hace falta un pequeño intercambio.

Un repentino miedo me atenaza la garganta.

-¿Qué clase de intercambio?

Una burlona sonrisa se le asoma al rostro.
-Vos a cambio del maleficio.
-¡No!
-Pensadlo un poco mejor, mi bella dama.
-No tengo nada que pensar. Y no me llaméis así.
Su risa es burlona.
-Os llamare como me plazca. Ya no tenéis nada que decir. Me pertenecéis.
Se aproxima y me pasa un dedo helado por la mejilla.
-¡Apartaos de mí! -exclamo al tiempo que retrocedo.
-¡Oh! Eso haré a partir de ahora. Tengo que recuperarme de mi decepción. Veréis, a simple vista habría jurado que erais virgen, al igual que mi adorada Eloise...
Hago un esfuerzo para no delatarme y desengañarlo. A pesar de sus poderes, Rhauk no debe descubrir que Jarrod y yo no estamos casados, ni siquiera que no somos amantes.
-¿Y bien? Ahora que ya sabéis la verdad, ¿por qué me deseáis todavía? ¿Por qué no elegís a una inocente aldeana?
-Es sencillo, mi dama. He disfrutado de tantas campesinas como he querido, y me aburren. Pero vos, una vez que he tenido ocasión de vislumbrar vuestro talento, significáis mucho más para mí. Seréis la reina perfecta para Blacklands.
Sus palabras me ponen nerviosa.
-¿Cuán... cuánto tiempo se supone que deberé estar con vos?
Su sonrisa se convierte en una mueca maligna.
-No creo que seáis tan ingenua, lady Katherine. El hechizo es eterno, pero yo sólo os pido que os quedéis toda la vida. -Sus ojos se hunden en los míos-. Es justo, ¿no os parece?
Apenas puedo respirar. Siento una opresión en el pecho. ¡Dios mío, como odio a este hombre! No es que sea malvado, es que es el diablo en persona. Puede que los rumores acerca de él sean ciertos y tenga sangre de Satanás en las venas.
-Él, Jarrod, vendrá a buscaros -prosigue-. Y lo hará planteando un desafío. De hecho ya se ha convertido en una molestia aquí, a las puertas del castillo. Pero es demasiado débil, ya lo sabéis, tanto física como mentalmente.
-¡Jarrod ha estado aquí!
Rhauk parece aburrirse.
-No tardó en darse cuenta de que sus patéticos intentos eran inútiles, y eso que iba acompañado de un puñado de soldados. Su magia es ajena a su voluntad, y no se ha entrenado bastante. Lo derrotará su inexperiencia. Eso suponiendo que se interese por vos lo suficiente para atreverse a plantear el reto; y sin contar con que siempre está esa encantadora prima suya para entretenerlo.
Se refiere a Emmeline, claro. Es evidente que Rhauk me está tanteando, así que procuro no seguirle el juego y permanezco callada, pero me agarra por la barbilla y me obliga a mirarlo directamente.
-Sólo puede alejarme de Blacklands si plantea un desafío - Sus dedos parecen garras de hielo-. Si vos aceptáis mi ofrecimiento, ese muchacho con aspiraciones de hombre podrá regresar a su casa sano y salvo. Es una molestia, y no lo quiero a mi alrededor, pero que quede claro que sólo podrá marcharse dejándoos a vos.
De repente me asalta un violento temblor que hace que el cáliz que- sostengo se agite, por lo quo me veo obligada a asirlo con ambas manos. Rhauk me libera el mentón y por fin puedo responderle.
-¿Cómo puedo estar segura de que no realizaréis el maleficio si decido quedarme?
-Porque estaréis aquí para comprobarlo con vuestros propios ojos.
Mientras, reflexiono acerca de sus palabras, el prosigue:
-Claro que puede suceder que el pobre idiota se empeñe en desafiarme a pesar de vuestros intentos de convencerlo de que deseáis quedaros conmigo. En cualquier caso, seguiré manteniendo mi parte del trato, y no realizare el hechizo si os quedáis. Os corresponderá a vos detener a Jarrod. Si no lo conseguís, peor para él. No me quedará más remedio que matarlo.
Me quedo mirándolo, sin palabras. Pide demasiado: que sacrifique mi vida a cambio del hechizo. Aun así, Jarrod podría morir. No es justo.
Rhauk me observa con atención.

-Quiero vuestra respuesta al anochecer. Entre tanto, venid –me ofrece el brazo- Permitid que facilite vuestra decisión. Os mostraré Blacklands en toda su maravilla, ¡todo el poder que puede llegar a ser nuestro!
Rechazo su ofrecimiento y, en cambio, bebo un largo trago de vino. Vacío el cáliz y lo arrojo al suelo.
Rhauk parece complacido con mi actitud y vuelve a sonreír.
-¡Ah, qué carácter! Vos sí que sois un verdadero reto, pero, al final, no os quepa duda, seréis mía.
Cada vez lo odio más, pero, como dispongo del resto del día para reflexionar sobre su propuesta, decido aprovecharlo todo lo que pueda. Es posible que visitar el castillo me revele algún punto débil.
-Enseñadme como estáis haciendo el maleficio -le digo.
-Seguidme -responde en voz baja y de buen grado.
Caminamos por un pasillo hasta que llegamos a una escalera de caracol que parece ascender hacia los cielos. La torre del homenaje es circular, lo cual es infrecuente en esta época, y está muy iluminada, pero resulta húmeda y fría. Estamos rodeados de ventanas y de estrechas aberturas terminadas en arco. No tardo en tiritar bajo el fino camisón. Sin embargo, Rhauk permanece indiferente al helado viento.
Mi viejo y plumífero conocido, el cuervo, pequeño en esta ocasión, se balancea en un columpio que cuelga del abovedado techo. Rhauk rebusca algo en los bolsillos de su túnica y se lo lanza. El pájaro lo atrapa al vuelo y lo devora con avidez. Luego, inclina la cabeza, como si diera las gracias a su amo.
Miro la estancia, aturdida ante tanto desorden. Está llena de estanterías abarrotadas, mesas de trabajo y recipientes rebosantes de polvos, cristales y piedras de todos los colores, entre ellas la negra obsidiana y otras de distintos tonos de rojo y brillantes azules. Hay líquidos de extraños colores y los objetos propios de un hechicero: varios tipos de campanas, varitas, y una daga de hoja singularmente larga. Naturalmente, también está el manual conocido como El libro de las sombras. Abundan los cuencos para preparar mixturas y, aunque parecen toscas, seguro que son avanzadas para la época en la que nos encontramos. El suelo está salpicado de pequeñas abrasiones, seguramente debidas a los experimentos de Rhauk. Pero, sobre todo, hay un caldero que me llama la atención. Me siento atraída por él.
Rhauk me observa. Noto que tengo ante mí los elementos del hechizo y me pregunto si será difícil prepararlo y qué ingredientes formarán parte de su composición. Seguro que Jillian sabría decírmelo.
Me acerco un poco más y me llevo un desengaño al comprobar que se trata sólo de vino. ¿Cómo puede ser?
-¿Dónde está el hechizo? Me dijisteis que lo estabais preparando.
-Lo estáis viendo con vuestros propios ojos.
-¿Esto? - pregunto señalando el caldero-. Sólo es vino.
-Eso es, en efecto.
Frunzo el entrecejo y miro a Rhauk, intentando descifrar su burlona actitud, y entonces me doy cuenta.
-¡Dios mío, es el vino! El hechizo está en el vino.
Él se echa a reír con un entusiasmo casi infantil.
-Sois lista, mi señora, pero no tanto como yo. Este vino apagará la sed de los Thorntyne durante generaciones. Es de gran calidad. ¡Ah! Es tan suave, tan dulce, que sólo lord Richard, su familia y quizá unos cuantos invitados escogidos tendrán el honor de beberlo.
Sé que su plan dará resultado. Después de todo, el hechizo se ha mantenido activo durante más de ochocientos años. Su sencillez es soberbia. El vino de Thorntyne es áspero y fuerte, así que lord Richard guardará celosamente este brebaje para él y los únicos a los que quiere, su familia. Sólo me falta saber una cosa.
-¿Qué os hace pensar que lord Richard aceptará este vino que proviene de vos? ¿No sospechará?
-El estúpido de mi hermanastro pensara que se trata de un obsequio del mismísimo rey.
-Lo tenéis todo previsto, ¿no es así?
Alza una ceja.
-Todo, en efecto.

Ese «todo» me incluye a mí. Me alejo hacia una de las ventanas que miran hacia el sur, y el castillo de Thorntyne aparece ante mis ojos. Me pregunto que estará haciendo Jarrod en estos instantes, que estará pensando. Esta mañana estaba fuera, pero ya no se ve a nadie. Estiro el cuello, pero el camino que conduce al castillo está desierto y se pierde entre los bosques. Intento llegar hasta su mente porque necesito saber como se encuentra, pero la distancia me lo impide. Entonces se me ocurre que quizá haya muerto a causa de las heridas que le infligió el cuervo la noche pasada. Aterrorizada, recuerdo las abundantes manchas de sangre que salpican mi camisón y no puedo evitar pasar las yemas de los dedos por las secas salpicaduras.
-Está vivo -me dice Rhauk de repente.
Me ha sorprendido, y por un momento pienso que quizá me haya leído la mente. Luego caigo en la cuenta de que, mientras contemplaba Thorntyne, mi rostro debía de ser el espejo de mis emociones. Le lanzo una mirada cargada de odio pero él hace caso omiso.
-El muy infeliz ha malgastado sus energías intentando reclamarte esta mañana, y eso después de haber perdido mucha sangre. Richard debería haberle prevenido de que no se puede entrar en Blacklands sin invitación.
-¡Vos lo habéis herido! -exclamo con rabia.
-No. No he sido yo, mi dama. Ha sido el cuervo -replica acariciando la cabeza del pájaro-. Estoy seguro de que lo recordáis.
-Anoche ese cuervo erais vos.
Finge sorpresa y se queda boquiabierto.
-Debéis de estar bromeando.
-¿Cómo lo conseguisteis? -Se me eriza el vello sólo con pensar que semejante poder es exclusivo de los hechiceros más poderosos. A pesar de que he crecido rodeada de magia, la idea de cambiar de forma me produce escalofríos-. ¿Cómo adoptasteis la apariencia de ese pájaro?
Los ojos le brillan de un modo peculiar.
-Quedaos conmigo, Kate, y os lo mostrare. Mas aún, os enseñaré como conseguirlo.
Tiemblo al imaginarlo.
-No, gracias. No me apetece convertirme en un pajarraco ni en ninguna otra cosa.
-Bien. Al final, la elección será vuestra. -Se da la vuelta y coge algo de una mesa. Se trata de una larga capa marrón, y me la entrega-. Tenéis hasta el anochecer para tomar una decisión. Hasta entonces, seguiréis siendo mi huésped de honor. -Hace una reverencia burlona-. Entre tanto vayamos a desayunar. Os enseñaré el resto de Blacklands más tarde.
Me pongo la capa sobre los temblorosos hombros, agradecida por el calor que me brinda, y lo sigo, aturdida.
Hasta más tarde no me encuentro a solas en mi habitación. Hay ropa sobre la cama: un sencillo pero elegante vestido azul, de una tela suave como la seda; ropa interior y unas botas. Me resisto a ponerme cualquier cosa que sea de Rhauk, pero necesito vestirme, aunque sólo sea para no sentirme tan incómoda en su presencia.
Agotada, me cambio, me tumbo en el lecho y paso el resto de la tarde reflexionando sobre lo que he visto y sobre las palabras de Rhauk. Está claro que ese hombre no sólo es un brujo portentoso, sino que padece alguna forma de locura. Las pruebas de su poder están por todas partes. Eso no se puede discutir. Sus jardines y huertos son impresionantes y están llenos de los frutos y las verduras más exóticas y exquisitas, verduras y frutas que es imposible que crezcan en esta época del año. ¡Y que astuto el plan del vino! Un delicioso licor para un mal lord. Al final, la avaricia de lord Richard será la perdición de toda la familia: los Thorntyne beberán ese brebaje maldito durante los años venideros, completamente ajenos al hecho de que les alterará los genes hasta el punto de producir una estirpe de individuos torpes. Sin embargo, el verdadero poder del hechizo reside en su capacidad para permanecer latente hasta el nacimiento de cada séptimo hijo. Eso es lo verdaderamente mágico, eso y la desgracia que perseguirá a esos infelices y a sus familias.
También es la razón de que Jarrod y yo estemos en este lugar y en este momento. Pero ¿cuál será el precio que deberemos pagar para acabar con el hechizo? ¿Nuestras vidas? Jarrod morirá si se enfrenta a Rhauk. En cuanto a mí, mi existencia será un infierno si no consigo regresar. No volveré a ver a Jillian. La sola idea de quedarme para siempre en Blacklands, en compañía de Rhauk, me resulta tan insoportable que los ojos se me llenan de lágrimas, pero parpadeo y me las trago.
El sol se está ocultando ya tras un lejano horizonte teñido de oro, y Rhauk no tardará en acudir en busca de mi respuesta. Debo tomar una decisión. Sí, pero ¿tengo elección? En el fondo de mi

alma sé que sólo hay un camino: debo convencer a Jarrod de que regrese a casa, a Jillian, sin mí. Por lo menos de esa manera conseguiremos detener el maleficio, y uno de nosotros podrá reemprender una vida normal.

Una parte de mi ser desfallece al comprender que sólo hay un camino, pero ¿de qué otro modo podemos anular el hechizo? Rhauk es demasiado poderoso para Jarrod o para mí. Por otra parte, si me quedo, satisfaré sus deseos de venganza y no usará el vino. Está claro. El precio de la libertad de Jarrod es mi esclavitud.

Jarrod

Richard tiene razón. Me advirtió que Blacklands está protegido por la magia de Rhauk. A pesar de todo, me ha acompañado esta mañana junto con Malcolm, Thomas y una docena de sus mejores caballeros. Sin embargo, ha sido inútil: las puertas no se han abierto. Todo está sometido al poder de Rhauk.

Cuando regresamos, Richard me invita a desayunar con él en el gran salón. No tengo apetito, pero el combate con el enorme cuervo me ha dejado muy débil. Por suerte. Morgana me cosió el corte del cuello y me puso un ungüento de hierbas en los arañazos de la espalda.

Estoy tan preocupado por Kate que se me revuelve el estómago y no puedo pensar en otra cosa que no sea sacarla de allí. La comida me sabe a cartón, pero me obligo a tragarla para recobrar fuerzas, aunque sé que la mera forma física no me bastara para recuperar a Kate. Necesito el poder que mi don puede proporcionarme, y ha de ser algo más que la simple capacidad para desencadenar un vendaval. Lo que necesito es magia de verdad.

Kate siempre se ha mostrado convencida de que tengo un talento especial, así que ha llegado el momento de que lo acepte y lo ejercite, pero para eso necesito la colaboración de Richard. Él y su gente se muestran muy desconfiados ante cualquier demostración paranormal. En parte, esa es la razón por la que odian tanto a Rhauk: además de saber que ambiciona sus tierras, están al corriente de que se enfrentan a un brujo experto en las artes de la magia negra, y eso los aterroriza. No tengo intención de acabar mis días en una de las mazmorras de Thorntyne, pero tampoco voy a abandonar a Kate en Blacklands.

-Tengo que desafiar a Rhauk -comento con cautela.

Richard descarga un puñetazo sobre la mesa con la mano la que sostiene una pata de cerdo.

-Eso es imposible. ¿Acaso creéis que no lo hemos intentado?

Percibo su preocupación por mí. Formo parte de la familia y eso significa mucho para él. Espero que no se olvide de ello cuando haya oído lo que voy a decirle.

-Con vuestra ayuda, milord, creo que puedo ganarle en su terreno.

-Rhauk es un hechicero -tercia Malcolm, que está sentado al lado de su padre-. ¿Cómo se supone que podréis vencerlo, primo?

Justo lo que necesitaba.

-Con sus mismas armas. La magia.

Se hace un tenso silencio en la mesa. Incluso Isabel, que siempre interviene en las conversaciones, parece desconcertada.

-Sin duda bromeáis -comenta.

Los miro, a ella y a su esposo. A pesar de que Richard es el señor del castillo, deja muchas decisiones en manos de Isabel.

-No pretendo asustar a nadie. Acabo de aceptar el don que me ha sido conferido y nunca os haría daño. Sólo pretendo enfrentarme a Rhauk y recuperar a Katherine.

Malcolm se aparta bruscamente de la mesa y me señala con un dedo acusador,

-¡Brujo! Vos causasteis las tormentas: una vez aquí, en este salón, y otra ayer, en la torre.

-Si. Es cierto -admito, e intento explicarme antes de que me ponga en serias dificultades-, pero en esos momentos no era capaz de entender que yo era el causante. Ahora lo sé. Os lo ruego, necesito vuestra ayuda. Quiero acabar con Rhauk. Es más, ¡debo hacerlo!

-Si. ¡Y acabar con nosotros, de paso! -exclama Malcolm ganándose la atención de los presentes.

-¡No! Solo quiero a Rhauk.

Malcolm está a punto de desenvainar la espada, pero la veloz mano de su padre se lo impide a tiempo.

-Detente, Malcolm. Te lo ordeno como padre y señor del castillo.

Malcolm suelta un bufido. Sus ojos son como dagas.

Richard se vuelve hacia mí con aspecto pensativo.

-¿De qué sois capaz?

-No estoy seguro -contesto encogiéndome de hombros-: ese es el problema, que necesito averiguarlo, pero no deseo asustar a nadie. Si entendéis que no pretendo dañaros, entonces podré iniciar mi entrenamiento.

-Quizá os pueda ayudar.

-¿Qué? Padre, ¿estáis loco?

-¡Silencio, Malcolm! He vivido a la sombra de Rhauk toda mi vida, y tú, como señor del castillo que llegarás a ser algún día, también tendrás que hacerlo a menos que alguien pueda evitarlo. Sólo otro conocedor del arte de la magia es capaz de enfrentarse con el diablo en persona y esperar salir con vida.
El corazón me late apresuradamente, pero el apoyo de lord Richard resulta esperanzador.
-¿Vos que decís, querida mía? - pregunta a su esposa.
Isabel parece meditarlo un instante; luego me mira con expresión preocupada.
-Yo confío en la rectitud de Jarrod y en su buena intención. Creo que deberíais ofrecerle todo el apoyo que pueda necesitar.
Se lo agradezco con mi mejor sonrisa.
-¡Madre, esto es un ultraje! -salta Malcolm-. Le estáis entregando mi herencia a un hereje en bandeja. Si ayudamos a este canalla y se hace tan poderoso que derrota a Rhauk, ¿quién podrá impedirle entonces que se apodere de Thorntyne?
Tanto lord Richard como Isabel me miran impacientes, aguardando una respuesta.
Intento que mi voz suene lo más firme posible:
-Os doy mi palabra, como miembro de la familia, de que eso no sucederá.
Confío en que con eso baste.

Kate

Al amanecer de la mañana siguiente, salgo hacia Thorntyne a lomos de Príncipe de ébano, el negro corcel de Rhauk. Es un caballo enorme pero sorprendentemente fácil de montar. Tiene una poderosa grupa, unos andares tranquilos y firmes y, como si hubiera sido programado y supiera exactamente adonde debe conducirme, se encamina sin vacilar hacia la entrada del castillo de Thorntyne.

El hijo de lord Richard está de guardia junto con otros soldados y Thomas, que apenas puede ocultar su alivio cuando me ve aparecer sana y salva. Malcolm, visiblemente tenso, me anuncia que me conducirá ante Jarrod. Lo sigo por el recinto hasta un patio apartado, donde este, desnudo de cintura para arriba, contempla en silencio como caen los pétalos de una rosa color púrpura.

No puedo reprimir un respingo ante la visión de las heridas de su espalda, sobre todo el costurón del cuello. Tienen un aspecto horrible, y debo hacer un esfuerzo para recordar que ese es el aspecto que tienen todas las cicatrices recientes. Al menos, las suyas se las ha curado alguien que sabia lo que hacía, y lo agradezco. Mis dedos aferran inconscientemente la piedra que llevo en el pecho y su contacto me reconforta. Lamentaré desprenderme de ella.

Malcolm se aclara la garganta y Jarrod se da la vuelta. El sol brilla y se refleja en su amuleto.

-¡Kate!

Sólo es una palabra, pero está tan cargada de sorpresa, alivio y pasión que debo hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para mantener una expresión de calma y casi de indiferencia.

-Jarrod, espero que tus heridas estén sanando rápidamente.

-Si. Morgana es una estupenda curandera. Jillian disfrutaría hablando con ella.

Mi actitud es lo único que le impide correr hacia mí y tomarme en sus brazos. Puedo ver y sentir que eso es lo que desea. Pero a pesar de todo, mantengo los hombros erguidos y el mentón alto en una postura que denota superioridad e indiferencia. ¡Dios mío, que difícil me resulta! Sin embargo, sé que para conseguir mi propósito he de lograr que se convenza de mis palabras. Malcolm hace un gesto de asentimiento y se retira.

-¿Te ha hecho daño Rhauk? -me pregunta, acercándose un poco más, puesto que estamos solos.

-En absoluto. Más bien se ha comportado corno un hombre encantador -miento, miento y miento.

-¿En serio? Pues tienes arañazos por todo el rostro.

-Ah, eso... Fue el cuervo.

-No. Fue Rhauk.

No sin dificultad, consigo pasar por alto su tono.

-Es un hombre muy inteligente.

-Es el diablo en persona.

Estoy plenamente de acuerdo, pero no tengo intención de demostrárselo.

-Jarrod, la verdad es que su magia me fascina.

No puede ocultar su sorpresa.

-¿Cómo? ¿Qué has dicho? ¿Hasta que punto?

-Lo que has oído -respondo. Es mi oportunidad-. Me fascina tanto que he decidido quedarme con él.

Permanece inmóvil, mirándome fijamente. Al fin, justo cuando estoy a punto de rendirme a la fuerza de sus ojos, replica:

-Estas mintiendo.

¡Por supuesto que estoy mintiendo! Pero no puedo permitir que se de cuenta. Su vida y su libertad dependen de que consiga convencerlo. Así pues, me vuelvo y finjo interesarme por el rosal que ha sido podado recientemente. Por un momento me pregunto de donde habrá salido esa rosa tan peculiar. Sé que mis ojos lo guiarán hasta mi alma.

-Rhauk me ha ofrecido convertirme en su reina. Quiere compartir sus poderes conmigo y enseñarme todo lo que sabe. Es una oportunidad que no puedo dejar escapar.

-¡Eso es una estupidez, Kate! ¡Mentiras, todo mentiras! ¿Cómo puedes creerlo? Sólo te esta utilizando.

-No es cierto. Me desea.

La voz se le convierte en un susurro, pero eso no me impide entender todas y cada una de las palabras que pronuncia a continuación.

-Yo también te deseo.

Endurezco mi actitud y hago un esfuerzo por tragar el nudo que se me ha formado en la garganta.

-Pues bien, yo quiero a Rhauk. -Me encaro con él, decidida a salirme con la mía, y, antes de que se me ocurra cambiar de opinión, me arranco el amuleto y se lo pongo en la palma de la mano-. Necesitarás esto para regresar a casa. Acuérdate de las palabras.
Me contempla sin dar crédito a lo que está sucediendo.
-No puedes hablar en serio.
-Nunca he hablado tan en serio, Jarrod.
Nunca me he sentido tan mal.
-¿Y qué te ha prometido él a cambio? ¿Que acabara con el hechizo?
Tengo que contener mi sorpresa y lucho para mantenerme inexpresiva.
-Claro. Es un trato justo.
-Puede, pero tu vida es más importante que cualquier trato. Eso sin contar con que no tienes modo de saber si cumplirá su palabra.
-Te aseguro que lo hará, Jarrod. Yo estaré allí para asegurarme.
-¿Por eso has decidido quedarte?
-¡No! -Dios mío, que cerca está de la verdad-. ¿No entiendes que lo que quiero es quedarme?
-¡Mientes!
Es mi última oportunidad de convencerlo.
-Mira... Ya sé que te resulta difícil aceptarlo, especialmente después de lo de la otra noche...—Noto que me ruborizo al recordar donde estuvieron sus manos y lo que sentí entonces-, Pero debes comprender que por fin he encontrado mi lugar en el mundo, junto a Rhauk. Ya sabes que en nuestra época he sido y seré siempre una marginada. Allí no puedo practicar la magia. No tengo ninguna libertad, ninguna comparada con la que tendré al lado de Rhauk. Es un verdadero maestro. Jarrod, y estoy harta de como me tratan en nuestro mundo. Quiero vivir en un sitio en el que me acepten. Seguro que lo comprendes.
Sé que lo que le voy a decir le dolerá. Sin embargo, es necesario. Pongo en mi voz toda la frialdad de la que soy capaz.
-Además, tú, con tu fingido interés, eres el peor de todos. Pensé que eras mi amigo, pero nunca te atreviste a declararlo en público.
Se me encoge el alma cuando veo la expresión, que se le dibuja en el rostro.
-No quiero seguir viviendo así, Jarrod, y si me quedo con Rhauk no tendré que hacerlo nunca más. Con él puedo cultivar mi magia y aprender de un verdadero maestro.
-Como quieras, pero pienso desafiarlo igualmente.
-¿Qué te ocurre? ¿Acaso no me escuchas? -El pánico se está apoderando de mí-. Ya no hace falta. Estás libre. Usa los amuletos, pronuncia las palabras de Jillian y regresarás a tu hogar en cuestión de segundos. Todo será diferente. Tu familia podrá vivir con normalidad, y ya no la perseguirá la desgracia. ¿Acaso no se merecen esta oportunidad? En cuanto a ti, podrás volver con tus amigos. Piénsalo. Con Tasha, Jessica y Pecs, para disfrutar del tipo de vida que siempre has deseado.
-¿De verdad crees que soy tan superficial, Kate? ¿Crees que puedo volver sabiendo que te he dejado en manos de ese monstruo?
-Jarrod, yo quiero lo que Rhauk me ofrece, no lo que tú me puedas ofrecer.
Esta vez mis palabras surten el efecto deseado. Sin embargo, noto que todavía alberga dudas.
-A pesar de todo, lo desafiaré -replica.
¡Dios mío! ¿Cómo puede ser todo tan complicado? Tengo que hacer un esfuerzo para no ponerme a gritar.
-¡Por el amor de Dios, escúchame!
Me estudia atentamente.
-¿A qué vienen tantos nervios? ¿Por qué de repente es tan importante que me vaya?
«Porque si mueres habrá sido en vano», pienso, pero no se lo digo. En cambio reflexiono en busca de algún argumento que sea definitivo y que aparte a Jarrod de mi lado sin remordimientos.
-Porque temo que alguien pueda resultar herido.
En su rostro se dibuja una trémula sonrisa y veo quo su mano se mueve hacia mí.
-Puede que, ahora que has aceptado que tienes poderes, le hagas daño...
Se pone rígido como una vara.
-¿Te refieres a él?
Hago un gesto afirmativo. Tengo la garganta seca.

-¡Lo estás protegiendo! ¡Estás protegiendo a Rhauk! -Sus manos se convierten en puños.
-Si.
Durante un instante parece desconcertado. Luego se recobra.
-¿Lo amas?
Trago saliva. La sensación opresiva me domina.
-Él es toda mi vida, no deseo nada más. No tengo nada más que decir. Me siento incapaz de permanecer un segundo más en este lugar sin desmoronarme y confesarle toda la verdad. Doy media vuelta y me alejo. Regreso a Príncipe de ébano, a Rhauk, pero nunca olvidaré la expresión del rostro de Jarrod.
Está destrozado y también furioso. Sólo espero que lo esté bastante para coger los dos amuletos, unirlos y murmurar las palabras que lo devolverán a su casa; para que lo haga antes de que pueda arrepentirse.
Necesito ese gesto para que mi sacrificio tenga sentido.

Jarrod

¡Dios mío, no lo puedo creer! Kate ha vuelto y habría podido estrecharla hasta ahogarla por la avalancha de emociones que me embargaban. Malcolm, que todavía está resentido conmigo, la ha conducido a mi presencia. A él no le he prestado mayor atención; sin embargo, enseguida me he dado cuenta de que algo raro le pasa a ella. Malcolm nos ha dejado a solas, pero, aun así, no me he sentido con ánimo de abrazarla porque tenía ese aire de «ni se te ocurra acercarte».

Al principio he pensado que era porque Rhauk podía haberla herido física o emocionalmente, o las dos cosas a la vez. Por eso he preferido ser prudente. Sin embargo, no he tardado en descubrir que no hay heridas de ningún tipo; eso. suponiendo que tenga que fiarme de lo que me ha contado. Debo reconocer que, a pesar de lo convincente que se ha mostrado, todavía me cuesta creerla.

Se marcha en este momento, y siento el impulso de correr tras ella y hacer que se quede, pero las piernas no me responden. Estoy destrozado y siento deseos de odiarla. Y lo que es más chocante, desearía agarrarla por el cuello y zarandearla hasta que recobrara la cordura.

Aprieto los puños y noto como el amuleto de Kate se me hunde en la carne. Me lo cuelgo del cuello, junto al mío, y mantengo los dos fuertemente apretados. Un poco más de presión bastaría para romper los cristales y regresar a casa en cuestión de segundos.

Pero no puedo hacerlo. Todavía no. Hasta que esté seguro de sus razones no. Si no le gustase tanto esta época, si no fuera por su devoción por la magia, juraría que lo está haciendo para protegerme. ¿Cómo puedo descubrir la verdad? Si, ha sido muy persuasiva. No obstante, mientras exista la más mínima posibilidad de que se esté sacrificando por mí, me negaré a abandonarla. Antes preferiría morir.

Y morir es lo que me sucederá si me enfrento con Rhauk.

Necesito entrenarme y ejercitar mis facultades antes de desafiarlo. Con lo poco que he aprendido ya sé, por lo menos. controlar mi energía cuando me enfado. Se acabaron los vendavales inesperados. Es un progreso insignificante, pero demuestra que puedo controlar mi don. Esta mañana he estado jugando con el jardín de Isabel. Hace poco que han podado los resales, así que me he concentrado y he hecho que floreciera una rosa; luego la he visto marchitarse y morir, todo en cuestión de segundos.

-Jarrod...

No, por favor. Es Emmeline otra vez. La pobre esta mortalmente aburrida. ¿Quién no lo estaría en su lugar? Todo el día tejiendo tapices... Por desgracia, no hay mucho que yo pueda hacer. Y aquí no hay videojuegos.

-Emmeline, ¿qué ocurre ahora?

Se sienta en el banco de piedra y se recoge la falda del vestido, dejando los tobillos al descubierto de una manera tan premeditada que su actitud me resulta cómica y me sugiere imágenes de jovencitas en bikini tostándose al sol.

-Vengo a pediros un favor.

Me siento a su lado intentando ocultar mi fastidio.

-Decidme.

-Cuando os marchéis... quisiera que me llevarais con vos.

-Pero si...

Levanta la mano para hacerme callar.

-Esperad y escuchadme, os lo ruego. Vos no sabéis lo que significa vivir aquí. Quiero viajar y conocer el mundo, vuestro mundo.

-¿Qué os hace pensar que todo es mejor en el lugar de donde provengo?

-Claro que lo es. No tengo más que miraros y ver lo educado y culto que sois.

-Lo siento. Emmeline. Cuando Katherine y yo nos marchemos no iremos a donde vos pensáis.

-¿No volveréis a vuestro hogar?

No me gusta mentirle, pero tampoco puedo decirle la verdad.

-No exactamente.

Suelta un gemido.

-No me importa a donde me llevéis. No puedo seguir en este lugar, no lo soporto. Me estoy volviendo loca. Además, seguro que querréis compañía durante vuestro viaje, Jarrod..., compañía que os pueda brindar calor durante las noches frías.

Le lanzo una mirada glacial. Se equivoca de medio a medio. Desgraciadamente la suerte no la acompaña.
-Lo siento, pero tengo a Katherine.
Hago una mueca.
-¡Claro, en que estaría yo pensando!
Se pone en pie para marcharse y se ordena la falda con unos golpecitos.
-La recuperare, Emmeline. Lo sabéis.
-No sé... Puede que le coja gusto a Blacklands. He oído muchos rumores en la aldea. Las muchachas dicen que Rhauk es un magnífico amante.
Me incorporo y la miro mientras reprimo las ganas de estrangularla. Me pregunto que repercusiones podría tener eso en el devenir de los acontecimientos. Sin embargo, es un riesgo que no puedo correr, ni siquiera suponiendo que estuviera dispuesto a hacerlo.
Ella no retrocede y se limita a pasar las uñas por mi hombro desnudo y a dejar una marca roja mientras sonríe provocativamente. Su mensaje está tan claro que me produce ganas de vomitar.
-Quizá deberíais intentarlo con él -le sugiero. Entonces aparece Malcolm y alza una ceja cuando ve cómo Emmeline me mira.
Ella se percata de su presencia y lo saluda con un gesto de la mano al tiempo que me dirige una taimada sonrisa que no se corresponde con lo que dicen sus ojos. Luego, suelta una carcajada irónica y se marcha dejándome con la impresión de que, en lo que a Rhauk se refiere, sabe todo lo que hay que saber.
-¿Qué significaba todo eso? -pregunta Malcolm.
-Está aburrida. Deberíais llevarla de caza de vez en cuando.
Él se burla.
-No le gusta montar a caballo. A esa casquivana le iría más la vida en la corte.
-Quiere marcharse.
-Cuando yo sea el señor del castillo, se irá, sino antes. Mi padre está al corriente de mis deseos tanto como yo lo estoy de los jueguitos de Emmeline. Ella también lo ha intentado conmigo, Jarrod. Al parecer, que seamos primos no es impedimento para una coqueta como ella. Si os descuidáis, se entrometerá entre vos y Katherine.
Se me hace un nudo en el estómago y deseo que hubiera algo entre Kate y yo que pudiese evitar que alguien se entrometiera. No obstante, su comentario acerca de convertirse en el señor del castillo me recuerda que hay un asunto que deberíamos tratar, porque Malcolm no ha dejado de verme como a un rival.
-Vos seréis el amo de todo esto algún día, Malcolm.
-Lo dudo si vos seguís por aquí.
Me acerco y le apoyo la mano en el hombro.
-No tengo ninguna pretensión sobre Thorntyne -le aseguro, intentando que mis palabras suenen lo más sinceras posibles, pero él me aparta la mano.
-¡Bah! Entonces, ¿qué otra razón os ha traído aquí?
No puedo darle una excusa cualquiera porque descubriría la mentira.
-Mis motivos son difíciles de explicar, pero bastara con que os diga que, en el lugar de donde provengo, Rhauk es conocido por su maldad.
Su sorpresa es evidente.
-Eso quiere decir que su reputación ha llegado lejos.
-Y puesto que yo tengo ciertas habilidades...
-¡Querréis decir que sois brujo!
-En cierto sentido, supongo... -reconozco a mi pesar-. Por eso se decidió que yo podría ayudar a los míos a desembarazarse de la diabólica influencia de Rhauk.
Me doy cuenta con alivio de que Malcolm acepta mis palabras como una explicación satisfactoria. Lo necesito como aliado, no como enemigo.
-Si. Puede que haya verdad en lo que decís.
-Hay algo más que deberíais saber... -adelanto con cautela.
Malcolm me observa, ceñudo.
-Se trata de mi hermano... Un día vendrá para reclamar su herencia y os desafiara. No puedo deciros cuando sucederá, pero estoy al corriente de sus intenciones.
-¿Acaso está reuniendo un ejército en este mismo momento?

Eso no lo puedo saber, pero si sé que, cuando llegue el momento, Malcolm saldrá victorioso tras un arduo combate. Me gustaría poder decírselo, pero no quiero ponerlo nervioso. Además, si mis palabras le hicieran perder la batalla, eso cambiaría el rumbo de los acontecimientos, y recuerdo demasiado bien las advertencias de Jillian para caer en ese error.
-Será un adversario peligroso. Debéis prepararos a conciencia y estar alerta.
Leo en sus ojos un destello de gratitud y me percato de que acabo de hacer un amigo.
Los siete días siguientes pasan como un relámpago, aunque me impaciento por la falta de noticias de Kate, que permanece con Rhauk en Blacklands. Por otra parte, empiezo a percibir su maligna presencia, su energía; algo inconcebible hasta hace bien poco. Percibo que se está poniendo nervioso y deduzco que se debe a que empieza a notar que mis poderes van en aumento. Eso lo incomoda.
Me entreno día tras día. Richard y Malcolm me ayudan y me animan a intentar nuevas cosas a medida que voy dominando mis habilidades. Morgana también aporta su singular talento, una especie de magia bondadosa, aliada con un innato conocimiento del poder curativo de las plantas. Gracias a sus cuidados, mis heridas han sanado. Esta mañana me ha quitado los puntos del cuello, y a los dos nos ha complacido comprobar que la infección ha desaparecido.
Por desgracia, también Emmeline presencia mis entrenamientos, y siempre dispone de alguna excusa para acercarse. Intento ignorar sus avances. No quiero herir sus sentimientos, pero conforme voy conociéndola me voy dando cuenta de que no tiene ninguno, salvo la preocupación por su belleza y por satisfacer sus apetitos sexuales.
También me siento más próximo a Richard e Isabel, sobre todo desde que han aceptado el hecho de que tengo poderes, y ellos me corresponden. Si hay algo a lo que Richard muestra una feroz lealtad, es a los miembros de su familia, excepto a Rhauk, al que no le reconoce ningún parentesco; claro que hacerlo significa perder el castillo y todos sus bienes, ya que estos irían a parar a manos de Rhauk por su condición de primogénito. Eso es algo que Richard nunca permitirá. Su amor por sus tierras, el castillo y su familia es la razón de su existencia.
De vez en cuando, le pido que reflexione acerca de su conducta con los siervos de la aldea, pero se limita a burlarse y no me hace caso, así que lo dejo estar para no interferir. Para Richard hay una clara línea divisoria que separa a los caballeros, las damas y los otros miembros del castillo de las clases humildes a las que pertenecen los artesanos y los labriegos. Para él, estos últimos son sólo escoria.
Lo que va resultando evidente es que mi magia funciona de modo distinto a la de Kate. No puedo hacer conjuros ni cosas parecidas; en cambio, es como si, mediante la proyección de mis pensamientos, pudiera alterar el estado de las cosas. Los elementos de la naturaleza son los que me permiten trabajar con más facilidad. Por ejemplo, he hecho que las preciosas rosas de Isabel florecieran el doble de grandes y he agostado uno de sus arriates con una sola mirada. Al principio se ha indignado conmigo, pero cuando le he devuelto el verdor me ha dado un abrazo.
Sé que me queda un largo camino por recorrer y noto la creciente inquietud de Rhauk. Solo espero que sepa dominarse hasta que haya conseguido desarrollar mis habilidades lo suficiente para enfrentarme con él. Es posible que nunca llegue a estar a su altura, pero esa duda no me impedirá desafiarlo. Al final, la situación se ha convertido en algo más que un simple intento de salvar a mi familia, se ha convertido en un reto personal. Por Kate.
Cada día que paso sin noticias de ella, me pongo más nervioso. A medida que voy desarrollando mis aptitudes paranormales, también cultivo las físicas. Necesito aprender el manejo de la espada y a luchar con las manos por si fuera necesario. Afortunadamente, hay muchos voluntarios que están dispuestos a ayudarme. En estos momentos le toca a Malcolm y, mientras intercambiamos unos golpes, le hablo de mi preocupación por Kate.
-Se me ha ocurrido una idea -replica, y, a continuación, me la cuenta.
Es un buen plan, así que discutimos y pulimos algunos detalles. No me cabe duda de que pondrá a prueba la amistad de Malcolm.

Kate

Han transcurrido casi tres semanas y Jarrod no ha regresado a casa. Rhauk se niega a enseñarme nada hasta que consiga deshacerse de él, de una manera o de otra. Es consciente de su presencia. Eso me dice que sigue en Thorntyne. Rhauk está cada día más nervioso y malhumorado. Tiene un genio terrible, y me basta con mencionar el nombre de Jarrod para que descargue su ira contra mí: de modo que he llegado a la conclusión de que lo mejor es que mantenga la boca cerrada; aunque no todo el tiempo: a veces, mi lado perverso disfruta viendo como Rhauk se sale de sus casillas.

El tiempo pasa con una lentitud exasperante. ¡Tengo tan poco en lo que entretenerme! Paso la mayor parte del día encerrada en mi habitación, contemplando el inhóspito océano y meditando acerca de lo fácil que sería asomarme a la ventana y dejarme caer al vacío. Eso acabaría con mi tormento, pero ¿qué otra cosa conseguiría? Si lo hiciera no quedaría nadie para verificar que Rhauk cumplirá la palabra dada.

Acaba de entrar en la habitación más furioso de lo que nunca lo he visto. Como siempre, va vestido de negro. Sólo un leve ribete plateado adorna su túnica.

-No me dejáis otra alternativa, mi señora.

Me aparto de la ventana y me encaro con él.

-¿De quién estáis hablando? ¿Quién no os deja otra opción?

Levanta el brazo, señala en dirección al castillo de Thorntyne y una bola de fuego se estrella en una lluvia de chispas contra la pared de mi izquierda.

-¡Vuestro amante!

No lo corrijo. Prefiero que siga pensando que lo somos. Por lo menos, mientras siga creyendo que Jarrod y yo somos amantes, no me acosara. Además, está claro que la idea lo irrita, eso me causa un indescriptible placer.

-¿Qué puede estar haciendo Jarrod que os molesta tanto.

Me lanza una mirada acerada, pero permanece callado. No quiere contármelo. Sin embargo, sea lo que sea, le pone los nervios de punta. Entonces, de repente, lo entiendo todo. Al principio me quedo boquiabierta; luego, mi expresión se transforma en una sonrisa que me ilumina el rostro.

-Se está entrenando, ¿no es eso?

Rhauk no responde, pero tampoco es necesario que lo haga. Puedo percibir lo mucho que lo enoja. Ya conoce la magnitud del poder de Jarrod y el hecho de que se esté preparando lo preocupa. El pulso se me acelera.

-Así que Jarrod se está volviendo cada día más fuerte, ¿no?

Silencio.

-¡Dios mío, su poder es tal que empezáis a temerlo!

-¡Callaos, estúpida!

El tono de su voz no me asusta como podría haberlo hecho en otro momento. Saber a lo que se ha estado dedicando Jarrod durante estos días -aceptando su don y desarrollando sus poderes- me da ánimos.

-Ahora le tenéis miedo. ¡Os dejáis arrastrar por el pánico!

De un salto. Rhauk se abalanza sobre mí y me golpea. Podría haberlo evitado si hubiera estado un poco más pendiente de sus reacciones, pero su puño me alcanza en el lado derecho de la mandíbula. Un dolor horrible se me extiende por toda la cara y noto que algo duro me cae en la lengua. Es un diente. Lo escupo mientras la boca se me llena de sangre. ¡Maldito sea!

Podría intentar un rápido conjuro, pero no tendría sentido. Sólo serviría para que se burlara. Ninguno de los que he intentado durante las últimas semanas ha surtido efecto. Está pendiente de cualquier cosa que hago y siempre se me adelanta.¡Cuanto lo detesto!

Se dirige hacia la puerta, pero un pensamiento lo detiene.

-Jarrod debe marcharse por la mañana. Ahora mismo voy a recoger mi pequeña planta y a sacar de ella el aceite que necesito para terminar mi pócima y realizar el hechizo. A pesar de que todavía no estamos en invierno, su veneno será lo bastante potente. Y no alterara el delicioso sabor del vino.

-¿Vais a romper vuestra promesa?

-Mi señora -responde riéndose desagradablemente-, ¿alguna vez pensasteis en serio que tenía intención de cumplirla?

-Pero... vos dijisteis que si me quedaba...

-Os mentí.
-¿Por qué? Yo cumplí con mi parte del trato y regresé.
-Y yo os di lo que vos queríais: libertad para que vuestro amante pudiera regresar al lugar del que proviene, sea el que sea. Fue culpa vuestra que no se marchara. Está claro que no fuisteis muy convincente.
Me entran ganas de vomitar y tengo que apoyarme en la cama.
-Pero vos prometisteis que anularíais el hechizo, que destruiríais el brebaje. ¡Ese fue el acuerdo!
-Si no os lo hubiera prometido, ¿acaso habríais venido conmigo?
No hace falta que conteste. Sabe perfectamente que nunca lo habría hecho, y eso explica por que ha mentido. Me ha engañado, igual que cree que en el pasado engañaron a Eloise para que escogiera a Lionel y no a él. ¡Dios mío, Jarrod puede morir y yo seguiré encerrada en este infierno en compañía de un lunático durante el resto de mis días! Ha sido todo inútil. El maleficio seguirá su curso. No hay forma de que Jarrod se marche antes del amanecer. Nunca más volveré a ver a Jillian.
Debo intentar algo, lo que sea. El miedo apenas me deja respirar. Dios mío, ¿cómo puede haber sucedido este desastre? Un odio irrefrenable me invade mientras observo a Rhauk, que se dirige hacia la puerta.
-Si insistís en realizar el hechizo y rompéis la promesa que me habéis hecho, me tiraré por la ventana. Antes prefiero probar mi suerte con las rocas del acantilado que con vos.
Mis palabras captan su atención y lanza un breve vistazo a la única ventana del cuarto, sopesando el alcance de mi amenaza. ¿Me atreveré a tirarme? Luego clava sus ojos en los míos con una fuerza hipnótica.
-En ese caso, mi dama, me obligareis a controlar vuestra mente antes de lo que pensaba.
-¿Cómo?
No hace falta que me lo explique. Inmediatamente noto que me alcanza una emisión de energía. Se acerca, y la fuerza que me sujeta cambia y se convierte en una daga que me perfora el cerebro. Es tan intensa que duele, y tengo que recurrir a todo mi poder de concentración para evitar que llegue a los rincones más remotos de mi mente. Temo que pueda causarme un daño irreversible.
Intento oponerme, pero no lo consigo. Me fallan las piernas, pero el poder del castigo de Rhauk me mantiene en pie.
Su energía aumenta y me sacuden una serie descargas eléctricas.
Sé cuando empiezo a perder el control; pronto lo pierdo por completo. Empiezo a suplicar mentalmente, pero ignoro si Rhauk me oye o si, por el contrario, eso lo incita todavía más. Sin embargo, comprendo que si no me suelta en este instante, mi mente nunca volverá a ser la misma y sufrirá un daño irreparable. Para siempre.
Al final, me desplomo hecha un guiñapo. Ha roto la conexión, aunque no sé por que. Puede que no me quiera en este estado, catatónica para toda la vida. No me importan sus motivos. En estos momentos estoy demasiado exhausta para pensar.
Sin embargo, antes de perder definitivamente el conocimiento, oigo sus palabras.
-Nunca escaparéis de mi, lady Katherine. Esto no ha sido más que una muestra de lo que os espera. Cuando haya acabado con vuestro amante, cuando haya entregado mi regalo al traidor de mi hermano, entonces me ocupare de vos y de vuestra educación, y seréis mía para siempre, absolutamente mía.
Está a punto de marcharse, pero se detiene una vez más junto a la puerta.
-Es algo que tenía pensado para Eloise, pero su mente no fue tan resistente. Cuando haya terminado con vos, mi señora, estaréis en condiciones de apreciar toda la belleza de Blacklands y disfrutaréis siendo mi reina.

Jarrod

Soy consciente de que se me agota el tiempo. Rhauk le ha hecho algo a Kate. Es una fuerza, una energía tan poderosa que la noto dentro de la cabeza, como si alguien intentara clavarme un sacacorchos en el cráneo. Durante unos segundos me pregunto si habrá sobrevivido, porque noto que los latidos de su corazón se hacen cada vez más lentos... Pero no. Vive. Por el momento es todo lo que sé.

Así pues, ha llegado la hora de dejar los entrenamientos y plantear el desafío. Al amanecer me enfrentare con Rhauk.

-Jarrod, ¿qué ocurre?

Hay preocupación en la voz de lord Richard, que se abre paso entre las imágenes de Kate desfallecida que me ocupan la mente. Se lo explico.

-Ha llegado la hora, milord.

Me mira alarmado, y puedo leerle los pensamientos y captar todas sus dudas. Los dos sabemos que me he preparado duramente; que gracias a su ayuda, a la de Malcolm, Morgana y el resto de los caballeros soy capaz de hazañas formidables, de cosas que nunca creí posible. No obstante, lord Richard todavía se pregunta si mi fuerza bastará no sólo para enfrentarme con Rhauk, sino para derrotarlo.

Le paso un brazo por los hombros.

-Será mejor que así sea, querido tío - añado, y lo sorprendo al leerle el pensamiento-. Rhauk no me dará una segunda oportunidad.

Kate

El desafío lo entrega una paloma blanca poco antes de la puesta de sol. Me hallo en la torre, con las muñecas encadenadas, como sugirió Malcolm, contemplando con espanto como Rhauk acaba de preparar su maléfico brebaje. Ha ido a buscar la flor de invierno que le faltaba y, después de extraer sus esencias, las ha añadido a la mezcla. Mientras remueve el contenido del caldero, se le dibuja en el rostro una expresión satisfecha. Entonces, justo cuando me contempla con una repugnante sonrisa de autosuficiencia, llega la paloma.

El ave capta de inmediato la atención de Rhauk.

-¿Qué significa esto?

Ambos la contemplamos mientras revolotea hasta el alféizar de una ventana sin atreverse a posarse. El cuervo de Rhauk, que está en su percha habitual, suelta un graznido para ahuyentarla, pero su amo le hace un gesto y el animal se calla en el acto.

Al final, la paloma desciende y Rhauk la atrapa con una mano. La examina. El ave tiene un mensaje atado en una pata. Rhauk coge el pequeño pergamino y suelta a la paloma, que aletea para recobrar el equilibrio y se aleja dejando tras de sí unas cuantas plumas.

Observo los ojos de Rhauk mientras lee la nota y veo que se le agrandan por el asombro que intenta disimular con un infantil entusiasmo. En ningún momento da muestras de tener miedo. ¿Por qué habría de tenerlo con Malcolm cubriéndole las espaldas? Nuestras miradas se encuentran.

-Ese loco muchacho se atreve a desafiarme.

El temor y la náusea se apoderan de mí. ¡Dios mío, no puede ser cierto! ¿Cómo logrará Jarrod vencer a este maniaco? No es más que un pobre y torpe muchacho que ni siquiera puede ver bien sin sus gafas. Me pregunto quien lo habrá ayudado a escribir el mensaje, porque no creo que haya podido dibujar una letra tan pequeña.

Incluso aunque haya pasado las últimas semanas entrenándose, para Rhauk manejar sus poderes es algo tan natural como respirar. ¿Qué oportunidad puede tener Jarrod? Si al menos contara con alguien de su parte... Si yo pudiera ayudarlo... Quizá con nuestros poderes combinados, y aprovechando un descuido de Rhauk...

La voz del brujo me interrumpe.

-Exige un duelo.

-¿Un duelo?

-Si. Con espada, en terreno neutral.

No puede ser peor. Las espadas son terriblemente pesadas y se tarda años en aprender a manejarlas con una mínima destreza.

-Puesto que ese loco ha escogido las armas, me corresponde a mí escoger el lugar.

Echa un vistazo por la ventana.

-Me parece que los acantilados de Minneret servirán.

Los ojos se me desorbitan. Esos acantilados no son más que un pedazo de roca a medio camino entre los dos castillos. No hay playas, no hay arena, sólo unos enormes y blancos peñascos.

-Mañana al amanecer.

-¡No! -grito-. ¡No puede ser!

Suplicar es el único recurso que todavía no he intentado.

-Rhauk, os lo ruego, pensadlo dos voces. Ya tenéis lo que queríais. Dejad que Jarrod se marche en paz.

La boca se le tuerce en una mueca.

-Si. Os tengo a vos y también el hechizo. Pero no es asunto mío que ese joven no vea lo que se le avecina. Está claro que tiene una cita con la muerte al amanecer. Yo me encargare de que sea puntual.

-Quiero verlo.

-Por descontado que lo presenciareis. No podría ser de otro modo, pero ya me ocupare de que no podáis intervenir.

¡Oh, no! ¿Es que acaso siempre tiene que adelantarse?¿Cómo se lo puede burlar?

Lo contemplo con el corazón encogido mientras se pone a recoger cosas por el laboratorio: unas hierbas. un frasco lleno de un líquido azul, una mezcla de polvos...

Muevo la cabeza a un lado y a otro, pero él se me acerca con una espumeante mixtura, sonriendo. Es una droga, estoy segura.

-Es sólo para dejaros sin fuerzas. No sabe demasiado mal.

-No. Me niego a...
-Un poco basta.
Me agarra con fuerza por la mandíbula con una presa de acero. Ya no sonríe.
-¡No! -grito, sin poder utilizar las manos a causa de las cadenas, y cierro la boca, decidida a no tragar ni una sola gota.
Sin embargo, no estoy preparada para las tácticas de Rhauk. Me suelta la cara y me asesta un puñetazo en el estómago que me deja sin aliento, y abro la boca a causa de la sorpresa y el dolor. Entonces, tranquilamente, me vierte la pócima en la garganta. El líquido me quema, me abrasa, y me doblo hacia delante para vomitar y escupir.
Rhauk se aparta, satisfecho, y vuelve a remover el contenido del caldero.
-Cuando haya acabado con el desafío lo meteré en barricas y Richard recibirá por fin su preciado obsequio.
Respiro hondo varias veces, intentando recuperarme del golpe en el estómago, y me limpio los labios en el hombro. El efecto de la droga es inmediato: todo me da vueltas y la habitación oscila y se deforma. Doy un traspiés y caigo sobre un banco.
-Vos, mi bella dama, deberíais acostaros ya que esta noche la muerte será vuestra compañera. No temáis, no os llevará consigo. Se limitará a dejaros sin fuerzas.
Ríe y ríe mientras me conduce en brazos por los corredores, henchido de satisfacción. Me acurruco cuando me deposita en la cama y se aparta, pero veo que regresa y se inclina sobre mí.
-Si -susurra con su voz aterciopelada-. De este modo no podréis ser de utilidad a ese loco; no tendréis vuestra magia para ayudarlo. Por no tener, no tendréis apenas vida -añade.
Mientras se aleja, los ojos se me cierran, como si mis párpados fueran de plomo. Noto que me hundo en un torbellino. Todo se hace oscuro y las tinieblas me asustan, pero sigo cayendo. Entonces, en medio de mi desesperación, siento que la muerte me aguarda, sonriendo tenebrosamente, afilando sus dientes y atrayéndome hacia los abismos.
La voz de Rhauk se desvanece en la distancia, pero aún puedo distinguir sus palabras de despedida.
-Además, así Jarrod se distraerá cuando vea que tengo a su amante totalmente sometida.
Entonces comprendo por que me ha drogado. No solo para evitar que pueda ayudar a Jarrod, sino para que mi presencia no permita que éste se concentre en la pelea. Rhauk me está utilizando para derrotarlo, y me parece un amargo sarcasmo saber que mi intento de ayudarlo va a servir para que lo maten.
Se me saltan las lágrimas, pero no me importa que Rhauk o el diablo en persona me vean llorar. Estoy demasiado exhausta para detenerlas.
Se marcha dejándome el sabor del odio en la boca, y la muerte por toda compañía.

Kate

Rhauk me viste como una reina, toda de rojo y dorado, me recoge el cabello en una trenza con la que me rodea la cabeza, y me cuelga alrededor del cuello una cadena de oro formada por pequeñas culebras entrelazadas.

Él lleva su acostumbrado atuendo negro ceñido con el dorado broche de la serpiente. Su aspecto es todopoderoso, mientras que el mío es de muñeca desmadejada. Siento los miembros torpes y pesados. Por suerte, las imágenes de pesadilla de la noche vivida por los efectos de la pócima empiezan a desvanecerse.

Todavía no ha amanecido cuando llegamos a lomos de Príncipe de ébano. Los acantilados de Minneret se extienden inquietantes frente a nosotros: las primeras y rosadas luces del amanecer bastan para iluminar los blancos y espantosos precipicios. Rhauk me lleva a rastras hasta el borde de un saliente que cuelga sobre el abismo y me deja allí, tan cerca del vacío que bastaría el aleteo de una gaviota para hacerme caer. Pequeños fragmentos de piedra y tierra se desmoronan bajo mi peso, y me veo obligada a reptar penosamente para alejarme del frágil promontorio.

Rhauk no sólo me ha encadenado las manos, también los tobillos. Me pregunto por qué. Drogada como estoy. difícilmente puedo ser una amenaza para nadie. Si apenas tengo fuerzas para moverme, ¿cómo voy a tenerlas para hacer uso de mi magia? Me quedo donde me ha depositado, medio tumbada, respirando el salitre y escuchando los bramidos del mar, que vibra con su eterna pulsación.

Aguardamos, pero la espera no se alarga. En cuanto los primeros rayos del sol desgarran el horizonte, oigo el galope de los caballos que salen del castillo Thorntyne. Jarrod no tarda en aparecer ante mis ojos.

Tiene un formidable aspecto, y mi corazón, que a duras penas consigue latir, redobla su ritmo en su presencia. Su atuendo es todo dorado, y luce el escudo de armas de los Thorntyne en la pechera de la túnica. Lleva una gruesa cadena de oro en la cintura, pero no se ha puesto armadura y, lo que es aún más preocupante, no lleva espada alguna. Lo acompañan lord Richard, Isabel, Morgana la sirvienta y Thomas, que encabeza una escuadra de caballeros. Malcolm, el traidor, los sigue cabizbajo a poca distancia, como si pesara alguna carga sobre su conciencia. Cuando levanta el rostro, veo que sus ojos están inyectados en sangre. Me pregunto por que será e intento hallar una señal de remordimiento, cualquier cosa que me indique que ha recuperado el buen sentido.

Sin embargo, y suponiendo que así fuera, tampoco supondría una ayuda para Jarrod. No importa lo entrenado que esté, lo fuerte que se encuentre o lo dispuesto de su ánimo; nadie podrá ayudarlo esta mañana. Se trata de un duelo entre él y Rhauk, sólo que, gracias a la información que le ha facilitado el desleal Malcolm, Rhauk tiene ventaja. Incluso la presencia los valientes caballeros de lord Richard resulta inútil en el combate de magia que se avecina.

Jarrod monta su blanco corcel como si lo hubiera hecho toda la vida y parece calmado y seguro de sí. No veo en él ni el más leve rastro del adolescente patoso que siempre he conocido. El sol del amanecer saca destellos rojizos de su rubio pelo. Desmonta ágilmente y me mira, supongo que en busca de señales de malos tratos. Los ojos se le endurecen cuando repara en el cardenal de la barbilla. Me observa durante un rato, creo que tratando de insuflarme ánimo, pero mi drogado cerebro apenas puede responder. Se da cuenta de cual es mi estado, y eso lo enfurece aún más. Mentalmente, le ruego que se olvide de mí e intento explicarle que sólo soy una trampa para él.

-Llega mi sobrino -comenta Rhauk en tono burlón-. Ha sido una locura que me desafiarais, Jarrod. Estáis condenados. Contemplad el amanecer. Será el último que veáis.

-Valientes palabras -replica Jarrod con una tranquilidad que me coge por sorpresa. Sin embargo, y a pesar de mi aturdimiento, me infunde esperanzas- en boca de un hombre que tiene que recurrir a una mujer indefensa para que distraiga al enemigo y lo ayude a ganar la batalla.

El insulto ha dado en el blanco, y los ojos de Rhauk se ensombrecen. Todo el mundo permanece muy quieta y nadie dice nada, ni siquiera Richard o su esposa. Es como si los presentes contuvieran el aliento.

-La distracción no es más que una herramienta, muchacho. ¡Tomad esto, por ejemplo...! -exclama Rhauk, que, acto seguido, aparta la mano de la hebilla del cinturón y la eleva vuelta hacia arriba.

Todo el mundo aguarda preguntándose que tipo de artimaña habrá preparado. Al principio sólo veo un leve movimiento. Miro a Jarrod y parpadeo. ¡Oh. no! ¡No puede ser! ¡Eso no!

Las formas se hacen más concretas, y no puedo contener un gemido. Intento llevarme una mano a la boca, pero las cadenas y mi debilidad me lo impiden. Me conformo con asistir al espectáculo, horrorizada.
¡Serpientes! ¡Cientos de serpientes se enroscan, sisean y envuelven completamente a Jarrod de cintura para arriba! Algunas incluso le trepan por el cuello y se le enredan en el pelo. Están por todas partes, como una escurridiza y viscosa segunda piel.
Entonces recuerdo la visión de Jillian. Sin duda, esto es lo que ella vio. Me pregunto si algún día se lo podré explicar. Y también recuerdo la fobia que tiene Jarrod a los reptiles, el miedo que le causan las serpientes...
Supongo que espero que de un momento a otro eche a correr presa del pánico y se lance por el acantilado, directo hacia el frío y traidor océano. Quizá sea esa la intención de Rhauk. Sin embargo, este nuevo Jarrod se mantiene impasible, aunque el verde de sus ojos se hace más profundo, y los círculos azules de sus iris, más intensos.
Estoy a punto de dejarme arrastrar por el pánico, de modo que me veo obligada a hacer un esfuerzo para no empezar a gritarle que haga algo. Morgana chilla, pero Isabel la manda callar, y lord Richard la amenaza con pegarle. Ella guarda silencio, pero todos tienen el espanto reflejado en el rostro. Es evidente que ésta lucha es solo de Jarrod.
No obstante, no puede limitarse a quedarse quieto. Una mordedura de alguna de esas malignas criaturas bastaría para que cayera fulminado. Seguro que los reptiles de Rhauk están provistos del más letal de los venenos.
Jarrod empieza a sudar. Gruesas gotas le surcan la frente y se deslizan por la cara, los ofidios siguen aferrados a él, y uno de ellos incluso se retuerce y lo mira directamente a los ojos, con las mandíbulas muy abiertas y enseñando los colmillos amenazadoramente.
Sólo es cuestión de segundos que la mortífera criatura muerda. Estoy tan pendiente de ese bicho que apenas me fijo en lo que hacen los demás. A Jarrod se le ha puesto la cara muy roja y suda por todos los poros de la piel. De pronto, las serpientes empiezan a huir, deslizándose rápidamente por sus piernas, como si les faltara tiempo. Incluso la que estaba a punto de atacarlo se le ha escabullido y ha desaparecido entre las oquedades del terreno.
Mi alivio es tal que estoy a punto de desmayarme y maldigo la pócima que me tiene tan atontada.
Entre tanto, Jarrod, que ya se ha librado de esos odiosos animales, se encoge de hombros como si se estuviese colocando la ropa tras un incidente sin importancia. Poco a poco su rostro recupera el color normal.
Está claro que ha ganado el primer asalto, pero es muy pronto todavía para cantar victoria. Puede que haya burlado a Rhauk haciendo que su temperatura corporal aumentase hasta ahuyentar a los reptiles, pero ahora es este último el que arde de furia porque ha quedado en ridículo.
-¿Vais a estar toda la mañana jugando a esta tontería? -se burla Jarrod.
Los ojos de su oponente son apenas visibles, y su boca es sólo una delgada línea.
-¡Que prisa tenéis por morir! -Se inclina en una reverencia-. No os preocupéis. Me encantara ayudaros.
Dicho eso, Rhauk hace un llamativo gesto y se lleva la mano al costado, hacia donde estaría su espada si la tuviera. Hace como que desenvaina y alza los brazos con las manos unidas, como si estuviera blandiendo algo muy pesado.
Todos, incluida yo, tenernos los ojos puestos en la escena. Me pregunto, alarmada, qué ocurrirá a continuación. Dc repente, un relámpago plateado surge entre sus dedos como una explosión de energía, luz y calor. La onda expansiva, como una vaharada surgida de un homo ardiente, me golpea en pleno rostro y me empuja hacia atrás. El terreno cede bajo mis pies, y el saliente se desmorona. Tengo que echar mano de mis últimas reservas de energía para arrastrarme y no caer junto con la lluvia de piedras y tierra.
¡Rhauk acaba de crear su propia espada! Una serpenteante hoja de fuego, plateada, cuyo agudo filo cimbrea con rojos destellos.
Entonces, me doy cuenta con horror de que Jarrod no presta atención a su enemigo, sino que tiene los ojos puestos en mí. Sólo cuando se convence de que estoy a salvo, sus facciones se relajan y se vuelve hacia Rhauk.
Pero este se aprovecha de la ventaja que le ha brindado la distracción de su enemigo. Jarrod no tiene arma alguna cuando Rhauk se le echa encima blandiendo su terrorífica espada de fuego.
-¡Jarrod! -exclama un coro de voces al unísono.

El tono de las voces de Richard, Isabel, Morgana y, hasta cierto punto, también de Malcolm, está lleno de preocupación.
Jarrod se arroja al suelo en el último instante, justo a tiempo de esquivar el letal filo del arma. Rhauk da media vuelta entre una lluvia de chispas, aullando furiosamente. Entre las lenguas de fuego negro se aprecia claramente la hoja al rojo vivo.
Jarrod se pone en pie, y ambos contendientes se observan mientras giran a la vez.
-Esto no es una contienda justa -comenta alguien.
-La justicia no forma parte de mis reglas de combate, señora -replica Rhauk con fanfarronería.
Es evidente que está disfrutando con la situación.
-No os preocupéis, lady Isabel -tercia Jarrod mientras junta las manos como si fuera a disparar una pistola.
Eso, aunque lo otorgaría una gran ventaja, está completamente descartado, y lo sabe. No podemos hacer uso de nada que no haya sido inventado; de lo contrario, alteraríamos el rumbo de la historia, algo que tenemos expresamente prohibido. Si nuestra simple presencia suscita preguntas incómodas, ¿qué efecto pueden tener en el futuro los días que pasemos en este lugar? Y si morimos en esta época, ¿renaceremos acaso en nuestro tiempo? Son interrogantes para los que no hay respuesta. Ignoramos lo que puede suceder; por lo tanto, es obligado que tomemos todas las precauciones posibles.
Sé que Jarrod no va a materializar un arma de fuego. Entonces me hace una señal y me preparo para cualquier sorpresa.
Crea también una espada, que surge entre una explosión de calor y energía, como un rayo. Agacho la cabeza y tengo que aferrarme al terreno y clavar los dedos en la tierra cuando una poderosa onda expansiva pasa sobre mí. Cuando consigo incorporarme, veo a Jarrod empuñando una brillante espada de plata en cuya hoja bailan pequeñas llamas azuladas.
Los dos contendientes se enfrentan en el centro del espacio y entrecruzan sus armas. Las chispas saltan, y algunas de ellas me llueven sobre el vestido y me obligan a rodar por el suelo para apagarlas. Mientras intercambian golpes, filo contra filo, fuego contra fuego, pequeñas lenguas ardientes prenden en la maleza que nos rodea y se avivan con la brisa marina sembrando chisporroteos que abrasan el terreno como un ácido.
Los pequeños incendios se intensifican y alcanzan las laderas arboladas. Los caballos empiezan a ponerse nerviosos y lord Richard ordena que los desaten. Malcolm, Thomas y los demás caballeros, que no esperaban encontrarse semejante situación, se apresuran a extinguir las llamas con todo lo que tienen a mano, incluidas sus túnicas.
Entre tanto, completamente ajenos al desastre que desencadenan con cada choque. Rhauk y Jarrod prosiguen con su mortal duelo.
Lo único que puedo hacer es presenciarlo, rabiando de impotencia.
-¡Cuidado! ¡Detrás de ti! –chillo, empleando mis últimas fuerzas.
Rhauk ha derribado a Jarrod y se dispone a atacarlo por la espalda.
Todavía en el suelo. Jarrod se da la vuelta justo en el momento en que su adversario se le echa encima, a voz en grito.
Contemplo la escena a cámara lenta. Jarrod ha caído y Rhauk, que ya saborea la victoria, se abalanza blandiendo su espada de fuego. El golpe esta a punto de partir a Jarrod por la mitad, pero éste se aparta justo a tiempo y recibe el tajo en el costado. Es profundo. Un borbotón de sangre mancha la espada de Rhauk en cuanto la desclava.
No tengo tiempo de pensar en la gravedad de la herida porque, lo que es peor, Jarrod está envuelto en llamas. El lado derecho de su túnica arde como una tea. Me asalta el nauseabundo olor de la carne quemada.
-¡Nooo! -chillo, como si el fuego hubiera prendido en mi propia carne-. ¡Que alguien lo ayude!
Jarrod, gimiendo en agonía, rueda por el suelo y logra apagar las llamas mientras Richard acude a socorrerlo. Yo maldigo una y otra vez las cadenas que me sujetan.
Jarrod se ha quedado inmóvil, y Richard, de rodillas a su lado, llama a Morgana.
-Ven aprisa, moza.
La pequeña sirvienta corre a toda prisa y con cuidado retira la prenda chamuscada que tapa la herida.
-El corte es profundo, peor que la quemadura. Tendré que coserlo -dice moviendo la cabeza-. Todo dependerá de la sangre que pierda.

-¡Apartaos! -brama Rhauk, empuñando su espada-. ¡Todavía no he terminado con él!
-Se acabó, Rhauk, el muchacho no puede continuar luchando -replica lord Richard a su hermanastro-. Ya os podéis marchar.
-¡El duelo no concluirá hasta que ese estúpido muera! -vocifera Rhauk.
Intento ponerme en pie, pero me derrumbo. Apenas puedo apoyarme sobre los codos.
-¡Dejadlo en paz! -suplico mientras las lagrimas me corren por las mejillas.
Me niego a aceptar que Jarrod vaya a morir en éste lugar y en ésta época. Todo ha sido por mi culpa. Yo he sido la responsable de que esté aquí, librando un combate contra un adversario, un hechicero al que nadie puede vencer. Jarrod nunca ha tenido la más mínima oportunidad.
-¡No!
La voz pertenece a Jarrod, que empuja a Richard y a Morgana y se levanta, crucificado por el dolor y sujetándose el costado.
-Todavía no habéis acabado conmigo, Rhauk. Lucharemos hasta la muerte.
Me quedo muda de asombro ¿Dónde está el muchacho torpe y temeroso que palidecía ante una gota de sangre y huía cuando se tenía que enfrentar a cualquier cosa que se apartara de lo normal?
Rhauk sonríe lentamente, olfateando la victoria, y hace un gesto conminatorio con el arma a lord Richard y Morgana, que se retiran.
-Esto no durará mucho -afirma con sarcasmo, espada en alto.
Pero Jarrod, a pesar de su debilidad y para mi sorpresa, y, más aún, la de Rhauk, consigue esquivar la arremetida y descargar un fiero contraataque. Las espadas chocan, y una nueva lluvia de chispas y llamas cae sobre la maleza que ya arde con furia en dirección norte y sur. De repente, caigo en la cuenta de que tanto Blacklands como Thorntyne se encuentran en el camino de las llamas y pienso en todas las viviendas que se amontonan en el interior de la fortaleza, los hogares de los sirvientes, los artesanos los soldados y los comerciantes, la capilla y las caballerizas. Todo se perderá, porque el foso no podrá detener la embestida del fuego.
En ese momento, los caballeros de lord Richard junto con Malcolm e Isabel regresan de su agotadora batalla contra las llamas con los rostros enrojecidos por el calor y el esfuerzo.
-¡No hay esperanza! -grita Isabel-. El castillo de Thorntyne está perdido.
-¡Si! ¡Y también Blacklands! -le digo a Rhauk, acordándome de los crujientes suelos, los techos de paja de lo que fue un animado convento y de todo lo que es de madera: bancos, mesas y puertas. Si. Todo arderá como una tea.
Él lanza una rápida mirada de soslayo en dirección a su amado castillo y palidece.
-¡Mi torre!
-¡También se quemará! -Me recreo con el recuerdo de la cantidad de pócimas, hierbas, aceites y líquidos que alberga. Entonces pienso en la pócima y añado-: ¡Y con ella todo lo que contenga!
La sangre mana abundantemente de la herida de Jarrod, debilitándolo. No creo que pueda soportarlo mucho más. Lo que tampoco comprendo es como logra pillar desprevenido a Rhauk. Puede que esté, preocupado por Blacklands, se haya distraído. El caso es que Jarrod aprovecha la oportunidad y, con una diestra finta, consigue desarmarlo lanzando su espada por los aires. Finalmente el arma cae y estalla.
Jarrod se echa sobre Rhauk y lo aplasta contra el suelo, apoyándole una rodilla en el pecho; luego le pone su espada de llamas en la garganta. Lo único que tiene que hacer es dejarla caer y todo habrá terminado. Entonces me pregunto si será capaz, llegado el momento de la verdad. Tendrá que ser una estocada mortal; de lo contrario, no habrá servido de nada que haya aguantado tanto. Será la prueba definitiva de su coraje.
Rhauk intenta derribarlo, pero Jarrod parece recurrir a una fuerza interior que va más allá de la capacidad de los simples mortales y, con un feroz aullido, alza la hoja llameante con ambas manos y descarga el golpe definitivo.
Rhauk grita y se desencadena la confusión. La espada estalla y Jarrod sale despedido. Luego aterriza violentamente de espaldas, sujetándose el costado herido, que sangra aún más; por suerte no ha caído en los matorrales incendiados.
Busco a Rhauk, pero parece que se ha esfumado. Sin embargo, en el lugar donde yacía ha aparecido un enorme cuervo que vuela hasta Jarrod, lo arroja al suelo con las alas y empieza a picotearlo en el corte. Jarrod intenta escapar del imponente animal, pero el ave se lo impide. Entonces me acuerdo de lo que me sucedió en la torre e intuyo cuales son sus intenciones.

-¡Cuidado! -grito agitando débilmente el puño-. ¡Pretende llevarte con él!
Jarrod no puede oírme entre el fragor del aleteo, pero Malcolm si, y alza su espada con ojos furiosos. Presa del pánico e incapaz de moverme, no me queda más remedio que asistir impotente a los actos de ese traidor.
-¡Jarrod! - chilla Malcolm.
Jarrod vuelve la cabeza en la dirección de la voz.
-¡Tened!
Malcolm le arroja el arma, y Jarrod, en un solo y veloz movimiento, la blande y la hunde en el pecho del cuervo.
El animal lanza un penetrante graznido, como si no pudiera dar crédito a lo sucedido, y, tras un patético intento de remontar el vuelo, recobra la apariencia humana y se desploma sobre Jarrod con la espada de Malcolm todavía clavada en el corazón.
-¡Eloise! -grita en un último estertor.
Jarrod sale arrastrándose de debajo del cadáver de Rhauk. Este ha muerto. Todo ha terminado.
Como si necesitara asegurarse, lord Richard, que se santigua ante la maldad de su hermanastro, se acerca a él con aire perplejo y le levanta la cabeza cogiéndola por el pelo. Los negros ojos del muerto le devuelven una mirada vacía. Sólo entonces se permite el satisfecho señor de Thorntyne un gesto de asentimiento.
Jarrod se halla al cabo de sus fuerzas, y yo, que estoy tan cerca, no soy capaz de llegar hasta él.
De repente, alguien grita. Un soldado está envuelto en llamas, y los demás se precipitan en su auxilio. En ese momento miro a mi alrededor y veo que entre todos hemos formado un pequeño círculo: el acantilado está a mis espaldas y lord Richard y el resto se arremolinan a mi lado. El incendio nos ha cercado.
Jarrod se agita y veo que la mancha de sangre se le extiende por la túnica y a lo largo de una pierna.
-El fuego nos rodea -murmura débilmente.
-Si, pero Rhauk ha muerto –replico.
Nuestras miradas se encuentran, y el se arrastra hasta mí.
-¿Qué te ha hecho?
-Me drogó. No siento las extremidades –Le lanzo una mirada feroz a Malcolm y añado-: Jarrod, ese hombre te vendió a Rhauk, es un traidor.
-Puede que sea un traidor, pero no para mí –dice suavemente.
-¿A qué te refieres?
-Me contó tu intento de fuga.
-¿Y no te contó que él me atrapó y me entregó a Rhauk?
En ese instante, Malcolm se arrodilla ante mí con el rostro desencajado.
-Era mi intención ayudaros, milady, pero sabía que Rhauk estaba observando todos nuestros movimientos. Por un momento pensé que podríamos lograrlo. Sin embargo, él apareció y no tuve más alternativa que dejaros allí.
Jarrod me toma de la mano y nuestros dedos se entrelazan.
-Permitid que sea yo quien se lo explique -le dice a Malcolm, Luego se vuelve hacia mí-. Al principio, Malcolm pensaba que yo, aparte de acabar con Rhauk, también ambicionaba apoderarme de Thorntyne. No obstante, conseguí convencerlo de la verdad. A partir de entonces, Malcolm empezó a ayudarme y a entrenarme para afrontar éste duelo. Me enseñó tanto como pudo en el poco tiempo del que dispusimos. Pero no sólo eso, también se dio cuenta de lo preocupado que estaba por vos y se le ocurrió un plan: darle información falsa a Rhauk acerca de mis habilidades a cambio de una recompensa. Si no hubiera pedido nada a cambio, Rhauk habría sospechado. -Mira a Malcolm, que esta de pie, con una sonrisa insinuada en los labios-. Tengo la impresión de que interpretó su papel a la perfección y que Rhauk no sospecho nada.
-¿Por qué no me lo dijisteis cuando nos encontramos en el bosque? -le pregunto a Malcolm.
-No podía arriesgarme. Sirviéndose de sus poderes, Rhauk podía estar escuchándonos. Debía limitarme a cumplir el plan de Jarrod.
-¿Qué plan?
Jarrod me interrumpe, tan colorado que me recuerda al Jarrod de siempre.
-Dejemos eso para más tarde.
-Ni hablar, -Siento demasiada curiosidad-. Decidme, Malcolm, ¿cuál era el plan?

Malcolm mira rápidamente a Jarrod. Luego sonríe y responde:
-Se suponía que yo debía rescataros si algo malo le ocurría a él. El asunto de la recompensa me daría la oportunidad y la excusa para regresar a Blacklands.
Hago un gesto de comprensión. Es evidente que la traición de Malcolm no era más que una pantalla para rescatarme si el destino era adverso a Jarrod.
-Arriesgasteis vuestra vida.
-No he hecho más de lo que Jarrod hizo por vos y por mis propiedades.
Me alivia tanto que Malcolm no sea un traidor... No sé que habríamos hecho si realmente lo hubiera sido. Algún día heredará el castillo y las tierras y tendrá que librar una batalla para conservarlo. Le deseo lo mejor.
Jarrod me toma de las manos, se concentra con los ojos cerrados y los grilletes se abren de repente, liberándome. Luego hace lo mismo con los de mis tobillos y me coge en brazos, acunándome contra su pecho.
-Todavía tenemos problemas, Kate.
-Déjame en el suelo, Jarrod. Acuérdate de tu herida.
Me abraza con más fuerza.
Morgana lanza un grito. El fuego, avivado por un cambio en la dirección del viento, se aproxima hacia nosotros y nos empuja hacia la única salida: el acantilado. Echo una rápida mirada por encima del hombro de Jarrod, y me invade el vértigo. Nadie podría sobrevivir a semejante caída, y mucho menos él, que sigue sangrando, o yo, que me encuentro casi paralizada. Además, el fondo está lleno de rocas afiladas.
-¡Estamos atrapados! ¡Vamos a morir! -chilla Morgana.
-¡Cállate, niña! -ordena Isabel, tajante.
-No sé nadar -dice lord Richard, asomándose al precipicio.
-¿Es así como va a terminar todo, Jarrod? -le pregunto, puesto que él es el único que puede hacer algo-. ¿No te quedan ya fuerzas?
Llego a la conclusión de que lo mejor que puede hacer es olvidarse de mí, de todos nosotros, y salvarse él. Es el único que tiene un don. Claro que podría usar los amuletos y devolvernos a los dos a nuestro hogar, pero eso significaría abandonar a sus antepasados a su suerte, dejarlos ante el dilema de perecer en un salto al vacío o devorados por las llamas, modificando así el curso de la historia.
Me mira, y sus pensamientos me resultan comprensibles.
-Nunca podría abandonar a mi familia en semejante trance.
Me he quedado boquiabierta. ¿Desde cuando puede leerme el pensamiento? ¡Su poder debe de ser inmenso! «Entonces usa tu don, Jarrod, y sálvanos», pienso para mis adentros.
Él esboza una sonrisa.
-Lo intentaré -replica.
No sé cuales son sus intenciones, pero cuanto antes las ponga en práctica, mejor.
Cierra los ojos, y casi al instante sopla viento. Crece en intensidad y llega desde el sur, silbando no sólo en dirección contraria a Thorntyne, sino también a nosotros; y lo que es mejor, arrastra consigo grandes nubarrones cargados de lluvia que se acercan a toda velocidad. Morgana lanza un gemido, atemorizada. El fuego sigue acercándose y el calor es insoportable; el humo nos obliga a toser. Algunos caballeros han caído de rodillas entre ahogos, murmurando silenciosas plegarias.
-¡Deprisa, Jarrod -lo apremio, consciente de que nos espera una muerte horrible-, haz que descargue la lluvia!
De repente, una cortina de agua cae del cielo, empujada por fuertes ráfagas de viento. Oscurece, como si hubiera llegado la noche, mientras la tormenta continúa descargando y ahogando las llamas que hay a nuestro alrededor y a lo largo de la ladera que conduce a Thorntyne. Vítores y voces de alegría resuenan en la distancia cuando los habitantes del castillo se percatan de que están a salvo.
Ya se ha acabado. Estamos vivos. La cabeza me da vueltas de puro alivio. Isabel y Morgana lloran. Incluso lord Richard tiene las mejillas húmedas, y no es por culpa del chaparrón.
-¡Mirad! -exclama Malcolm, señalando Blacklands.
Allí no llueve. El cielo está azul, y las llamas se han apoderado de los edificios. La torre arde.
Contemplo a Jarrod, que todavía me sostiene en brazos. Está claro que no ha permitido que cayera una sola gota sobre Blacklands. Así también desaparecerá el hechizo.

-¡Que buena idea! -le susurro. Él me mira sonriente-. ¿Sabes?, en realidad no quería vivir con Rhauk.
De repente siento la urgencia dc explicárselo.
-No hace falta. Ya lo sé -añade.
No dice más, pero es suficiente. Le devuelvo la sonrisa, mientras noto que el efecto de la pócima de Rhauk empieza a desvanecerse y poco a poco recobro las fuerzas. Lucho por tragarme las lágrimas.
-¡Hay otro cuervo! -grita entonces Morgana, señalando la torre de Blacklands.
Pero esta vez no se trata de Rhauk, sino de su fiel y adiestrado compañero.
Todos asistimos a la escena, boquiabiertos, entre la incredulidad y el espanto. El cuervo está ardiendo.
Contengo una exclamación.
-Se está quemando -murmura Jarrod.
La tormenta cesa y las nubes se dispersan, pero apenas me doy cuenta. Todos estamos hipnotizados, pendientes del ave que grazna y vuela frenéticamente, presa de un dolor terrible. Finalmente, cae en el suelo abrasado con un ruido sordo, y las llamas devoran sus restos.
-¡Oh, Dios mío! -suspiro.
Al fin y al cabo no era más que un pájaro.
Una violenta explosión atrae nuestra atención nuevamente hacia Blacklands. La torre está en llamas y el laboratorio estalla, y con él la pócima. Contemplamos en trance como los restos calcinados de piedra, cristales, utensilios y demás llueven sobre las cenizas del castillo.
Al cabo de un rato, los ecos de la explosión se apagan y se hace el silencio.

Kate

Lord Richard decreta que se celebre una fiesta por todo lo alto, y un tropel de juglares, bufones, poetas y músicos se apresta a entretenernos en la gran sala del castillo. Con Rhauk ha desaparecido la permanente amenaza de reclamación que se cernía sobre Thorntyne. Ese es el motivo del festejo.

Jarrod y yo estamos impacientes por regresar a nuestros hogares, a Jillian y a nuestro tiempo, pero las heridas de Jarrod necesitan atención inmediata. Me quedo con Morgana, viendo como trabaja. Primero, cose los cortes con pericia, capa a capa de tejido muscular; luego, le aplaca el dolor de las quemaduras con un ungüento de hierbas con propiedades anestésicas. A pesar de todo, me gustaría que Jillian pudiera echarles un vistazo. Un médico haría demasiadas preguntas, así que mejor dejarlo como último recurso.

Emmeline nos sigue a todas partes, sin permitirnos un instante de intimidad. Está nerviosa, apenas tolera mi presencia y no deja de acosar a Jarrod. Al final, llego a la conclusión de que su actitud se debe a que he conseguido regresar sana y salva, y eso no me gusta. Más tarde tengo ocasión de preguntárselo a Jarrod, quien no le da la más mínima importancia.

-Lo que le ocurre es que ha nacido con mil años de antelación. Está aburrida y frustrada. Malcolm me ha dicho que no deja de pedirle a su padre que la mande a la corte de Londres.

A media tarde comienza la celebración. Ocupamos nuestros sitios junto a lord Richard e Isabel en la mesa principal de la sala, disfrutando de su compañía por última vez. Emmeline se sienta con aspecto enfurruñado al lado de Jarrod, y creo leer desesperanza en sus ojos, como si sus sueños se hubieran desmoronado. Es algo que me sorprende, sobre todo al comprobar el buen humor de los demás, y me parece que Malcolm tiene razón cuando afirma que lo mejor sería que Richard la enviara lejos, a la corte. En cuanto a éste, es sin duda el que más ruidosamente disfruta de la fiesta. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Está borracho de felicidad, y sospecho que el pésimo vino del castillo ha ayudado lo suyo.

-¡Un brindis! -anuncia de repente, levantándose y empujando su asiento.

Con andares titubeantes se coloca detrás de Jarrod y de mí y, cuando todo el mundo está pendiente de él, alza su copa y palmea vigorosamente el hombro de Jarrod.

-¡A la salud de mi sobrino y de lady Katherine! ¡Que sus hijos nazcan en este mi castillo antes de que muera para que así pueda contemplar sus alegres rostros y saber que nada les ha de pasar!

Toda la sala estalla en una ruidosa ovación, pero no me siento capaz de compartir el júbilo. Estoy demasiado ocupada intentando contener mi sonrojo por el brindis.

-Mi más sincera gratitud a Jarrod por haber aniquilado a nuestro más poderoso enemigo, un hombre que nos ha quitado el sueño muchas más veces que nuestros amenazadores vecinos del norte, los escoceses.

Suenan más vítores, y Richard bebe de su copa como si fuera su último día. Luego, él y su esposa nos miran, expectantes. A regañadientes, levanto mi copa y bebo también.

Por un momento tengo la impresión de que todo va mal. Un escalofrío hace que se me ponga la carne de gallina. Bebo otro sorbo para estar segura. El vino es dulce, suave y tiene cuerpo. No se parece en nada a la bebida áspera y peleona a la que Richard nos tenía acostumbrados. ¡No puede ser!

Richard se sienta con una inclinación de cabeza, intentando educadamente descifrar las palabras que se me amontonan en los labios y que no alcanzo a pronunciar.

-¿De don... de donde habéis sacado este vino? -pregunto.

El rostro se le ilumina de puro orgullo.

-Pues de mi bodega, querida mía. ¿Verdad que es magnífico? Lo reserve para las ocasiones especiales, como la de hoy, o para las bodas u otras fiestas de importancia.

Se me corta el aliento.

-¿Quién os lo ha proporcionado?

-El rey en persona, como muestra de agradecimiento por los servicios prestados. Nuestra victoria sobre los escoceses es legendaria. Solo los vinicultores de Su Majestad son capaces de elaborar un caldo así. Además, por orden expresa suya, su consumo está estrictamente reservado a los miembros de la familia.

Me quedo mirándolo estupefacta, sin palabras y boquiabierta. Él, convencido de que no lo he entendido, insiste, subrayando cada palabra:

-En efecto, es un regalo del rey.

-¿Cuan... cuando os lo hizo? -tartamudeo.
-¡Oh! Hará unos veinte años, más o menos -responde al tiempo que intercambia una mirada de confirmación con Isabel.
Ella añade:
-La primera barrica llegó poco después de que se marchara el padre de Jarrod. Lo recuerdo bien porque nos ayudo a recuperar cierta alegría. El regalo del rey fue un buen motivo para organizar una celebración.
Miro a Jarrod, que se ha llevado la copa a los labios mientras escuchaba nuestra conversación. La contempla con atención, como si la viera por primera vez.
-¿Dulce, decís? -pregunta disponiéndose a beber.
Presa del pánico, le doy un manotazo y le arranco la copa de los dedos. El vino se derrama sobre el vestido azul de Emmeline, que se pone a gritar. Acto seguido se levanta furiosa y estalla en un torrente de horribles imprecaciones. Su reacción me parece un tanto exagerada y sospecho que debe de tener otras razones aparte del simple aburrimiento. Le estoy dando vueltas al asunto cuando, por el rabillo del ojo, veo que levanta una bandeja de viandas.
Afortunadamente, Malcolm también lo ha visto, pero ninguno de los dos alcanza a impedir que me la tire a la cabeza. Malcolm me aparta con un empujón de la trayectoria del proyectil y reduce a su prima mientras Isabel le suelta una severa reprimenda a la joven.
Lord Richard se pone en pie, colorado como un tomate.
-Pero ¿qué le ocurre a esta moza? ¡Malcolm, envíala a Londres ahora mismo, tal como sugeriste!
En este momento no tengo tiempo ni ganas de interesarme por los problemas de Emmeline. Ya se lo preguntaré a Jarrod más tarde.
Su mirada pasa alternativamente de mi persona a la de ella, estupefacto. Esta pequeña distracción es justo lo que necesitamos para salir disimuladamente.
-¡Oh! No sabéis cuanto lamento haber derramado el vino -me disculpo mientras me retiro llevándome a Jarrod del brazo.
No lo suelto hasta que hemos salido del ambiente lleno de humo del salón y nos encontramos en el frío anochecer del patio. Hay dos soldados de guardia en la entrada, pero, a juzgar por su animada charla, no parecen estar mucho por la labor. Necesito un lugar apartado y tranquilo, así que arrastro a Jarrod hasta los jardines de Isabel.
-Pero ¿qué te sucede? ¿Sé puede saber por que me has tirado el vino?
Respiro hondo en un intento de poner orden en mis pensamientos, me siento en un banco cercano y tiro de Jarrod para que haga lo mismo. Sin embargo, estoy demasiado nerviosa. Me levanto de nuevo y empiezo a caminar en círculos delante de él. -Kate, ¿quieres hacerme el favor de calmarte y explicarme de que va todo esto?
-¡Es por culpa del vino!
Me mira con expresión de no entender nada, y no me queda más remedio que repasar los acontecimientos.
-¿Recuerdas cuando fuimos a cenar a Blacklands y Rhauk nos dijo que estaba preparando la pócima en la torre?
Asiente. Me dejo caer en el banco y le explico que el maleficio estaba en el vino y como Rhauk engañó a su hermanastro haciéndole creer que era un obsequio del rey.
-Tienes que estar de broma.
-¿Acaso ves que me ría?
Finalmente Jarrod lo acepta. En efecto, parece que nos han gastado una broma muy pesada. Jarrod medita la situación mientras contempla el cielo estrellado. Al final nuestras miradas se encuentran.
-Jillian se ha equivocado en veinte años—comenta.
Me encojo de hombros.
-Nadie es perfecto—replico.
-Lo que no entiendo es por que Rhauk nos dijo que todavía estaba preparando la pócima si la preparó entonces.
Le doy vueltas a eso durante unos instantes, hasta que se me ocurre una explicación.
-Rhauk disfrutaba engañando a la gente. Seguramente te mintió para obtener de ti lo que quería.
-Él te quería a ti.

-Si, para que sustituyera a Eloise. Y también anhelaba venganza. El hechizo lo fue, pero, mientras nosotros creyéramos que aún no estaba terminado, él podría seguir manejándonos a su antojo.
-Para hacerse contigo.
-Si. Me prometió que no completaría la pócima si yo me quedaba con él. Ese era el trato.
-Entonces. ¿qué había en el caldero de la torre?
Al final lo entiendo todo.
-Eso también era la pócima, sólo que más. Otra entrega. Seguramente le entregaba a lord Richard una nueva remesa cada año, fingiendo que se trataba de un regalo de la Corona.
Jarrod se levanta y pregunta en tono lastimero:
-¿Qué significa todo esto? ¿Que todo lo que hemos hecho ha sido en vano?
Debo reflexionar.
-No lo creo...
Entonces acuden a mi memoria las palabras del antiguo libro de Jillian: “La única manera de destruir el hechizo es acabar con la vida del hechicero.”
-¿Cómo dices?
Dejo de caminar y miro a Jarrod.
-A ver, reflexionemos un minuto. Los textos antiguos decían que era necesario liquidar al brujo, y... ¡Dios mío, Jarrod, eso es exactamente lo que has hecho! ¡Has matado a Rhauk, al nigromante!
-Y eso quiere decir que...
De repente, todo encaja.
-Que el hechizo se ha terminado, Jarrod. Al menos en lo que a ti se refiere. De ahora en adelante.
Me contempla con la esperanza reflejada en el rostro.
-Cuando digo «de ahora en adelante» no me refiero a la época medieval. Nada cambiará para tus antepasados. El maleficio seguirá su curso a lo largo de los siglos. Después de todo, ellos han bebido la pócima a lo largo de veinte años. No. Me refiero a nuestro tiempo.
-Ojalá tengas razón, Kate.
Sonrío. Estoy radiante. No puedo evitar un pensamiento de satisfacción: «Después de todo lo que he hecho...»
Jarrod se inclina sobre mí y me mira muy de cerca, sorprendido. El alma se me cae a los pies cuando recuerdo que es capaz de leerme el pensamiento.
Me ruborizo y deseo que se haga aún más de noche. Me pregunto como me las voy a arreglar con alguien que sabe exactamente todo lo que pienso. Podría intentar cerrarle el paso, pero mis poderes no están en su mejor momento. Solo espero que mi don no haya sufrido ningún daño importante. No lo podría soportar.
De repente, un grito surge de las almenas.
-¡Escoceses!
La alarma pasa de boca en boca y desencadena el caos. Pero es un caos en el que reina cierto orden. Esta gente se ha visto otras voces en situaciones parecidas y sabe lo que debe hacer para defender sus tierras y sus propiedades. Mientras los aldeanos buscan refugio dentro de las murallas, Isabel da las ordenes oportunas para que los acomoden, y lord Richard se viste la armadura y se apresta a combatir junto a sus caballeros.
Es una escena impresionante, y me considero una privilegiada al poder contemplarla. Sin embargo, a pesar de lo mucho que me gustaría quedarme y tomar parte en los acontecimientos que se avecinan, sé que dentro de unos instantes no habrá un lugar seguro en todo el castillo.
Jarrod piensa igual que yo.
-Salgamos de aquí -propone.
Hago un gesto de asentimiento, y entre los dos buscamos un lugar apartado.

Tercera Parte
El regreso

Jarrod

Me hace prometer que nunca, en ninguna circunstancia, le leeré el pensamiento. Tampoco tenía intención de hacerlo, así que es una promesa que no me cuesta mucho cumplir. De lo contrario, no podría mantener su intimidad. Es un acuerdo que nos facilita las cosas.

Volvemos justo al mismo sitio del que partimos, a la orilla del arroyo del bosque. Jillian sigue donde la vimos por última vez, velando en el silencio del bosque y manteniendo el círculo ardiendo y protegido. Al final, resulta que a pesar de que nuestro viaje ha durado casi un mes sólo hemos estado ausentes durante unas cuantas horas. Me entrega mi reloj y mis gafas, y me alegro de recuperarlas.

Con las velas apagadas oscurece muy deprisa, pero apenas me doy cuenta. Tanto Kate como yo nos encontramos agotados por el viaje de retorno, pero ella lo está especialmente, porque todavía no se ha recuperado del todo de la pócima de Rhauk. Tenemos que ayudarla a caminar entre los dos.

Cuando llegamos a casa, Jillian hace que nos sentemos a la mesa de la cocina y le prepara a Kate una infusión de hierbas cuyo olor me resulta vagamente familiar. Tan pronto como Kate se ha tornado la mitad, empieza a bombardearnos a preguntas.

Horas más tarde aún seguimos charlando. Jillian quiere saberlo todo, y nosotros le contamos tanto como podemos, excluyendo prudentemente lo sucedido en el dormitorio de la torre. No deja de mirarnos, sopesa cada palabra y se echa a reír cuando le decimos lo colada que estaba Emmeline por mí y como estuvo a punto de volver con nosotros cuando nos sorprendió mientras empezábamos a entonar cánticos en latín.

-Por suerte logré mecerme en su cabeza a tiempo para desconcertarla y así poder escapar - explico.

Jillian nos confirma que habría sido un desastre que Emmeline hubiera venido con nosotros.

-Si. El libro de tu padre es muy claro en lo que se refiere al futuro de esa chica. Al final, la mandaron a vivir a palacio, donde se convirtió en la amante del conde de Dril son, a quien le dio dos hijos. Sin embargo, nunca llego a ser feliz, ya que la esposa del conde le hizo la vida imposible.

Jillian nos sorprende con esa historia, y no puedo evitar sentir lástima por mi antigua «prima».

Cuando Kate empieza a relatar el episodio de mi lucha con Rhauk, Jillian se levanta inmediatamente y empieza a examinarme las heridas.

-Los puntos de sutura están bien -me dice-. Mañana por la mañana te los volveré a limpiar.

Kate no tarda en dormirse sobre la mesa, así que su abuela la manda a la cama. Una vez a solas, le agradezco a Jillian de todo corazón lo que ha hecho por mí, aunque sé que las palabras no son suficientes para expresar lo que siento. Entre tanto, ella recoge nuestras ropas y finge escandalizarse porque no son las mismas que nos entregó. Sin embargo, soy consciente de que en el fondo las aprecia aún más porque son auténticas.

Al final, yo también me acuesto en un improvisado camastro y me duermo al instante. Cuando despertamos, resulta que hemos estado roncando dos días enteros. Es viernes y hemos faltado a clase casi media semana. No es que me preocupe, ya que Jillian y mi madre avisaron al colegio, pero ya es hora de que llame a mis padres.

Uso el teléfono que hay en la entrada de la tienda, y apenas reconozco la voz de mi madre. ¡Por una vez parece casi feliz! Me dice que mi padre ha experimentado una espectacular mejoría en las últimas cuarenta y ocho horas, tanto mental como físicamente; que los dolores de la pierna casi han desaparecido y que puede caminar con la ayuda de un bastón.

-¡Es un milagro, Jarrod! ¿Cuándo regresaras a casa?

-Muy pronto, mamá -le aseguro.

Luego sigue contándome lo animado que está, y que el psicólogo apenas puedo creerlo. Supone que el cambio se debe a que mi padre ya no tiene que soportar tanto dolor, así que están pensando en darle el alta. Cuando cuelgo el teléfono tengo un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas.

Es evidente que todo eso es una señal, la primera, de que nuestra suerte esta cambiando.

-Buenas noticias, ¿no? -pregunta Kate.
Asiento con la cabeza porque soy incapaz de responder sin hacer el ridículo, la atraigo hacia mí y hundo el rostro en su hombro. Al cabo de unos minutos, ella ve que Jillian nos contempla desde el pasillo y se retira. Me apresuro a ponerlas al corriente de la mejoría de mi padre.
-Eso es maravilloso, Jarrod -me dice Jillian con un hilo de voz, secándose una lágrima. Me abraza, y le doy las gracias de nuevo-
-¡Oh, no! -responde con un gesto displicente de la mano-. Lo has hecho tú solo.
Regresa a la cocina para prepararse una taza de té y vuelvo a abrazar a Kate.
-Me alegro tanto por ti... -me dice, pero noto un tono de tristeza en su voz.
-¿Qué ocurre? -pregunto. Se encoge de hombros.
-Nada. Es mi magia. Todavía no la he recuperado. -Puede que solo necesite un empujoncito para liberarse del todo del poder del brebaje de Rhauk. Los ojos se le ensombrecen.
-¿Y como le voy a dar ese empujoncito si no tengo ningún poder?
-Hum. Tienes razón. Pero no te preocupes, yo tengo suficiente magia para los dos.
-Eso os muy amable por tu parte, pero no te ofendas si te digo que no será divertido vivir sabiendo que siempre serás más poderoso que yo. Me gustaría recobrar mis poderes aunque sólo fuera para que estuviéramos al mismo nivel. ¡Dios mío, Jarrod, he vivido siempre con ese don! Siento como si me faltara un brazo o una pierna, una parte del alma. -Y entonces se le ocurre la idea-. Claro que con tus poderes, que se han potenciado con la magia antigua, es posible que puedas hacer algo. Ya has derrotado a Rhauk una vez; quizá estés en condiciones de volverlo a hacer, porque ha sido su pócima la que me ha dejado así.
-¿Crees que puedo ayudarte a recuperar tu magia? –
-¿Por qué no? Vale la pena intentarlo. Salimos al jardín y paseamos un rato mientras reflexionamos.
-¿Qué tal un conjuro? -me pregunta.
-Mi magia no funciona con conjuros. Kate.
-¡Oh, vaya!
Entonces doy con la solución. La agarro por los hombros y la miro a los ojos.
-¿Cuánto poder quieres? ¿Qué te haría feliz? Ella se pone a pensar y por una vez hago caso omiso de su petición de no leerle el pensamiento. Se está acordando del clima, y de lo mucho que le habría gustado tener facultades para alterarlo a su gusto. Sin embargo, no me dice nada, se limita a encogerse de hombros.
Empiezan a caer unas gotas de lluvia helada y siento un escalofrío. Todavía no me he acostumbrado al tiempo de esta montaña. Entonces caigo en la cuenta de que hace más frío del normal en esta época del año. Kate alza las palmas de las manos.
-¡Es aguanieve! -exclama, y se pone a tiritar-. Vamos a helarnos aquí fuera, Volvamos dentro.
-Espera un momento.
-¿Qué? ¿Por qué?
-Cierra los ojos y piensa en calor. -Se ríe, como si fuera a concederme un capricho. -Concéntrate -le digo, mientras me meto en su cabeza intentando hallar los restos del bloqueo de Rhauk.
-¿Qué estás haciendo? -se queja-. Me haces cosquillas. -Mantén los ojos cerrados y piensa en algo que desees mucho. Con toda el alma.
Guarda silencio y empieza a pensar en algo cálido.
-Más. Más profundamente -le digo. De repente, deja de nevar y el aire se hace templado, tanto que me entran ganas de quitarme el jersey.
Kate mira a nuestro alrededor con la incredulidad reflejada en el rostro.
-¿Qué está pasando?
Sigo su mirada. Está nevando por todas partes menos encima de nuestras cabezas. Es como si estuviéramos bajo un paraguas invisible y protector.
-¡Caramba, gracias, Kate, esto es fantástico!
-No me lo agradezcas.
Me limito a sonreírle sin pronunciar una palabra.
-¿Qué?
-Pues que yo no lo he hecho -respondo.
-No seas pelmazo, Jarrod.

Sus ojos se achican y noto que me sondea, que se mete en mis pensamientos, así que le respondo mentalmente que ha sido ella la que ha hecho que dejara de nevar y ha entibiado la atmósfera a nuestro alrededor.
En un súbito arranque de comprensión, se aparta de mis pensamientos y da un respingo.
-¡Oh, Dios mío, me he metido en tu mente! -susurra-. ¡Me has hecho cosas! ¡Me has dado poderes!
Replico con un gesto indiferente.
No te he dado nada que no tuvieras ya. Simplemente te he puesto en contacto con el don que posees desde que naciste.
Se echa a reír y gira sobre sí como una peonza.
-¡Esto es fantástico! ¡He conseguido calor!
El sonido de un coche que se aproxima por la cuesta hace que se dé la vuelta.
-¿Y el paraguas de calor? -me pregunta.
-Tú lo has creado y tú lo puedes anular.
Asiente, cierra los ojos y al instante el aguanieve vuelve a caer sobre nuestras cabezas. Nos metemos a toda prisa en la tienda de Jillian en busca de refugio.
No ha transcurrido ni un minuto cuando suenan las campanillas de la entrada. De entre toda la gente de este mundo, tenían que ser Tasha Daniels y Jessica Palmer, escoltadas por los fieles Pecs y Ryan.
-¡Eh, colega! ¿Cómo está tu viejo? -me pregunta Pecs dándome una desagradable palmada en el hombro-. Dicen que esta en el hospital...
Tasha se acerca y me acaricia el brazo con sus largos dedos. No veo a Jillian por ninguna parte, y Kate se está retirando a un rincón, procurando pasar inadvertida. Intento captar su mirada, pero me evita a propósito. No necesito leerle el pensamiento para saber lo que cruza por su cabeza. Estamos recuperando nuestras antiguas rutinas. Tarde o temprano, todo lo que compartimos en la otra época irá desvaneciéndose en el recuerdo, como si de un sueño se tratara, y Tasha y sus amigos volverán a ocupar los primeros lugares en mi vida y relegaran de nuevo a Kate.
-Has faltado dos días a clase -ronronea Tasha-. Estaba empezando a preocuparme.
-Esto... Yo... Estoy bien, gracias.
-¿Y qué estás haciendo otra vez por aquí?
Le lanza una rápida mirada a Kate, pero enseguida se olvida de ella.
-¿Has venido a buscar un disfraz?
Por un instante me desconcierta. ¿A qué se refiere? Entonces me acuerdo de la fiesta de disfraces de Ryan, el acontecimiento del año, que se celebra el primer día del invierno. Mañana.
-No. De hecho ya lo tengo listo.
Kate se retrae aún más. Ninguno de los otros tres repara en ella, aunque seguro que la han visto al entrar.
-Que bien. ¿A qué hora pasarás a buscarme? -me pregunta como si me diera una orden.
Me libero de su abrazo, doy la vuelta y tomo a Kate de la mano, con fuerza. Tiro de ella y, a regañadientes, Kate se sitúa ante el grupo.
-No pasaré a recogerte, Tasha.
Ella mira a Kate primero; luego a mí, con los ojos como platos.
-¿Cómo dices? ¿Y por qué no?
Atraigo a Kate hacia mí y le rodeo la cintura con los brazos. Posesivamente.
-Está claro, ¿no te parece? Pienso ir con Kate.
FIN